

Una publicación de Periodismo de la Facultad
de Comunicaciones de la Universidad de
Antioquia, Medellín. Año IX * No. 10-11 *
julio de 2006 * ISSN-0123-1022

REVISTA

f folios



Especial: Sueños en pelota

PERIODISMO DE INVESTIGACIÓN Y DENUNCIA: LOS PERROS SABUESOS EN LA PRENSA COLOMBIANA - Maryluz Vallejo - EL METATEXTO, ¿FINAL DE LA INTERPRETACIÓN? - Víctor Villa Mejía - LA INSEPULTA VERDAD HISTÓRICA - José Monsalve - "COLOMBIA VIVE, POR ELLA VIAJAN..." - Gustavo Acosta Vinasco - **ESPECIAL FÚTBOL: SUEÑOS EN PELOTA** - UN RITUAL LLAMADO FÚTBOL - Juan Fernando Rivera Gómez - MÁS QUE PASIÓN, UNA FORMA DE VIDA - Jorge Alberto Chica Vasco - VALDANO: FÚTBOL, NEGOCIOS E IDENTIDADES - Gonzalo Medina Pérez - FOTORREPORTAJE FÚTBOL Y DANZA: ESTÉTICA DEL ESFUERZO - Gabriel Buitrago Mejía - "POR ESTOS PELAOS TAMBIÉN HA LLORADO URABÁ" - Carlos Mario Correa Soto - FÚTBOL: PASIÓN QUE DEBERÍA ESCRIBIRSE - Guillermo Zuluaga Ceballos - SUEÑOS REDONDOS - Gonzalo Medina Pérez - JUEGOS EN LA MADRUGADA - Katalina Vásquez Guzmán - ¿QUÉ CLASE DE HINCHA ERES? - Jorge Alberto Chica Vasco - FOTORREPORTAJE EL FÚTBOL, DANZA RITUAL - Gabriel Buitrago Mejía - EL FÚTBOL, LA ARMONÍA DE UNA GEOGRAFÍA INVISIBLE - Nelson Rendón - CUANDO EL BARÇA GUANYA - Manuel Silva Rodríguez - LA PASIÓN DEL FÚTBOL ES... LA NARRACIÓN - Andrés Vergara Aguirre - MÁS ALLÁ EL FÚTBOL - Juan David Montoya - VILLORO: UN VERDADERO CRONISTA DEPORTIVO - Guillermo Zuluaga Ceballos - EMPATE ENTRE FÚTBOL E HISTORIA

A nuestros colaboradores

Folios, una publicación de Periodismo de la
Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia

ISSN – 0123 – 1022

Invita a periodistas, profesores e investigadores a presentar para su próximo número:

Artículo periodístico - Ensayo - Traducción - Resumen de investigación - Reseña bibliográfica

I. Características:

- * Acompañar el trabajo con un resumen (abstract en inglés) no mayor de un párrafo de diez líneas, que sintetice su contenido.
- * Anexar los datos del autor, profesión, dirección.

II. Criterios editoriales de folios:

1. Que el material o su objeto sean periodísticos.
2. Material inédito.
3. Que la problemática desarrollada en el artículo plantee aportes o articulaciones originales en el campo del periodismo.
4. Que la argumentación expuesta sea coherente con lo que se pretende sustentar.
5. Los artículos no deben exceder las diez páginas tamaño A4 (21 x 29 cm.) escritas en tipografía Times de cuerpo 12 puntos, interlineado 12 puntos.

III. Presentación: El trabajo se presentará en un original impreso en óptima calidad y una copia del mismo en disquete 3 ½ HD. El trabajo digitalizado puede ser remitido en cualquier procesador de texto PC. Designamos como preferente: Word.

Periodicidad: Dos números al año.

Correo electrónico: folios@comunicaciones.udea.edu.co

avergara@comunicaciones.udea.edu.co

Página electrónica: <http://comunicaciones.udea.edu.co> - <http://folios.udea.edu.co>

Ciudad Universitaria * Calle 67 No. 53 - 108 * A.A. 1226 * Conmutador 263 00 11 *
Fax 2334724 * Bloque 12 * Oficina 12-111 - Tel. 2105925 * Medellín, Colombia

Entre pesadillas e ilusiones

En esta edición correspondiente a los números 10 y 11 planteamos en la primera parte una mirada al periodismo de investigación, y en la segunda parte presentamos una lectura polifónica en torno al fútbol.

Periodismo de investigación

La profesora Mariluz Vallejo Mejía en el texto **"Periodismo de investigación y denuncia: los perros sabuesos en la prensa colombiana"**, nos lleva a un recorrido por el periodismo de investigación y denuncia en la prensa colombiana. En una retrospectiva desde 1890 hasta 1980, muestra los vaivenes de los periodistas y los medios coaccionados por gobernantes, militares y otros poderosos que muchas veces han buscado acallar las voces disonantes frente a sus acciones.

En **"El metatexto, ¿final de la interpretación?"**, el profesor Víctor Villa Mejía nos propone una reflexión sobre dos nociones polisémicas, la interpretación y el metatexto; y de la mano de la interpretación llegamos a los diversos niveles de la lectura, porque en mayor o menor medida, leer es interpretar, es decir, acceder al sentido del texto. Un tema que, planteado desde el campo de la lingüística, resulta pertinente para nosotros, los periodistas, permanentes lectores de la realidad.

"La insepulta verdad histórica" resulta un buen ejemplo de lo que es y lo que significa hacer periodismo de investigación. Después de presentar un recuento de lo ocurrido a partir de las 11:30 de la mañana del 6 noviembre de 1985, cuando 28 guerrilleros del M-19 se tomaron el Palacio de Justicia, y el presidente Belisario Betancur trató de restablecer el orden por medio de las armas –con lo que propició una situación crítica que dejó una profunda herida en la historia nacional–, el autor, José Monsalve, plantea una pregunta cuya respuesta subyace en los mismos testimonios: ¿qué pasó con los desaparecidos del Palacio de Justicia?

Gustavo Acosta Vinasco nos presenta una crónica de viaje por Colombia, una aguda crítica a la imagen que el gobierno ha pretendido vender de este país en el que a veces todos hemos sido prisioneros. El texto lleva el título **"Colombia vive, por ella viajan"**... Las otras páginas de esta edición están dedicadas al fútbol, y a quienes al vivirlo resultan atrapados en un mundo de pesadillas e ilusiones:

El mundo ya es una pelota

En estos tiempos, con el mundial todavía fresco en nuestras memorias de espectadores, aunque Alemania 2006 nos haya dejado cierto sabor a desencanto, a veces podemos sentir que el mundo ya no se parece tanto a la naranja con la que aquel profesor

nos hizo la comparación en la escuelita de primaria. El mundo cada día está más moldeado a imagen y semejanza de una pelota. Pelota de fútbol, por supuesto. Y ello es resultado, no precisamente del Dios padre de Adán y Eva, sino de la omnipresente Fifa, que asociada a los medios de información ha logrado crear una de las industrias más poderosas del mundo. Ello ha quedado bien demostrado con Alemania 2006, donde también se hizo evidente que cada cuatro años se agiganta la quimera. Sin embargo en este especial no vamos a referirnos a la cabeza de esta quimera, sino a la cola, es decir, al modo como se vive el fútbol desde el hincha, el aficionado, o el muchachito de pueblo que sueña con salir de la miseria por obra y milagro de su talento, para convertirse en el nuevo balón de oro.

En **"Un ritual llamado fútbol"**, el antropólogo Juan Fernando Rivera Gómez muestra que en torno al partido de fútbol se realizan una serie de acciones rutinarias que lo convierten en un ritual que dura mucho más que los noventa minutos del juego. También nos recuerda que los periodistas y los medios de comunicación se convierten en agentes activos en esa cultura llamada fútbol, en la que se habla en un lenguaje codificado, y en el lenguaje de la guerra.

Por su parte el sociólogo Jorge Alberto Chica Vasco en **"Más que pasión, una forma de vida"**, ausculta las dos barras de hinchas más importantes de Medellín, Los del Sur, del Atlético Nacional, y Rexixtenxia Norte, del Deportivo Independiente Medellín. Desde su lectura sociológica, el autor explora los orígenes de estas barras y las motivaciones que conducen a los seguidores de los dos equipos antioqueños, especialmente a los jóvenes, a unirse a ellas. El mismo autor en el texto **"¿Qué clase de hincha eres?"** elabora una tipificación de los seguidores del fútbol, en el que hace un recorrido desde el hincha ocasional hasta el hincha barrista, para quien el fútbol y el equipo se convierten en el todo de su vida.

"Valdano: fútbol, negocios e identidades", es una breve entrevista de Gonzalo Medina Pérez con uno de los decanos del fútbol hoy en el mundo, Jorge Valdano. En **"Sueños redondos"**, el mismo Gonzalo Medina nos entrega una apasionante crónica sobre dos hermanos oriundos de Urabá que desde pequeños han estado unidos por la pasión por el fútbol y el sueño de convertirse en futbolistas profesionales. El relato se convierte en un testimonio de cómo el fútbol, cuando se convierte en esperanza para un hombre, también puede ser la esperanza de todo su pueblo.

“El fútbol, danza ritual” y “Fútbol y danza: estética del esfuerzo” son dos lecturas del fútbol presentada en imágenes. Con estos fotorreportajes, Gabriel Buitrago nos recuerda que fútbol y danza constituyen un ritual que los oficiantes escriben con sus cuerpos, y que ambas actividades implican ejercicio físico, sensibilidad, lúdica y esfuerzo.

En “Por estos pelaos también ha llorado Urabá”, Carlos Mario Correa nos muestra que la zona del Urabá antioqueño, además de ser productora de banano, ha sido despensa, desde hace mucho tiempo, de eximios futbolistas que le han hecho el quite a la adversidad. También deja claro que el camino para saltar de la miseria a la gloria es largo y muy pedregoso.

“Fútbol: pasión que debería escribirse” es un llamado de atención que Guillermo Zuluaga Ceballos le hace a los académicos, puesto que a pesar de la preponderancia que tiene el fútbol hoy en el planeta, desde la academia se le sigue menospreciando como objeto de estudio.

Katalina Vásquez Guzmán cuenta la historia de un particular grupo de aficionados al fútbol que en las frías madrugadas de Medellín, cuando casi todos los demás duermen, ellos se dedican al juego. La historia está narrada en la crónica “Juegos en la madrugada”.

En “El fútbol, la armonía de una geografía invisible”, Nelson Rendón nos recuerda que el fútbol no es sólo el gran espectáculo que se vive cada domingo en los estadios y a través de los medios: en los pueblos remotos de nuestra geografía, muchos niños y jóvenes viven y respiran por el fútbol, y algunos de ellos muchas veces deben renunciar a los suyos para iniciar un duro recorrido en busca de la gloria.

En “Cuando el Barça *guanya*” Manuel Silva Rodríguez presenta un plano panorámico del campeón español Barcelona, equipo en torno al cual se funda un gran espectáculo donde resultan indisolubles fanatismo, política y danza de los millones. En “La pasión del fútbol es... la narración” se reivindica al teleaficionado, es decir, aquel que prefiere disfrutar del juego a través del relato de la televisión, que se convierte en un relato ficticio.

“Más allá el fútbol” es la lectura que Juan David Montoya nos presenta del modo como algunos aficionados sueñan con seguir viviendo su pasión por el fútbol aun mucho más allá de la muerte.

Aquí, pues, está la invitación para que disfrute estas lecturas del fútbol, presentadas desde diversas perspectivas.

Contenido de los números anteriores

Folios 7

¿A qué sabe el periodismo? Carlos Sánchez Ocampo

Lo que resta del día. Kathya Jemio Arnez

Robo sacrilego. Pedro Correa Ochoa

Un suceso irrelevante. Gustavo Acosta Vinasco

Festival vallenato. Más allá de la tarima. Guillermo Zuluaga Ceballos

Fotorreportaje “Viva Medellín”. James Lerager

Hacia una propuesta de clasificación de los titulares de prensa en Colombia. Darío Echeverri

El ejercicio del periodismo no es un derecho fundamental, es una profesión. Azael Carvajal Martínez

Fotorreportaje (fútbol). James Lerager

Cobertura noticiosa y agendas informativas. Escenificación periodística de una campaña presidencial en Colombia. Carlos A. Hincapié y Eduardo Domínguez Gómez

El trabajo de campo en el periodismo narrativo. Juan José Hoyos

La dependencia informativa en la televisión colombiana. Olga Castaño Martínez

La Alejandría de Babel. Juan Carlos García Hoyos

Reseñas

Folios 8

Expulsados del paraíso. Laurian Puerta

Plantas sagradas. Juego y cotidianidad indígena. Juan Carlos García

Fortuna e infortunio con el bocachico del Atrato. Carlos Mario Correa

Lumbalú. Jacobo Franco C

Fotorreportaje “Desplazamiento Forzado”. Juan Pablo Gómez

Los siete pecados del periodismo literario. Alejandro José López

Cara y sello de la Cruz y la Honda. Lina María Castaño y Róbinson Úsuga

La enseñanza del periodismo como un entorno constructivista. Carlos Agudelo

La lengua literaria de Larra (en cuatro artículos de la Revista Española). Manuel Martínez Forega

Fotorreportaje “Producción Bananera”. Juan Pablo Gómez

Libros

...Y verás un lado amable de la existencia. César Alzate

Historia ambiental: una nueva perspectiva de los estudios culturales en la escena nacional. David Barrios

Felipe Torres. La palabra sin rejas. Guillermo Zuluaga

Folios 9

Los contrastes de nuestra realidad

Guerra en clave Morse. Maryluz Botero

El ensayo, un producto de la ignorancia. Juan Diego Restrepo

¿Mentalidades o representaciones? Edgar Domínguez

Sin día del Periodista. Viviana Garcés

¿Nuevas herramientas de escritura o nuevos medios? Nora Helena Villa y Dora Inés Chaverra

Apuros en la tienda de Albert. Róbinson Úsuga

Habitantes de la calle. Edgar Domínguez

La mujer que soñó ser bailarina. Walter Arias Hidalgo

De los tiempos de la subienda. Margarita Isaza Velásquez

Reseña

Técnicas de investigación de Daniel Santoro. Juan David Montoya

Hay días en que somos tan jóvenes. Natalia Urrego

DIRECTOR Y EDITOR

Mag. Andrés Vergara Aguirre

COMITÉ EDITORIAL

Mag. Jaime Andrés Peralta

Mag. Gonzalo Medina P.

Prof. Juan José Hoyos N.

Mag. Andrés Vergara

Prof. Carlos Mario Correa

ASISTENTE DE ESTA EDICIÓN

Guillermo Zuluaga Ceballos

COMITÉ DE CONSULTORES

Ph.D. Juan Carlos García Hoyos

(Universidad Carolina - Rep. Checa)

Ph.D. Mariano Beleguer Jané

(Universidad de Sevilla)

Lic. Jorge Adrián Jaunarena

Director de Derechos Humanos

(Facultades de Periodismo y Comunicación

Social de la Universidad Nacional de la

Plata)

FOTOGRAFÍA PORTADA

Gabriel Buitrago Mejía

TRADUCCIONES

Mario Aguiar Ch.

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

Rector:

DR. Alberto Uribe Correa

Vicerrector General:

Dr. Martiniano Jaime Contreras

FACULTAD DE COMUNICACIONES:

Decano:

DR.phil.Edison Darío Neira Palacio

Periodicidad

Dos números al año

Precio de la suscripción por un año

Estudiantes (local) \$12.000

Colombia \$ 15.000

América del Sur US\$ 60

Norteamérica, Europa y otros países US \$80

IMPRESIÓN Y TERMINADO

L. Vieco e Hijos, Ltda.

Pbx: (57-4) 255 96 10

lvieco@geo.net.co

Correspondencia

Revista Folios, Ciudad Universitaria.

Bloque 12

Oficina 12-111

Páginas y correo electrónico

<http://comunicaciones.udea.edu.co>

<http://folios.udea.edu.co>

folios@comunicaciones.udea.edu.co

Canje

Sección de Canje

Biblioteca Central

Universidad de Antioquia

Medellín, Colombia

Universidad de Antioquia

Facultad de Comunicaciones

Revista Folios

Revista semestral de periodismo

ISSN-0123-1022

(Esta edición de Folios contiene los números 10 y 11, correspondientes a julio de 2003 y enero de 2004, respectivamente)

Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido, citando la fuente y con previo permiso del comité editorial.

Las opiniones expresadas por los autores no comprometen a las empresas periodísticas a las que están vinculados ni a la Universidad de Antioquia.

Contenido	Pág.
Periodismo de investigación y denuncia:	
los perros sabuesos en la prensa colombiana	
Maryluz Vallejo	7
El metatexto, ¿final de la interpretación?	
Víctor Villa Mejía	18
La insepulta verdad histórica	
José Monsalve	22
"Colombia vive, por ella viajan..."	
Gustavo Acosta Vinasco	37
Especial fútbol: Sueños en pelota	
Un ritual llamado fútbol	
Juan Fernando Rivera Gómez.	45
Más que pasión, una forma de vida	
Jorge Alberto Chica Vasco	63
Valdano: fútbol, negocios e identidades	
Gonzalo Medina Pérez	69
Fotorreportaje Fútbol y danza: estética del esfuerzo	
Gabriel Buitrago Mejía	70
"Por estos pelaos también ha llorado Urabá"	
Carlos Mario Correa Soto	72
Fútbol: pasión que debería escribirse	
Guillermo Zuluaga Ceballos	80
Sueños redondos	
Gonzalo Medina Pérez	82
Juegos en la madrugada	
Katalina Vásquez Guzmán	87
¿Qué clase de hincha eres?	
Jorge Alberto Chica Vasco	92
Fotorreportaje El fútbol, danza ritual	
Gabriel Buitrago Mejía	96
El fútbol, la armonía de una geografía invisible	
Nelson Rendón	98
Cuando el Barça guanya	
Manuel Silva Rodríguez	100
La pasión del fútbol es... la narración	
Andrés Vergara Aguirre	102
Más allá el fútbol	
Juan David Montoya.	104
Villoro: un verdadero cronista deportivo	
Guillermo Zuluaga Ceballos.	107
Empate entre fútbol e historia	109

Periodismo de investigación y denuncia: los perros sabuesos en la prensa colombiana

Maryluz Vallejo Mejía*

Resumen

La autora nos lleva a un recorrido por la historia del periodismo de investigación y denuncia en la prensa colombiana. En una mirada retrospectiva que va desde 1890 hasta 1980, muestra los vaivenes de los periodistas y los medios ante las reacciones de gobernantes, militares y otros poderes que, ejercidos desde la legalidad o la ilegalidad, han buscado acallar las voces disonantes frente a sus acciones. Este texto evidencia que aun en medio de las dificultades, durante algunos periodos la prensa ha logrado cumplir su papel fiscalizador en esta siempre convulsionada Colombia.

Palabras clave: denuncia, gobierno, independencia, censura, investigación, crónica, reportaje, documento, reportero, campaña, periodismo.

Abstract

The author invites us to travel through the history of research and denouncing journalism in Colombian media. In a flashback between 1890 to 1980 the author shows the backs and forths of journalists and the media facing the government, military and other powers, which from legacy or illegacy, have tried to shut off the harsh voices concerning their actions. The text shows that with disregard to difficulties, sometimes the media have been able to fit in their role as prosecutors in the upheaved Colombia.

Key words: denouncing, government, independency, research, censure, chronicle, report, document, reporter, campaign, journalism.

Hacia 1890 surgieron en la prensa estadounidense los *muckrakers* (rastrilladores de cieno o de estiércol) —como los apodó el presidente Teodoro Roosevelt, blanco de sus críticas—, un grupo de periodistas decididos a denunciar los abusos del poder político y económico, convencidos de que el lector tenía derecho a saber la verdad, según el moderno principio de la objetividad. Por ello la prensa se afilió a la causa del “perro guardián” y el famoso escritor Mark Twain llegó a recomendar a los reporteros que dirigieran sus ataques contra los gobernantes estafadores.

Los primeros investigadores encontraron su hábitat natural en la prensa sensacionalista o amarillista dedicada a destapar escándalos. Los valores de esta prensa fueron expresados en repetidas ocasiones por sus artífices Joseph Pulitzer y William Randolph Hearst: “Servir al pueblo, informar, enseñar, divertir y exponer lo sucio y corrupto donde quiera que se encuentre en

la vida estadounidense, en especial si puede ser descubierto en las mismas ciudadelas del poder”. Ambos editores, pese a sus apetitos comerciales, dieron una nueva definición a las noticias, ofrecieron al público lo que quería y prestaron su voz a las masas silenciosas para denunciar a los poderosos.

Los *muckrakers* empezaron a ventilar los negocios y la corrupción de la clase dirigente y empresarial norteamericana en la prensa liberal de este país. En 1902 y durante dos años, Ida Tarbell publicó dieciocho artículos sobre “La historia de Standard Oil”, una penetrante denuncia contra el magnate Rockefeller. En 1906 Upton Sinclair investigó las insalubres condiciones de trabajo en los mataderos de Chicago; el también novelista John Steinbeck denunció en *The San Francisco Examiner* las condiciones inhumanas de los campos de inmigrantes en California. En 1905 Ray Stannard Baker publicó una investigación en cinco entregas sobre los *trusts* propietarios de

* Ésta es una versión resumida del capítulo del libro *A plomo herido. Una crónica del periodismo en Colombia 1880-1980*, publicado por la autora en Planeta, Bogotá (2006).

Profesora Asociada de la Facultad de Comunicación y Lenguaje de la Pontificia Universidad Javeriana.

las compañías ferroviarias. Y en 1906 Edwin Markham, en *Cosmopolitan*, denunció la contratación de niños por las grandes fábricas norteamericanas para abaratar costos.¹

En Colombia comenzaron a aparecer figuras aisladas del periodismo investigativo desde comienzos del siglo XIX. Antonio Nariño fundó en 1811 *La Bagatela*, el primer periódico de denuncia, que le costó cárcel y persecuciones al traductor de los Derechos del Hombre. También sobresalieron periodistas satíricos como José Joaquín Posada y Germán Gutiérrez de Piñeres, de *El Alacrán*, y Alfredo Greñas, de *El Zancudo*, y tantos otros periodistas satíricos que dejaron su piel en el alambrado por denunciar las fechorías de los poderosos.

En el periodo de la Regeneración hubo periodistas tan valientes como Santiago Pérez, que denunció en *La Defensa* los excesos del presidente Núñez con el Banco Nacional y fue enviado al destierro, al igual que Juan de Dios Uribe, por su persistente oposición al gobierno desde *El Correo Liberal*; y Fidel Cano y Rafael Uribe Uribe, sempiternas víctimas de la censura por ser las voces más molestas para los regeneradores.

Este papel de veedor o fiscalizador de la cosa pública se ve claramente en Carlos Martínez Silva, conservador histórico que se encargó de denunciar la corrupción del largo gobierno de Núñez, famoso por sus larguezas para comprar tantas conciencias en la tierra como en el cielo. Desde *El Correo Nacional* agitó un debate sobre las emisiones clandestinas de billetes del Banco Nacional, ordenadas por el gobierno de Miguel Antonio Caro. Como su hermano Luis hacía parte de la comisión investigadora nombrada por el Parlamento, Carlos Martínez Silva tuvo acceso a información de primera mano que publicó en su periódico. El celo de los hermanos contra la corrupción y los desmanes oficiales les costó el cierre de *El Correo Nacional* en 1894, que pasó a manos de Rufino Cuervo Márquez; pero desbrozaron el camino para el periodismo investigativo como institución vigilante de la democracia. Además, pusieron en la agenda de los periódicos el debate sobre el papel moneda, que se agudizó con la guerra de los Mil Días y en los sucesivos gobiernos de la Hegemonía incapaces de frenar la constante desvalorización del peso colombiano.

Y es en este periódico, vanguardia del periodismo moderno, donde aparece el concepto de reportaje seriado con carácter de denuncia.² En respuesta a la carta de un lector que cuestionaba el estado de higiene de la plaza de mercado de Bogotá, el director comisionó a un *reporter* para que investigara y éste siguió un procedimiento riguroso y profesional de observación del lugar, consulta de fuentes oficiales y no oficiales y de

documentos para constatar las quejas planteadas. En cuatro entregas que se publicaron entre septiembre y octubre de 1890 denunció los problemas más graves que se estaban presentando para que las autoridades tomaran medidas. En las dos primeras entregas habló con los encargados del aseo y de la inspección sanitaria de las carnes, aves y otros comestibles. En la tercera entrega, el *reporter* consiguió a un estudiante de veterinaria para que lo acompañara a la inspección de la sección de carnes; después del recorrido el especialista señaló la urgencia de organizar un cuerpo de policía sanitaria para controlar los productos cárnicos (como se hacía en París). Y en la cuarta entrega aparecieron los responsables del control de las pesas y medidas.

El periódico liberal *La Crónica* recibió el testigo de *El Correo Nacional*, y realizó osadas campañas en defensa de la libertad de industria y en contra del sistema fiscal de la Regeneración, de los métodos antipedagógicos de la educación oficial y de la tendencia suicida a la guerra. En 1898 denunció el monopolio sobre la fabricación y venta de fósforos del gobierno de Caro, lo que le costó la suspensión por seis meses.

Quizá el asunto que dio más pábulo a la prensa para mostrar su capacidad de denuncia fue el destino del canal de Panamá, aunque no se podría hablar de periodismo investigativo realizado a partir de información —ni el mismo gobierno poseía canales confiables—, sino de un profundo debate de opinión que fue liderado por periódicos como *La Crónica*, *El Nuevo Tiempo* y *El Telegrama*. En 1902, *El Nuevo Tiempo* se ofreció como campo neutral para discutir el rumbo de las negociaciones, de las que informó detalladamente a partir la prensa estadounidense menos sesgada.

Sin duda el crítico mayor del gobierno en estas negociaciones fue el senador Juan Bautista Pérez y Soto, que publicó el “Manifiesto a la Nación” el 11 de noviembre de 1903 (pocos días después del robo de Panamá), lo cual le costó el exilio,³ desde donde hizo seguimiento a la Comisión Investigadora de los Asuntos de Panamá nombrada por el Congreso en 1910. En julio de 1905 publicó en La Habana, *INRI*, un libro con fuertes acusaciones por nepotismo y corrupción a Rafael Reyes y dos protegidos suyos: los millonarios Pepe Sierra y Nemesio Camacho, ese año beneficiados con los remates de las rentas de licores, como miembros que eran de la junta directiva del Banco Central, al igual que Laureano Ortiz, favorecido con el negocio de las esmeraldas de Muzo.

En esas 350 páginas Pérez y Soto también hace responsable a Rafael Reyes de la pérdida de Panamá, según él, por haber buscado el nombramiento del gobernador de Panamá, José Domingo de Obaldía, reconocido separatista,

quien supuestamente le aseguraría el voto de ese departamento en las elecciones presidenciales. Y acusó a los últimos mandatarios de haber vendido, en connivencia con el general Reyes, el istmo de Panamá para repartirse los diez millones del pacto Herrán-Hay. El mismo año salió el libro de refutación *Por honor de Colombia –Contestación al libro INRI*⁴ (colección de artículos y documentos relativos a la candidatura y al gobierno de Reyes), de periodistas cercanos al general que califican a Pérez y Soto de gran calumniador. Entre ellos figura Miguel Navia, que escribió en *La Unidad Nacional* unos 80 artículos elogiosos de la labor administrativa del gobierno de Reyes.

En la primera década del siglo XX y tras el largo quinquenio de la censura, Ricardo Tirado Macías divulgó en *El Republicano* (1907) importantes piezas de periodismo de denuncia sobre la corrupción oficial en el reyismo. La más escandalosa tenía que ver con el cobro de cuantiosas indemnizaciones al gobierno por parte de hacendados que supuestamente habían entregado miles de cabezas de ganado a las tropas oficiales. El caso se conoció como la reclamación White sobre perjuicios de guerra, y según Tirado Macías, estaban involucradas altas personalidades públicas en complicidad con los abogados de Mary White, viuda de un presunto expropiado.⁵ El periodista acusó al ministro de Relaciones Exteriores, Carlos Calderón, de ser el jefe de la banda White Company (sacada de una novela inglesa): “No son solamente diez millones lo que estamos defendiendo. Son cerca de 200 millones a los que estamos cerrando el paso, porque a eso ascienden las reclamaciones pendientes”. Lo cierto es que estas acusaciones no tuvieron suficiente sustento y Tirado Macías fue objeto de demandas, excomuniones de la Iglesia y censuras del ejecutivo entre 1909 y 1915, aunque en abril de 1910 el Tribunal Superior de Bogotá lo absolvió del proceso por injuria y calumnia que le abrió el ministro Calderón.

Desde *La Linterna*, de Tunja, Enrique Santos Montejo fustigó hasta el cansancio a Rafael Reyes por su administración corrupta. “Reyes supo aprovecharse con gran habilidad del momento,

supo decir las palabras oportunas y lanzar los programas adecuados. Los colombianos todos, con debilidad de convalecientes, vieron en él un remedio que los salvaría de la moral decaída [...]. Poco a poco la fiera fue mostrando las uñas; el gobierno tornose en tiranía suspicaz, el derroche de los caudales públicos alcanzó proporciones inauditas y para eso se cuadruplicaron los impuestos y se arruinó al país”.⁶

En julio de 1913, cuando se celebró el juicio al ex dictador, el representante Enrique Santos Montejo, desde la doble tribuna del Congreso y de *La Linterna*, protestó por la absolución de Rafael Reyes de todos los delitos que se le imputaban, sólo porque “el

peor delincuente que ha tenido el país era un viejo y vencido enemigo”. Reyes fue absuelto por la mayoría reyista de la Cámara. Sin embargo, como afirma el periodista Jorge Cardona, “para una cronología de lo que ha alcanzado el periodismo de investigación en Colombia sería pertinente empezar con la faceta no autorizada del presidente del Quinquenio. Los contratos que se entregaron a una sociedad inglesa para la renta de las esmeraldas, el manejo irregular de los fondos secretos, los traspasos de cuentas oficiales a cuentas pri-

vadas del agente fiscal de Colombia en Europa, Camilo Torres Elicechea, o las complacencias con su ahijado de matrimonio, Roberto de Mares, para la concesión de los terrenos petrolíferos de Barrancabermeja”.⁷

En la segunda década el *Gil Blas* se destaca por su “periodismo hecho con los puños crispados” —como lo calificaba el director Benjamín Palacio Uribe—, que parece inspirado en los “rastrilladores de basura”. En 1899, Palacio Uribe tomó cursos de periodismo en la Universidad de Antioquia donde publicó su primera hoja satírica: *El Diablo*. Luego publicó sus sueltos en *El Cascabel*, de Enrique Gaviria, tomó las armas en la guerra de los Mil Días y luego se vinculó al satírico bogotano *X, Y y Z*. El *Gil Blas* empezó a circular tras la caída de Reyes, y se anunció como un “diario radical”. Su mismo nombre parodia una novela de Marroquín, *Blas Gil*, y esta tónica de irreverencia identificará la línea editorial del vespertino bogotano, crítico



de todos los gobiernos conservadores que vigila hasta su desaparición en 1923.

Cuando inicia su campaña en contra de la administración de José Vicente Concha, declara editorialmente: "No puede el escritor público apartarse de las reglas de caballería y de la decencia, pero tiene el derecho y el deber de combatir los actos públicos del mandatario y de sus colaboradores, cuando lesionen los intereses de la comunidad". Con igual énfasis dice que no acepta las peticiones de moderación a la prensa cuando hay actos de corrupción de por medio. Este periódico se caracteriza por su estilo ágil, directo y puntilloso, tan fresco que puede leerse hoy sin tropiezos. En la línea de sátira política y fiscalización de los poderes el *Gil Blas* hace una constante denuncia de la ineficiencia de los distintos gobiernos de la Hegemonía, desde el gobierno de Concha hasta el de Abadía Méndez.

Su línea editorial también se adivina en las definiciones que hace de los periódicos de la competencia. A *El Nuevo Tiempo* lo llama "El poderoso órgano de independencia bombástica". El *Gil Blas* le apuntaba a todo lo que funcionaba irregularmente en la administración local y nacional, pero su blanco favorito era el director de la Policía, general Salomón Correal, a quien llamaba familiarmente "El General Hachuela" (en alusión a los artesanos que asesinaron con hachuelas a Uribe Uribe). No pasaba día o mes en que don Benjamín Palacio no hiciera referencia a algún acto de ineptitud, corrupción o abuso de poder del general "Hachuela" o de sus hombres o sus hijos "los Hachuelitas", campaña de sistemática denuncia que emularía años después Laureano Gómez en *El Siglo*.

Se caracteriza pues el *Gil Blas* por darle continuidad a sus denuncias hasta el agotamiento. Durante años denunció el llamado "escándalo verde" sobre la venta que hizo el sindicato de Muzo a la Emerald Co., en el gobierno de Reyes, por el cual se entregaron las minas nacionales a una sociedad extranjera que no existía legalmente en Colombia, aunque estaba representada también por nacionales cercanos al presidente como Lucas Caballero. El propio Reyes tenía parte de las tres mil acciones que sirvieron de sustento al sindicato para administrar las minas de Muzo y Coscuez.

Si bien los diarios conservadores *La Crónica* y *La Unidad* hicieron eco del caso, Laureano Gómez tuvo que suspender su campaña contra el Sindicato de Muzo por presiones del arzobispo de Bogotá. Gómez terminó cediendo por sus principios de católico obediente, pero suspendió *La Unidad* en noviembre de 1912 y se despidió dignamente de sus lectores "porque en este desventurado país hasta la autoridad eclesiástica co-honestamente las acciones de un ladrón de levita". Pero

a los pocos días reanudó sus ataques que duraron seis años más en la misma trinchera.

Los demás periódicos conservadores callaron como muertos ante esta renuncia del discolo Laureano y *Gil Blas* aprovechó para editorializar sobre la "Conspiración del silencio" y para ofrecer sus páginas al periodista amordazado. Obviamente, *La Sociedad*, diario clerical orientado por Marco Fidel Suárez, no emitió opinión alguna sobre los negociados de Muzo debido a la prohibición de sus superiores.

Siguiendo esta línea de denuncia por el mal manejo de los recursos nacionales, el *Gil Blas* documentó en varios artículos la pésima administración de las minas de Marmato (Caldas), arrendadas a los ingleses por la ridícula suma de 16 mil pesos oro al año, mientras ellos producían de mil a dos mil libras de oro mensualmente. Estas minas eran propiedad de la Nación, que en 1905 las arrendó al general Alfredo Vásquez Cobo por el término de 20 años; el general a su vez cedió el negocio a un sindicato inglés,

Volviendo al *Gil Blas*, no cesaba tampoco en sus denuncias contra los *trusts* extranjeros como la United Fruit Co., a la que acusó de estar comprando territorios inmensos en Aracataca y Sevilla, a precios irrisorios: "No ha habido escrúpulos qué vencer ni pensamiento generoso alguno de parte de los propietarios, por las consecuencias que más o menos tarde traigan estas entregas de tierra a los extranjeros" (diciembre 5 de 1911). Y el tiempo le dio la razón. Durante los diez años que permaneció Palacio Uribe en la dirección, el *Gil Blas* se convirtió en una especie de tribunal de acusación pública, en el veedor más pertinaz de los caudales públicos, en el denunciante de los ministros ineptos; por ello el director pagó incontables fianzas y muchas veces paró en los calabozos. "Verdadero diarista a lo Rochefort,"⁸ poseía el valor del sacrificio y por nada del mundo habría sido capaz de esquivar la verdad", dijeron sus discípulos en el primer aniversario de su muerte, que le sobrevino natural a los 37 años (marzo 1 de 1921).

A partir de 1920 y bajo la dirección de Samuel Delgado Uribe, arreciaron las críticas del *Gil Blas* a Marco Fidel Suárez y a sus ministros por el derroche del erario público, los contratos leoninos y las comisiones para *tout le monde*; a todas éstas don Marco, "ciego, sordo y mudo", se sumía en sus sueños de Luciano Pulgar.⁹

Pero sin duda el que le propinó la estocada mortal al presidente Suárez fue Laureano Gómez, el anticuerpo de los periodistas profesionales por sus ambiguos principios morales y turbios procedimientos investigativos. Desde su juventud, Gómez sintió el prurito de contradecir a todos —incluso a los líderes de su partido y a los

jerarcas de Iglesia— y de denunciar los abusos de la clase política. En sus mocedades defendió su profesión como un cruzado: “El periodismo sutura las rencillas, predica la abstinencia, pide pureza en la política o de lo contrario perecerá el partido”, decía en uno de los editoriales de *La Unidad*.¹⁰ Implacable fiscal de la vida pública y más papista que el papa, Laureano condujo a la más humillante renuncia a Marco Fidel.

Y el *Gil Blas*, con su nuevo director, denunció los dramas de la miseria en Bogotá en crónicas desgarradoras de niños muertos de hambre y de víctimas de la desidia oficial en las que los redactores empleaban el eficaz recurso del diálogo. A la sazón la disentería, la viruela, el tifo y otras enfermedades infecciosas hacían estragos entre la población más desprotegida de la capital, por falta de infraestructura sanitaria y políticas de prevención: “No hay dinero para pagar la purificación de las aguas de la ciudad, mientras los legisladores aumentan sus dietas en un 50 y 100%”.

En esta época comenzó a firmar un colaborador fantasma, *Lucifer*, que llegó a la redacción a destapar asuntos feos de corrupción en la ciudad. Entre las denuncias más fuertes que hizo, está la entrega del Chocó por parte del gobierno a negociadores gringos en contratos de explotación de oro y platino: “Día a día la propiedad colombiana en el Chocó pasa a manos de extranjeros” (julio 29 de 1920). En marzo de 1921 reapareció *Lucifer* para contar las aventuras de la reconciliación del presidente Suárez con Laureano Gómez: un milagro de fe. *Lucifer* informa que el tristemente célebre general Salomón Correal, director de Policía en la administración de Concha, fue nombrado inspector general de Obras Públicas.

Impugnado por unos y elogiado por otros, *Gil Blas* dejó tal vacío en el medio periodístico, que Felipe Lleras Camargo decidió fundar en 1927 el *Ruy Blas* para revivir su espíritu. En su primer editorial prometió “decir virilmente la verdad y dar una implacable publicidad a los más graves escándalos y negociados de la administración”. Aclara en este prospecto que se trata de una empresa editorial con absoluta independencia material y espiritual porque constituyeron sociedad tres “caballeros distinguidos” y todos los lectores interesados podían volverse accionistas.

Ruy Blas también emprendió una dura campaña contra los monopolios extranjeros en Co-

lombia. Denunció particularmente “La mancha negra de aceite”: el caso de la Colombian Oil Concessions, compañía petrolera gerenciada por Eduardo López Pumarejo, que adquirió 17 mil millas cuadradas de terrenos petrolíferos. Se preguntaba el periódico: “¿Hasta hoy cuál ha sido la ganancia efectiva para Colombia en el negocio del petróleo?” Igualmente cuestionó un empréstito por 60 millones de la administración de Abadía Méndez, sin contar con un plan de obras públicas (los 25 millones de dólares equivalentes a la indemnización por Panamá que convirtieron al país en eterno deudor de los banqueros de Wall Street).

Como dato curioso, este periódico revivió la figura del colaborador imaginario, *Lucifer*, invención del *Gil Blas*. Así lo presentó en relación con un caso de la Cancillería: “Nuestro colaborador *Lucifer*, que husmea todos los vericuetos en busca de noticias sensacionales, se ocultó ayer tras una cortina de las que decoran el salón de sesiones del ministerio de Relaciones Exteriores y logró sorprender algunos detalles de la acalorada discusión entre el canciller y la comisión asesora”. A falta de tecnología más avanzada para intervenir teléfonos, este cronista picante de la vida política recurría a

procedimientos poco santos para conseguir la información.

Ruy Blas comenzó a denunciar, un año antes de que ocurriera, la situación de los cultivadores de banano de Santa Marta, en desigualdad de condiciones con respecto a las empresas yanquis, particularmente la United Fruit. Fue el primer diario que anunció, el 5 de diciembre de 1928, la grave situación en las bananeras a partir de informaciones de sus círculos socialistas en la zona, debido a que la censura oficial impidió la publicación inmediata de los hechos. Tras la masacre, *Ruy Blas* denunció las mentiras oficiales y señaló como responsables al presidente Abadía Méndez, al ministro Ignacio Rengifo y al jefe de policía Cortés Vargas, “cazadores de hombres”. El 12 de diciembre tituló sin titubeos en primera plana: “Espantosa carnicería provocada por matarifes uniformados”; “La victoria de los esbirros”. También demostró cómo diferían las versiones de los hechos según la fuente. De acuerdo con las noticias transmitidas por el Partido Socialista Revolucionario, hacia el 10 de diciembre se contabilizaban 40 soldados muertos durante y después

Durante los diez años que permaneció Palacio Uribe en la dirección, el *Gil Blas* se convirtió en una especie de tribunal de acusación pública, en el veedor más pertinaz de los caudales públicos, en el denunciante de los ministros ineptos; por ello el director pagó incontables fianzas y muchas veces paró en los calabozos.

de la huelga, mientras el ministro Rengifo negaba estas bajas. Por obvias razones, *Ruy Blas* cerró el 31 de diciembre de ese año.

La masacre de las bananeras sólo alcanzó a ser reconstruida un año después, en 1929, por Jorge Eliécer Gaitán, durante el juicio de responsabilidades que le hizo el Congreso al gobierno de Abadía Méndez para que respondiera por las víctimas,¹¹ pero no se publicó ningún gran reportaje debido a la estricta censura.

El tercer presidente del siglo XX que cayó debido a las presiones de la prensa opositora fue Alfonso López Pumarejo, paradójicamente atacado por su otrora mejor amigo, Laureano Gómez, quien lo culpabilizó del asesinato de Mamatoco, amén de los otros escándalos que empañaron su segunda administración: la Trilladora del Tolima, la caseta de las Monjas y las acciones de la Handel. La muerte de ese oscuro agente de policía, ex boxeador y director del semanario *La voz del pueblo*, apodado Mamatoco, se convirtió en reclamo diario de *El Siglo* con una *manchette* que se repitió como estribillo durante los meses que duró el proceso penal: “¿Quién mató a Mamatoco?”, anteponiendo sus intereses políticos al interés público. Este diario publicó la reconstrucción cronológica de los hechos, según su versión, desde el 14 de julio hasta el 13 de septiembre, bajo el título: “Etapas de un asesinato oficial”.

Pero a Laureano Gómez se le devolvió el bumerán cuando presidió la IX Conferencia Panamericana, en abril de 1948, acusado por sus detractores de haber dilapidado 17 millones de pesos en avenidas, licores finos, banquetes y orquestas. Según la prensa liberal de izquierda, que hostigó al régimen de Mariano Ospina con sus pertinaces denuncias, hubo cohecho, abuso y fraude. Las andanadas más fuertes salieron de *La Jornada*, periódico gaitanista, en el que Luis Vidales publicó una ristra de editoriales luego recogidos en el libro *La insurrección desplomada*. En ellos acusó al Partido Conservador del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y a Gómez de corrupción.

El quincenario *Crítica* dio el mayor despliegue a esta investigación contra el ministro de Relaciones Exteriores, con la documentada acusación del representante Julio César Turbay Ayala —que presidía la comisión investigadora de la Cámara— y el desarrollo del juicio. Finalmente quedó en evidencia la doble moral de Laureano Gómez, que en su juventud atacó con saña al presidente Marco Fidel por una indelicadeza menor. El debate se prolongó hasta diciembre de 1948 y sobra decir que la principal defensa la hizo Álvaro Gómez desde *El Siglo*.

Reportajes de antología en la línea de denuncia

El género del reportaje, desde ese texto fundacional de *El crimen del Aguacatal* de Francisco de

Paula Muñoz¹² —que narra con largo aliento el crimen de una familia cometido en las afueras de Medellín, publicado en 1874—, ha servido para registrar vívidamente los acontecimientos más importantes de la historia nacional. Otro relato magistral es *Secretos del Panóptico*, de Adolfo León Gómez. El director del diario *Sur América* publicó en 1905, en varias entregas, esta denuncia de las atrocidades cometidas contra los presos políticos liberales durante la guerra de los Mil Días, a partir de su propia experiencia como reo. En la presentación el autor aclara: “No refiero sino lo que vi en mi tercera temporada de cárcel y algo de lo que me han contado personas respetables [...]”. Acaso haya quien dude de la veracidad de la relación que voy a hacer, porque parece increíble que en plena capital de una República que se dice civilizada, en los albores del siglo XX y bajo un gobierno que se preciaba de cristiano, se hubieran cometido tantas infamias; pero todo es rigurosamente exacto y sobran honorabilísimos testigos”.¹³ Al final anexa una nómina de los presos políticos que hubo en el Panóptico durante la última revolución como prueba irrefutable.

Enriquecen esta tradición los reportajes seriados, cuyos vestigios se encuentran en *El Correo Nacional*, como se vio antes con las cuatro entregas sobre la plaza de mercado. *El Sol*, de Medellín, también publicó en cuatro entregas un “Reportaje importantísimo. El infierno verde. Informe de reporteros” (noviembre 21 de 1913), con su correspondiente sumario: “Trato infame dado a los indios. Su honor menospreciado. Civilizados y salvajes. El clima de Caquetá”. Se trata de un documento de denuncia con una peculiar mezcla de narración, documentación y diálogo. El corresponsal relata las crueldades que se cometieron en estas plantaciones de caucho con los indígenas; denuncia a la empresa de Puerto Córdoba por violar los derechos humanos fundamentales y hace un llamado de atención para solucionar esta situación vergonzosa, muy en la línea crítica del periódico, defensor de los obreros y de los desprotegidos.

En sus inicios *El Tiempo* fue un periódico de línea dura que ventilaba los atropellos de los gobiernos de la Hegemonía. En 1915 denunció los contratos leoninos de la United Fruit Company en el Magdalena, su violación a los derechos humanos y a la soberanía. Otros periódicos liberales se unieron a la denuncia contra los “trusts yanquis”, como *El Espectador* y *El Diario Nacional*, en histórica retaliación por el zarpazo del canal.

Y a la vuelta de los años el documento más completo sobre las sangrientas jornadas cívicas de Bogotá en 1929 fue el gran reportaje de Alejandro Vallejo titulado *8 de junio*, que mantiene una clásica estructura cronológica con antecedentes,

sucesos y desenlace, en un relato vibrante que capta todos los detalles y la tensión de aquella revolución urbana.

La guerra contra el Perú permitió explorar las posibilidades del reportaje como gran crónica de la guerra y como género de denuncia hasta dar lugar a versiones encontradas de la historia¹⁴. En el libro *Lo que nadie sabe de la guerra*, el periodista Antolín Díaz —en calidad de corresponsal de guerra del diario *El Tiempo*— narró lo que vivió durante varios meses en la selva, denunciando de paso las torpezas y las irregularidades que cometieron los altos mandos civiles y militares del gobierno en el manejo del conflicto bélico.

Con escritura ágil y rápida, Díaz se anticipó a la censura y presentó las causas y las consecuencias del abandono estatal de la frontera con el Perú, a partir del interrogante insoslayable: “¿Por qué antes de 1932 Leticia estaba desguarnecida?”. Al responder involucra a los principales responsables: el ex ministro de guerra Carlos Arango Vélez, el canciller Roberto Urdaneta y el nuevo ministro de guerra Carlos Uribe Gaviria. Denuncia entonces la farsa oficial, las campañas mentirosas y las constantes pugnas entre civiles y militares que llevaron al caos total y a la muerte de soldados que murieron más por el paludismo y el tifo que por ataques enemigos, y todo por la desprotección en que marcharon las tropas colombianas hacia el sur del país. Termina el reportaje con los “Medallones de la frontera”, donde rinde homenaje a las prostitutas que llegaron al escenario de la guerra: Elisa (*Pan de Soldado*), Blanca (*La Bogotana*), Pastora (*Malhora*), Sara (*La Huitota*), Juana (*La Pastusita*), María (*La Pildora*), Berta (*Pata de Guama*), Santos (*La Lavandera*). Un cierre conmovedor después de tan corajuda denuncia.

Para desmentirlo, el ministro de Guerra, Carlos Uribe Gaviria (hijo del general Uribe Uribe), publicó *La verdad sobre la guerra*, con el fin de mantener en el engaño a la opinión pública. Por su parte Carlos López Narváez, en calidad de auditor de la Fuerza Militar, escribió el libro *Diario de guerra*, publicado primero por entregas en la revista *Pan* entre 1935 y 1936. A diferencia del reportaje de Antolín Díaz, aquí la mirada está puesta sobre los soldados y revela escenas

trágicas de la vida militar, sin caer en dramatismos, debido a los permanentes apuntes irónicos del autor, corresponsal desenfadado que no deja de cuestionar la institución y la fiebre patrioter que mandó a un millar de colombianos a defender una bandera.

Cuenta que tras la visita del ministro de Guerra, Uribe Gaviria, la situación de Guepí continuó igual: “Penetración sin transportes adecuados, falta de víveres, hospitales sin drogas y repletos de harapos vivientes”.¹⁵ Incluso hace chanzas sobre sus colegas Antolín Díaz y Arturo Arango Uribe, corresponsales de *El Tiempo* y de *El País*, intentando aprender a manejar el máuser. Según cuenta, Arango Uribe cayó enfermo, en estado febril, y *El negro* Antolín se devolvió para la capital porque no pasaba nada, y recogió las crónicas censuradas por el periódico para editar el libro.

Antolín Díaz también publicó en 1935 el libro *Sinú, pasión y vida del trópico*, que indignó a las élites del departamento de Bolívar por sus comentarios sobre el abandono de la región. Hasta el presidente López Pumarejo se molestó con su denuncia. “Yo soy el reportero que levanta todos los velos para que el pueblo vea cómo se le engaña por unos y cómo se le explota por otros”, respondió Díaz. En el prólogo, Hernando Téllez destaca la calidad del reportero que trabaja “a la manera genial de Alberto Londres y John Lindsay, los maestros del gran reportaje en Francia y Estados Unidos [...]”. Se emparenta Díaz con Stanley, el genial reportero inglés, que antes de descubrir a Livingstone y de penetrar al Congo, contaba entre sus experiencias vitales la de haber sido un inquieto y peligroso pastor de almas” (en alusión al oficio de catequizador

que desempeñó Antolín Díaz en la zona, por amable invitación de su compañero de viaje: un pastor protestante, que llevaba un cargamento de 5 mil biblias).¹⁶ En este gran reportaje, escrito con las nuevas técnicas literarias, el reportero denuncia la tragedia que ocurrió en febrero de 1931 en Montería. A diferencia de la prensa liberal oficialista que negó toda responsabilidad y acusó a los conservadores de querer entorpecer las elecciones, Antolín Díaz afirmó que fueron los liberales quienes organizaron a los campesinos del Alto Sinú y llegaron armados de machete:

En sus inicios *El Tiempo* fue un periódico de línea dura que ventilaba los atropellos de los gobiernos de la Hegemonía. En 1915 denunció los contratos leoninos de la United Fruit Company en el Magdalena, su violación a los derechos humanos y a la soberanía. Otros periódicos liberales se unieron a la denuncia contra los “trusts yanquis”, como *El Espectador* y *El Diario Nacional*, en histórica retaliación por el zarpazo del canal.

ocho mil hombres armados contra cuatro mil conservadores inermes. Según su versión, el enfrentamiento terminó con decenas de muertos que se arrojaron al río Sinú y un incendio que devoró buena parte de la ciudad.

Excepto por estas manifestaciones, en las primeras tres décadas todavía era infrecuente el periodismo investigativo en las páginas diarias de la prensa y los pocos artículos que se publicaban muchas veces adolecían de falta de rigor. El 10 de agosto de 1935, *El Diario Nacional* denunció en un amplio informe graves irregularidades en el Instituto Nacional de Ciegos, con sede en Bogotá, donde faltaban médicos, drogas, vestidos y alimentos para los invidentes por desidia de la administración. Todo comenzó por las quejas que llevaron al periódico un grupo de diez ciegos y que un reportero se limitó a recoger, sin visitar el lugar de los hechos y contrastar versiones. A raíz de ello, llegó una carta de protesta de la Dirección Nacional de Ciegos y el periódico comisionó a su jefe de información, Osorio Lizarazo, y a dos periodistas de *El Espectador* y de *El Tiempo* para que investigaran y presentaran un informe sustentado. Este caso demuestra que en la época los redactores solían armar sus denuncias con base en una sola fuente. De ahí que los lectores estaban familiarizados con las cartas de rectificación.

A finales de los treinta la revista bogotana *Estampa*, dirigida por Jorge Zalamea, se destaca por su línea de periodismo investigativo. Uno de los mejores trabajos de denuncia fue el reportaje de Orlando Perdomo titulado “El terror pardo en Colombia”, sobre la persecución nazi a los judíos-alemanes exiliados en Colombia (julio 29 de 1939). Perdomo denunció que unas 400 personas que hallaron refugio en Colombia eran víctimas de un régimen dictatorial y vivían perseguidas por el régimen del Führer con apoyo del gobierno colombiano. En esta primera entrega narra el drama de un comerciante judío nacionalizado en Colombia, el señor Gotthelf, que fue traicionado por agentes de Hitler y por coterráneos envidiosos de su prosperidad. Ante las presiones se lanzó del Palacio Nacional de Medellín (el salto del Tequendama de los paisas).

Perdomo trató de investigar el tema de la persecución nazi en Colombia y de la situación desesperada de los refugiados, pero no pudo averiguar mucho por el miedo que tenían los judíos a ser descubiertos. El 12 de agosto salió el segundo reportaje titulado “¿Hay espionaje nazi en Colombia?”. La tercera entrega se frustró por una carta del embajador de Alemania en Bogotá que negaba de plano los hechos, pero quedaba incólume la credibilidad del periodista apoyada en pruebas como los documentos de identidad de los infelices. La serie tuvo gran impacto y a partir

de estas denuncias otros periódicos se pusieron sobre la pista de la investigación y corroboraron la existencia de una red de espionaje nazi dirigida por la Gestapo. *El Comunero*, de Bucaramanga, denunció en junio de 1944 la presencia de la Gestapo en esa ciudad. Según el periódico, los alemanes hacían campañas con la anuencia de la Policía. Dejaban esvásticas estampadas con tiza y carbón en las fachadas y puertas de los edificios públicos y locales comerciales.

El Correo de Medellín nació en 1944 con sed de denuncia, y sus titulares eran provocadores: “Mientras el país se desangra Cartagena prepara su reinado” (noviembre 9 de 1949). Su línea crítica y antioficialista lo llevó a revelar las irregularidades que se cometieron en la administración del gobernador de Antioquia, Eduardo Berrío González, conservador contra el que arreciaban los ataques por sus chanchullos y peculados.

Y no cabe duda de que uno de los periódicos que contó con el mejor cartel de reporteros investigativos entre los años cuarenta y cincuenta fue *El Espectador*: Felipe González Toledo, Mike Forero Nougues, Paulo E. Forero, Camilo López, Guillermo Lanao, José Guerra, entre otros. A mediados de los años cincuenta llegó del Caribe un reportero con muchos quilates, Gabriel García Márquez, que alternaba sus comentarios sobre el cine en Bogotá con reportajes de denuncia sobre regiones abandonadas del país y de los municipios cundinamarqueses, escritos con envolvente estilo. Hasta que la publicación del *Relato de un naufragio*, en 1955, lo mandó al exilio europeo, donde siguió desempeñándose como corresponsal. Y entre las décadas del sesenta y setenta sobresalieron Juan Gossain, Henry Holguín y Germán Castro Caycedo, tres de los periodistas que más historias escribieron y más callos pisaron.

La revista *La Calle* (1957), de López Michelsen, también nació con vocación de indagar en la realidad colombiana y bogotana. Su temario siempre sorprendía por la audacia de los temas. “De cada tres bogotanos, uno tiene hambre”, fue un reportaje del destacado reportero Rafael Maldonado Piedrahita, que puso el dedo en la llaga del más grave problema de la capital: 15 mil familias de exiliados campesinos que se asentaron en barrios del sur sin contar con las mínimas condiciones de subsistencia. Entre los muchos testimonios encontró el de una hermana de Juan de la Cruz Varela, el guerrillero amnistiado. Aunque Jorge Child decía que los reporteros de *La Calle* publicaban no artículos sino tesis de grado sobre la pobreza, el analfabetismo, la prostitución, el desplazamiento, entre otros problemas endémicos del país, estos reportajes dan cuenta de la Colombia profunda heredada del régimen de Rojas Pinilla y de sus predecesores.

Bajo el título de “Un periodista viola el secreto del infierno verde” (noviembre 15 de 1957), Maldonado Piedrahita publicó un crudo reportaje sobre los problemas que se presentaban en la Colonia Agraria y Penal Araracuara, con 863 reclusos, a raíz de una investigación ordenada por el ministerio de Justicia. “Con esta crónica, *La Calle* inicia una campaña nacional pro-reforma carcelaria. El periódico se propone denunciar las anomalías de nuestro sistema carcelario”, y para ello el cronista recoge testimonios de los prisioneros y de los guardias de la cárcel donde permaneció una semana. En un recuadro recuerda que durante la dictadura de Rojas Pinilla, la Colonia llegó a tener 195 presos políticos y algunos de ellos murieron en el penal (en el momento de hacer la investigación había 17 presos políticos).

En 1959, tras diez años de padecer la dictadura, en *Semana* comenzó a perfilarse una agenda informativa que reflejaba los problemas más graves del país, documentados por analistas y reporteros. Los mejores reporteros eran Leopoldo Pinzón y Paulo E. Forero, quienes recorrían el país contando los dramas de la violencia. Empezó a emerger un país desgarrado que el gobierno militar quiso mantener oculto.

Se narraban masacres cotidianas, enfrentamientos de la “chusma” con los campesinos, secuestros, abigeatos en los campos y delincuencia común en las ciudades. Con equilibrado criterio se realizaron series periodísticas para presentar los polos de desarrollo del país y sus posibilidades turísticas. Y se hizo una investigación sobre el reinado de belleza de Cartagena —que desató la ira de los organizadores del concurso— y fue premiada por el Colegio Nacional de Periodistas.

En 1960 *Semana* anunció la creación de un Departamento de Investigaciones e Informes Especiales (equivalente a la primera unidad investigativa de la revista y muy probablemente del país), a cargo del abogado y profesor universitario Ricardo Samper. Su fin era entregar material mejor investigado de la información nacional (con apoyo en la red de colaboradores de todo el país). Durante un año largo la revista denunció fraudes informativos de la Gran Prensa, reveló el atentado contra Juan de la Cruz Varela, la abstención electoral anunciada anticipadamente, el inmovilismo de los funcionarios públicos, la conspiración del diario oficialista *El País* contra el liberal *Relator*,

de Cali, y la verdad sobre Cuba. *Semana* pasó de ser incómoda para volverse peligrosa con su propósito de hacer un periodismo “encauzado hacia la formación de una conciencia nacional”, como afirmaba el director Alberto Zalamea.

Y a su salida de *Semana*, el mismo Zalamea fundó *La Nueva Prensa*, semanario desde el que hizo oposición al Frente Nacional y se atrevió a narrar los episodios de la violencia cotidiana que no aparecían registrados en la Gran Prensa. Según testimonio de Zalamea sobre la fundación y el norte editorial de *La Nueva Prensa*, “La motivación principal para su creación fue que en ese momento no había una prensa realmente valerosa capaz de denunciar una serie de problemas que estaban quedando ocultos. Y esa responsabilidad la asumimos nosotros en *La Nueva Prensa*. Junto a Silvio Yepes, Carlos A. Rodríguez, Joaquín Molano Campuzano y otros periodistas destacamos lo que podría ser el periodismo investigativo, y le dimos apertura a todos los movimientos políticos que no tenían cabida en la Gran Prensa”.¹⁷

En 1960 Marco Tulio Rodríguez obtuvo el Premio *Mergenthaler*, de la SIP, por su serie “Los municipios olvidados de Colombia”, publicada en *El Espectador*,

que al año siguiente apareció como libro.¹⁸ Se trató de la campaña más impactante sobre las regiones abandonadas del país que haya emprendido un medio de comunicación. Cuando recibió el premio, Marco Tulio Rodríguez se encontraba en Caquetá, haciendo la reportería de su trigésima entrega “Por qué se acabó Tres Esquinas. Una base aérea sepultada bajo el rastrojo de la selva en Puerto Solano” (septiembre 18 de 1960). Para llegar allí el equipo del periódico tardó 22 horas por carretera con la chiva del periódico, y otro día en chalupa por el río Orteguaza. El propósito de este reportaje era denunciar el retiro de la base aérea, fundada después del conflicto con el Perú en 1932, y que era el punto de referencia civilizado en el sur del país. Los colonos entrevistados denuncian que desde que se acabó la base, Puerto Solano empezó a quedar en la miseria por su incomunicación.

En esta misma línea de investigación del país profundo y olvidado, en 1976 publicó Germán Castro Castro Caycedo *Colombia amarga*, 30 historias sobre la violencia en Colombia que aparecieron por entregas en *El Tiempo*. Castro

Se narraban masacres cotidianas, enfrentamientos de la “chusma” con los campesinos, secuestros, abigeatos en los campos y delincuencia común en las ciudades. Con equilibrado criterio se realizaron series periodísticas para presentar los polos de desarrollo del país y sus posibilidades turísticas.

Caycedo, gran admirador de Marco Tulio Rodríguez, comenzó así una obra que hoy supera los 15 títulos, compuesta de grandes reportajes investigativos sobre la realidad colombiana.

Durante el primer año de su fundación, 1965, en *El Espacio* dominaron los informes políticos y de denuncia; “la monita” (la mujer ligera de prendas), “el monito” (el muerto del día) y las crónicas de sucesos eran apenas la guinda del vespertino. En los primeros dos lustros se formó toda una generación de periodistas con nombres tan reconocidos como los de Yamid Amat, Cecilia Orozco, Henry Holguín, Fabio Rincón, Oscar Domínguez, Jorge Enrique Pulido, Margot Ricci, Héctor Mora, Iáder Giraldo, Elkin Mesa, Darío Silva, Juan Guillermo Ríos, Gloria Caldas, que hicieron un periodismo un poco más independiente que el que permitía la prensa oficialista “seria”, aunque su filiación era liberal. Se dedicaron tanto a la denuncia de los más graves problemas bogotanos, como los de otras ciudades del país donde el periódico contaba con su red de corresponsales.

Uno de los mejores cubrimientos de *El Espacio* fue en la cordillera huilense donde se inició la ofensiva del Ejército contra la guerrilla de las Farc. Hasta allí llegaron Fernando Castillo y el reportero gráfico, Posada, primeros periodistas colombianos en el frente guerrillero, donde permanecieron dos semanas. El 26 de agosto de 1966 se publicó la primera entrega: “Bombas de 500 libras caen sobre guerrillas”. “En 48 horas caería Tiro-fijo”. *El Espacio* vendió su primicia, originada en Neiva, con “las primeras fotografías de este tipo que se publican en Colombia” de los campesinos desplazados, los trozos de las bombas y las veredas arrasadas por los bombardeos.

A raíz de estas informaciones sobre el operativo militar, el Ejército protestó por el sensacionalismo de *El Espacio* y pidió a la prensa que en adelante se ciñera a los boletines oficiales (agosto 27 de 1966). Solicitud que *El Espacio* desestimó de plano. En cambio, *El Tiempo* se apresuró a rectificar al vespertino para proteger la imagen del recién posesionado gobierno de Carlos Lleras Restrepo y de sus Fuerzas Armadas. Según la prensa oficialista nunca se produjeron los bombardeos. *El Espacio* respondió que su interés por los problemas sociopolíticos lo llevaba a alertar a la comunidad sobre el peligroso resurgimiento de la guerrilla y sobre la forma improvisada como el gobierno la estaba combatiendo. Además, los reporteros hicieron graves denuncias por torturas que los oficiales y soldados infligieron a los campesinos. En últimas, estaban cumpliendo con el primer precepto del periodismo investigativo: revelar lo que otros pretenden ocultar.

El Bogotano también acostumbró a los lectores a las denuncias. En sus páginas se publicaron los

escándalos de la Sofasa Renault, los sobornos de la Lockheed en Colombia y el caso de la hacienda La Libertad, que involucraba a la familia del presidente López. La directora, Consuelo de Montejo, siempre apoyó a su jefe de redacción, el avezado periodista Henry Holguín, porque creía que en Colombia había que derrotar el miedo.

En los años setenta y ochenta —bajo el impacto del Watergate norteamericano— se destacaron las denuncias contra la corrupción y los grandes oligopolios. A partir de 1979 *El Espectador* se enfrentó con el grupo Grancolombiano, cuyas represalias hicieron mella en el decano de la prensa en Colombia. *El Espectador* creó un grupo de investigación encabezado por Juan Guillermo Cano con los periodistas Luis de Castro, Fabio Castillo, Héctor Giraldo y Edgar Caldas, para hacer seguimiento a los movimientos bursátiles del grupo hasta la caída de los fondos de inversión. Un trabajo investigativo serio que premió el Círculo de Periodistas de Bogotá en 1984, porque demostraba el interés primordial del medio por los miles de ahorradores perjudicados. “Tras las continuas denuncias de *El Espectador*, el Grupo Grancolombiano tomó una actitud difamatoria, discriminatoria y ofensiva hacia el periódico durante 1981 y 1982. Parte de su estrategia contra el diario fue retirar su pauta publicitaria [...]. Entre ella la cartelera de cine de Cine Colombia”.¹⁹

Este periódico sirvió de escuela a grandes investigadores, y en los años setenta sobresalieron reporteros como Óscar Alarcón, Carlos Murcia, Rodrigo Pareja y Héctor Muñoz; en los ochenta, Ignacio Gómez, Fabio Castillo, Héctor Mario Rodríguez, Efraín Pachón, Marcela Giraldo, Jorge Cardona, entre otros que se atrevieron a denunciar los peores negociados que además involucraban a funcionarios públicos.

En el diario caleño *El Pueblo* (1975), que acogió a periodistas e intelectuales de izquierda, hubo destacados reporteros como el jefe de redacción Héctor Moreno, Gilma Jiménez de Niño, Henry Holguín, Fernando Garavito, Pedro Claver Téllez y Héctor Rincón, que se dedicaron a temas de denuncia, en su mayoría originados en Cali.

La aparición de la revista *Alternativa* en 1974 marcó otro hito en el periodismo investigativo nacional con su estilo irreverente y riguroso, que la convirtió en la primera revista de oposición hasta 1980, cuando cerró por presiones del poder y dificultades económicas. Durante ese tiempo un equipo de brillantes periodistas encabezados por García Márquez, Antonio Caballero, Enrique Santos Calderón, Daniel Samper y académicos como Orlando Fals Borda y Antonio García, se dedicaron a denunciar las irregularidades del gobierno de López Pumarejo y a demostrar la inconstitucionalidad del llamado Estatuto de

Seguridad de Julio César Turbay Ayala por las violaciones a los derechos humanos y la censura de prensa.

A partir de la edición del 15 de marzo de 1976, Arturo Alape publicó una serie de reportajes y crónicas bajo el título de “Historias Prohibidas”, en las que entra a saco en asuntos polémicos de la vida nacional y configura un mapa de la violencia en Colombia. La serie consta de 27 artículos que tratan el gran tema del bandolerismo en Colombia. Algunos títulos son: “La geografía del miedo”; “La patología laureanista”; “La verdad de la tortura, la verdad de Laureano”; “Conversaciones de un Presidente con un ‘Pájaro’”; “Los libertadores de Corea”; “La godificación de la política”; “Los chulavitas: a sangre y fuego”; “Alberto Cendales: por qué se hizo rebelde”; “Historia de tumbas y de discursos”; “Rojas Pinilla: el ejército y el poder” y “La descomposición de la guerrilla liberal”. Además de Arturo Alape, en esta sección escribían Gonzalo Sánchez y Antonio Caballero.

Con Daniel Samper a la cabeza se formó en 1977 la unidad investigativa de *El Tiempo*, integrada también por Alberto Donadío (abogado especializado en acceso a documentos públicos) y Gerardo Reyes, los otros dos periodistas investigativos de más larga trayectoria en nuestro país. Los resultados de las primeras investigaciones realizadas por Samper y Donadío sobre corrupción en el Congreso de la República se comenzaron a publicar en la columna *Reloj*. Y en 1978 comenzó a funcionar la Unidad Investigativa, en la cual se realizaron más de cien informes especiales con denuncias de toda índole —desde los inexplorados temas ecológicos y medioambientales hasta los consabidos abusos del poder público— que aceleraron procesos judiciales y dejaron una mejor impresión en los lectores que en los dueños del periódico, quienes en esos casi diez años perdieron anunciantes y amigos. En 1987, Samper salió amenazado del país por una de esas investigaciones relacionadas con las autodefensas. Y luego se fueron Donadío y Reyes.

La Prensa, el periódico de Juan Carlos Pastana, hizo un aporte importante al periodismo investigativo, a pesar de sus compromisos políticos. Pero el director supo rodearse de reporteros talentosos como Gonzalo Guillén, quien publicó con frecuencia sus crónicas sobre el narcotráfico y su infiltración en la política, así como dio cuenta de los avances del paramilitarismo en el país. Y el diario *El Mundo* de Medellín (1979), dirigido por Darío Arizmendi, contó desde sus inicios con un talentoso equipo de reporteros y cronistas que escarbaron en terrenos no pisados

por *El Colombiano*, el diario tradicional de los antioqueños. Y en la década del ochenta también sobresalió en la oficina de *El Tiempo* de Medellín el cronista Juan José Hoyos, responsable de cubrir la guerra entre los carteles de la droga y todos los hechos desencadenados por el narcotráfico como el sicariato.²⁰ ■

NOTAS

- 1 Cfr. Judith y William SERRIN, *Muckraking: The Journalism That Changed America*, New Press, Nueva York, 2002.
- 2 Ana María GUEVARA, *Tras las huellas del periodismo informativo colombiano: El Correo Nacional (1890-1894)*. Carrera de Comunicación Social, Facultad de Comunicación y Lenguaje de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2002, 119-131.
- 3 Pérez y Soto ya había sido víctima de la Regeneración cuando su periódico *El Constitucional* fue suspendido por seis meses y él condenado a un mes de cárcel.
- 4 Bogotá, Imprenta Nacional, 1905.
- 5 Ver “La Banda White Company”, de Pedro Claver TÉLLEZ, en la revista *Folios*, Universidad de Antioquia, Facultad de Comunicaciones, No 6, 2002, pp. 70-73.
- 6 Enrique Santos MOLANO, *Los jóvenes Santos*, Bogotá, Universidad Central, Tomo I, p. 79.
- 7 “De la mordaza a los grandes diarios”, *Medios y Nación, Historia de los medios de comunicación en Colombia*, VII Cátedra Anual de Historia, Museo Nacional y Ministerio de Cultural, Bogotá, Aguilar, 2003, p. 135.
- 8 Redactor del diario francés *El Independiente*.
- 9 El libro *Los sueños de Luciano Pulgar*, que ya estaba pergeñando y publicaría unos años después, al dejar la Presidencia.
- 10 Cita de Guillermo CAMACHO MONTOYA en *Laureano Gómez. Un dominador político*, Revista Colombiana, Bogotá, 1941, p. 25.
- 11 Ver Jorge Eliécer GAITÁN, *El debate sobre las bananeras*, Centro Gaitán, Bogotá, editorial Retina, 1988.
- 12 Ver Juan José HOYOS, *Francisco de Paula Muñoz y ‘El crimen del Aguacatal’*. Un pionero del reportaje, Medellín, Ediciones Hombre Nuevo, 2002.
- 13 *Secretos del Panóptico*, Bogotá, Imprenta de Medardo Rivas, 1905, pp. 2-3.
- 14 Sobre esta guerra también se publicaron *180 días en el frente*, de Arturo ARANGO URIBE y *En la línea del fuego*, de Luis MOLINA MENDOZA, pero no tienen la fuerza de los otros libros comentados.
- 15 Carlos LÓPEZ NARVÁEZ, 1933. *Putumayo (Diario de guerra)*, Bogotá, Iqueima, 1949, p. 211.
- 16 Cfr. Albio MARTÍNEZ SIMANCA, *Vida y obra de Antolín Díaz, el coloso del periodismo*. Bogotá, Universidad Sergio Arboleda, 2003, pp. 576-578.
- 17 Paulina ANGARITA y Tatiana RODRÍGUEZ, *op.cit.*, p. 66.
- 18 Marco Tulio RODRÍGUEZ, *Municipios olvidados de Colombia*, Bogotá, Asociación Liberal de Integración Social, 1982.
- 19 Liliana ROMERO y Catalina SARMIENTO, “*El Espectador: la lucha por la independencia*”, trabajo de grado Facultad de Comunicación y Lenguaje, Pontificia Universidad Javeriana. 2005, p. 48.
- 20 Ver Juan José HOYOS, *Sentir que es un soplo la vida*, Bogotá, Planeta, 1994.

El metatexto, ¿final de la interpretación?

Víctor Villa Mejía

Resumen

Dos nociones polisémicas, la interpretación y el metatexto, son el punto de partida aquí; y de la mano de la interpretación llegamos a los diversos niveles de la lectura, pues, en mayor o menor medida, leer es interpretar, es decir, acceder al sentido del texto. Por otro lado, metatexto, término también plurisignificativo, es el comentario que un texto presenta de otro texto. El metatexto, concluye el autor, trasciende el significado del texto para acceder a su sentido.

Palabras clave: texto, metatexto, lectura, interpretación, sentido, significado.

Abstract

The beginning here are two polisemic concepts: interpretation and metatext. Based on interpretation we can get the diverse levels of reading, as reading is, the much or the less interpreting, that means getting the sense of texts. On the other hand, metatext is also a plurisignificant term that is the comment a text presents based on another text. Metatext, the author concludes, overpasses the significance of the text to accede to its sense.

Key words: text, metatext, reading, interpretation, sense, meaning.

*"La metatextualidad remite a la relación de comentario de un texto por otro.
Charaudeau & Mainguenau¹*

Leer es un acto de discusión, amistosa o no, que a menudo se prolonga más allá de la lectura misma.
Juan Fernando Pérez²

Uno

Nos enfrentamos hoy a dos nociones polisémicas a más no poder: la interpretación y el metatexto. Empecemos por la interpretación. Si se le relaciona con los sueños, el aporte freudiano alude a procesos des-encodificadores de textos oníricos en los cuales su interpretación depende de intervenciones des-metonimizadoras y des-condensadoras. Si pensada como actividad de traducción, la interpretación es el mismo trasvase de información de una lengua fuente a otra lengua meta, salvo que aquí la traducción es oral y simultánea, como lo hacían los lenguaraces. Y si de hermenéutica se trata, la interpretación toma visos de desciframiento, desocultación y descriptización.

Relacionada con la lectura, algunos teóricos son contundentes al optar por la equivalencia entre leer e interpretar. Los mánticos, por ejemplo, son expertos lectores, i.e. intérpretes de las

líneas de la mano (quirománticos) y de los naipes (cartománticos).

Ahora sí, referida a los textos académicos, la lectura vuelve a ser interpretación. Tal vez se precise alguna gradación, para eliminar así su polisemia. Definir la lectura como *comprensión* puede ser un primer grado de interpretación; y definirla luego como *interpretación* puede ser un segundo paso de la comprensión, en cuyo caso estaríamos hablando de competencia lectora plena.

Ilustremos esto. Los Exámenes de Estado consideran que un buen bachiller debe superar las pruebas de comprensión de lectura. Por su parte, los Exámenes de Calidad de la Educación Superior –Ecaes– piensan que un buen profesional debe superar las pruebas de competencia lectora. Tanto la comprensión como la competencia apuntan a la interpretación textual, en grados o niveles diferentes: la comprensión lectora es el grado inicial de la interpretación, mientras que la competencia lectora es el grado terminal de la

misma interpretación. Por eso, la comprensión lectora de los Exámenes de Estado parte del nivel *literal*, pasa por el *inferencial*, para llegar al nivel *analógico* como primer grado de interpretación; a diferencia de la competencia lectora de los Ecaes que parte de un primer nivel *interpretativo*, continúa con el *argumentativo* y llega al nivel *propositivo* como último grado o culmen de la interpretación.

En todos los casos leer es interpretar, al margen de si la interpretación es sobreinterpretación (hipercodificación) o subinterpretación (hipocodificación), para utilizar términos acuñados por Eco.³

Dos

El otro concepto plurisignificativo es el de metatexto. El causante de la polisemia es el prefijo meta-. Este prefijo es polifuncional, pues se puede leer como 'entre', en *metacarpo*: parte de la mano entre el carpo y los dedos; 'detrás, hacia atrás', 'antes', en *metafísica*: parte de la filosofía que estudia la naturaleza de las causas primeras (el origen y la estructura del universo); como 'después', en *metafísica*: en la obras de Aristóteles estaba tratada dicha ciencia después de la física; como 'cambio', en *metamorfosis*: cambio de un ser en otro; como 'traslación', en *metáfora*: figura de retórica por la cual se transporta el sentido de una palabra a otra, mediante una comparación mental; como 'relación', en *metonimia*: figura de retórica que consiste en designar una cosa con el nombre de otra, cuando están ambas reunidas con alguna relación; y como 'más allá', en *metalengua*: más allá o más acá de la lengua objeto, es decir, la lengua-código, de Jakobson.⁴

Lo que sucede en *metalengua* es que el prefijo griego meta- alterna con trans- que en latín era 'más allá, 'que trasciende', y frecuentemente correspondía en compuestos al griego meta-. Por eso, metonimia = transnominación, metadisciplina = transdisciplina y metatexto = transtexto. Si los dos prefijos están homologados, la opción por uno de ellos obedece solo a alguna estrategia comunicativa, como lo hizo el Primer Congreso Mundial de la Transdisciplinariedad, realizado en Portugal en 1994, en donde los participantes escribieron y adoptaron la Carta de la Transdisciplinariedad: "La transdisciplinariedad concierne, como lo indica el prefijo trans, a lo que simultáneamente es entre las disciplinas, a través de las diferentes disciplinas y más allá de toda disciplina".⁵

Tres

A esta disertación no le conviene la transtextualidad sino la metatextualidad, la cual subsume las nociones de intratexto, intertexto y extratexto. Las definiciones de estas nociones inclusivas las tomo de Pérez, aplicadas directamente a la lectura:

La *lectura intratextual* es un primer tiempo de lectura que aspira a investigar un texto, para intentar establecer, *solo desde el texto mismo*, lo que éste dice.

La *lectura intertextual*, segundo tiempo de lectura, en el cual se pretende cotejar y someter a discusión unidades de análisis (párrafos, conceptos, enunciados, etc.) de dos o más textos, de uno o varios autores.

La *lectura extratextual*, tercer tiempo de lectura, que pretende ubicar un enunciado, o un conjunto de enunciados, como campo referencial explícito en el cual, se supone, debe inscribirse la lectura del texto base.⁶

Dichos tiempos están regidos por lógicas distintas, tal como lo explica Pérez:

Es ya conocida con cierta amplitud la tesis de Lacan sobre la temporalidad lógica que rige en una indagación cualquiera. Lacan estableció que en procesos tales se produce la vigencia de tres tiempos que es necesario diferenciar. Los designa como el *instante para ver*, el *tiempo para comprender* y el *momento para concluir*, y éstos definen una sucesión lógica más que una cronología. Los términos propuestos por Lacan describen en forma adecuada el sentido que les asigna. Puede notarse que tales denominaciones comportan un orden lógico; orden que parte del ver, pasa por el comprender y termina por el concluir. Para el primer tiempo habla de un "instante", para el segundo de "tiempo" y para el tercero de "momento". Esto sugiere una cierta brevedad para el primer tiempo, una posibilidad de detención en el segundo, y nuevamente una cierta brevedad para el último.⁷

Esos tres tiempos se corresponden con tres lecturas: la intratextual con la lectura *litera*; la intertextual con la lectura *sensus*; y la extratextual con la lectura *sententia*. Vistos a contraluz los tiempos de estas dos tríadas (lecturas intratextual, intertextual y extratextual vs. lecturas *litera*, *sensus* y *sententia*), el más importante –por lo extenso– es el *sensus*, i.e. la comprensión. Lo anterior podría llevar a pensar que la verdadera interpretación está en la intertextualidad. Con todo, dicho *sensus* es un proceso interior, mental, que en la oposición prefijal in-ex sigue siendo impresión, no expresión. El *sensus*, en tanto sentido, es simultáneamente sensibilidad y sensación. Objetivado dicho sentido, configura la in-ferencia; pero de ninguna manera la re-ferencia o la pro-ferencia. Ellas aparecerán con la *sententia*.

La *sentencia* es el tiempo o momento final de la lectura de pesquisa o interpretativa. Para Pérez la lectura extratextual “es la forma de lectura desde la que se pretende producir una interpretación con la ayuda de un saber cualquiera [...] Es el momento de la formulación de una interpretación acerca de lo que dice el texto; momento de producción de uno (o varios) enunciados que expresen una conclusión acerca de lo que el texto dice”. La lectura extratextual, y con ella la *sententia*, es el tiempo de la escritura, a juicio de Saldarriaga.⁸

La propuesta de lectura extratextual abriga ciertos riesgos, como por ejemplo que el texto del lector desborde el texto base y se convierta en otro texto; o que el enunciado o conjunto de enunciados del extratexto no aludan a ese campo referencial explícito que está enunciando el autor, convirtiendo la lectura en sobreinterpretación.

Cuatro

Precisamente porque la *sententia* tiene que estar adherida al texto base, es decir, autorizada por las lecturas intratextual e intertextual, propongo llamar metatexto a un tiempo adicional de la lectura. La definición de metatexto ofrecida por Ruiz me parece precisa: “Articulación del sentido del texto y del proceso interpretativo que lo esclarece [...] en la que cobran importancia los elementos descriptivos, analíticos e inferenciales”.⁹ Ahí sí el metatexto es un más allá del texto base. En otras palabras, las nociones de transtexto y metatexto tienen que ser equivalentes, para que la lectura metatextual pueda ser postulada como el final de la interpretación.

En este orden de ideas, De Zubiría tiene razón en su teoría de las seis lecturas al asignarle el estatuto de sexta lectura a la metatextual. Dice este autor:

La lectura metatextual pretende desbordar y superar el *significado* (textual) para acceder al *sentido* (con-textual o metatextual) [...] Se localiza “más allá” del significado evidente y explícito del texto. Busca tres finalidades: a) Comprender las motivaciones que llevan al autor a escribir lo escrito; b) Rastrear las relaciones del escrito con las ideologías oficiales, con el contexto sociocultural en que se desarrolla la obra; c) Por último, indagar la forma y el estilo de la obra.¹⁰

Aquí está la clave de la interpretación: acceder al sentido del texto. Por ello, se justifica la insistencia de Pérez en el “instante del ver” –en el significado del texto–, para que el *comprender* y el *concluir* sean como dos vectores que se desprenden

del intratexto; y entre ambos devengan garantes del sentido, explicitable solo en el metatexto.

Cinco

En el canon didáctico, al metatexto se le llama comentario. Ciertamente es que existen otras tecnologías lectoescriturales que son también metatextuales, como la reseña, el estado del arte y el ensayo. Con todo, es en la *sententia* = comentario donde aparece expedita su didactización. Precisamente, en un texto clásico de la pedagogía de la lectura, Narvaja *et al.* oponen el resumen (final de la lectura literal o intratextual) al comentario (final de la lectura analógica o extratextual):

Mientras el *resumen* nace claramente de otro texto, el *comentario* se construye en torno de un texto objeto; si el *resumen* supone una reducción, el *comentario* constituye una expansión; el *uno* acelera el tiempo, el *otro* adquiere morosidad reflexiva; el *primero* jerarquiza los aspectos nucleares, el *segundo* autoriza la digresión; el *resumen* excluye toda marca de la nueva situación de enunciación, en cambio el *comentario* se muestra como la operación interpretativa de un sujeto sobre un texto.¹¹

También Parra relaciona la lectura intratextual con la extratextual, cuando afirma:

El comentario es un tipo de texto que consiste en la valoración o evaluación personal de un texto que hayamos interpretado. En este sentido, el comentario, al igual que el resumen, es la construcción de un texto sobre otro texto [...] Un autor escribe un texto y un lector interpreta su significado, lo asocia con un sistema de valores y produce un texto en el cual explica a qué partes del texto se opone y con cuáles está de acuerdo y, además, expresa qué piensa del texto interpretado.¹²

Como el dictamen del juez o el veredicto del jurado, el comentario es la sentencia del lector. Con razón Pérez, para afianzar el concepto de comentario, alude a San Víctor: “Hugo de San Víctor, filósofo y gramático del siglo XII, propone dividir el *comentario* de un texto en tres tiempos [...] Son ellos *litera*, *sensus* y *sententia* [...] Es solamente este nivel de la *sententia* el que puede justificar la disciplina del *comentario*”.¹³

Por eso el comentario es controlador del discurso, siguiendo a Foucault en la ya clásica lección inaugural sobre el orden del discurso. Dice Foucault: “En toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada

y redistribuida por un cierto número de procedimientos".¹⁴ Uno de esos procedimientos es el comentario:

El comentario no tiene por cometido, cualesquiera que sean las técnicas utilizadas, más que el decir *por fin* lo que estaba articulado silenciosamente *allá lejos* [...] El comentario conjura el azar del discurso al tenerlo en cuenta: permite decir otra cosa aparte del texto mismo, pero con la condición de que sea ese mismo texto el que se diga y, en cierta forma, el que se realice [...] Lo nuevo no está en lo que se dice sino en el acontecimiento de su retorno.¹⁵

¿Qué hace el comentarista para producir su metatexto? Ya está dicho: se instala en el sentido, regresa a la significación y recupera el significado del texto. Esto es lo que se llama desencodificación o papel del lector (inversa a la encodificación o papel del autor, quien ha partido de un significado, ha construido una significación y ha propuesto un sentido). En consecuencia, el lector está obligado a sumergirse en la operación de deconstrucción, como la llamara Derrida. Todas esas operaciones deconstructivas del lector constituyen el metatexto, a condición de que leer sea interpretar, y la interpretación sea un texto.

Lo que el autor del texto hace es engendrar una idea o *inventio* –lo que se desea transmitir–, luego decide sobre el *dispositio* –cómo se dispone la información en el texto– y finalmente texturiza dicha idea en el *elocutio* –de qué manera se expresa en los códigos seleccionados–. El lector-intérprete reconstruye esos pasos y produce el metatexto o

comentario, en pos de las tres finalidades de la lectura metatextual expuestas más arriba por De Zubiría.¹⁶

Notas

- 1 Charaudeau, Patrick & Mainguenu, Dominique (2005). *Diccionario de análisis del discurso*. Buenos Aires: Amorrortu, 2005, p. 337.
- 2 Pérez, Juan Fernando. "Elementos para una teoría de la lectura (lectura e interpretación)". *Utopía Siglo XXI* (1), 1997, p. 111-126. Medellín, p. 113.
- 3 ECO, Umberto. *Interpretación y sobreinterpretación*. Cambridge University Press, 1992.
- 4 JAKOBSON, Roman. *Ensayos de lingüística general*. Madrid: Ariel, 1984.
- 5 BASARAB, Nicolescu. *La transdisciplinariedad. Manifiesto*. París, Du Rocher, 1999.
- 6 PÉREZ, *op. cit.*
- 7 *Ibid.*
- 8 SILDARRIAGA, Ana Victoria. *Las tres lecturas*. Comunicación personal. 2006.
- 9 RUIZ, Alexander. "Texto, testimonio y metatexto", en Jiménez, Absalón y Torres, Alfonso –comp–. *La práctica investigativa en ciencias sociales*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 2004, p. 45-61.
- 10 DE ZUBIRÍA, Miguel. "La lectura metatextual", en su *Teoría de las seis lecturas, t. II*. Bogotá: Fundación Alberto Merani, 2006.
- 11 NARVAJA, Elvira et al. "Relación entre estrategias y consignas discursivas en situación de examen: el caso del comentario", en Bolívar, A. y Bontivoglio, P. –eds–. *Actas del I Coloquio de análisis del discurso*. Caracas: Universidad Central, 1997. P. 233-237.
- 12 PARRA, Marina. *Cómo se produce el texto escrito*. Bogotá, Magisterio. S.f.
- 13 PÉREZ. *Op. Cit.* El subrayado es mío.
- 14 FOUCAULT, Michel. *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets, 1973.
- 15 *Ibid.*

La insepulta verdad histórica

¿Dónde están, qué ocurrió con los desaparecidos del Palacio de Justicia?

José Monsalve

Resumen

El 6 noviembre de 1985 a las 11:30 de la mañana, 28 guerrilleros del M-19 se tomaron el Palacio de Justicia. El Estado colombiano encabezado por el presidente Belisario Betancourt, trató de restablecer el orden por medio de las armas. La situación fue tan crítica que se desató un holocausto que continúa sin esclarecerse judicialmente. No sólo se lloraron los muertos: de las 16 personas desaparecidas, no se tiene ninguna pista hasta el día de hoy.

Palabras clave: Colombia, Palacio de Justicia, holocausto, M-19, guerrillero, gobierno, policía, ejército, desaparecidos, verdad, testimonio.

Abstract

At 11:30 in the morning, November the 6th, 1985, 28 guerrillas pertaining to M-19 invaded the Palacio de Justicia. The Colombian government headed by Belisario Betancur tried to reestablish the order by means of weapons. This was such a critical situation that it began a holocaust that is still unclarified by justice. Not only the death were mourned but up to today there are no hints about the disappeared people.

Key words: Colombia, Palacio de Justicia, holocaust, M-19, guerilla, government, police, army, disappeared, truth, testimony.

Don Enrique Rodríguez tiene los ojos grandes. Y no es para menos: una pena incesante se le anidó en ellos desde las 11:40 de la mañana del 6 de noviembre de 1985. Ya son veinte años de ese día en que treinta y cinco guerrilleros irrumpieron en el corazón de la república ocasionando el macabro genocidio del que fueron víctimas alrededor de cien colombianos y un extranjero.

Cien muertos mal inventariados, como el grueso de ese suceso. Pero con todo y el modo siniestro de sus muertes, y el desconocimiento del número exacto de éstos, con suertes menos desventuradas para la posteridad que la corrida por once inocentes víctimas a las que “ha sido imposible encontrar vivas o muertas. De ahí su denominación de desaparecidos”,¹ personas de las cuales existen irrefutables constancias de que se hallaban en el improvisado patíbulo a la hora de la toma. De ellos los honorables congresistas de la época sugirieron que “se esfumaron”, y a partir de entonces a ese grupo alado que la desgracia convocó se le ha llamado “Los desaparecidos del Palacio de Justicia”.

Carlos Augusto Rodríguez Vera, el hijo menor de Enrique Rodríguez Hernández, es uno de ellos. Para el momento de la toma se desempeñaba desde hacía cuatro meses como administrador

de la cafetería-restaurant ubicada en la primera planta del Palacio de Justicia. Era de contextura robusta como su padre, y tenía a la sazón 29 años de edad y una hija llamada Alejandra de treinta y dos días de nacida; su esposa Cecilia Sauria Cabrera Guerra, que colaboraba en el negocio como cajera, se hallaba el día de la toma en licencia por motivo del alumbramiento. Ella fue, a pesar de su estado convaleciente y de los anillos de seguridad y restricciones oficiales en la zona, uno de los pocos particulares que logró ingresar al Palacio poco después de la hecatombe. Entró el 9 de noviembre alrededor de las diez de la mañana. Iba, como es buena costumbre de las mujeres, en busca de su esposo. Pero lo único que encontró referente a él –detrás de una cortina, en el baño del primer piso– fue la llave de seguridad de la caja registradora y, en el piso, junto a ésta, un documento en el cual constaba que Carlos Augusto trabajaba en la cafetería.

“Todo quemado”, eso significa la palabra de origen griego *Holocausto* (*holos*, todo; *kaustos*, quemado) y así fue como terminó el Palacio y el compendio de archivos allí consignados exceptuando el de la Sección Tercera de la Sala Contenciosa Administrativa y el archivo muerto de la Corte y del Consejo de Estado en el sótano del edificio, además de la cafetería. Llama la atención particularmente el relativo buen estado en que se encontró la cafetería:

las sillas del salón principal estaban “en su orden de costumbre” como solían estar dispuestas para servir los almuerzos al medio día, sobre algunas incluso reposaban aún solícitos pocillos de café y vasos de jugo. Cecilia encontró la caja saqueada al igual que los bolsos de las empleadas, sin ningún documento de éstas. Las gaseosas –aproximadamente cuatrocientas–, gelatinas, lácteos y cervezas habían sido consumidas, pero no se observaban manchas de sangre o indicios de violencia diferente al saqueo mencionando.

Sueños truncados

Carlos Augusto y Cecilia se habían conocido en Pasto, donde desde muy joven él trabajó ocupando diferentes puestos en corporaciones bancarias. Cecilia, por su parte, era economista titulada. Decidieron trasladarse a Bogotá con el ánimo de mejorar su situación laboral. En la capital, ocupada entonces por un poco más de cuatro millones de habitantes, estaba establecido don Enrique en ejercicio de su profesión de abogado, y fue por intermedio de él que Julio Efraín Meneses Franco, quien tenía adjudicada la cafetería desde 1984, le propuso al joven matrimonio la gerencia del negocio. Aceptaron. Y Carlos, a la par que administraba el negocio, cursaba el segundo año de estudios de derecho en la Universidad Libre. Al momento de la toma además de él trabajaban en la cafetería siete empleados más, todos personas humildes, de esas a las que se refiere el poeta Antonio Machado en una tarde reunidas: “Son buenas gentes que viven, /laboran, pasan y sueñan, /y un día como tantos, /descansan bajo la tierra”.

El hijo de María de Jesús Hernández se llamó Bernardo Beltrán Hernández. “Pequeña María”, la llamó él cuando le contó que después de superar los dos meses de prueba le habían concedido oficialmente el puesto de mesero en el Palacio. Se había formado para este oficio cursando durante un año el programa de bar y restaurante en el Sena, y lo había alegrado mucho la reciente vinculación a la planta de la cafetería del Palacio, pues le agradaba trabajar donde asistieran personalidades. La familia Beltrán Hernández vivía al occidente de la ciudad, en Fontibón; de allá partió Bernardo, de 23 años y sobre las ocho de la mañana de ese aciago 6 de noviembre. Fue la última vez que su madre lo vio “vestido con un pantalón de pana beige, camisa manga corta de cuadros pequeños, saco color verde manzana, medias blancas, zapatos negros y su morral de lona donde llevaba una camisa blanca, primorosamente planchada por él mismo; listo para cambiarse en el trabajo”.² Así son las madres, ellas no tienen hijos sino ilusiones.

Del extremo sur de Bogotá, y un poco más temprano, salió hacia su desdichado sino Héctor

Jaime Beltrán Fuentes. Vivía en Soacha rodeado de mujeres: cuatro pequeñas hijas, su esposa Pilar Navarrete y su suegra “Mamá Teíta”. Veinte años tenía Pilar aquella mañana cuando despidió por última vez a Jimmy, como le llamaban en casa; él era diez años mayor. Obra el amor ciertas situaciones en contravía de la sensatez, de tal calibre fue su matrimonio celebrado hacía cuatro años: ella siendo una quinceañera, él sobre unos zapatos que le impidieron arrodillarse en los momentos reverenciales de la ceremonia a merced de ocultar las abolladuras en las plantas. Jimmy al igual que Bernardo servía como mesero en la cafetería.

Cristina del Pilar Guarín Cortés tenía un futuro prometedor. Con veintiséis años era Licenciada en Historia y Geografía de la Universidad Pedagógica, y dado el carácter hacendoso que la distinguía, había aceptado trabajar temporalmente como cajera en reemplazo de Cecilia, la esposa del administrador; entre tanto adelantaba diligencias en el Icetex para lograr una beca que le permitiera cursar una especialización en España. Amaba la lectura, la literatura en particular, y gustaba del inglés y el francés, idiomas que estudió. Le auguraba un futuro menos promisorio a Luz Mary Portela León, aunque ambos compartieron el azar de estar en la mala hora en reemplazo de otras. Luz Mary, una joven de veintiséis años –nadie se podía imaginar que el 6 de noviembre no convendría rondar esa edad– estaba en el Palacio sustituyendo a su madre Rosalbina, que yacía enferma en casa. Su labor en la cafetería era la de lavar los platos. Luz adelantó estudios hasta quinto de bachillerato; en casa era como una mamá para sus hermanos menores, quienes la añoran como “a la madre que los crió y que un día se fue sin razón y por voluntad ajena”.³

La cocina estaba a cargo del chef David Suspes Celis, que laboraba en la cafetería del Palacio desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde, y luego, una hora más tarde, atendía otro puesto en la sección *Delikatessen* del almacén Carulla, hasta las once de la noche. Rutina que cumplía por igual sábados y domingos. Era un hombre consagrado al esfuerzo a fin de asegurar un grato porvenir para su familia. La esposa de David, Luz Dary Samper, de 24 años entonces, había sido desde los quince su novia. Ella no había tenido en la vida otro novio, otro amor. Tenían una pequeña hija, a la que, producto de un imperfecto anagrama, surgido del nombre de su esposa, David llamó Ludy Esmeralda. Dado que a la pequeña Ludy le aquejaba entonces una desviación ocular, que requería de constante cuidado y tratamiento, el chef del Palacio había acordado con su esposa que ella abandonaría por un año su trabajo y planes de estudio para atender tiempo completo a la niña.

También trabajaba en la cocina, como auxiliar, Ana Rosa Castiblanco que para entonces tenía siete meses de embarazo. Ella deseaba tener una niña para así quedar con una parejita, ya que era madre de Raúl Oswaldo Lozano, un niño de cuatro años. Convivía en unión libre con Luis Carlos Quintero, quien era su compañero desde hacía algunos años. El padre de Ana Rosa, que vivía en Anolaima, no supo de la desaparición de su hija sino al cabo de un mes de ocurrida, pues la familia se lo ocultó ese tiempo, en procura de que no experimentara emociones fuertes ya que sufría de trombosis. Dos meses de penosa vida le restaron al señor Castiblanco, luego de enterarse de la terrible noticia. Como consecuencia de un ataque murió el 2 de febrero de 1986. Además de compañera de trabajo, Gloria Stella Lizarazo Figueroa era una gran amiga de Ana Rosa. Se llevaban muy bien e incluso cuando se presentaba la oportunidad iban juntas a Anolaima a visitar los padres de ésta. Dura brega le correspondió por vida a Gloria Stella. Con quince años de edad ya había sido abandonada por el que tuvo por esposo y que le duró apenas un año; dos años más tarde dio con Carlos Ospina, convivieron un largo periodo el cual fue nutrido por cuatro hijos: tres niñas y un niño; luego, él “se desvinculó totalmente del hogar”. Dependían entonces exclusivamente del trabajo de Gloria Stella sus cuatro hijos, ella era la encargada del autoservicio de la cafetería y llevaba trabajando allí cerca de tres años, era de las más antiguas. En ocasiones Gloria Stella contaba con la colaboración de su madre que cuidaba de los niños mientras ella trabajaba. Cuando su abuela no los acompañaba, los niños se quedaban solos y al medio día calentaban y servían el almuerzo que su madre les dejaba listo. A las seis de la mañana tenía por costumbre salir para el trabajo Gloria Stella, llegaba ya de noche y se ocupaba entonces de los quehaceres domésticos. A partir del 6 de noviembre nada de ello volvió a ocurrir así nunca más.

A los empleados formales de la cafetería hay que agregar otras tres desgraciadas personas, que también constituyen el ominoso grupo de inocentes víctimas civiles desaparecidas. Una es la proveedora de tortas y pasteles del establecimiento, Norma Constanza Esguerra. Se trataba de una mujer de talante emprendedor y gran belleza. Con estudios en derecho internacional y diplomacia, recientemente había aventurado crear su propia empresa de pastelería, industria casera que germinaba con el apoyo de familiares. El cumplimiento de un pedido la llevó al desdichado teatro de la desgracia, lo que significó, a la postre, para su pequeña hija Débora su ausencia definitiva y para sí, además de eso, la jamás realización de la idealizada Pastelería NEF. Lucy Amparo Oviedo

de Arias, casada y con dos hijos pequeños, hacía parte de los 380 mil desempleados que deambulaban por Colombia, siendo este país de 30 millones de habitantes ese 6 de noviembre. Lucy fue al Palacio para cumplir una cita relacionada con la posibilidad de encontrar empleo; dado que tenía tal convicción de que pronto encontraría un buen cargo, recientemente había logrado la adjudicación de una vivienda en la urbanización Techo y planeaba iniciar la carrera de abogacía en la Universidad Externado de Colombia, proyectos para siempre truncados por la ausencia de la protagonista. Con treinta años, Gloria Anzola de Lanao, ya había realizado esos planes: era reconocida por su título y vocación en abogacía, carrera que ejercía, aunque desde hacía un año ésta había pasado al segundo plano de su vida, pues el más distinguido había sido ocupado por su hijo Juan Francisco. Gloria, como lo hizo el acicate de la desgracia, entró al Palacio por el sótano ya que acostumbraba guardar allí su vehículo. El automóvil de la prestante abogada fue encontrado, debidamente estacionado y cerrado con llave, en el parqueadero del Palacio, como ella lo solía dejar. Un pequeño saco del bebé de Gloria reposó dentro del carro mientras afuera, “en la convulsa vida de los colombianos”, inciertas asechanzas envolvieron a ésta junto a diez más, despojándolos a todos por igual de los extremos de su ser: su dignidad humana y su esencia material.

Entre el fuego cruzado

El misterio de los empleados de la cafetería se inicia desde los primeros momentos de la sangrienta toma, dado que algunos guerrilleros, para copar pronto todo el edificio, ascendieron por la escalera interna con que contaba el establecimiento. Dicha escalinata comunicaba el primer piso, donde funcionaba el negocio, con el sótano y con el segundo y tercer piso del Palacio. Por medio de la escalera se ingresaban desde el sótano los elementos de consumo y se atendían los requerimientos de alimentación que los magistrados solicitaran a sus oficinas.

La fracción mayoritaria del comando guerrillero que ejecutó la toma se desplazó por la carrera octava virando violentamente hacia los parqueaderos internos del Palacio. Irrumpieron por la puerta vehicular que da acceso al sótano; ingresaron en tres vehículos ejecutando una rápida acción plenamente calculada. Desde ese momento el traqueteo constante de una tremenda balacera y las detonaciones monótonas fueron llenando todos los ámbitos del majestuoso edificio. En el momento del ingreso fueron asesinados los vigilantes Eulogio Blanco y Gerardo Díaz Arbeláez, simples empleados de la firma Cobasec Ltda., contratista de la vigilancia. Los asaltantes, inmediatamente

descargaron el copioso armamento procedieron a ocupar posiciones estratégicas. Sincrónicamente actuaron otros insurgentes que, haciéndose pasar por abogados diligentes, habían ingresado previamente al Palacio. Con las primeras detonaciones procedentes del sótano éstos desenfundaron las armas cortas que secretamente portaban e intimidaron y redujeron a los presentes. En la parte exterior de la entrada de la cafetería se hallaba en ese momento Eduardo Matzon Ospino, aguardando allí a que su compañera Yolanda Santodomingo entrara al baño del establecimiento; ambos eran estudiantes de derecho en la Universidad Externado de Colombia y se dirigían hacia la oficina del doctor Urrego. “En ese momento –narró Eduardo– del interior de la cafetería se oyó el comienzo de la balacera, y una mujer vestida de traje sastre azul, que se hallaba dentro de la cafetería, sacó un revólver e intimidando a quienes nos encontrábamos dentro o cerca de la cafetería dijo: ‘Contra la pared todo el mundo...’ como a unas doce o quince personas que habíamos allí... llegó en ese momento cerca a nosotros un guerrillero que nos dijo ‘tranquilos muchachos que no les va a pasar nada, somos del M-19 y nos vamos a tomar el Palacio’”.⁴ Yolanda, despavorida con la situación, salió asustada y entonces Eduardo la jaló del brazo y juntos corrieron hacia el segundo piso, sintiendo que la guerrillera vestida de traje les disparaba una y otra vez sin lograr impactarlos.

Los guerrilleros del Movimiento 19 de Abril ubicaron poderosas armas en puntos privilegiados como el acceso por la entrada principal que daba a la Plaza de Bolívar y en los entresijos y el sótano, impidiendo así el pronto ingreso de la fuerza pública, que reaccionó inmediatamente y enfrentó a los insurgentes, en un primer momento desde el exterior y al poco tiempo ganando espacios dificultosamente y a gran costo. Los subversivos en acción decían corresponder a la compañía “Iván Mariano Ospina”, comandada por Luis Otero Cifuentes, antropólogo de profesión; él junto con sus pares Andrés Almarales y Alfonso Jacquin, recorrieron diversas oficinas en busca del presidente de la Corte Suprema de Justicia, Alfonso Reyes Echandía. Entre tanto, los otros guerrilleros procuraban concentrar a todos los rehenes en un par de grandes grupos al tiempo que enfrentaban con fiereza al ejército, el cual, aunque desordenadamente, avanzaba con firmeza en desarrollo de lo que llamaban la contratoma. Las unidades

Los asaltantes, inmediatamente descendieron el copioso armamento procedieron a ocupar posiciones estratégicas. Sincrónicamente actuaron otros insurgentes que, haciéndose pasar por abogados diligentes, habían ingresado previamente al Palacio.

del ejército y la policía que intentaban penetrar al Palacio recibían “nutrido fuego” que provenía, mayoritariamente, de los puntos estratégicos en los que la guerrilla había emplazado las vigorosas armas automáticas con que lograban golpear y contener el ingreso de las fuerzas del orden. Por ello prontamente el ejército habría de optar por penetrar con los vehículos blindados, que hacían presencia sobre la Plaza de Bolívar desde antes de la una de la tarde. A esa hora ya también los diversos informativos cubrían el contorno y los costados aledaños del lugar, transmitiendo en vivo a sus audiencias el desarrollo del suceso. Igualmente a esa hora arribó allí el comandante de la XIII Brigada y de la Unidad Operativa, el general Jesús Armando Arias Cabrales, quien decidió dirigir las acciones de la tropa desde la histórica Casa del Florero. En esas condiciones le fue comunicada a Arias Cabrales la definitiva orden presidencial de avanzar en la

contratoma del Palacio. Dicha orden fue a su vez transmitida por éste al teniente coronel Alfonso Plazas Vega, comandante de la escuela de caballería, quien determinó el ingreso de cuatro tanques por la entrada principal del Palacio, en lo que él mismo llamó “sorpresa estratégica”.

La histórica escena de los vehículos blindados ingresando al Palacio por el costado frontal, y a su paso derribando “la majestuosa e imponente puerta”, fue el comienzo de uno de los más cruentos momentos de toda la toma. En el sótano, simultáneamente, se libraba también un terrorífico enfrentamiento entre la resistencia subversiva y el ejército

que penetraba custodiado por tanquetas blindadas; el flash de las poderosas explosiones apenas iluminaba por segundos aquel campo de batalla que se encontraba sumido en la oscuridad. Antes de que el ejército obtuviera el control completo del primer piso se sacrificaron allí, de parte y parte, muchas vidas que cayeron en el fragor de la refriega, entre el ir y venir de las ráfagas. Avanzado el combate los subversivos tuvieron que replegarse hacia los pisos superiores donde mantenían a los principales rehenes, siendo éstos alrededor de noventa, y el Presidente de la Corte Suprema de Justicia el más distinguido de todos. Fue entonces recuperado el primer piso al igual que el sótano. Gracias a ello pudo salir un primer grupo de rescatados, en su mayoría personas que permanecieron ocultas en oficinas y recodos, y las cuales fueron conducidas a la Casa del Florero para ser reseñadas. Con el control de estos sectores

el General Cabrales trasladó su puesto de mando al primer nivel del Palacio.

Cuando la comandancia guerrillera encabezada por Luis Otero halló en el cuarto piso al Presidente de la Corte Suprema de Justicia, Alfonso Reyes Echandía, se presentaron ante éste como la "Operación Antonio Nariño, por los Derechos del Hombre", lo sumaron al grupo de "rehenes fundamentales" de ese piso y le informaron que estaban allí para entablar una demanda armada, y que reclamaban por intermedio suyo, entre otras exigencias, la presencia del Presidente de la República en persona, o a través de un representante, a fin de someterlo allí a un juicio público por el supuesto incumplimiento de los acuerdos de paz pactados con el M-19. Para entonces todo el Palacio era un polvorín ardiendo. Y el Presidente de la República, Belisario Betancur Cuartas (1982-1986), ya había dicho: "No hay nada que aceptar, no hay nada que negociar", seguidamente había dado la orden expresa de continuar el contraataque, todo esto luego de escuchar una grabación que contenía las exigencias del M-19, la cual había sido enviada al noticiero *24 Horas*.

"Que cese el fuego"

Alfonso Reyes Echandía, entre el estrépito de las ráfagas y las explosiones, y en su calidad de presidente de la Corte Suprema y de rehén principal, intentó comunicarse con el Presidente de la República en diversas oportunidades; lo llamó directamente y a través de otros, obteniendo siempre por respuesta un angustiante silencio sepulcral. No pretendía Reyes persuadir a Betancur de que cumpliera con las exigencias presentadas por el M-19, lo único que solicitaba era un cese al fuego que permitiera el diálogo a fin de garantizar la supervivencia de los rehenes. Esa fue la única petición que el país entero le oyó a través de la radio en esos momentos de convulsión nacional. La situación vivida en ese cuarto piso no era menos que dramáticamente tenebrosa, pues los rehenes, unos 30 aproximadamente, percibían cómo los guerrilleros, además del combate contra las avanzadas del ejército que buscaban acceder a los pisos superiores, enfrentaban también a los agentes especializados en rescate, que dos unidades helicoportadas habían consignado en la terraza. Este comando intentaba abrirse paso hacia el interior del edificio escurriéndose por las claraboyas y las canaletas de ventilación y detonando explosivos donde encontraba que el acceso estaba bloqueado. En estas circunstancias, la nunca producida respuesta del Presidente corroía de pesadumbre cada segundo de padecimiento que compartieron en el trance de la muerte quienes se encontraban en aquel cuarto piso. Además de Reyes y algunos guerrilleros cabecillas de la toma, a través de la radio hablaron muchas otras personas que se hallaban en el interior del

Palacio, ya fuera ocultos en las oficinas o en calidad de rehenes.

"Nunca les digan a sus hijos 'no', denle la vuelta a la respuesta y piensen en una que el niño entienda sin que sea tan negativa",⁵ es el noble consejo que Belisario Betancur compartió al comenzar su periodo presidencial, el 7 de agosto de 1982. Y quizá por ser consecuente con ello fue que el Presidente mintió diciendo que el teléfono donde Reyes Echandía se encontraba, suplicándole comunicación, "al parecer estaba desconectado, porque allí no contestaban".⁶ Pero era falso porque él nunca atendió los clamores, ni mucho menos llamó por su cuenta al doctor Reyes Echandía; en ese sentido Betancur no movió ni uno de los veinte dedos con que había nacido 62 años atrás en Amagá, Antioquia. En cambio sí lo hizo, aunque en otro sentido, pasado el medio día de aquel 6 de noviembre, luego de que escuchó en la radio al consejero de Estado, Julio César Uribe, quien desde su oficina en el tercer piso del Palacio concedía para un noticiero una entrevista "de corte *Lutheriano*". En tal entrevista le preguntaron a Uribe si estaba sintiendo miedo y él dijo que no, y argumentó su respuesta con pasajes del texto *La fuerza de amar* de Martín Luther King, libro que estaba leyendo guarecido en su oficina desde que se inició el asalto y del cual tomó la frase que fue su parámetro de conducta: "El miedo tocó a la puerta, la fe fue a abrir y no había nadie". Betancur, conmovido por esas palabras, se ocupó de establecer comunicación personal con el consejero de Estado. "El Presidente me escuchó desde Palacio, y entonces me llamó y me dijo que le había gustado mucho la entrevista, que si la repetía, que él deseaba que yo la repitiera para la audiencia, yo le dije que no tenía ningún inconveniente. Eso puede empatar con la crítica o censura que se le ha hecho al presidente Betancur. En el sentido de que a él lo llamó muchas veces el presidente de la Corte Suprema de Justicia el doctor Reyes Echandía y que el Presidente no le respondió, en cambio a mí me llamó de oficio para que repitiera la entrevista".⁷ Veinte años después, el ex consejero de Estado y ahora director de postgrado en la Universidad Católica de Colombia, reflexiona sin lograr entender aún el proceder del presidente Belisario Betancur: "Él es un poeta, y tal vez mis declaraciones tenían mucho de poesía, eso le pudo interesar, tal vez; pero yo siempre me he preguntado por qué me llamó a mí que no tenía jerarquía en el Consejo de Estado —era un consejero más— y no atendió los llamados del doctor Reyes. Dejemos eso como anécdota".

¡Que se calle la prensa!

En razón de que las súplicas de Reyes Echandía no encontraban dolientes en el Palacio de Nariño, su hijo, Yesid Reyes, en constante comunicación

con él, buscó al periodista Juan Guillermo Ríos, quien había servido como eslabón entre el Gobierno y el M-19 en los tiempos en que Álvaro Fayad, máximo comandante del grupo guerrillero, aún no había determinado que no quedaba más que “irse a los tiros”. En la misma tónica pensó el comandante de la toma Luis Otero, que llamó al periodista cuando Yesid ya estaba con él. Ríos, al comprender que tampoco el Gobierno le escucharía, propuso que el presidente de la Corte Suprema hablara a través de la radio, proporcionándole algunos números telefónicos para tal efecto. De ese modo fue que toda la nación escuchó la petición aún vigente de Alfonso Reyes Echandía: “Por favor, que nos ayuden, que cese el fuego”.⁸

Lo que cesó inmediatamente fue la libertad de prensa. Acuciosa, la ministra de comunicaciones, Noemí Sanín Posada, llamó al noticiero radial *Todelar* y le comunicó al joven director de ese espacio, el periodista Germán Salgado Morales, la prohibición de la transmisión en directo de hechos y comunicados relacionados con la toma al Palacio. Seguido de que la ministra hizo extensivo el anuncio a otras cadenas, en la televisión nacional apareció con llamativos aspavientos el anuncio: “¡Atención colombianos! Se transmitirá el partido de fútbol Millonarios-Unión Magdalena y luego el clásico América-Nacional”. Eran los octogonales por el título 1985, casi nada. Pero en el cuarto piso del Palacio ya poco importaría eso, porque aun cuando los medios no hubieran sido amordazados, a las personas allí confinadas les restaban exigüos minutos de clamores. Pasadas las cuatro de la tarde se escuchó el último pronunciamiento público del presidente de la Corte Constitucional. A esa hora comenzó a llover.

Durante el consejo de ministros que se adelantaba en el Palacio de Nariño, el Ministro de Justicia Enrique Parejo González hacía ingentes esfuerzos por disuadir frente al Presidente la postura de los militares de acometer pronto y con toda fuerza contra los subversivos a fin de resolver la situación sin dilaciones. Parejo, que conocía de Ciénaga, Magdalena, al ex parlamentario y sindicalista, y segundo al mando de la operación subversiva, Andrés Almarales Manga, propuso intentar diálogo con él. Aprobado ese procedimiento, el Ministro ordenó al director general de la policía, el general Víctor Delgado Mallarino, que hasta hablar con Almarales se detuviera el avance de los agentes que usando dinamita estaban a punto de penetrar al cuarto piso. Procedió Parejo a intentar comunicación realizando varias llamadas pero no logró su cometido, y en esto el director general de la policía retornó a sus instancias para anunciarle que sus hombres se habían tomado el cuarto piso. Furioso, el Ministro explotó en cólera

frente al gabinete al entender que sus órdenes no fueron atendidas, y entonces Delgado Mallarino agregó falazmente que no se encontró allí a nadie ni vivo ni muerto. “Alka-Seltzer” le llamaban sus compañeros de armas a Víctor Delgado Mallarino “por su efervescencia y por la forma como tomaba decisiones rápidas e inconsultas”.⁹

El reducto guerrillero del cuarto piso, integrado por 17 combatientes, ocupó como refugio final el Salón de Conferencias. Con éstos se encontraban, como rehenes, ocho magistrados incluyendo a Reyes Echandía. La batalla que ultimó a todo este personal comenzó alrededor de las seis de la tarde. Desconociendo la ubicación del presidente de la Corte, los agentes especializados de la Policía, dirigidos por Delgado Mallarino, que habían venido trabajando en el ingreso por la terraza, colocaron poderosas cargas explosivas en el techo del Salón de Conferencias. Por otra parte, desde el patio central del primer piso, los tanques del teniente Plazas Vega lanzaron contra el cuarto nivel seis disparos de rocket, de seis y media a ocho de la noche. A las 7:30 de la noche el diario *El Tiempo* recibió la última llamada de Reyes Echandía: “Estamos a punto de morir”,¹⁰ dijo. Y no pasó mucho de ahí a la detonación fatal de “cuatro cargas de cuarenta libras de TNT y dos cargas de quince libras, cada una, en el techo encima del Salón de Conferencias”,¹¹ con lo cual se abrió un boquete por donde entraron del exterior complementarias granadas y disparos.

Poco antes de eso, pasadas las siete de la noche, cuando el consejero de Estado Julio César Uribe miró hacia el exterior por la ventana de su oficina en el tercer piso, donde había estado oculto leyendo a Luther King desde el comienzo de la toma, vio que afuera en la calle séptima el almacén “Tía” estaba ardiendo abrazado en llamas. Se cumplía así el presupuesto del interventor Germán Lozano, que al concebir el proyecto de la monumental obra del Palacio de Justicia, previó que en las noches el edificio proyectara su iluminación hacia el exterior. Lo que realmente Uribe veía era el reflejo de las llamas del edificio tomado, en los cristales del “Tía”. La construcción de la sede de la justicia se había planeado bajo el segundo gobierno del presidente liberal Alberto Lleras Camargo (1958-1962); no obstante, su construcción se inició apenas en 1969, prolongándose por siete años, hasta su inauguración en 1976.

Prontamente Uribe entendió la situación, cuando inquieto abrió la puerta de su oficina y vio entonces “algo” lanzado desde el costado oriental que avivó las llamas, observó el piso de fuego que empezaba a brotar en la madera de los pasillos y las nubes de humo y allá en el entreoscuro, la proximidad de la muerte. “En ese momento sin vacilarlo tomé la decisión de salir de la oficina,

y suelo decir que salvé mi vida seleccionando la forma de morir: yo no quería morir incinerado y le confieso que salí a que me dieran un balazo si así tenía que ocurrir". Entonces se despojó del saco "para tener facilidad de movimiento" y del calzado "para no hacer bulla". Y a brincos, "pensando que si venía una bala de pronto podía yo eludirla saltando", fue ganando terreno hasta que logró el anhelo de todos los que se encontraban en el edificio: salir del infierno.

La central de alarma de los bomberos recibió la llamada oficial del incendio del Palacio de Justicia a las siete de la noche. Media hora más tarde las primeras unidades de éstos accionaban sus mangueras desde el exterior. En el interior, a eso de las ocho de la noche, el teniente coronel Plazas Vega vio, desde el tanque cascabel que conducía, que el incendio había tomado mucha fuerza; decidió salir del Palacio y una hora después ordenó la salida de los restantes vehículos. A los bomberos se les ordenó retirarse a las nueve de la noche cuando los militares consideraron que la tarea de intentar controlar las llamas era muy peligrosa. El Palacio ardía. Formidables lengüetas de fuego se asomaban de cuando en cuando por las pilastras y una espesa nube de humo negro emanaba como diciendo "habemus guerra". La vehemencia del calor fue tal que a las nueve de la noche la totalidad del ejército tuvo que salir; posteriormente expertos, basados en "algunas manifestaciones (vidrios fundidos, entre otras)"¹² habrían de calcular la intensidad alcanzada por el fuego, entre 800 y 1.100 grados centígrados.

Allí permanecían aún, sobrellevando malamente el sofocante tártaro, un grupo de sesenta rehenes retenidos por el "último bolsón de resistencia" subversiva compuesta por ocho guerrilleros. Se encontraban confinados en un baño ubicado entre el cuarto y el tercer piso del sector noroccidental, posición que ofrecía particulares características que les habían permitido permanecer relativamente aislados del fuego y fuera del alcance de los cañonazos. Andrés Almarales, que capitaneaba este sobreviviente reducto final, ordenó cerca de la media noche, cuando el humo los estaba ahogando, el traslado general hacia el baño del piso segundo y tercero.

"La seguridad de la muerte próxima nos impuso la obligación de ser dignos. Hasta los más humildes se compenetraron de ese sentimiento y actuaron a la altura que muchos quisieran para sí, aun en ocasiones de menos trascendencia".¹³ Así describió el magistrado Nemesio Camacho Rodríguez el talante que distinguió por igual al grupo variopinto de magistrados, aseadoras, auxiliares, choferes, secretarías, abogadas, e incluso a los mismos guerrilleros, que en todo momento "reservaron tal compostura, que fueron escasos

los gestos de desesperación" en "el infierno", como llamaron categóricamente muchos testigos el recinto minúsculo que fue aquel baño de veinte metros cuadrados.

Hacia las dos de la madrugada con el retorno de los hostigamientos del ejército, se produce otra fuerte refriega que obligó un nuevo ingreso de los vehículos blindados. A las tres de la madrugada ya la voracidad del incendio se había atenuado considerablemente, y un poco más tarde, entre las sombras del alba, alrededor de las cinco de la mañana, "se mueve un tanque en el primer piso, que puede apuntar hacia el baño. Hay una serie de obstáculos de infraestructura, pero empieza a moverse para apuntar hacia el baño".¹⁴

María Nelfi Díaz Valencia se encontraba en aquel baño; era uno de los rehenes encerrado tempranamente allí. Había presenciado la toma desde los primeros momentos cuando se encontraba en el sótano y vio desde su ascensor al comando guerrillero que ingresaba; alarmada se echó a correr procurando el sector sur del sótano bajo, "salí corriendo y me devolví por un perro de peluche que estaba rifando, el cual estaba en el ascensor". Buscando dónde ocultarse María Nelfi se encontró con un conductor desconcertado. "Me preguntó, 'qué pasó', y yo le dije 'se tomaron esta vaina'; seguí corriendo y me escondí detrás de una columna".¹⁵ Allí permaneció sola y petrificada, rezando "todo lo que sabía", por espacio de hora y media al cabo del cual un subversivo se aproximó anunciando que si allí se encontraba alguien que salieran. "Yo contesté 'aquí estoy yo', entonces el señor me dijo, 'salga con las manos en alto'". Una vez cayó en poder de los subversivos, la ascensorista empezó a ser interrogada, en esto se inició una balacera que les obligó a todos a tenderse boca abajo; ella permaneció así, acompañada del conductor también capturado, y ambos junto a los guerrilleros que respondían a las primeras reacciones de policías que disparaban desde las bocas del sótano sobre la carrera octava. "Estuvimos los dos como media hora boca abajo, y bala por todos lados". En medio de la balacera uno de los asaltantes dio la orden de cubrirlos y subirlos al tercer piso, así se cumplió y cuando estuvieron en el tercer nivel fueron introducidos a un pequeño cuarto de aseo ubicado al lado norte, costado derecho. Ahí se encontraban también otros rehenes, y fueron llegando más hasta que físicamente no cupieron y entonces fueron trasladados al baño ubicado en el descanso de las escaleras del entresuelo tercero y cuarto. Allí se encontraron al doctor Gaona Cruz y a tres conductores. Poco a poco al baño fueron conducidos otros tantos rehenes, alcanzando así condiciones de hacinamiento más dramáticas que las anteriores. La ascensorista testimonió que se hallaban encerrados en ese baño

cuando sobrevinieron gases lacrimógenos. “Los guerrilleros nos dijeron que mojáramos trapos y nos los pusieramos en la cara, entonces como no habían trapos nos quitamos las enaguas y las volvimos pedazos y nos las repartimos entre todos los compañeros; todos arrodillados con la cara al suelo porque ellos nos dijeron que entre más bajito estuviéramos menos nos afectaban los gases porque eso le da a uno lloradera, vómito y todo lo imaginable”. Cuando el conjunto de los sesenta rehenes apenas empezaba a superar la opresión de los gases irritantes, sobrevino otro ahogo, si se quiere más agobiante. “Otra vez empezó la asfixia pero ahora por el humo de madera quemada, el baño quedó envuelto en humo y nosotros tosíamos y nos daba rebote, con una angustia muy terrible; algunos compañeros se desmayaban. El señor Páez sufría del corazón y trató de darle un ataque por la asfixia y yo le tiraba agua en la cara y le movía los brazos. Varios de los compañeros caían asfixiados, desmayados. Unos lloraban y otros desesperados (sic) al ver que íbamos a morir quemados y asfixiados”.¹⁶ Fue en ese punto de tan tremenda situación, cuando Almarales ordenó el traslado hacia el baño inmediatamente inferior, entre los pisos segundo y tercero. Los rehenes y combatientes malheridos también fueron llevados allá por los que estaban en mejores condiciones. Allí permanecieron hasta el comienzo del amanecer cuando se determinó el retorno al baño entre el tercero y cuarto piso, recoveco en donde todos vivenciaron más horror y algunos toparon con la muerte.

¿Y los desaparecidos?

Ya para entonces, y desde hacía rato, el Palacio era un gigante derruido: la catástrofe se hacía evidente en todos sus niveles e incluso hacia el exterior la fachada se encontraba destrozada donde el ejército la había impactado pretendiendo abrir un boquete por el cual pudieran salir el humo y los gases concentrados; adentro no había energía, la única luz era la malsana del fuego; no quedaba línea telefónica útil, y los captores le habían prohibido a los rehenes el consumo del agua por temor, según decían, de que estuviera envenenada. Con la mañana tomó fuerza la iniciativa de buscar una intermediación que permitiera la entrega de los rehenes y la retirada de los guerrilleros a una embajada; los rehenes se turnaban para asomarse

Cada minuto que pasaba eran bombas y más bombas arrojadas por el ejército, quedábamos sordos en el baño y asfixiados por la tierra y el humo. Los guerrilleros nos dijeron que abriéramos la boca, y yo después le pregunté a uno de ellos que para qué, y ellos nos dijeron que para si salíamos no fuéramos a quedar sordos.

a la salida del baño y desde allí, con desesperados gritos, advertir de su presencia al ejército. Los gritos imploraban el envío de un representante de la Cruz Roja. A cada clamor le siguió por respuesta una ráfaga puntual del ejército, y así se fue dejando claro, una vez más, que a los ejércitos no se les puede hablar a los gritos. “Como a eso de las once del día decidimos tomar agua aunque nos muriéramos. Tomamos agua y vimos que nada nos pasó, y ellos nos decían que economizáramos el agua, porque de pronto la cortaban; más o menos a las doce del día parecía que estuviéramos en un sauna, nos echábamos el agua los unos a los otros y sentíamos que nos asfixiábamos”,¹⁷ afirmó la ascensorista, María Nelfi. Cundida la angustia general, el abogado Carlos Horacio Urán, retenido allí, le propuso a Andrés Almarales que un rehén fuera comisionado para que bajara y se entrevistara con el Presidente, y le solicitara un acuerdo poniéndolo al tanto de la situación y del número de retenidos, y que luego regresara con la respuesta del Gobierno. El propio Urán se ofreció a cumplir esa misión. Pero finalmente se optó por el magistrado Reynaldo Arciniegas. Se elaboró una lista con los nombres de los rehenes y Arciniegas tomándola empezó a bajar secundado por el coro uní-

sono de los rehenes. El vívido testimonio que la ascensorista entregó a la Procuraduría da cuenta de ello, y del trágico final acaecido sobre las dos de la tarde de aquel 7 de noviembre: “Nosotros gritábamos que mandábamos al doctor Reynaldo Arciniegas, pero él no volvió. Gritábamos que qué pasó con el doctor Reynaldo Arciniegas cuando vimos pasar el tiempo y que él no aparecía con ninguna razón, pero el ejército no nos contestaba y nos echaba más bala: entre más rato la situación era más desesperante. Todos pensábamos que nos íbamos a morir. Cada minuto que pasaba eran bombas y más bombas arrojadas por el ejército, quedábamos sordos en el baño y asfixiados por la tierra y el humo. Los guerrilleros nos dijeron que abriéramos la boca, y yo después le pregunté a uno de ellos que para qué, y ellos nos dijeron que para si salíamos no fuéramos a quedar sordos. Yo les preguntaba que qué armas eran unas que sonaban con un estruendo horrible y ellos me decían que eran tanquetas, eso empezaba como a rumbar y todos clavábamos la cabeza en el piso y nos tapábamos con las manos en la cara: todo el jueves fue así desde las cinco de la mañana hasta que

salimos... de los unos a los otros nos pasábamos poquitos de agua porque la sed era desesperante. Corría el sudor por la pared y de ese mismo sudor nos empapábamos la cara y rezábamos. Sentíamos que taladraban por encima de donde nosotros estábamos, sentíamos que taladraban por el techo, y balas por todas las esquinas, temblaba ese baño. Luego los guerrilleros nos dijeron que nos sentáramos y abriéramos las piernas, para acomodarnos así en hileras, unos entre las piernas de los otros; los doctores quedaron delante de nosotras y nosotras atrás; y ellos al frente, iban cuadrando sus heridos y en el descanso estaba el comandante de los guerrilleros y más heridos de ellos. Hartas armas sí tenían. Yo me cansé de estar con las piernas abiertas y me paré y me fui para el sanitario donde estaba el doctor Murcia; me paré allí, y de pronto escuchamos un estruendo aterrador y eso quedó iluminado. Yo fui de cabeza contra el piso y encima me quedaron más personas; se veía un chispero aterrador que dejaba el baño iluminado, creíamos que era la última hora. Entonces oímos la voz del comandante de los guerrilleros que gritó al ejército 'cese el fuego que van a salir las mujeres rehenes'. Salimos varios, unos gritaban 'yo estoy herido', otros 'me estoy muriendo', el comandante de los guerrilleros dijo 'salga rápido todo el mundo'; eso no se veía sino la carrera y sálvese quien pueda, uno no se ponía a ver nada más. El piso del baño se desplomó un poquito y cada uno salía corriendo uno detrás de otro. Salimos por el descanso a la azotea por un arru-me de vidrios; llegamos al piso por las escaleras, estaba supremamente oscuro... y nos llevaron a la Casa del Florero. Allá me dio histeria..."¹⁸ Y así, conforme se ha ido desvaneciendo a lo largo de éstas líneas la atención sobre los desaparecidos, así se nos fueron ellos desdibujando "entre los invisibles átomos del aire". Al principio fueron unas horas angustiantes, después se acumularon días de desasosiego, más adelante meses de incertidumbre, ausencia y tiempo y más tiempo, años, cuatro lustros: "siempre tiempo".

Un grueso banco de literatura contiene los sucesos relacionados con "las 28 horas que estremecieron a Colombia"; quien se dé a la tarea de conocer el episodio en detalle encontrará una decena de libros, registros audiovisuales, testimonios y artículos, amén de miles y miles de folios correspondientes a los procesos que de allí se derivaron. El estudio del compendio demanda innumerables horas de atenta lectura y observación. Quien se dispone a ello encontrará que las mentiras pululan, que estremecedores relatos describen la ignominia de unos y otros, y la prolijidad de nombres, cifras, fechas, números, registros, horas, testimonios de ayer y hoy le abrumarán hasta el cansancio; paralelamente

entre todo esto, pero apenas de cuando en cuando, el asistente habrá de encontrar la asechanza de incongruencias, ciertas piezas que no encajan ni se desgastan, y que señalan, invariablemente, al cuestionamiento acerca de qué ocurrió con los desaparecidos del Palacio de Justicia.

Dentro del vasto material existente sobre la toma, una pieza clave la constituye el *Informe sobre el Holocausto del Palacio de Justicia*, publicado en el Diario Oficial el 17 de junio de 1986 por el Tribunal Especial de Instrucción. Es un documento que abarca 64 extensas páginas del Diario -303 oficios- redactado con la discreta precisión de un cirujano. Allí se intenta sintetizar todo el acervo probatorio existente hasta la fecha.

El Tribunal Especial fue creado con la pérfida treta que se requiere para hacer pasar por legal y éticamente correcto un estrado que visto a la luz del Estado de Derecho resulta contrario a éste. El 13 noviembre de 1985 mediante facultades del Estado de Sitio se creó el Tribunal *Especial* (decreto 3300) con el objeto de "investigar los delitos cometidos con ocasión de la violenta toma del Palacio de Justicia de Bogotá".¹⁹ Cinco días más tarde se posesionaron Carlos Upegui Zapata y Jaime Serrano Rueda, los dos magistrados elegidos para dirigir y coordinar las tareas investigativas de las que se ocuparían los Jueces de Instrucción dentro del marco legal ordinario del Código Penal vigente. Se dijo entonces, desde una providencia de la Corte emitida por conjueces, ya que los altos magistrados se declararon impedidos, que "los numerosos delitos perpetrados con motivo del asalto al Palacio de Justicia durante los días 6 y 7 de noviembre pasado, su gravedad, naturaleza, pluralidad de autores, la complejidad e íntima conexidad desbordan la organización y funcionamiento de los Juzgados de Instrucción Criminal por cuanto se imponía por estas circunstancias, la creación de un investigador especial dentro del marco provisional del Estado de Sitio para que dirija, oriente y coordine la averiguación de esos graves acontecimientos".²⁰

Así se avaló el excepcional fenómeno al que los juristas llaman *Tribunal ex post facto* o *ad hoc*, es decir, aquel que es creado con posterioridad al hecho a juzgar, lo cual constituye un despropósito en cualquier Estado de Derecho. Pero frente a esto el Gobierno jugó un argumento sólido: el Tribunal Especial no tenía poder sancionatorio, su tarea, ya se ha dicho, estaba limitada a "dirigir y coordinar" las investigaciones que se llevarían a cabo por diversos jueces ordinarios. El sentido real del Tribunal Especial apuntaba a que su veredicto sería la versión de los sucesos sobre la que pesaría el fulgurante rótulo de Verdad Histórica.²¹

En el minucioso informe de este tribunal, el personal de la cafetería y las tres visitantes se hacen

evidentemente invisibles, ya que el capítulo que se ocupa del enigma de sus suertes es, en buena medida, uno de los más cortos además de bastante escueto, siendo a su vez éste uno de los asuntos que presenta mayores vacíos, incertidumbres e interrogantes. No se desgastan allí los magistrados Upegui y Zapata en incluir o relacionar testimonios encontrados ni valiosas versiones que podrían conducir a una conclusión distinta a la presumida por ellos frente a este punto. Pero no porque no existieran tales testimonios e indicios, sino porque al parecer el halo traslúcido al que quedaron integradas las once personas, envuelve también a sus familias y se adhiere sobre todos los asuntos relativos.

Se lee en la página 61 del Informe Especial, en la última de sus conclusiones, la decimoséptima: "El Tribunal considera que existe prueba suficiente en el sumario para concluir en que tales personas fallecieron en el 4º piso, a donde fueron conducidas como rehenes en los primeros momentos de los hechos". He aquí el tremendo poder del Estado, capaz de desaparecer a los desaparecidos; porque la 'prueba suficiente' es una y elemental: que se hallasen en el cuarto piso los cuerpos de esas once personas supuestamente fallecidas allí. Y la prueba suficiente no existe. Existen, sí, indicios, insuficientes de cualquier modo, y en ellos el Tribunal Especial sustenta su aseveración. Según esa instancia, no existen desaparecidos, pues el destino de las once personas que no fueron encontradas "ni vivas ni muertas", concluyó en el cuarto piso del Palacio, donde fueron hallados cuerpos completamente calcinados que posteriormente -como consecuencia de una cadena de yerros- terminaron depositados, sin haber sido identificados, en la fosa común del Cementerio Sur de la capital, donde para mayor desgracia, ulteriormente también fueron a dar otros varios cuerpos de víctimas del desastre de Armero, acaecido días después, el 14 de noviembre de ese mismo año. Valida esa tesis el Tribunal con indicios tales como éstos, referidos a la proveedora de pasteles: "Junto a un cuerpo calcinado, levantado en el cuarto piso se encontraron pertenencias de Norma Constanza Esguerra, reconocidas por sus familiares".²² Y que también en el cuarto piso se hallaron trozos de tortas o pasteles "indudablemente procedentes de los mismos suministros de la señorita Esguerra, los cuales debieron ser transportados por ella, o por los empleados o por los guerrilleros en el momento del traslado"²³ Además de otros indicios "motivos de certeza", que no fueron relacionados en el informe "por razones fácilmente comprensibles".

El indebido proceso

Un año después de la toma, en el debate que con ocasión de ello se realizó en el Congreso de

la República, el 19 de noviembre de 1986, se tenía una conclusión clara, la de que "Ni siquiera hay acuerdo sobre el número de víctimas. 115, según informó al Congreso el entonces Ministro de Defensa Nacional, general Miguel Vega Uribe. 94 de acuerdo con el informe del Instituto de Medicina Legal. 95 de atenderse al acta de acusación presentada a la Cámara de Representantes por el Procurador Carlos Jiménez Gómez. 89 ciñéndose a las cuentas hechas por los magistrados Carlos Upegui Zapata y Enrique Serrano".²⁴ Tal como ésta, muchas otras vaguedades minan el episodio. Y fue en esa cosecha de incertidumbres que debieron plantarse las investigaciones. El origen fundamental de la cadena de yerros que abruma las primeras indagaciones se halla en las horas posteriores al fin de la toma, el 7 de noviembre de 1985 alrededor de las tres de la tarde. El Propio Tribunal Especial conceptuó al respecto: "Inexplicablemente, las autoridades militares no esperaron a que los competentes funcionarios de la investigación hicieran lo que legalmente les correspondía hacer, primero ordenaron la incautación de las armas, provisiones y material de guerra, después la concentración de cadáveres en el primer piso, previo el despojo de sus prendas de vestir y de todas sus pertenencias. Algunos de estos cadáveres, no se sabe por qué, se sometieron a cuidadoso lavado. Con tal proceder se privó a los funcionarios encargados de las diligencias de los levantamientos de importantes detalles que a la postre dificultaron la identificación de los cadáveres y crearon el desorden y el caos. El punto de partida, por lo visto, innecesariamente fue contraproducente al buen manejo de la investigación".²⁵ Pero la institución militar no sólo se arrogó el "derecho" a practicar los levantamientos. También asumió prontamente la competencia de la investigación, cuando el comandante de la contratoma, el general Jesús Armando Arias Cabrales, pasó de eso a ser juez de primera instancia, a investigar inicialmente el operativo que él mismo había dirigido. Fue el abogado y defensor de los derechos humanos Eduardo Umaña Mendoza, que actuó en el proceso como representante de los familiares de los desaparecidos, quien sacó a la luz el proceder de la institución militar para lograr quedarse con parte del trámite investigativo. Explicó Umaña: "los decretos 1056 y 1058 de 1985, dictados al amparo del Estado de Sitio, entregaron a la justicia penal militar el conocimiento de los delitos de porte ilegal de armas de uso personal y de porte ilegal de armas de uso privativo de las fuerzas armadas. El soporte jurídico para que la instrucción hubiera sido adelantada por la justicia penal militar fue el que allí se configuró el delito de porte ilegal de armas".²⁶ Y agregó de continuo el jurista: "Pero

lo que allí se dio fue el delito de rebelión, o de terrorismo, o de secuestro, o de homicidio, etc. —lo que ustedes quieran—, todos los delitos del código penal si fuera el caso. *Pero lo que sí no hubo fue un simple porte ilegal de armas.* Sin embargo, los militares utilizaron esos decretos de Estado de Sitio para efectuar las diligencias preliminares”.²⁷

Un testimonio que dibuja con claridad algunos de los excesos de los militares en el episodio del Palacio de Justicia, es el que entregaron ante la Procuraduría la pareja de estudiantes de derecho, Eduardo Matzon Ospino y Yolanda Santodomingo. A ellos los dejamos, líneas arriba, huyendo despavoridos al comienzo de la toma. Del umbral de la cafetería corrieron hacia el segundo piso a donde estuvieron ocultos hasta que un conato de incendio los obligó a buscar salida y entonces cayeron en poder del ejército que ya estaba plantado en el primer piso en pleno combate con tanques y demás. Los dos, acompañados de Julio Roberto Cepeda Tarazona, a quien los estudiantes identificaban como “un abogado de Legis”, evacuaron el Palacio con el rumor entre los militares de que los tres eran “especiales”. “Cuando salimos del Palacio, un hombre del ejército o de la policía, no sé bien, solo me di cuenta de que estaba uniformado, me tomó del pelo por detrás y me llevó hasta la Casa del Florero pasando en medio de una fila de militares que decían que éramos guerrilleros y nos tiraban golpes con la culata del arma, en ese momento quien me tenía del pelo me quitó la cadena de oro que llevaba puesta. Al entrarnos a la Casa del Florero como decían que éramos guerrilleros nos llevaron al segundo piso, la gente que había estado con nosotros en la Corte, decía que no éramos guerrilleros, pero no les pusieron atención, y nos entraron a un salón, mejor, era como un pasillo amplio, a Yolanda a mí y al abogado de Legis. Como nos tenían en cunclillas (sic) mirando a la pared y todo el que iba entrando nos pegaba patadas y nos cogía el pelo y nos decían ‘guerrilleros hijueputas...’ eran hombres principalmente de civil, no podría identificarlos porque me pegaban cuando trataba de voltearme. Allí me di cuenta cuando un agente de policía uniformado, el que llevaba a Yolanda le disparó como a las piernas de ella un disparo y un oficial que estaba dentro, al parecer de mayor jerarquía de quien disparó, le dijo: gúevón qué le ocurrió, qué pasó... y el agente respondió: ‘fue que se me disparó’ y el oficial le dijo: ‘eso no se dispara solo...’ y eso quedó así”. En su testimonio, Eduardo continúa dando cuenta de que un hombre de civil le revisó sus documentos personales y que le dijeron que cerrara los ojos mientras fue conducido a otra instancia de aquel lugar, donde nuevamente fue interrogado sobre su familia y el motivo de su presencia en el Palacio, todo esto

acompañado de más agresiones. “Me dejaron un rato tirado en el piso, al mismo tiempo yo oía que en un cuarto contiguo Yolanda gritaba: ‘Ay, no me peguen...’ y ellos los militares le decían perra hijueputa..., luego nos dijeron que nos paráramos y nos reunieron con Yolanda en una panel de la policía y nos llevaron a la Dijin. Allí nos hicieron en una oficina la prueba del guantelete o de la parafina y recuerdo que uno de ellos decía que nos iba a cortar las manos y otro decía ‘déjemelos a mí que yo sí los hago hablar, les pego un pepazo...’”.²⁸ “En la Dijin —continúa Yolanda— nos hicieron la prueba del guantelete y por cierto me hicieron quitar mis anillos y no me los devolvieron, lo mismo que dos cadenas de oro que tenía, después a pesar de que dijeron que nosotros no teníamos nada que ver por el resultado de la prueba, ellos nos tomaron huellas, fotos de varias posiciones y hasta uno preguntó: ‘sindicados de qué...’ y yo le dije de nada y de eso quiero que quede constancia. Al parecer todo estaba a órdenes de uno que le decían capitán, que estaba uniformado. De allí nos llevaron a un sitio por la salida a Villavicencio, íbamos en la panel con el capitán ese, un chofer y tres muchachos con uniforme como de colegio militar; allí se bajó el capitán y después de un rato nos vendaron a mí con un chaleco y hasta pedían unas tijeras para cortarme el pelo, nos tiraron al suelo y dentro de la camioneta prendieron algo que despedía mucho humo y nos asfixiaba, olía como a eucalipto y decían: ‘Póngale más trapo en la cara, para cuando disparemos no se desfigure’. Además tenían como animadversión a los costeños, porque cuando intentaba decir algo me decían: ‘cállese costeña hijueputa’. Luego de un rato bajaron a Eduardo y después a mí, me esposaron y vendada me pusieron a oír un ruido de agua corriendo o cayendo, me pararon ahí y me dijeron que me iban a tirar a esa cascada desnuda, para ese momento ya estaba como loca de los nervios y todo. Después me hicieron subir unos peldaños y entré a un cuarto donde me apretaron fuerte las esposas en una mano y con el otro extremo lo agarraron a un tubo, creo. Entonces sentí sed pues estaba casi deshidratada y no había probado nada desde las nueve de la mañana, me dieron agua y me mojé los labios porque me daba miedo que me dieran algo raro, después de lo que pasó en la camioneta, además que para ese momento creía que a Eduardo ya lo habían matado. Recuerdo que cuando comenté que nunca hubiera pensado que el preámbulo de mi muerte iba a ser así, uno de ellos dijo: ‘y además preñada...’. Después de un rato sentí la voz de Eduardo en otro cuarto y creo entraron dos hombres que me pidieron excusas, yo aún estaba vendada y así me sacaron y nos dejaron con Eduardo en un lugar de la carrera décima, como a la una 1:00 a.m. y nos dijeron que

al siguiente día a las 10:00 a.m. nos presentáramos con el coronel Sánchez en la brigada.”²⁹

A otra víctima rescatada del Palacio, y que estaba siendo reseñada en la Casa del Florero en los momentos en que los jóvenes afirmaron haber ingresado allí a manos de las autoridades, se le preguntó si recordaba haber escuchado detonaciones producidas por armas de fuego en el segundo piso de aquel lugar. Su nombre es Denis Darceth Durango Durango (no Dennis Garcés Durango D., como erróneamente aparece en el anexo número 3 del Informe Especial) y en su declaración dijo: “Oímos un disparo en el segundo piso, tanto fue así que nos impresionamos mucho, tratamos de correr pero nos manifestó el agente de la policía que estaba en la entrada de la escalera que nos tranquilizáramos, que debió ser que a alguien se le disparó un arma, fue lo único que se escuchó”.³⁰

Una corriente de voces, ignorada pero constante, sostiene que los desaparecidos del Palacio de Justicia vivenciaron una suerte similar en su principio a la de los estudiantes Matzon y Santodomingo. Como fuere, es invencible la certeza de que les correspondió a los últimos un desenlace menos perverso. Don Enrique Rodríguez encabeza dicha corriente. Tiene 84 años, y los 20 últimos los ha pasado averiguando y repitiendo lo que él considera que sucedió con su hijo: “Tengo la certidumbre de que lo llevaron a la Casa del Florero, de ahí lo llevaron al Cantón Norte del Ejército y allí lo asesinó el propio general Plazas Vega. Sus restos fueron enterrados en un sector allá del mismo cuartel donde tenían el centro de polígono. Y luego cuando esto salió a la luz pública, cuando logré hacer resaltar ese hecho, tengo información de que el general fue e hizo desenterrar el cadáver de mi hijo y otros cadáveres que habían enterrado ahí, de otros casos, porque iba a entrar la justicia allá, y los desenterraron, y los incineraron”.

José Guarín Ortiz, padre de Cristina del Pilar, la cajera temporal, narró su drama cumplidos dos años de la toma: “Día a día nuestra vida es un calvario, nuestros hermanos colombianos ignoran nuestra tragedia. En cada amanecer renace nuestra esperanza en el regreso de nuestros hijos. En mi desesperación por encontrar a mi hija adorada he llegado a buscarla en los andenes donde suelen dormir los dementes que son abundantes en Bogotá, ya que se ha dicho que a los desaparecidos del Palacio pueden haberlos botado ya locos a la calle”.³¹

Aunque la entonces periodista del noticiero *Alerta Bogotá*, Julia Alba Navarrete —que cubrió por varios años el acontecer del Palacio—, rindió testimonio ante diferentes instancias, su alegato no fue tenido en cuenta por el Tribunal

Especial. Ella aseguró haber visto personal de la cafetería saliendo entre el primer grupo de rehenes. Interrogada al respecto aún hoy sostiene su versión así: “El día 6, cuando comenzaron a salir los primeros rehenes, yo me colé entre ellos y llegué hasta la Casa del Florero que era donde estaban metiendo a toda la gente que sacaban del Palacio de Justicia; en la fila donde yo iba había dos personas de la cafetería, los reconocí porque yo todos los días tomaba tinto en la cafetería, dos de los meseros; los meseros eran todos muy jovencitos, con cara como de morenitos, como bien provincianos. Y a ellos los metieron a la Casa del Florero y cuando llegamos a la Casa del Florero los militares iban separando, entonces decían usted viene para acá, usted para acá, cuando se dieron cuenta de que yo era periodista me iban a quitar la grabadora, entonces yo pelee y dije no, yo soy periodista, y me devolvieron pero a los muchachos los subieron al segundo piso, y después fue que se supo que ninguno apareció. Eso fue más o menos sobre la una y media de la tarde, cuando comenzaron a sacar los rehenes que fue cuando sacaron a la esposa del ministro de gobierno”.³²

En concordancia con lo que desde 1985 viene diciendo Enrique Rodríguez y lo atestiguado por Julia Navarrete, en 1989 Ricardo Gámez Mazuera, que por doce años fue miembro de organismos de seguridad del Estado, presentó ante la Procuraduría una carta testimonial en la cual dijo: “Como partícipe activo en tareas de inteligencia durante los hechos del Palacio de Justicia, ocurridos los días 6 y 7 de noviembre de 1985, doy testimonio de lo siguiente: el señor Carlos Augusto Rodríguez Vera, administrador de la cafetería del Palacio de Justicia, salió del Palacio y fue llevado a la Casa del Florero sin ninguna lesión. De allí fue enviado a la Escuela de Caballería por orden del Coronel Alfonso Plazas Vega, quien dio las siguientes instrucciones: ‘me lo llevan, me lo trabajan y cada dos horas me dan informe’. El coronel Plazas se basó en la hipótesis de que en la cafetería del Palacio se habían escondido armas previamente al asalto y por ello ordenó torturar al señor Rodríguez ‘por cómplice’. El señor Rodríguez fue sometido a torturas durante 4 días, sin suministrársele ningún alimento ni bebida. Fue colgado varias veces de los pulgares y golpeado violentamente en los testículos mientras colgaba; le introdujeron agujas en las uñas y luego le arrancaron las uñas. Él siempre manifestó que no sabía nada de nada ni entendía lo que estaba ocurriendo. El señor Rodríguez murió durante las torturas. Su cadáver fue enterrado en secreto, probablemente en ‘los polvorines’, cerca al sitio donde se hacen prácticas de polígono, en la misma Escuela de Caballería de Usaquén”.³³

Además de éstos, otros testimonios también de poca publicidad, serían indicios en contravía de la pretendida verdad histórica. El celador de la Casa del Florero, Francisco César de la Cruz, habló de la salida custodiada de “unas 8 personas más o menos el miércoles en las horas de la noche”.³⁴ Claudia Suspes Celis, hermana del incansable chef del Palacio, manifestó que “hasta las 3 de la tarde del día 6 de noviembre ellos estaban bien porque ellos se comunicaron con RCN y dijeron que estaban bien”.³⁵ “¿De los rehenes que estuvieron con usted y salieron con vida del Palacio de Justicia recuerda alguno que posteriormente apareciera muerto?” le preguntó el 29 de noviembre de 1985 la Procuraduría a Magalys María Arévalo Mejía, empleada de Serviaseo, y ella contestó: “A los conductores Medina y García”.³⁶ También se preguntó a sí mismo el abogado de los familiares desaparecidos Eduardo Umaña Mendoza, dos años después del holocausto: “¿Llegaremos a concluir algo contundente? No lo sé. Puede que no. Pero por lo menos se da la lucha y se guarda la esperanza, y eso es un motivo para vivir por parte de ellos. Si no se tuviera esa esperanza, los desaparecidos morirían en vida que es más trágico que morir físicamente. Lo que ellos solicitan es algo tan elemental: que si alguien los mató que aparezcan sus restos, porque es preferible ver el cadáver que estar en esta incertidumbre permanente de nunca saber qué pasó realmente con su más cercano ser”.³⁷

En los alegatos posteriores al fin de la toma, las fuerzas militares negaron cualquier responsabilidad respecto de los desaparecidos, reconociendo simplemente que sí habían “retenido a seis sujetos”,³⁸ que luego dejaron en libertad.

Desapariciones, una táctica

No hay nada nuevo sobre el mundo y menos en el país de las sombras, donde hasta las perversiones son refritas. Allende los mares se dieron los más colosales precedentes a esta ignominia nacional. La primera referencia proviene de Rusia en tiempos de las dictaduras de Lennin y Stalin, donde se dio como práctica la desaparición de personas. Pero fue el 7 de diciembre de 1941 en la Alemania Nazi de Adolf Hitler, a través del decreto Nacht Und Nebel (Noche y Niebla), donde se hizo sistemático el procedimiento. La ordenanza, ejecutada por el mariscal Wilhelm Keitel, Comandante Supremo de la Wehrmacht, y dirigida a los movimientos de resistencias de los países ocupados por el fascismo en Europa Occidental, oficializaba que las personas detenidas por sospechas de poner en peligro la seguridad alemana, debían ser trasladadas a este país bajo “el amparo de la noche” y en secreto. Los retenidos eran torturados, se les hacía “esfumar” sin dejar

rastros alguno, todo ello para evitar el surgimiento de mártires devenidos de las sentencias de muerte ordinarias.

El método fue implementado por las dictaduras militares en Latinoamérica para adelantar el exterminio de los movimientos de izquierda, se dio en Guatemala, 1963; en Brasil, 1964; en Chile, 1973 y en Argentina durante 1976.

Para Colombia 1985, el año de la toma, es un periodo de espesa incertidumbre pues el país es ya tierra fértil para el perverso delito de la desaparición, procedimiento que viene en constante escala desde su aparición en 1977 cuando se registró el primer caso del que se tenga noticia, el de Omaira Montoya Henao, bacterióloga, con tres meses de embarazo. El cobarde accionar que generó un ambiente de pánico, plenamente consolidado en ese momento de mediados de la década de los ochenta, fue denunciado categóricamente por el Procurador General de la Nación de la época, Carlos Jiménez Gómez. El alto funcionario se refería entonces a la “eutanasia social”. Y se planteaba para las víctimas el genérico rótulo de *detenidos-desaparecidos*, señalando así sin mayores rodeos la explícita participación de los organismos de seguridad del Estado. Tan solo en 1984 se registraron 128 desapariciones, según balances del Procurador que también calculaba en total que a tal fecha se habían producido mil casos de ese tipo. Ante la prensa Jiménez manifestó: “Hasta octubre del Presente año [1985], oficialmente la Procuraduría tuvo conocimiento de la desaparición de 344 personas, en desarrollo de cuyas investigaciones fueron encontrados con vida 71; sin vida 67, desconociendo el paradero de 206 sobre los cuales se continúa investigando. Los anteriores resultados arrojan un incremento de aproximadamente 129% de desaparecidos con relación al informe rendido en octubre de 1984”.³⁹

Asfaddes, la más representativa organización nacional en contra de la desaparición coincide con este diagnóstico: “En la década de los ochenta se incrementa este atroz delito, siendo responsables en su mayoría agentes estatales y grupos paramilitares que actúan con su apoyo o tolerancia. La desaparición forzada es considerada un crimen contra la humanidad en la Constitución, la ley y el derecho internacional. Se trata de sustraer una persona de su entorno familiar, social y laboral con la intención de torturarla, obtener información, asesinarla y, finalmente, ocultar para siempre su cuerpo”.⁴⁰ No obstante este prontuario, apenas en 1991 la Asamblea Constituyente incorporó la desaparición forzada, la tortura y los tratos crueles como prohibición constitucional, y su regulación en la legislación nacional no se dio sino hasta el año 2000 mediante la Ley 589. Pero junto a la normatividad campea la realidad: hasta

el momento no hay ninguna persona privada de la libertad por los desaparecidos del Palacio.

Eso, debido según dice don Enrique a que “en un Estado corrupto como éste, un Estado que le importa un comino la justicia, que dizque para ganarse los bandidos. Aquí no ha habido una intención de hacer justicia de ninguna manera”. Y por eso mismo sostiene él, ha tenido que buscar la justicia en otra parte. Lo hizo entablando una demanda contra el Estado ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos en 1990. “Colombia considera ofensivos para la dignidad nacional los términos y el contenido de la denuncia presentada ante la Comisión... reitera su rechazo a la denuncia materia de este pronunciamiento, considera improcedente analizar sus términos y solicita respetuosamente que no sea admitida”,⁴¹ respondió el Gobierno Nacional el 25 de julio ante la notificación que de la acción legal le hacía la Comisión. Sin embargo, luego de un cruce de comunicados la demanda fue acogida y está en proceso; en desarrollo de la misma debieron ir a Washington para hacer los descargos correspondientes el propio Enrique Rodríguez Hernández y el ex magistrado del Consejo de Estado, Jorge Valencia, sobreviviente de la toma.

Hijos, padres y hermanos de víctimas
inocentes
que desaparecieron del Palacio de Justicia, dejan
aquí su testimonio de rabia y dolor
para repudiar
los actos de aquellos hombres que
falsearon
la belleza de los ideales para enfrentarse
en una
guerra donde los traidores vivirán tan
solo para
cargar el peso de su propia conciencia.
Holocausto Nacional. Noviembre 6 y
7 de 1985.⁴²

Es el epígrafe grabado en la inmensa placa de origen desconocido que yacía sobre el terreno donde se cree fueron depositados cuerpos de personas muertas en el holocausto. La placa se fraccionó en cuatro partes el 5 de febrero de 1998 cuando la Fiscalía dio inicio al proceso de exhumación. Luego de 11 años del holocausto, en agosto de 1996, Eduardo Umaña había logrado la orden de exhumación de los cuerpos que reposaban en aquella fosa del Cementerio Sur, a fin de que se les practicara exámenes de ADN y se lograra establecer por fin si correspondían a las personas desaparecidas. No obstante, Umaña nunca pudo conocer los resultados de esa diligencia (que a la

fecha no ha concluido), dado que la muerte que tanto lo asedió, logró silenciarlo el 18 de abril de 1998. Ocurrió en horas de la mañana: dos sicarios haciéndose pasar por periodistas ingresaron a su oficina, amordazaron a su secretaria y le propinaron a él dos tiros mortales. Tenía 50 años y un lema propio, “Más vale morir por algo que vivir por nada”.

En una caja de medio metro la familia Castiblanco recibió el 3 de noviembre de 2001 los restos de Ana Rosa, la auxiliar de cocina que tenía siete meses de embarazo cuando desapareció. Éste es hasta el momento el único resultado público y concreto de la exhumación realizada en el Cementerio Sur, ya hace siete años. Para el padre del administrador de la cafetería este hallazgo, que concordaría con la versión del Tribunal Especial, no tiene credibilidad: “No hay prueba absoluta y evidente de que esos restos correspondan a ella. Encontraron alguna señal, alguna cosa parecida e inmediatamente dijeron que ése es el cadáver de ella pero no hay una prueba evidente; son unos huesos que dicen que pueden ser los de esta niña. Pero si es cierto, la razón es que Ana Rosa Castiblanco estaba a días de dar a luz, estaba embarazada. Entonces, a ella la sacaron detenida del Palacio de Justicia pero lo lógico es que ella por estar embarazada quedó aislada de los demás, a ella la separaron de los demás y posiblemente después fueron y echaron los huesos allá en la fosa, que era fosa de los entierros de los desaparecidos”.

Según don Enrique veinte años de impunidad se resumen en una falta de voluntad del Estado para aclarar lo sucedido: “Todo ha sido en contra de nosotros y todo ha sido para buscar la manera de impedir que esto se investigue y se sancione”. Para las familias de los desaparecidos, el añejo y crónico debate acerca de si el narcotráfico financió económicamente la toma, o si la guerrilla ejecutó tal acción por su propia cuenta –disputa de comadres, agregada la prensa, a la que se ha reducido el trágico episodio–, resulta tan absurdo como lo es el suponer que lo preocupante fuese simplemente establecer si habrá que llamarles ‘lobos’ o acaso ‘cuervos’, si la dignidad de los criminales es la de asesinos políticos o la de poderosos contrabandistas, y no el asunto esencial y lacerante y vigente de aclarar dónde están y qué fue de las personas arrancadas de la sociedad.

El Holocausto logró, como ningún otro episodio de la vida nacional, mostrarnos lo que somos: “una sociedad donde la eficacia material de las armas se impone sobre la eficacia simbólica de la ley”, en justas palabras del politólogo Alejandro Bustamente. Y el destino, vaya uno a saber qué es eso, se ocupó de unir y emparejar la lucha vital de José Eduardo Umaña Mendoza con el sino de los desaparecidos, categoría tétrica y fantasmal la

llamó Ernesto Sábato. Ahora todos hacen parte de la única certeza de verdad histórica que el país ha forjado con empeño a lo largo y ancho, y desde donde alcance la memoria; esa realidad que todos acá compartimos, desde el más docto hasta los hijos que habrá de venir preguntándose dónde termina Colombia para ir un poco más allá. La verdad que gobierna cada uno de los once espacios y tiempos inhabitados; la verdad histórica que viene de atrás, que larga y lenta atraviesa dos décadas y sigue y está clavada impenitente en los ojos de don Enrique. La verdad de la injusticia. Riqueza excepcional de la nación, pues a diferencia de las otras, la injusticia sí la hemos repartido equitativamente: correspondiéndoles mayor proporción a los más débiles y necesitados, y un poco menos para onerosos, que no son muchos.

El agobio que acompaña a don Enrique se exalta y se hace algo parecido a la rabia cuando se le pregunta si perdonaría a los responsables de su desdicha: “Y qué les puedo yo perdonar si esos hijueputas ya deben estar quién sabe dónde; por ejemplo a Belisario Betancur y al coronel ese Plazas Vega, yo no sería capaz de tocarles una uña, porque espero ¡carajo! que se pudran ¡carajo! y públicamente ¡carajo! como ha ocurrido con otros vergajos”. Al poco rato se recompone y vuelve a sus ademanes de caballero, se sienta y continúa esperando y viviendo la verdad. ■

Notas

- 1 Serrano Rueda, Jaime y Upegui Zapata, Carlos. Tribunal Especial de Instrucción. *Informe sobre el Holocausto del Palacio de Justicia* (noviembre 6 y 7 de 1985). En: Diario Oficial-Edición Especial. Bogotá (17 de Jun., 1986); p. 49.
- 2 Familiares de los desaparecidos del Palacio de Justicia. *Los desaparecidos del Palacio de Justicia*. Folleto. Bogotá: 1986. p. 19.
- 3 *Ibid.* p.23.
- 4 Herrera Barbosa, Benjamín. Magistrado Ponente. *Sentencia del Tribunal Administrativo de Cundinamarca Sección Tercera. Referencia: Reparación directa. Expediente: N° 87-D4082. Demandante: José María Guarín*. Santafé de Bogotá. Julio 15 de 1993. p. 46.
- 5 *El Espectador*, Bogotá (7, Ago., 1982); p. 7-A.
- 6 Serrano R. y Upegui Z., *op cit.*, p. 23.
- 7 Ésta y todas las intervenciones del personaje, corresponden a la entrevista personal del autor a Julio César Uribe Acosta, ex consejero de estado, realizada en Bogotá el 5 de julio de 2005.
- 8 Entrevista personal del autor al periodista Germán Salgado Morales, coautor del reportaje radial *Que cese el fuego – El Testimonio*, realizada en Bogotá el 6 de julio de 2005.
- 9 Anales del Congreso. Año XXIX N° 141 Imprenta Nacional, 19 de noviembre de 1986. p. 8.
- 10 <http://viaalterna.com.co/> El Conflicto Colombiano *Debate sobre el Palacio de Justicia* (continuación 5/7).
- 11 *Ibid.*
- 12 Serrano R. y Upegui Z., *op cit.*, p. 43.
- 13 *Ibid.* p. 44.
- 14 <http://viaalterna.com.co/>, *op cit.*, (continuación 6/7).
- 15 Herrera B., *op cit.*, p. 26.
- 16 Herrera B., *op cit.*, p. 28.
- 17 Herrera B., *op cit.*, p. 29.
- 18 Herrera B., *op cit.*, p. 32.
- 19 Serrano R. y Upegui Z., *op cit.*, p. 1.
- 20 Serrano R. y Upegui Z., *op cit.*, p. 2.
- 21 El ex militante del M-19, Otty Patiño, dice en entrevista concedida al autor refiriéndose al Tribunal Especial: “Un fallo adverso en el sentido de que la toma del Palacio tuvo motivos distintos a los expuestos por el Comando hubiese sido grave porque junto a la tragedia que significó dicho acontecimiento, nos hubiesen endilgado, apoyados por esa verdad jurídica, motivaciones no políticas. Si en contra de la evidencia jurídica hay quienes mantienen la versión de que se trató de un mandato de los narcos para quemar unos archivos comprometedores ¿qué tal esa versión avalada por el Tribunal que investigó los hechos? Entonces el valor del fallo del Tribunal es que permite reconstruir la verdad histórica y eso puede ser más importante que los efectos jurídicos”. (22, Jul, 2005).
- 22 Serrano R. y Upegui Z., *op cit.*, p. 61.
- 23 *Ibid.*
- 24 Anales del Congreso. , *op cit.*, p. 25.
- 25 Serrano R. y Upegui Z., *op cit.*, p. 51
- 26 Umaña Mendoza, Eduardo. “Palacio de Justicia: proceso a una ignominia”. *Colombia Hoy Informa*, Año VII, N° 46-47, Bogotá, 1986. Pág. 9.
- 27 *Ibid.*
- 28 Herrera B., *op cit.*, p. 49.
- 29 *Ibid.* p. 54.
- 30 *Ibid.* p. 58
- 31 El Mundo, Medellín 8 de Nov., 1987; p. 5B.
- 32 Entrevista personal del autor a Julia Alba Navarrete, periodista testigo de la salida de rehenes. Realizada en Bogotá el 8 de julio de 2005.
- 33 Gámez Mazuera, Ricardo. Carta testimonial ante el Procurador General de la Nación. Con sello de la notaria Diecisiete del Circuito de Bogotá del 1 de agosto de 1989, notario Darío Caicedo Trujillo.
- 34 Herrera B., *op cit.*, p. 72.
- 35 *Ibid.* p. 94.
- 36 *Ibid.* p. 68.
- 37 *El Mundo*, Medellín 8 de Nov., 1987; p. 4B
- 38 Anales del Congreso. , *op cit.*, p. 25.
- 39 *El Espectador*, Bogotá 1 de Nov., 1986; p. 3A
- 40 Ávila Fonseca, Gladis (Secretaria General de la Asociación de Familiares de Detenidos y Desaparecidos, Asfaddes) Ponencia en *Seminario Internacional de Alternatividad Penal en Procesos de Paz Parlamento de Catalunya*. Barcelona, 27 y 28 de febrero de 2004. Pág. 1 <http://www.pangea.org/unescopau/img/programas/colombia/seminario/seminario010.pdf>
- 41 Comisión Interamericana de Derechos Humanos. Organización de los Estados Americanos. Capítulo VII Derecho a la Vida. *Caso 10738: Holocausto del Palacio de Justicia (94 muertos)*. <http://www.cidhorg/countryrep/Colombia93sp/cap.7.htm>
- 42 *El Tiempo*. Bogotá (6, Feb., 1998); p. 6A.

Bibliografía

Jimeno, Ramón. *Noche de lobos*. Primera Edición. Bogotá: Editorial Presencia, 1989. 218 p.
Procuraduría General de la Nación. *El Palacio de Justicia y el Derecho de Gentes. Denuncia del Procurador ante la Cámara de Representantes*. Documentos. Primera Edición. Bogotá: Printer Colombiana, 1986. 361 p.
Defensoría del Pueblo. La tragedia del Palacio de Justicia 6 y 7 de noviembre 1985-1995. En: “Su Defensor”. Periódico de la Defensoría del Pueblo para la divulgación de los derechos humanos. Año 3, N° 28. Noviembre, 1995. 23 p.
Iragorri, Juan Carlos; Navarro, Antonio. *Mi guerra es la paz*. Primera Edición. Bogotá: Planeta, 2004. 185 p.

“Colombia vive, por ella viajan”...

Gustavo Acosta Vinasco

Resumen

En esta crónica de viaje por Colombia, subyace una aguda crítica a la imagen que el gobierno ha pretendido vender de este país en el que a veces todos hemos sido prisioneros; un ejercicio de reportero que nos recuerda lo trascendental que resulta lo simple, cuando se logra plasmarlo.

Palabras clave: Viajar, placer, terminal, bus, seguridad, pasajero.

Abstract

In this chronicle about a travel through Colombia lies an acute critic to the idea promoted by the government about the country, a place in which citizens have sometimes felt prisoners. It's a journalistic exercise that make us remember the transcendentalism of simplicity when it is registered.

Key words: travel, pleasure, bus station, bus, security, passenger.

I – Excursus

En el ámbito del periodismo, no cabe duda de que el “placer” es algo bastante subjetivo. No hablamos aquí del placer *para* el lector o el espectador, quienes a mi juicio deben estar preparados también para lo siniestro, si es que no se goza en ello; sino, más bien, del placer –de haberlo–, que resultare *en* la concepción de una noticia: es, digamos, el placer “para-sí” del periodista, en medio de las balas, de la sangre, o inmerso en la corrupción –de cualquier materia.

Por mucho que haya progresado la ciencia estética, el padecimiento humano no puede ser nombrado “bello” en ninguno de sus valores o categorías. Dudo asimismo que las obras periodísticas, aunque grandes, emulables, y muy bien escritas merezcan el título de “bellas” (las crónicas de Barbajacob cubriendo los terremotos de Centroamérica; los perfiles de Carlos Sánchez en el submundo de Medellín; o las temerarias denuncias de un Ramón Jimeno entre los hilos de las maquiavélicas políticas nacionales...), ello sería masoquista por parte de nuestra cultura.

Y está claro, por otra parte, que la labor periodística, más cercana a las pretensiones de lo “bueno” y lo “verdadero”, tampoco se restringe a la tragedia; mas para todo creador, el placer de concebir, comenzar, adelantar y de pronto terminar su obra, encierra todo el repertorio de tragedias, contrariedades, victorias, egoísmos, dificultades, bellezas, mezquindades, desánimos, y hasta la censura y la crítica sepulcrales. El oficio es la vida misma.

¿Cuál es la felicidad que le reporta al cronista su labor, en definitiva? ¿De dónde la obtiene? No

hablamos aquí, tampoco, de amor ni filantropía. Sigue viva, entonces, aquella motivación de lo irracional a la que muchos apelan para justificar ese oscuro, humanamente oscuro deber de informar, revelar y dar a conocer eventos que, por la salud mental de la ciudadanía, bien merecerían mantenerse ocultos (y sí que se los oculta).

A cada reportero o investigador se les presentarán sus motivaciones bajo la forma de una epifanía privada; los seres humanos encarnan una bizarría que no sólo consiste en el dolor, pues también el periodista presencia instantes de encantadora libertad de los que pronto hace sus personajes; sólo esto explica en principio la actitud persistente (dejando de lado las otras motivaciones, más inmediatas, superficiales o acomodaticias) de quienes comunican por profesión: escribir una nota de interés periodístico puede parecer a simple vista algo rutinario, y su placer bien pudiera limitarse a la satisfacción de cumplir con el trabajo, o con lo debido a la vanidad, casi indiferentes a las pasiones y emociones concomitantes; o por el contrario, bien adicto a ellas. Habrá algo más que una perla en el estercolero.

II – La ida

Por mi parte, yo que me encuentro por azar en estas vías, escribir algo de interés público se me ha convertido en un lujo, puesto que debo aguardar a que las labores magisteriales que me sustentan cesen por unas semanas, de modo que pueda concretar mi relativo interés por la desvalida humanidad –tan desvalida, que requiere del periodismo como de una pata de palo– bajo el pretexto de una historia de vacaciones.

Preparo mi equipaje con miras a resolver algunos asuntos en mi ciudad natal. Añado un libro al bolsillo del desodorante y el talco y los calzoncillos: La Gitanilla, novela ejemplar de Cervantes (¡no es la moda de los cuatrocientos del Quijote, sino lectura escolar!). La protagonista, una gitana que sin duda debió haber sido preciosa, así se llama. Con cuántas hordas de gitanos no viajaría don Miguel en sus periplos mediterráneos para poder hablar con tanta franqueza de las mañas de esta joven, su abuela y otros, quienes recorrían Castilla viviendo de las canciones y la poesía (ah, la poesía, *¿para qué sirve la poesía?*, le pregunta un fracasado poeta a la avisgada mozuela)... más tarde un joven se enamora de ella, lo pone a prueba, seguro terminarán felizmente casados, ...la novela, en todo caso, me animó el tedioso viaje hacia la ciudad de mis natales contrariedades, volví a fijarme a la ventana cuando el bus ya entraba a la autopista del café.

Inminente desplazamiento postergado, encuentros, reuniones, ebriedades, despedidas. ¡Habiendo tenido que viajar obligado por irresolubles asuntos editoriales que sólo arrojaron sueños inalcanzables y deudas encarcelables!, me quedé sin un peso. Quiero volver a Medellín lo más pronto posible. Tengo dinero en casa, pero ahora ¿a quién pedirselo prestado? Los amigos de mi generación han sido suficientemente generosos con su hospitalidad; y aquellos de mi familia quienes, siendo yo niño, me ofrecían con su dinero, han muerto o están lejos. ¡Qué fijaciones!

Añoro volver a montarme a uno de esos buses que cumplen con todas y cada una de las antirreglas de la higiene y la seguridad; casi he olvidado que unos años atrás, en épocas de estudiante, yendo a visitar a mis familiares alguien me dopó con burundanga, ¡no podría pasarme de nuevo!; ni siquiera terminé la novela a la ida, la lectura me mantendrá alerta durante la vuelta, y dado el estado actual de ánimo, puede ser más interesante tratar con personajes literarios, hoscos, vagamundos, con la moral de los caminos, pero cantores; antes que con los amigos de una infancia imaginada, envueltos por la red meritocrática del mezquino sector oficial de una ciudad "en vías de desarrollo"... sí, añoro un bus... ¿qué me expulsa de esta villa intermedia, de esta raza escogida por los astros para que yo supiera del mundo humano?

Me expulsa de esta villa, sus notables logros en el campo del lavado de dólares. Esa será una de esas verdades que la "opinión pública" ha llegado a considerar improbables o recostadas. Pero incluso los manizalitas se valen de ese secreto a voces, para perpetuar las rencillas legendarias sostenidas contra los pereiranos. Me choca el crecimiento, como si las ciudades -hechas a la

medida de las virtudes y los vicios humanos-, no debieran tener una estatura, una medida; me molesta el aumento de anillos viales magnificados, los mismos que dentro de unos años serán inútiles, o por lo menos deficientes, como ha llegado a suceder en las ciudades mayores como Bogotá o Medellín. Entonces advienen los planes de desarrollo urbano, las grandes modificaciones de la malla vial, y los consecuentes desplazamientos humanos.

La "reubicación" de los habitantes de las calles del centro de Pereira ha sido un proceso tan complejo como "exitoso", al decir de un amigo, la noche anterior, al que se le sienten las ganas de llegar a la alcaldía: la ciudad se higienizó, porque claro, el nuevo auge turístico de la zona cafetera exige un aspecto limpio, moderno, urbano, decantado. Está bien, hermano, todos nos tenemos que ubicar, ¡pero no te olvides de la realidad! ...todas las manzanas que ocupaban asentamientos subnormales, residuos de un sistema de vida entre lo urbano y lo rural, habrán de ser ocupadas por los mega-almacenes de cadena...

¿Cuál es el destino de los indigentes, habitantes de la calle, transvestidos y revertidos...? Los inevitables planes de renovación urbana que se han venido adelantando en las principales ciudades del país han evidenciado lo que todos los ciudadanos con sentido común conocen: que muchos ciudadanos difícilmente viven como tales, aquellos que viven en la calle por voluntad propia o por fuerza mayor (o porque la segunda implica la primera).

Mejor dicho, en Pereira se respira un aire de *limpieza*. Quiénes, no sé.

III- La vuelta

Llamo a L., él es un comunicador que estudió en la Universidad de Antioquia, cuya familia en Medellín me acogió cálidamente durante varios semestres; hace muchos años, cuando él era más joven, estuvo seriamente en "las drogas", Niquitao, el punk...; pero Pereira, tierra de oportunidades, ciudad sin puertas, le daría una nueva oportunidad que bien se merecía; en la Alcaldía de Pereira ha demostrado su conocimiento de la realidad infra-social, y yo diría que se ha vuelto imprescindible, y en verdad que lo hace bien.

- L., préstame plata para devolverme a Medallo...
- Te espero...

Me dice que vaya a su oficina al mediodía, pues ahorita mismo los funcionarios de la Alcaldía están recibiendo una donación de AC, GP o AVo5, no sé de cuál de estas industrias de ropa con nombre de fórmula química. El Palacio Municipal de Pereira es un edificio maravilloso del periodo modernista, cuando la fuerza civil masónica

criolla hizo del villorrio una ciudad decente. La oficina de L. es en realidad un cubículo, no muy bien iluminado ni tan íntimo como debiera de serlo para el cuchicheo de los lagartos, los favores de los clientelistas y las peticiones de los menesterosos. No digo que él sea algo de lo anterior, es lo que se respira en los corredores públicos.

- ¿Qué hubo G.?
- [un abrazo].
- Mirá la camisa, y ve este pantalón, ¡já, están botaos los lambones esos!
- Bonitos...
- Ya te conseguí el tiquete.
- ¡¿En serio?!
- Y tomá esta plata. Ve, tenés que estar en la terminal a las cinco de la tarde, preguntás por F., él te da el pasaje, y listo güevón.
- ¡Qué bien! ¿Y también me vas a ayudar con el arriendo? Vos sabés que trabajo en un colegio privado y no me pagan sino diez meses al año...
- ¡Comé mierda!, o sino te meto a la volqueta con los otros pasajeros...
- ¿Cómo así?
- Porque es que te querían echar con los demás habitantes de la calle que están devolviendo a sus ciudades de origen... en la volqueta los trasladamos a todos a la terminal, les damos una platica, almuerzo, ropa limpia, y ya de ahí para adelante no podemos hacer más, pero... ¿te imaginás vos con todos esos locos? No, vos no aguantás ese batacazo...esperáte contesto esta llamada...

Es agosto, en Bogotá, Cali y Cartagena hay confusión, acaban de reventar todos los conflictos que surgen de un desalojo, el fenómeno se replica desde El Cartucho, se siente por los alrededores de la antigua galería de Pereira, pero con poco eco ya en Guayaco; aunque en Medellín todo está bajo control, con parque para estrenar, la indigencia no ha desaparecido del todo, sólo se desplaza, silenciosamente expande el suncho; en Bogotá en cambio, hay duros cuestionamientos a las condiciones del desalojo... ¿cómo se hará el traslado de los ex-habitantes del sector? El país aguarda que el efecto mariposa de esta medida llene toda la nación.

Los noticieros de televisión registran por estos días las quejas y denuncias de habitantes y autoridades de las ciudades que comenzaron a recibir camiones llenos de "desechables", y ante la sorpresa y falta de preparación para acogerlos, el

problema es la sensación en manos de los medios televisivos.

- Bueno, mucha suerte mijo, saludes a mi mamá, andá a visitála, que sabés que se acaba de morir el viejo...
- Voy por mi maleta.

IV – Estación intermedia

Cuando llego a la Terminal, busco el puesto de información donde se debe encontrar el funcionario de la alcaldía que L. me señaló. Una agente del tránsito me dice que lo busque en la taquilla de la Empresa A., que "está tratando de arreglar un problemita". A pocos pasos escucho a un par de hombres discutiendo, cada uno arrastra sus pies y palmorea irritadamente como señales de desespero: entre el funcionario de la Alcaldía y el gerente de la Empresa de Transportes no parece surgir ningún acuerdo. Escucho que F. vocifera:

- ¡Pero si están bañados!
- ¡Yo qué hago si los clientes se me quejan! -responde el gerente, como disculpándose ante todo el Terminal de transportes, con el tono de quien somete sus buenos sentimientos ante el

cumplimiento de un cruel deber -de un cruel prejuicio. Para enfriar la situación, decido entrometerme-.

- ¿El señor F.? -preguntó retóricamente-. Mi nombre es G...
- ¡Ah! ¿Usted es el que viene de parte del doctor?

El corrillo de la sala de espera me mira con asombro, no parezco muy salido de las entrañas de la indigencia, ni tan necesitado como para viajar a merced de la caridad institucional. Yo les devuelvo las miradas, queriendo significarles que las apariencias engañan, pero noto que tras la pequeña multitud ansiosa por viajar, permanece sentado un anciano, demasiado anciano quizás, vestido con tenis deportivos de lengua afuera, una ruana, un pantalón de corte no muy raído, y poseedor de un impresionante olor, que imagino, ni los estregones que le debieron haber dado en el hogar de paso del programa de la Alcaldía, le lograron suprimir. Sin duda el anciano anciano es el origen de la disputa.

De repente, el gerente de la empresa se dirige a mí, con tono explicativo pero cortante:

- Yo sé que ustedes tienen una necesidad, pero es que los clientes se me quejan y...

Los noticieros de televisión registran por estos días las quejas y denuncias de habitantes y autoridades de las ciudades que comenzaron a recibir camiones llenos de "desechables", y ante la sorpresa y falta de preparación para acogerlos, el problema es la sensación en manos de los medios televisivos.

Prefiero buscar una silla, eso sí, no muy cerca del anciano, porque lo más prudente sería no inmiscuirme, a mí se me está haciendo un favor, sin duda, pero sé que ellos son merecedores de un deber institucional, y supongo que F. está preparado para hacérselo ver al gordo bigotudo barrigón de la gerencia. Me siento a dos puestos de un individuo que me saluda cortésmente y que se fija sobretodo en la cajetilla de cigarrillos que he venido exhibiendo con ansiedad.

- ¿Fuma?
- Le agradezco...-clic...-, ¡Uy! Ustedes que si quiera ya se van... el mío que sale a las diez de la noche.

De vez en cuando el gerente vuelve a arrastrar los pies en el piso arenoso de la terminal. Los que estamos sentados nos miramos, alguien disputa por nosotros, nace una identificación, estamos bajo el conflicto de dos intereses, así que hay que unir nuestra fuerza en favor de un soberano, si F. triunfa logrará ponernos en un asiento directo a un destino que, aunque fijo -técnicamente hablando-, ¿quién sabe sino incierto para algunos?

- ¿Y usted para dónde va?
- Para Bogotá...
- ¿De dónde viene?
- ¡Uy! Pues, ahorita así varado, desde Buenaventura...
- ¿Qué estaba haciendo por allá?
- Bucando camello, ¿qué más? Yo me separé de la mujer mía... nosotros vivíamos en Barranquilla, yo estaba muy aburrido porque el trabajo estaba malo, ¿oiga?, pero malo, y un hermano mío, que también es tolimense, se había ido hace unos años para Buenaventura, él es Pastor, y me insistía que nos fuéramos para allá.
- ¿Usted también es religioso?
- ...No, yo no mucho... La mujer mía se devolvió para Bogotá, pero esta es la hora que no he podido tener razón de ella. Se me llevó los chinos, ella dijo que para esa tierra de negros no se iba. Pero cuando yo arranqué para Buenaventura, así d'iuna, sin avisarle a mi hermano, no sabía en la que me estaba metiendo. Él se había entregado a la iglesia, ¿sí?, entonces yo me fui derecho a buscarlo a una congregación que tenían por allá en un barrio. Resultó que mi hermano se había ido hacía un par de meses para Tulúa, allá dizque estaba predicando. Yo

ya no tenía un peso, entonces los hermanos de esa iglesia recogieron para mandarme a Tulúa, era todo lo que podían hacer, porque ni la dirección de mi hermano la tenían, el pastor tenía el número telefónico en un papelito que guardaba entre las páginas de la Escritura, pero no hacía mucho se le había extraviado...

- ¿Y llegó a Tulúa?
- ¡A duras penas llegué a Cali!, y si me descuido ni llego, en el camino nos robaron todo a los pasajeros del bus, eso fue entrando, ¿oiga?, se pararon del puesto un montón de tipos con armas y en bolsas negras de esas plásticas se llevaron todo... ¿oiga? Ahí empezó el vía crucis. Dormí tres días en la terminal, sin papeles... y todo lo que logré fue que el gerente me mandara hasta Buga, y yo claro aproveché.
- ¿No conocía a nadie en Buga?
- ¡A nadie! Entonces me fui derecho para donde el señor de los milagros...

- ¿Usted en qué trabaja?

- Carpintería, yo le trabajo a usted todo lo que es la madera... ¿oiga?, y entonces busqué al curita de allá, y me recibió y yo le conté todo esto que le he contado a usted, ¿y sabe qué hizo? Se metió la mano debajo de la sotana, y yo me alegré porque me iría a colaborar, ¿sí me entiende?, y... ¿sabe con qué me salió? ¡Hombre! Con una moneda de \$200, ¡Hombre!... Y yo diciéndole al cura que lo que más quiero es encontrar a la mujer, yo no soy un hombre vicioso, ¡vea estas manos!

Al hombre se le entremezclan el despecho, la conmoción y la indignidad -según, al menos, mi subjetiva apreciación-, es un hombre rudo y de facciones agradables, aunque le empiezan a

faltar los dientes. No quisiera preguntarle cómo llegó a Pereira, así que opto por ofrecernos un cigarrillo mientras se decide a cerrar el cuadro de su historia -la cual yo no sabría calcular en qué punto se halla en realidad-. El ámbito de la taquilla se calmó paulatinamente, y F. se apresura a enfilar los beneficiados con la medida institucional, le pregunto que quihubo del tiquete, él alza los hombros como queriéndome responder que de la gerencia van derecho a las manos del conductor, por seguridad.

Se me viene a la memoria la obrilla de Cervantes, cuando los gitanos se aproximaban a las villas, los habitantes escondían los objetos de valor.

Se me viene a la memoria la obrilla de Cervantes, cuando los gitanos se aproximaban a las villas, los habitantes escondían los objetos de valor. También en la vida de gitano se cae por casualidad, o por capricho; en ella cae el enamorado de Preciosa, por amor; el paje-poeta en cambio por desamor, ambos dejan todo atrás, y ¡a errar!

También en la vida de gitano se cae por casualidad, o por capricho; en ella cae el enamorado de Preciosa, por amor; el paje-poeta en cambio por desamor, ambos dejan todo atrás, y ¡a errar!

Me despido de H., deseándole una suerte que ni él ni yo podemos controlar. Para mi infortunio, el anciano anciano viaja conmigo, veo que se ubica en una silla posterior de la cabina, yo en cambio en un puesto de adelante. Para mi fortuna, no llevo pasajero al lado. La noche cubre nuestro recorrido por las riberas del cauca, y se espera una rápida parada en algún restaurante de La Pintada. Me siento cerca, ¡increíble! El Estado colombiano me está llevando de regreso a casa, y yo que despotrico tanto de él, y tanto que imploré sus favores antes, para que nuestro pasquín no se fuera a la quiebra, y yo tan resentido, ¡qué hambre me producen estos pensamientos!

V – Un hallazgo

Todos descendemos del bus, por seguridad. El anciano pasa por mi lado, y el apetito se me disipa. (Trataré de seguir el ejemplo del escritor naturalista Émile Zolá, él siempre guardó un profundo respeto por sus desventurados personajes, no queriendo desdibujar la malograda existencia del lumpen parisino en cuya geografía escarbó con sus narices por delante y su cámara en hombros, hasta la muerte, a pesar de los escrúpulos).

Ha comprado un café con leche y un buñuelo endurecido. Yo me fumo otro cigarrillo y compro agua para llevar. El pueblo conserva el sopor vespertino, las motocicletas llenan las calles, y los buses intermunicipales agitan los venteros de fruta y fritos. El chofer se tomó su tiempo para comerse la *bandeja* que le tienen cada día de por medio, cuando le asignan esta ruta y va a dormir a Medellín. Algunos pasajeros intentan llamar por sus teléfonos celulares, pero veo que no obtienen señal. Estamos en un cañón. Por aquí nunca ha entrado la noche sin que se deje de sentir un ligero temor, como canta Aurelio Arturo en su poema, ante las inesperables "*ráfagas de palomas moradas/ cuando un viento malo sopla sobre las granjas/ en el valle de la estrella más sola...*".

–¡Adiós, mi amor! –se despide el chofer de la ventera–, y palillo en diente, se dirige a abrir la puerta del bus con una actitud enérgica de recién almorzado que le lleva al afán y la pitadera.

Subo y me descalzo, buscando llegar lo más relajado posible; el desenlace de la novela quedará postergado, el bus cruza el puente sobre el río Cauca y se apaga la iluminación de prostíbulo. El anciano hubo dormido gran parte del trayecto hasta La Pintada, los demás lo notamos cuando alargó descaradamente sus piernas sobre el puesto de al lado; el bus, a fin de cuentas, no venía tan lleno, ¿de qué se quejaba el gerente de la empresa, si la alcaldía ni siquiera le está quitando puestos a otros viajeros?

–¡Pare, señor, pare! –grito inconscientemente–, ¡Devuélvase! –casi le ordeno– ¡que falta un pasajero!

El chofer baja la velocidad y enciende la iluminación de prostíbulo. Estamos de acuerdo en que falta el anciano. A su pesar, el chofer da media vuelta y regresamos al restaurante en que habíamos parado. Empujo el lento sistema hidráulico de la puerta del bus, descendiendo a toda prisa, como si se tratara de un niño indefenso, y el anciano no se ve por ningún lado, las mesas están vacías y ya han sido limpiadas, identifico a la querida del chofer y le pregunto por un anciano de ruana, tenis sin cordones...

–¿¡Uno que huele muy maluco! –me interpela–, ¿es que él venía con ustedes? Yo no lo he vuelto a ver. Apenas hubo terminado ella su deseo, el anciano salía de detrás del biombo de los baños, tratando de recomponer su bragueta con letargo, y dispuesto a sentarse nuevamente ignorante de su transporte. El chofer se le abalanzó conmovedoramente, quizás temeroso de haber estado a punto de meterse en un lío judicial así no más. El bus lo recibió con ovación, en honor del venerable pasajero se activó el aire acondicionado, se apagaron las luces y, para celebrar la ocasión, el chofer puso una película en dvd, tan efectiva que a mí me alcanzó a arrullar.

Desperté llegando a Envigado, un acto reflejo me hizo mirar a la parte posterior de la nave. Al parecer, el anciano ya se había bajado. ¿Cuál sería su destino? ¿Sabría a dónde ir? ¿Tendría? ■

Especial fútbol: Sueños en pelota

Un ritual llamado fútbol

Juan Fernando Rivera Gómez*

Resumen

En torno al partido de fútbol se realizan una serie de acciones rutinarias que lo convierten en un ritual, que dura mucho más que los noventa minutos de juego. El autor presenta un análisis antropológico de este fenómeno, desde lo espacial y lo temporal, y establece tres periodos frente al juego: el *antes*, el *durante* y el *después*. Los cantos, los gestos, las esperas, los gritos y los silencios en cada partido forman parte del ceremonial de esa comunidad llamada hinchada. El autor nos recuerda que los periodistas y los medios de comunicación se convierten en agentes activos en esa cultura llamada fútbol, en la que se habla en un lenguaje codificado, y en el lenguaje de la guerra.

Palabras clave: partido, ritual, espacio, tiempo, ceremonia, fútbol, cotidianidad, programación, comunicación, barra, equipo, estadio.

Summary

About a football match there is a group of everyday activities that make it a ritual, lasting longer the ninety minutes of play. The author presents an anthropological analysis of this phenomenon from space-time perspective, and establishes three moments concerning the play: before, at the moment and after. Songs, gestures, waitings, cries and silences in each team are part of the ceremonial of the community called fanatics. The author also remembers us that journalists and the mass media become active agents in the culture of football, in which everything is said in a coded language and in the language of war.

Key words: match, ritual, space, time, ceremony, football, everyday activities, program, communication, fan club, team, stadium.

Pensar en la noción de ritual para analizar las manifestaciones deportivas, en este caso el fútbol, puede ayudarnos a comprender la real dimensión que éste tiene. Sin embargo, constantemente el uso de este concepto de ritual nos presenta una gran diversidad de aspectos que posiblemente también se podrían interpretar desde lo ritualístico; esto, desde el análisis de los diferentes parámetros que tiene un ritual, principalmente desde la concepción de ritual expuesta por Víctor Turner,¹ debido a que aquellos actos que de una u otra forma cumplan la mayoría de los pasos propuestos por este autor, se considerarían como un ritual o al menos así se ha pensado. En esta medida, los actos que tengan una periodicidad establecida y se hayan estereotipado, en un lugar determinado, con un lenguaje y gestos



Ilustración Johnny Alexander Sánchez

propios y particulares, y que además en cierta medida rompan con la cotidianidad, se han convertido y se podrían considerar como actos rituales.

Esta dinámica, si bien permite dar una interpretación especial de diferentes tipos de actos, se convierte también en un arma de doble filo, en la medida en que todo deviene un ritual según que cumpla con los parámetros establecidos. Pero debe tenerse en cuenta que si bien una gran cantidad de manifestaciones pueden en cierta medida estar cumpliendo con estas condiciones, el agregado simbólico es lo que en últimas podrá determinar si se les considera ritual, teniendo también presente en qué medida para los "ejecutantes" de dichos actos, éstos poseen una carga simbólica o no.

* Este texto es parte del tercer capítulo del trabajo de grado "Gol eterno: El partido de fútbol, más que noventa minutos, toda una vida de pasión y etnografía", realizado por Juan Fernando Rivera Gómez para optar al título de Antropólogo, Universidad de Antioquia, 2003.

Esto nos permite examinar cómo en las diferentes manifestaciones el concepto de ritual es utilizado desde el abuso, o de una manera moderada; además podemos ver cómo algunas manifestaciones que no se habían analizado desde esta perspectiva toman fuerza, fuerza que quizá necesitaban para adquirir reconocimiento en el mundo intelectual.

En este sentido, las manifestaciones deportivas, las tradicionalmente consideradas como simple diversión u "opio del pueblo", al considerarlas como hechos sociales, interpretados desde la perspectiva del ritual, adquieren un reconocimiento hasta hace poco ignorado.

Si bien para la gran mayoría de los países el caso del fútbol, como la manifestación deportiva predominante, reclamaría más estudios y análisis, para otras naciones éste no es tan masivo como lo son otros deportes, siendo uno de los casos más palpables el béisbol en Estados Unidos, Venezuela, Cuba y República Dominicana, entre otros, donde el "poderío" del fútbol si bien como espectáculo es visible y en algunos casos apenas está despegando, no es tan relevante como hecho social en contraposición con el béisbol.

En este sentido, al pensar en las manifestaciones deportivas y en este caso el partido de fútbol, como actos rituales, me llega el cuestionamiento de si el fútbol podría cumplir los parámetros de un ritual, en el sentido de pensar cómo éste cumpliría aquellos lineamientos; y se me ocurre esto al vivir y observar los lazos afectivos y emocionales que esta manifestación desde sus tres temporalidades -antes, durante y después- puede demostrar, además de los diferentes roles y de los diferentes personajes que se establecen en la relación constantemente propuesta, donde la dinámica de abordar el fútbol como un ritual me permite entender qué es, para qué sirve, qué desata y qué significación amplia le da al fútbol, quizá contrariando un poco el concepto "oficial" de éste como deporte y juego.

He hablado con insistencia sobre los parámetros del ritual propuestos por Turner, los cuales si bien no los considero como una camisa de fuerza, sí son cumplidos en gran medida en el caso del fútbol, donde los diferentes personajes y su dinámica en la relación propuesta es lo que en últimas me permite romper con los estereotipos de la oficialidad del fútbol, demostrando que éste es más que veintidós jugadores detrás de un balón, que más bien se ha convertido en un fenómeno social de dimensiones desbordantes e impensadas hace pocos años.

En este sentido, expondré a continuación cómo el partido de fútbol cumple con los diferentes parámetros propuestos por Turner y cómo los diferentes personajes se articulan, y ejecutan diferentes tipos de comportamientos y manifes-

taciones que dan cuenta del fútbol como un acto ritual, lleno de miles de ceremonias particulares, desde lo individual y lo colectivo que conformarían un gran corpus ritual.

Una ruptura con la cotidianidad

El partido de fútbol cuenta con tres temporalidades: el *antes*, el *durante* y el *después*, las cuales hacen parte del tiempo del fútbol y están sujetas a demarcaciones netamente subjetivas; como lo había señalado antes, la delimitación del comienzo y el fin del partido para cada uno de los personajes propuestos parte desde la individualidad, campo que sería utópico pensar en clasificarlo, ya que cada individuo desde su rol particular y desde su grado de adhesión al fenómeno, manejará su tiempo con relación a su cotidianidad y al partido; sin embargo en el ámbito colectivo es posible hacer ciertas categorizaciones que permiten dar cuenta de una ruptura de lo cotidiano con relación al partido.

La preparación para el partido, su desarrollo y los tiempos que suceden a éste trascienden aquéllos que demarca la oficialidad del fútbol, es decir, están en un grado diferente al mero tiempo de la competencia que está demarcada por los "90 minutos reglamentarios", que se podrían pensar como el corazón de la ruptura con lo cotidiano; mas lo previo y lo posterior serían, metafóricamente, la cabeza y los pies de dicho acontecimiento.

A esto, el comentarista deportivo Rubén Darío Arcila, de la cadena radial Caracol, durante una entrevista en el mes de septiembre de 2001 nos dice:

Ahh, yo creo que el fútbol es la "otra misa" que se celebra los domingos, donde hay cánticos y otras cosas como ya dijimos, porque el estadio se convierte en un templo, en el otro templo de los domingos, como decía Eduardo Galeano, "el templo de la religión pagana". Mire usted cómo se prepara uno para ir a misa, con todas las galas, las señoras con el rosario; y mire usted, ojalá a uno le dejaran entrar con una cámara oculta para ver cómo se prepara un hincha del Medellín: desde el momento en que le pagan la quincena, él separa para el mercado, separa para el arriendo, pero también separa para la boleta del rojo y hasta para la camiseta y el gorro del rojo, y todo se prepara como para una fiesta pagana, y desde muy temprano, incluso en algunas ocasiones días antes del partido, y el día crucial, el día del partido, desde temprano se acicala y todo para ir al estadio, detrás de su ideal, del chiste, a sacarse el clavo del chiste

del vecino, entonces se va a eso, a un gran templo, donde a veces se guarda un silencio absoluto y de pronto hay alaridos enormes como en un gran circo, como me imagino que se representaba para los romanos cuando no tenían un balón en el centro del terreno.

Esta dinámica puede verse en cada uno de los personajes descritos así:

Para los oficiantes de la ceremonia del fútbol en uno de los contextos específicos como lo es la cancha, me refiero a los jugadores, técnicos, directivos y árbitros, la cotidianidad se ve interrumpida algunos días previos al partido; éstos entran en el llamado tiempo de "concentración", durante el cual se apartan y se resguardan en un lugar propicio como un hotel o una hostería, donde se compenetrán entre sí para la ceremonia a realizarse. Allí, el equipo por un lado y el cuarteto arbitral por el otro, conforman una especie de confraternidad donde la separación les implica estar en un estado "liminal" antes de su gran escenificación el día del partido; estas concentraciones son el ejemplo más patente de la ruptura con la cotidianidad; allí, sus parejas físicamente tienen el acceso restringido o prohibido y en algunas ocasiones incluso la misma familia está vetada para visitar o hablar con aquellos preparados para la ejecución del rito; las costumbres alimenticias se ven modificadas por una dieta regulada por un especialista, y las costumbres más físicas del ser humano se ven reguladas por unas normas establecidas para dicho retiro.

Aquellos que tienen su protagonismo, desde lo oficial y comúnmente definido, en la tribuna, también cumplen con este paso; algunas cábalas y comportamientos ejecutados por los aficionados, de acuerdo a su grado de adhesión, demuestran también ese irrumpir con el desarrollo "normal" de su vida cotidiana. Para aquellos que apenas comienzan a acercarse al fútbol desde su posición de espectadores, la cotidianidad se rompe quizá momentos antes de desplazarse hacia el estadio o incluso solo en el momento de ingresar a éste.

Para el hinchista, que es quien establece por primera vez un lazo afectivo hacia algún equipo en particular, los hábitos de la cotidianidad se ven interrumpidos por lapsos más amplios y por manifestaciones que en algunos casos se han considerado como "casos de enfermedad"; algunos no duermen la noche antes del encuentro o tal vez no son capaces de comer nada el día del mismo; las ingestas de licor y alucinógenos son la "salvaguardia" de los nervios para algunos, y otros hacen gala de su estado comiéndose las uñas y consumiendo una cantidad exagerada de cigarrillos que en la cotidianidad no consumirían en todo un día; hay quienes al momento de prepararse para

desplazarse hacia el estadio, cumplen con rituales muy particulares que rompían con la cotidianidad y se insertaban en la dinámica del partido.

Los días del partido, mi mente y mi corazón están solamente fijados hacia el partido; en mi casa, tres o cuatro horas antes, yo me encierro en mi habitación, prendo la grabadora y comienzo a escuchar canciones de mi equipo a todo volumen; mientras me baño, canto y salto en la ducha, algunas veces hasta se me salen las lágrimas, la emoción es muy grande; luego, como si fuera un ritual, me pongo la camiseta, los interiores, el bluyín, las medias y los zapatos, eso sí, siempre los mismos, los mismos interiores, las mismas medias, el mismo pantalón, los mismos tenis y la misma camiseta, eso no puede fallar, es como cuando uno va a una fiesta, uno va bien elegante y con ropa especial; entonces ¿por qué para fútbol no? Mi familia ya sabe qué pasa, y cuando yo me encierro antes de un partido ya ni me pueden hablar porque no les contesto, yo solamente quiero estar ya en el estadio, irme para el Atanasio, luego salgo, como algo ligero, porque es tan raro, el estómago parece como cerrado, no entra nada, solamente aguardiente pero con los amigos de fútbol; me despido y me voy, de una, uno sale de la casa y la ansiedad se lo quiere comer a uno, qué putería vivir eso, eso es... eso no tiene cómo describirse.

Este relato dado por un hinchista del Deportivo Independiente Medellín un día antes de un partido, nos da a entender esa ruptura de lo cotidiano, ese sentir una necesidad de despegarse de lo común y realizar un rito particular que quizá lo integre desde ese momento a ese gran partido de fútbol.

Así mismo, a nivel colectivo puede verse cómo las denominadas "Barras Bravas" cumplen con este rasgo. Éstas regularmente tienen espacios cercanos al estadio para encontrarse antes del partido, allí de una u otra forma realizan ciertos rituales particulares colectivos que anteceden al gran ritual del partido: consumen licor, ensayan los cantos, se apoyan mutuamente y comulgan con el orden establecido en su interior, es decir, cada individuo mimetiza su individualidad en los designios e intereses colectivos de la barra y de apoyo a su equipo.

También los medios de comunicación, otro de los personajes propios de la tribuna, interrumpen su cotidianidad en aras del partido que deben cubrir; esto les implica horas extras de recolección de información, de entrevistas a los

jugadores, técnicos y directivos concentrados, desplazamientos hacia lugares no muy comunes y largas jornadas de transmisión antes, durante y después del partido; no en vano el siguiente relato de John Marcos Torres de Caracol:

Yo diría que el partido es un previo y un después; si el partido es un domingo, es todo el domingo o quizás más. Antes del partido uno se prepara para ir al estadio, ahí ya está jugando el partido, por eso yo pienso que el partido de fútbol no son solo los 90 minutos futbolísticos en sí, no, se acaba el partido y afuera también se están jugando otros papeles importantes, el regreso a la casa, el comportamiento al salir del estadio y al quedarse alrededor de éste, el llegar a la casa, el empezar a analizar los goles, empezar a ver las jugadas, eso es muy amplio, eso que ocurre todo el domingo, todo el miércoles, todo el día del partido, es realmente el partido.

Ahora bien, la fuerza pública y los vendedores (oficiales y no oficiales) al interior y exterior del estadio, no son ajenos a este comportamiento; las jornadas de éstos se ven modificadas cada vez que en la ciudad hay un evento cultural y/o deportivo. En el caso de la fuerza pública, que tiene como responsabilidad ser garante de la seguridad de los asistentes a éste, la ruptura con y de la cotidianidad implica una amplia capacitación e instrucción previa al evento y la disposición de un gran operativo de seguridad que en ocasiones empieza horas y hasta días previos al desarrollo central del evento y además abarca lugares diferentes a los del partido de fútbol en este caso.

Así, desde la perspectiva económica, para el vendedor, en su función de ofrecer y vender un amplio kit de artículos y comestibles a aquellos asistentes al acto a realizarse, la consecución del dinero para conseguir sus mercancías y proveerse de éstas mismas está implicando una modificación de su cotidianidad, es decir, si bien su labor es vender la mercancía para un partido de fútbol, en cierta medida tendrá una especificidad particular, porque como vendedor se convierte también en el distribuidor no solo de los comestibles y las bebidas, sino también de la parafernalia propia de lo futbolístico.

En este sentido, el factor tiempo se ve alterado, lo mismo que el factor espacio o lugar, ya que aquellos que tienen sus negocios no ambulantes, sino periódicamente fijos, deben así mismo llegar a estos sitios con varias horas de antelación al durante del partido, en algunas ocasiones días antes, para suplir las necesidades de aquellos que recurren a ellos, al mismo tiempo que para poder ubicarse bien y quizá para ir escabulléndose de los

controles que la policía y los organismos estatales hacen constantemente con estos personajes.

Claro que es cuestionante aquello de "ruptura con la cotidianidad" cuando se habla de personajes que en su gran mayoría están trabajando en un partido de fútbol; sin embargo, al ser el fútbol un espectáculo que no se realiza todos los días, sino según un *fixture* o calendario programado, puede pensarse en cierta medida en que la cotidianidad espacial, temporal, circunstancial y emocional de cada uno de los personajes se ve modificada e interrumpida por la ejecución de un partido de fútbol, ya sea por horas o hasta días según los roles y los estados de adhesión de cada personaje.

Un marco espacial – temporal definido

El gran estadio ciudadano es el contexto espacial propicio y determinado para el desarrollo del partido; sin embargo, para el desarrollo de un partido se abarcan otros espacios que no son estadios propiamente dichos, y en algunos casos, como en las calles de los barrios, ni siquiera son lugares hechos o predeterminados para la actividad futbolística.

Desde la oficialidad del fútbol, es el estadio y más específicamente la cancha el lugar de desarrollo de la actividad, donde además su complemento estructural, la tribuna, es testigo de una gran cantidad de actitudes y comportamientos cargados de sentimentalismos y simbologías propias de un partido de fútbol, que a su vez se ve complementado con las afueras de los mismos, lo cual he denominado los otros tiempos y lugares complementarios, los que al mismo tiempo también hacen parte de ese marco espacial-temporal definido que conforma la real dimensión de un partido de fútbol.

Existe un profundo vínculo que une a los espectadores con la cancha como antiguamente al campesino con el campanario de su iglesia. Se habría entonces pasado del "campanismo" al "estadismo" o al "canchismo". En el corazón de este monumento cerrado, cerrado sobre sí mismo, por su naturaleza panóptica particular está el césped. Césped que es inviolable por alguien otro que no sean los oficiantes mayores del partido de la semana.²

El estadio se consideraría pues como el marco espacial propicio para el partido de fútbol, sin embargo cabe la pregunta ¿qué es el estadio?; aparece como una pregunta tonta o fuera de lugar quizá, mucho más cuando se ha hecho una interpretación tal de categorías propiamente futbolísticas; sin embargo, el trasfondo de ésta va encaminado a mirar la contextualización y delimitación del marco espacial propio de un ritual, desde la perspectiva de Turner.

Desde dicha oficialidad y desde la jerarquía propia de su orden, el estadio se considera como la estructura física, que posee las condiciones precisas para ser aceptada como tal desde los parámetros del jerarca del fútbol mundial (Fifa). Ésta consta de una cancha, unos camerinos y unas graderías que permiten que los asistentes al espectáculo deportivo se ubiquen y observen el partido.

La anterior, es la visión de estadio desde la oficialidad del fútbol; sin embargo y por tratarse ésta de una investigación social de orden antropológico, el estadio va a trascender la concepción "oficialista". Éste, aparte de ser esa estructura de concreto, también abarca otras espacialidades complementarias. Es decir, si bien la estructura física es el escenario del *durante* o del corazón del ritual futbolístico, el *antes* y el *después* del mismo y los lugares intervenidos también entran en juego en la configuración mental y hasta espacial del concepto de estadio.

No en vano, en las ciudades de Medellín y Bogotá, lugares donde realicé la investigación, y en las demás ciudades del país, apelando a mi vivencia personal, "estadio" se le denomina no solo a la estructura de concreto ubicada en algún sector de la ciudad, sino que al mismo tiempo dicho sector es denominado sector "estadio" o "del estadio", lo que de alguna forma incide en el imaginario colectivo no sólo de los habitantes de dicho sector, sino de los ciudadanos en general.

Ahora bien, esta reconfiguración de lo comúnmente establecido, o más bien, este agregado conceptual de la noción de estadio, amplía más el marco espacial de la concepción ritualística del fútbol; para algunos personajes, el estadio abarca los sectores aledaños a éste, es decir, lo que se conoce como la "unidad deportiva", la cual aparte de ser depositaria del estadio como estructura, también es un complejo deportivo, donde otras disciplinas tienen su marco espacial. Para los aficionados, el estadio podría ser el lugar de encuentro en los alrededores del mismo, mientras que para la policía el estadio, desde una visión complementaria a la comúnmente definida, es todo el sector demarcado para establecer el operativo de seguridad, donde igualmente la estructura se ubica en el centro del operativo, dando cuenta de la metáfora de que éste es el corazón y el espacio central del "durante" del mismo.

De otra parte, para el vendedor del exterior del estadio, su ubicación en los alrededores de éste ya hace parte de su concepción de estadio; y para los del interior, éste es su lugar de acción; así, sucesivamente, para cada personaje según su rol y su estado de adhesión, la configuración de ese marco espacial va a variar de acuerdo a su propia dinámica dentro del ritual del partido de fútbol, sus manifestaciones rituales individuales

y colectivas también van a ser complementadas, o mejor reconfiguradas.

Así mismo, por parte de los medios de comunicación, si bien están ubicados en el propio estadio, su labor permite que dicha configuración espacial y temporal se recree en la mente de aquellos que desde la distancia siguen cada partido; esta recreación se presenta por medio de aquellos medios como el televisor y el radio, los cuales permiten que dichos contextos sean trasladados a aquellos que no ocupan el espacio material del estadio de fútbol.

Otra forma de ver esa transposición de los espacios comúnmente definidos, a un sentido más amplio, es viendo cómo las denominadas "Barras Bravas" trasponen el partido de fútbol más allá del *durante* del mismo, donde, haciendo uso de la "creatividad", la agresión moral y simbólica, y de una forma muy criticada de delimitación de su territorio y de territorialidad, trasponen el partido y -por preferencia en los clásicos regionales- la cancha, a la calle y a la ciudad en general. En este sentido, es común ver cómo los graffiti en cierta medida han "invadido" las paredes de la ciudad y en particular de ciertos sectores de las ciudades, donde aparte de "tratar" de seguir la "confrontación" de un partido, se juegan por demarcar su territorio y "desterritorializar al rival", feminizándolo o simplemente borrando su marca para poner la suya.

Al respecto, el antropólogo Andrés Recasens Salvo apunta:

Los jóvenes barristas también utilizan los muros y las paredes urbanas para expresar sus testimonios. La revisión de algunos "graffiti" entregó una visión sobre la percepción que tienen los "barristas" sobre sí mismos, sobre su equipo y el entorno social y político que viven. Los graffiti son utilizados como una manera de "marcar" un territorio; esto es, delimitar una población o un sector de ella en donde priman los seguidores de un determinado equipo de fútbol. Es una forma de advertir a los "extraños" acerca de quienes mandan ahí [...] Por otra parte, los graffiti en muros y paredes fuera de la población, o en los respaldos de los asientos de microbuses, se utilizan como una forma de propagar una devoción, de hacer notar una existencia humana que no dice "yo soy", sino "yo pertenezco a". No se existe porque se es, sino porque se pertenece a alguien o a algo. Es la forma más dramática en que estos jóvenes expresan una suerte de "servidumbre voluntaria". Una exis-

tencia que reconoce como fin último su amor, su adhesión y lealtad a un club, a un equipo de fútbol. Pero, más que nada, a una "barra", a una "familia", o a una "hermandad" como la llaman ellos mismos, a la que se reconoce como más propia, más afectivamente ligada, que la familia consanguínea.³

Estos graffiti "irrumper en la estética urbana" y así mismo ratifican en cierta medida sentidos de pertenencia e identidad de algunos barrios y sectores de preferencia por alguno de los dos equipos de la ciudad.

No pretendo con estos ejemplos y desde este intento de analizar el fútbol como ritual, decir que el estadio desde la oficialidad deje de ser ese contexto espacial que cumpla con esas condiciones propias de un ritual según Turner; esta concepción pretendo complementarla con las nuevas temporalidades y espacialidades que trato de articular, para lograr una visión más amplia de un partido de fútbol como hecho social.

Ahora bien, en cuanto al estadio como estructura, la distribución de este espacio está regulada por tres variables fundamentales. Christian Bromberger⁴ en su texto *Las multitudes deportivas: analogía entre rituales deportivos y religiosos*, dice:

(...) la distribución y repartición del público evoca en muchos aspectos la distribución rigurosa de los diferentes grupos sociales, en ocasión de las grandes ceremonias religiosas. Tanto en el estadio como en las ceremonias religiosas, hay tres principios concurrentes que regulan la distribución del espacio:

1. La jerarquía social ordinaria: los grandes, incluyendo en esto a los hombres políticos, se muestran en las tribunas oficiales o en los palcos.
2. La jerarquía propia del orden futbolístico: el responsable del club, los representantes de las federaciones y las ligas, ocupan en pleno derecho los espacios privilegiados.
3. La jerarquía fundada sobre el grado de fervor y de la fuerza demostrativa: los grupos de hinchas se distribuyen desde el centro hacia los costados de las distintas cabeceras en función de su importancia.⁵

Como en toda ceremonia, los más adeptos, o aquellos que mayor grado de adhesión tienen, llegan al *antes* del partido, en este caso horas antes del comienzo del mismo, y se van horas después, mientras que otros lo hacen justo para el inicio y abandonan inmediatamente se acaba el mismo; esto muestra cómo lo temporal y lo espacial están amarrados mutuamente, incluso de una u otra forma está marcando el grado de fervor y adhesión al fútbol como espectáculo y ritual.

La anterior analogía expuesta por Bromberger refuerza aun más la importancia de la fervor y la clasificación propuesta para los aficionados al fútbol como espectadores, hinchas y futboleros.⁶

Esto en cuanto a la delimitación del marco espacial, pero ¿y en cuanto al marco temporal? El tiempo de un partido de fútbol está demarcado desde lo oficial por los denominados 90 minutos reglamentarios. Sin embargo, incluso desde la misma oficialidad, este tiempo pocas veces se cumple exactamente: al tiempo de los partidos de fútbol se le adicionan aquellos minutos que durante el desarrollo de éste se pierdan por faltas o interrupciones forzadas del mismo; sin embargo, el tiempo como tal está determinado por el tiempo de ejecución y juego de éste.

Ahora bien, según los reglamentos, otra elongación de este tiempo se da cuando algún partido es definitorio de un campeonato o exige que la igualdad en el resultado sea resuelta a favor de alguno de los dos equipos en contienda:

En competencias eliminatorias, para decidir partidos que han finalizado empatados después de los 90 minutos reglamentarios, se juega un tiempo adicional (prórroga) con dos tiempos de quince minutos. Esta fórmula también ha evolucionado recientemente, adjudicándose el triunfo el equipo que marca primero un gol (comúnmente denominado gol de oro). En algunos casos se decide el ganador por medio de tandas de tiros a puerta desde el punto de penalti. Para dar validez a un gol, la pelota tiene que pasar entre los postes de portería, bajo el larguero y sobrepasar completamente la línea de gol. La pelota entera debe rebasar la línea.⁷

De acuerdo con lo anterior, el marco temporal definido para el partido de fútbol, desde el *durante* de éste, está establecido por la ejecución del partido como la parte central de la ceremonia; sin embargo este *durante* no es la única temporalidad que conforma un partido de fútbol; existen tres espacios en los cuales se desarrolla el partido: cancha-tribuna-, otros tiempos y lugares, donde estos últimos se articulan al marco temporal predefinido de celebración del partido y entran a ser parte del mismo como ceremonia, para articular cada uno de estos tres contextos en una sola unidad denominada real dimensión de un partido de fútbol.

En este sentido, la temporalidad del partido está determinada por la intervención de cada uno de los tres tiempos, donde tanto lo que sucede durante el partido como antes y después de éste, aunque el juego ya haya finalizado, es y sigue siendo parte del partido a jugarse y jugado.

Pensar en delimitar y determinar estas temporalidades y espacialidades complementarias es una tarea utópica, debido a la total subjetividad que éstos tienen desde las posiciones particulares de cada uno de los personajes.

Esta caracterización y el modo como el marco temporal cubre, aparte de los 90 minutos, otra temporalidad complementaria, se rigen bajo los parámetros expuestos anteriormente por la ruptura de la cotidianidad provocada por un partido de fútbol y por la delimitación de su marco temporal.

Así, la delimitación de los marcos espaciales y temporales definidos, como otro de los parámetros a cumplir para pensar el fútbol como un ritual, permite que al articular las nuevas temporalidades y espacialidades igualmente desde la noción de ritual y de hecho social, posibilita que los espacios de la relación establecida se comporten como toda una unidad cargada de manifestaciones y simbologías propias que permiten “romper” y/o reconfigurar el fútbol, más allá de la oficialidad y lo comúnmente definido para “elevantarlo” a un plano que demande más interés y pueda ser analizado en la real dimensión que éste tiene en todos los tiempos y lugares que se presentan, ya sea los oficiales o los complementarios, los cuales deben ingresar a esa oficialidad del mismo.

Un tiempo cíclico

La oficialidad y el orden futbolístico mundial se rigen por parte del ente mayor del fútbol, la Fifa, que maneja desde su organigrama una subdivisión continental que le permite regular los destinos del fútbol en todo el mundo; estas subdivisiones del máximo jerarca del fútbol mundial se denominan confederaciones, las cuales a su vez tienen como filiales las federaciones y asociaciones futbolísticas de cada país que corresponda a su “dominio” o jurisdicción. Esta organización piramidal es la forma en que el “deporte rey”, como muchos lo han llamado, se estructura para manejar administrativamente las diversas competiciones nacionales e internacionales.

Los campeonatos oficiales de cada país cuentan con un organigrama y programación establecida con anterioridad al mismo, la cual se extiende para cubrir todo un año de competencia. Esta programación está sujeta a los compromisos internacionales a los cuales algunos de los equipos de cada país están invitados, ya sea por cortesía o por derecho ganado; además algunos aspectos puntuales de la sociedad en cierta medida también “afectan” e influyen en la organización del *fixture* o calendario de programación.

Dicha programación, la cual se da a conocer antes de iniciarse el torneo, implica una estructuración adecuada de los escenarios para cumplir

con las citas dominicales o entre semana para las cuales se ha programado; así, aparece el primer “condicionamiento” de este rasgo particular de interpretación, el escenario programado, que es el gran estadio urbano, en el caso del partido y del fútbol.

Ahora bien, recuérdese también que en el momento en que pensemos en el caso del fútbol aficionado, es decir el “no profesional”, este escenario programado puede tener diversidad de variaciones, ya sea la calle, un potrero, la playa, una placa polideportiva, entre otros espacios que en el momento, y de acuerdo con las circunstancias, pueda destinarse para jugar un partido de fútbol.

Así, la organización de los calendarios de torneos permite tener el estadio como el escenario de ejecución de la ceremonia, la parte central. Pero también deben considerarse esos otros espacios como espacios programados, no sólo para la ejecución del partido de fútbol en cuanto al acto deportivo, sino también para la ejecución de todas aquellas manifestaciones que articuladas con las comúnmente definidas posibilitan mirar el fútbol como un hecho social de grandes dimensiones desde diferentes perspectivas.

En tal sentido, esta organización y estructura ceremonial para todo el año permite que el cumplimiento de la condición de romper con la cotidianidad también sea programado, ya que al conocer la programación anual se sabe dónde y cuándo son los partidos o “ceremonias” a las cuales se va a asistir.

Así, las tres temporalidades de un partido están reguladas por una serie de sucesos precisos y repetidos los cuales no se agotan en el mero hecho del partido de fútbol, sino que trascienden a los tiempos y lugares complementarios, interviniéndolos y articulando a ellos diversidad de aspectos propios del orden oficial del partido de fútbol y todo aquello que lo complementa.

Este escenario programado y repetitivo permite además que se establezcan ciertos estereotipos que refuerzan la idea de que el partido no solo es la ejecución de un espectáculo cada día que el calendario lo exija, sino que las manifestaciones repetidas y ejecutadas por todos los personajes que conforman la relación establecida, también son parte de esa programación, donde los escenarios que se intervienen y se programan son preconcebidos con anterioridad y responden además a los diferentes estados de adhesión y representación que desde lo simbólico se tiene de éstos.

Así mismo, los estereotipos y la programación se ve representada no solo en la intervención de espacios y escenarios como el estadio y los alrededores de éste, sino que otros tiempos y lugares comúnmente no muy asociados al carácter futbolístico también se intervienen, ya sea por el

colectivo o por el individuo; en este sentido, es común ver cómo, tras haberlo argumentado antes, el partido, en sus tres temporalidades, comienza a jugarse incluso desde tiempos y lugares nunca antes pensados como parte integral de un partido de fútbol en su real dimensión.

Estos comportamientos que abarcan más allá de lo antes definido, traen consigo una gran cantidad de acciones ritualizadas y repetidas por parte de todos los personajes, las cuales ya se han descrito tanto desde lo individual como desde lo colectivo.

De esta manera, cierto tipo de manifestaciones que complementan las antes descritas y caracterizadas para y con cada personaje, ayudan a entender más esta situación y a ver cómo la estereotipación de ciertas manifestaciones en ciertos momentos conocidos y estipulados, responden a otro de los rasgos propuestos para pensar el fútbol como un ritual.

Es común ver cómo, según la trascendencia del partido, las manifestaciones varían en un alto grado; algunos partidos, más trascendentes que otros, por su connotación temporal, espacial, circunstancial y emocional, suscitan manifestaciones un poco más arraigadas que otras, donde los sujetos, desde su posición de aficionados, y más como hinchas, desde una posición sentimental más profunda, pueden expresar diversidad de comportamientos ejecutados solamente para los días de los partidos, y no para un día común y corriente.

En este sentido, no es lo mismo lo que antecede y sucede un partido entre los equipos más tradicionales y representativos de cada ciudad y país, que lo que antecede y sucede un partido entre equipos denominados "chicos"; sin embargo y aunque las emociones y las circunstancias no son las mismas, los parámetros propuestos se cumplen por aquellos "hacedores" del partido, ya sea antes, durante y/o después del partido.

Muchas veces, la tensión y el recogimiento, manifestado por cualquiera de los personajes, desde su posición particular, permite que en ciertos contextos se exterioricen situaciones que comúnmente no se muestran: los hábitos alimenticios, las relaciones sociales, sentimentales, concepciones religiosas y otras "indescriptibles", se manifiestan periódicamente y en un tiempo regulado por un calendario, por aquellos que asisten a los partidos de fútbol cada vez que el calendario lo determina, ya sea desde posiciones netamente sentimentales, como lo es el caso de los aficionados; o desde posiciones laborales, como el resto de los personajes. Sea cual sea la posición, el día del partido ciertos estereotipos y expresiones entran en juego, para representarse precisamente en ese contexto y alterar o modificar la dinámica "normal" de la cotidianidad.

Dicha manifestación indudablemente está atravesada por los cuatro contextos específicos antes expuestos, los cuales influyen a cada sujeto, desde su posición particular, y así mismo al colectivo; de esta manera, los contextos espaciales, temporales, circunstanciales y emocionales son los que en últimas dan pie y cabida para la expresión y manifestación de los actos conscientes o no, que se repiten y estereotipan, de acuerdo con un tiempo estipulado y programado cíclicamente.

Esta repetición en el tiempo y su transcurrir, que tiene como lugar de acción contextos espaciales ya "delimitados": cancha, tribuna y otros tiempos y lugares, está sujeta al concepto de delimitación de los marcos espaciales y temporales, teniendo en cuenta el punto de vista desde el cual se observe, es decir, desde la participación de cada personaje desde su rol particular, regulada por un calendario o programación establecida por la jerarquía propia del orden futbolístico.

Palabras proferidas y gestos complementados

Como en todo acto ritual, en el fútbol también se cumple con este cuarto rasgo propuesto: el comportamiento de esta colectividad que tiene también un aspecto ceremonial en su interior, maneja cierta corporalidad y expresiones codificadas que dan cuenta de este aspecto.

Los asistentes a esta ceremonia, donde algunos, a partir de su condición de hinchas, se organizan en grupos determinados o cofradías, expresan su fervor a través de una gran cantidad de manifestaciones corporales de la más alta diversidad, acompañando o afirmando el desarrollo de la ceremonia por medio de palabras y cantos codificados, lo cual cada vez le da más peso a su mirada desde la condición ritualística.

En este sentido, el canto, que es un canto de común unidad -comunidad- le da paso al inicio del ritual del fútbol y en su corazón al partido de fútbol; así mismo, la gestualidad que acompaña al canto y a su esencia según el significado y significante que estas expresiones tengan, están reguladas y atravesadas por un código particular que da cuenta de relaciones y esquemas -mentales y sentimentales- de amor a su divisa y odio a la contraria, en una manera de reforzar los lazos afectivos y emocionales de su colectivo particular, y al mismo tiempo el reconocimiento del "otro" por medio del odio.

Así mismo, los cantos que podrían dividirse entre cantos de amor y de odio, traen consigo una alta carga temporal y espacial, determinada por las circunstancias y la emoción que se viva en un momento determinado, cruzado también por un referente histórico que pueda existir entre

equipos e hinchadas, ya sea esto expresado en los clásicos regionales entre equipos de la misma ciudad o entre equipos de ciudades diferentes, pero con un alto grado de fervor y "odio" entre ambos clubes.

La expresividad oral dentro del fútbol se ve representada en los cantos que desde las tribunas se realizan durante todo el partido, principalmente por los "más" fervientes como las barras y las "Barras Bravas", pero complementado por todos los asistentes al estadio, quienes de una u otra forma se adhieren a ese gran colectivo de emociones, y en determinados momentos acompañan a la colectividad barrística coreando sus cantos de aliento a su equipo y "agresión" al contrario.

Ahora bien, existe también un momento claro donde se cumple notablemente el rasgo de las palabras proferidas a nivel colectivo para todos los personajes, lo que se presenta antes del inicio del partido desde lo oficial, es decir antes de que el árbitro dé inicio a los 90 minutos reglamentarios del partido; en este sentido, los llamados actos protocolarios se muestran como un momento preciso para mirar en el fútbol los parámetros del ritual; así, cada vez que se juega un partido de fútbol, se comienza por entonar los himnos correspondientes a cada país en competencias internacionales y el del país, el club, la región y/o la ciudad, en torneos locales, donde cada administración municipal, en el caso colombiano, entona el himno nacional y el himno antioqueño en el caso de Medellín, y el de Bogotá en el caso de esa plaza.

Este comportamiento da cuenta pues de una primera expresión colectiva a nivel hablado, a nivel de palabra, lo cual se complementa con una corporalidad específica y preconcebida para la ejecución de este momento.

Así mismo, en el caso de los cantos de tribuna, los cuales se desarrollan durante todo el partido, la corporalidad y la gestualidad también está influenciada por determinados contextos que "marcan" el ritmo de los asistentes y ejecutantes de éstos; en este sentido, algunos cantos evocan una corporalidad particular, ya sea por saltos, palmas con las manos, o movimientos del cuerpo al son y ritmo del canto que en el momento se emita, y del toque de los instrumentos que acompañan la expresión. El comentarista deportivo de fútbol y ciclismo, Rubén Darío Arcila, de la cadena radial Caracol, desde la perspectiva de los medios de comunicación nos dice:

Se han hecho partidos a puerta cerrada; alguna vez, creo que tuvo que hacerlo el Nápoles de Italia, el célebre equipo de Maradona, en el estadio Santiago Bernabeu de España: un partido sin público, sin periodistas, sin cámaras, sin nada... No, el espectáculo estaba

ahí puesto, las fichas estaban puestas, sobre el campo están los jugadores, y de cierta forma los entrenadores, que son los que mueven las fichas, y todo lo que conocemos que está montado sobre el césped, pero sin público yo creo que todo el mundo siente un vacío enorme, falta la rechifla. Para que vea usted, ese no tener nada de la primera grada hacia arriba es funesto para el espectáculo, falta hasta el murmullo "huuuuuy" cuando la pelota pasa cerca del arco, entonces me parece a mí que es como un cine mudo, sin banda sonora, sin la banda de sonido, a mí me parece que el estadio de todas maneras, para bien o para mal, necesita de banda sonora, y la banda sonora la pone el público con el "huuuuuy", con el silbido, con la protesta, otros brincan a base de coros, de brincos, de susurros y de "la ola" que puso de moda el fútbol mexicano en la copa mundo que ellos hicieron en el 70; entonces el fútbol juego puede estar ahí, a puerta cerrada, pero el fútbol completo es el juego más el espectáculo que debe tener la gente, la banda sonora.

En el caso particular de los medios de comunicación, éstos se comportan como agentes muy activos durante la ejecución de lo hablado y corporal en el fútbol. Si bien en algunos países es muy escaso ver los asistentes al estadio con radio, en el caso colombiano esta característica es muy masiva, por lo cual los aficionados están en constante contacto con los locutores que transmiten el partido que ellos mismos están viendo; así, el lenguaje utilizado en fútbol por estos mismos y por la gente, está refiriendo un lenguaje particular, metafórico y codificado: los términos que se transmiten durante un partido penetran en los oídos de millones de colombianos que siguen sus transmisiones radiales.

Así, términos propios del argot futbolístico que aunque se han adoptado de la guerra básicamente, si bien no se están refiriendo directamente a su función o condición, sí resuenan en los oídos de la gente y les confieren una simbología particular que corresponde a un lenguaje netamente futbolístico preciso y propio para ese contexto particular del partido, de la ceremonia, pero que en otros contextos como lo cotidiano, su significado, su significante y la corporalidad que representan éstos va a tener una connotación completamente diferente.^{8*}

Sin embargo, se pueden encontrar otros que al mismo tiempo responden a una jerga futbolística propia que influye también en los roles particu-

res de los jugadores en sus posiciones; algunos de éstos son guardavallas, carrileros, libero, stopper, bass central, volantes, primera y segunda línea, enganche, pivot, volante mixto, delantero, goleador, centro piloto, entre otros, los cuales pertenecen al mundo del fútbol mas no al de lo cotidiano, con lo cual refuerzo más la idea del rompimiento de la cotidianidad y de la propuesta del fútbol como un acto ritual con unas palabras proferidas y unos gestos complementados, los cuales responden a contextos espaciales, temporales, circunstanciales y emocionales específicos de la ejecución de la ceremonia o del partido de fútbol.

Para reforzar más este concepto, me apoyo nuevamente en Christian Bromberger, quien en su texto "El hinchismo como espectáculo total: una puesta en escena codificada y paródica" pone en juego tanto las palabras como los gestos y la parafernalia que en el partido de fútbol se puede observar y que además recalcan aun más en el cumplimiento de los rasgos propios de un ritual y con mayor énfasis en el que ahora nos ocupa.

El partido de fútbol se singulariza, en relación con otras formas de representación (incluidas las deportivas, ya que por ejemplo se produce un silencio de misa alrededor de una cancha de tenis), por una intensa participación corporal y sensorial de los espectadores. Se recurre a todos los registros de la comunicación (verbal, gestual, instrumental, gráfica), asociados o no, para sostener al equipo, expresar el odio al contrario y acompañar el "drama sacrificial". La voz es utilizada para comentar el partido, para prodigar aliento e insultos, para entonar al unísono eslóganes rimados y cantos; los instrumentos (tambores, bocinas, pitos, trompetas) marcan el tempo de las exhortaciones y de la carga (batería de tambores) señalando con énfasis las hazañas de los nuestros y los reveses de los otros (suena la trompeta puntuando una serie de dribbles, un gol victorioso o una lesión infligida a un adversario); posturas y gestos codificados –a veces figurativos– expresan la alegría, el entusiasmo, el desconcierto, la fidelidad, la desgracia que se desea a los otros; la escritura, que tiene como soporte banderas o bien se arma con letras movibles, permite dirigir mensajes de aliento al propio equipo, insultos al contrario o incluso mostrar el nombre del grupo de hinchas al que se pertenece; el dibujo caricaturiza a los adversarios y adorna y sacraliza a los héroes; la vestimenta, el aspecto (bufandas, pelucas, muecas

en los rostros...), los accesorios bélicos (estandartes) colman el estadio con los colores del club del que se es hincha, mientras que diversos emblemas (calaveras, máscaras de diablo, un ataúd reservado al equipo rival) simbolizan la desgracia que se desea al adversario.⁹

Se puede ver entonces cómo estas manifestaciones emocionales desarrolladas en su gran mayoría por los aficionados al fútbol en la tribuna, están sujetas al desarrollo de un partido de fútbol, y pueden exteriorizarse en las tres temporalidades del mismo, las cuales, además, están cargadas de un gran "gasto gestual" que las complementa y las materializa desde lo hablado y lo corporal, donde la codificación y ritualización de éstas demuestran una especie de catarsis y de liberación de emociones que están sujetas a manifestaciones programadas con anterioridad como los cantos y la "coreografía" propia de éstos y aquellas que se suceden de acuerdo a la imprevisibilidad del partido, que ocurren espontáneamente.

Estas demostraciones afectiva que está amarrada al *antes*, *durante* y *después* del partido, están cruzadas además por las situaciones emocionales y circunstanciales que la ceremonia desate; en este sentido, aquellas palabras y gestos que denotan palabras proferidas por los diferentes sujetos desde su rol particular se exteriorizan de acuerdo con su representatividad; parafraseando nuevamente a Bromberger, éstas se pueden categorizar así:

Las emociones y reacciones que genera el desarrollo aleatorio del partido se expresan a través de una serie de gestos y palabras convencionalizadas que dejan, al fin de cuentas, poco espacio a la explosión errática de los afectos: aplausos para marcar la satisfacción, silbidos para manifestar la desaprobación, abrazos y saltos para demostrar la alegría después del gol, corte de manga para señalar el júbilo que genera un revés del adversario, una "ola" para expresar el entusiasmo colectivo, las manos encima de la cabeza para expresar desilusión, un brazo que se levanta con la palma abierta para protestar, eslóganes vengativos para gritar la cólera, o si no los brazos paralelos extendidos horizontalmente, pero juntos con los dedos haciendo cuernos para conjurar la mala suerte y la angustia ante el penal. Los gestos que se dirigen los jefes de las hinchadas enfrentadas constituyen un verdadero lenguaje, una especie de semáforo de la provocación: las manos levantadas sobre la cabeza como orejas de burro estigmatizan la cobardía de

los hinchas adversarios, balancear los antebrazos simboliza la dominación (sexual), hacer un molino con las manos anuncia "nos vemos a la salida para arreglar cuentas". Escapan parcialmente a esta codificación los desórdenes que se producen en las tribunas luego de un gol definitorio: los hinchas gritan de alegría, se lanzan rodando unos sobre otros, simulan peleas que pocas veces degeneran, lanzan a alguno hacia las gradas situadas más abajo, jugando a hacerse los locos, después de los interminables minutos de espera y ansiedad. Pero este juego conoce sus límites, y se suele disfrutar más tanteándolos que transgrediéndolos.¹⁰

En este sentido, se observa cómo estas manifestaciones si bien apuntan en su mayoría a autoidentificarse y autoapoyarse, no se escapa de ellas el actuar en contra del rival, el cual si bien se carga hacia el equipo contrario, se canaliza también hacia la "agresión" a la extensión del equipo en contienda con el propio, ya que si bien en la cancha se encuentran 22 jugadores, 11 por cada equipo, cada equipo a su vez tiene una extensión de sí, la cual es la hinchada, reforzando nuevamente la idea y concepto de que no solo en la cancha se juega un partido de fútbol, sino también en la tribuna y en los otros tiempos y lugares, siendo este el gran escenario del partido de fútbol.

Veamos entonces cómo estas representaciones habladas o mejor cantadas, se pueden observar en las hinchadas de los equipos de las ciudades de Medellín y Bogotá, las cuales en sus cantos, si bien se observa un apoyo a su club, también se remiten muchas de ellas a feminizar, ridiculizar y amino-

rar al equipo contrario, considerando el equipo en su más amplia concepción -no sólo jugadores además de su extensión -la hinchada-.

Vemos pues cómo estos cantos expresados por los aficionados, y coordinados por la barra y "Barras Bravas" de los equipos, si bien tienen una alta carga emocional a favor de su equipo, también confieren una alta dosis emotiva en contra del rival de turno o de aquellos de más arraigada confrontación, como es el caso de los clásicos regionales donde las cargas en cuanto a apoyo y "agresión" a su equipo y al rival respectivamente, se ven más equilibradas a diferencia de otros partidos donde la mayoría de los cantos, que tienen además manifestaciones corporales y gestuales particulares tanto en la tribuna como en la cancha, están cruzados por contextos espaciales, temporales, circunstanciales y emocionales que de una u otra forma influyen tanto las palabras que se profieren como aquellos gestos que las complementan.

De esta manera, es claro cómo dentro del partido de fútbol, antes, durante y después se cumple otro de los rasgos propios de un ritual, en el sentido de manejar términos distintos de los cotidianos. Una terminología codificada, la cual se está refiriendo a condiciones particulares propias de lo futbolístico e insertando además aspectos propios de la vida cotidiana que se "re-contextualizan" antes, durante y después, tomando un significado y significante particular para el partido de fútbol, aspectos que demandan que dichas palabras además de contextualizarse mental y materialmente, también sean complementadas por ciertos comportamientos, movimientos y actitudes codificadas dentro del universo del partido, las cuales cobran un significado especial

Cantos de la hinchada del club Los Millonarios de Bogotá

Cantos de apoyo	Cantos contra otros clubes
Campeón... Campeón, Campeón hay uno solo que se llama MILLONARIOS, el eterno CAMPEON. (Inspirado en la canción "Mariposas Technicolor". De Fito Páez) Todas las campañas que viví, todas las canchas donde te seguí... Tanto campeonato que ganamos, cuanta copa levantamos desde que te conocí... Siempre te voy a alentar voy a seguirte por donde vayas Vamos pongan huevos que ganamos así todos festejamos yo la vuelta quiero dar... Vos me das alegrías, yo te doy amor. Pongan huevos mi Millos... Quiero verte otra vez campeón!! Yo daría mi vida, por esta pasión pongan huevos mi Millos! Quiero verte otra vez campeón!	Sí, sí señores, yo soy comando, Sí sí señores de Corazón, Porque este año matamo' rojo Matamo' rojo... Y al verde por cabrón!!! Un minuto de silencio para el rojo que esta muerto eae ae ae ae ae ae ae ae ae ae ae edabeda-edabeda-edabeda- edabehh Sos un paisa cabrón, sos un paisa cabrón, sos un hijo de puta, la puta madre que te parió.

en su multiplicidad material y en la de cada uno de los personajes.

En síntesis, los ritos del hinchismo ofrecen una gama limitada de gestos y de actitudes estereotipadas (una quincena, sin contar las manifestaciones con emblemas e instrumentos) que canalizan, siguiendo un código culturalmente determinado, las emociones sinceras que se experimentan durante el transcurso del partido. Bajo estas expresiones ostentatorias aflora la parte irreductiblemente individual de lo sensible: la palidez de un semblante, los temblores, una lágrima que alguien se apura a enjugar, una mirada perdida... Si bien resulta aceptable en el contexto del partido decir malas palabras, silbar, aplaudir a todo trapo, no lo es tanto dar signos tangibles de fragilidad en este ámbito de hombres. La ritualización colectiva se ofrece como una contención al flujo de emociones íntimas, a una "feminización" del espectáculo.¹¹

Una configuración simbólica

Podría decirse que el cumplimiento de este quinto rasgo, es uno de los elementos importantes para permitir que se pueda ver el fútbol desde el punto de vista de acto ritual y además recoge en gran medida los planteamientos expuestos en los anteriores; ya que si tratamos de analizarlo desde esta visión, nos encontramos con que en la mayoría de los ritos y fundamentalmente en los ritos religiosos existe una creencia y presencia

marcada de seres y fuerzas sobrenaturales que actúan sobre el desarrollo "normal" de la vida cotidiana y en este caso de un partido, desde diferentes posiciones y para cada uno de los personajes, donde la eficacia y la eficiencia simbólica de dichas creencias y manifestaciones se incorpora en el gran universo cultural, colectivo e individual del mundo futbolístico y de sus personajes como ejecutantes de rito.

La imprevisibilidad del resultado, al final del partido, le confiere al fútbol un carácter expectante, si bien en algunos casos se pueden pactar partidos, ya sea entre jugadores, técnicos, árbitros y directivos, siendo ésta una actitud no aprobada;¹² sin embargo, para el aficionado al fútbol, para aquel que no se vende, para aquel que cada día de partido le da vida a la estructura de concreto, el resultado es toda un recorrido de angustias y padecimientos por noventa minutos en su *durante*, donde el resultado es una sorpresa, un ahora, no previsible, aun sabiendo que tras de él, el desarrollo y final del partido, quizá ya se ha fraguado.

Este resultado, que es lo que siempre se espera sea positivo, está cruzado aparte de lo netamente terrenal, físico y material, por una suerte de "artificios", amuletos o cábalas que se desarrollan antes, durante y después del partido, básicamente por el equipo -técnicos y jugadores- y por aquellos que desde un lazo afectivo lo siguen y lo acompañan.

El fin de estas manifestaciones es tratar de interceder en lo aleatorio, en lo azaroso, en aquello que no se puede manejar con intención previa, dando como resultado que se reafirme la creencia

Cantos de la hinchada del Club Santa Fe de Bogotá

Cantos de apoyo	Cantos contra otros clubes
(Inspirado en el tema "Amigo" de Roberto Carlos) Señores soy hincha del rojo lo llevo en el alma, la banda de todo momento siempre te acompaña, porque el albirojo realmente es un sentimiento, te sigo reloco y con todas mis fuerzas te aliento, recuerdo que juntos pasamos muy duros momentos, por este equipo tan grande existe un sentimiento, a los jugadores les pido que dejen la vida, Santa Fe cuando me muera te aliento desde arriba, se viene la guardia albiroja se viene esta descontrolada se viene la guardia albiroja estadio El Campín El día que yo muera, yo quiero un cajón, que sea ROJO y BLANCO, como mi corazón. Y vamos Santa fe Fuego Interior, ponés al rojo vivo mi corazón, vamos Santafecito que hay que jugar bonito para ganarles hoy	Esa es la barra del gallinero, y son maricas y son muy ñeros, y ponen culo aquí y ponen culo allá, esa es la barra más puta que hay Siga el baile siga el baile, al compás del tamboril que esta tarde (noche) nos comemos, la gallina (lechona, arepa, naranja) en el campín. Son del diablo, son gallinas, son de Nacional, no les tenemos miedo, los vamos a matar, vamos a seguir fuerte hasta morir, vamos a seguir, ROJO hasta morir. Y dónde estaaaaaan, que no se veeeeenn, los hijueputas azuleeeeeesss. 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, TREINTAHJUEPUTAS!!!!!!

cuando los resultados son positivos; mas no se refuta cuando no se alcanza el triunfo, sino que en la derrota se busca como excusa, desde lo sobrenatural, la fuerza demostrativa de más que el rival puso en contra y en competencia de la propia, cargándole a esto todos los males.

Ahora bien, en este mundo industrializado y globalizado existen muchos rechazos a aquellas manifestaciones que desde la ciencia no son del todo comprobables y que actúan básicamente desde lo mental y lo que se ha denominado fe; sin embargo, entra en juego aquel dicho popular sobre las brujas, aquello de "yo no creo en ellas... pero que las hay, las hay", lo cual da un pequeño espacio y beneficio de la duda para la eficacia de aquellas manifestaciones "extras" que ayudan a que el individuo se sienta tranquilo al ejecutarlas y sean eficaces para él.

Sin embargo y como ya lo había planteado, si bien a nivel individual se podrían ver miles, quizá millones de casos acerca de esa valoración de fuerzas y seres sobrenaturales actuando sobre aquello propio de la suerte y lo azaroso, es en las manifestaciones colectivas de un grupo en particular

para aquel que no se vende, para aquel que cada día de partido le da vida a la estructura de concreto, el resultado es toda un recorrido de angustias y padecimientos por noventa minutos en su *durante*, donde el resultado es una sorpresa, un ahora, no previsible, aun sabiendo que tras de él, el desarrollo y final del partido, quizá ya se ha fraguado.

donde mayor fuerza tiene cumplimiento este rasgo, cumplimiento que está muy ligado a aquellos que desde su rol y función laboral dependen no solo del fútbol como su trabajo, sino de los resultados que el equipo alcance en los diferentes partidos del calendario; es decir, su productividad es la que regula su empleo, ya que cuando los resultados no son muy favorables estos personajes suelen ser despedidos o renuncian a su cargo por lo que la jerarquía propia del orden futbolístico ha denominado "bajo rendimiento"; me estoy refiriendo a los jugadores y a los técnicos, además en algunos casos muy extremos a los directivos.

Así mismo, aquellos que establecen un lazo afectivo con un equipo, es decir los aficionados y mayormente los hinchas y fut-

boleros, actúan y ejecutan una serie de comportamientos simbólicos que van canalizados hacia manifestaciones particulares y simbolizadas, las cuales hacen parte de su imaginario colectivo en aras de afrontar un partido de fútbol queriendo que su equipo sea el vencedor.

No obstante es común ver, a nivel general, cómo para los personajes antes descritos existen también manifestaciones que evocan lo religioso

Cantos de la hinchada del Deportivo Independiente Medellín

Cantos de apoyo	Cantos contra otros clubes
A pesar de todooo yo estoy aquíiii porque soy del rojo muero por tíiiii. (BIS)	Ea ea ea ea ea eae, Ea ea ea ea ea eae un minuto de silencio, que matemos las gallinas. (o la hinchada de turno). (BIS)
(Inspirado en el tema "Que Canten los Niños", de José Luis Perales) Que ganen los rojos, que salgan campeón, que hagan la hinchada estallar. Llevarnos la copa, poder festejar, la norte no puede parar. (BIS)	Y dónde están, y dónde están los hijueputas de Nacional...
Qué alegría, qué alegría, ole, ole, ola, vamos rojo todavía, que estás para ganar, con esta hinchada loca, que siempre está con vos, se rompe las pelotas quiere salir campeón el día que me muera, yo quiero mi cajón, pintado azul y rojo, como mi corazón. (BIS)	Campeón, campeón, campeones por montones, hinchada solo hay una, es la del Medellín. (BIS)
Y dale, dale, dale Medellín, te sigo a todas partes, yo siempre estoy con vos, fumando marihuana, y tomando alcohol, llegamo' al Atanasio, haciendo descontrol, y vamos Medellín, y vamos a ganar. (BIS)	Desde pelado me ha gustado siempre el rojo mirando al medallo paraíso de los rojos y hablar del sureño que no tiene la menor importancia siempre culiados desde la misma distancia perdiendo el tiempo jugando siempre lo mismo vamos medallo por ti muero.
	Barón, barón, barón doble hijueputa, tu madre es una puta, el chimbo es su pasión.
	Policía, policía, que amargado se te ve, cuando vienes al estadio quién se come a tu mujer.

y la fe, al empezar a vivir un partido de fútbol en su *antes*, su *durante* y/o su *después*; de esta manera, siendo el catolicismo la práctica religiosa “dominante” en el país, el santiguarse y la oración colectiva, como algo que refuerza los lazos afectivos y simbólicos, además de ser la ofrenda al “ser sobrenatural”, es un comportamiento muy representativo durante un partido de fútbol para todos los personajes, pidiendo y ofreciendo que su rol, su función y sus necesidades más urgentes en ese contexto sean cumplidas.

Nuevamente, apelando a mi recorrido de vida, recuerdo que durante la segunda mitad de la década del 90, cuando en la barra Escándalo Verde nos reuníamos, antes del partido, al comenzar a tomarnos la botella de licor, se derramaba primero un trago en nombre de las “ánimas del purgatorio”, ofreciéndoles el partido a jugarse para que el equipo ganara y ningún jugador saliera lesionado; así mismo muchos de mis compañeros por cábalas o por superstición siempre se ponían la misma ropa, de pies a cabeza, cada día que el equipo jugara; al igual que el hincha de Medellín lo relataba en el rasgo del rompimiento con la cotidianidad, otros por su parte acostumbraban no ingerir ningún tipo de alimento, en “ofrenda” de ayuno para que su equipo saliera ganador:

Encontrarnos para un partido no era algo normal. Aún recuerdo que siempre nos encontrábamos en el mismo lugar, en la licorera Kauffo en el Obelisco, siempre nos reuníamos Carlos Góez, Giuseppe, Andrés Ramírez, Súper Boy

y yo, y de una, el saludo era un trago, era como si lo necesitáramos para poder templar los nervios, nosotros decíamos que eso era para afinar la voz y para la garganta, porque durante el partido era mucho lo que había que gritar, pero qué va, eso era más que todo para calmar los nervios. Eso sí, antes de tomarse el primero había que derramarle el traguito a las ánimas del purgatorio para que nos ayudaran un poquito desde arriba, sobre todo a Andrés Escobar, al Pipe Pérez y al Torito Cañas, los ex jugadores de Nacional. Por ahí de pronto se nos arrimaban uno que otro compañero, pero la base siempre era la misma, los mismos cinco y en la misma parte; es más, regularmente la ropa era la misma, la camiseta de la barra, los tenis de combate como los llamábamos, y la pantaloneta cortica, esa sí era para agradarle a las mujeres. Qué época esa, corría mas o menos el año 96, que fue cuando más auge tuvimos.¹³

Sin embargo, si bien la mayoría de las manifestaciones articulan aspectos propios de la religión “oficial” o la ejecutada por los individuos, no se debe enfocar el cumplimiento de este rasgo particular solo a la concepción religiosa y católica: el mero hecho de que haya un acto ritualizado, repetitivo y simbolizado, ya sea en lo que respecta a lo religioso, lo económico, lo político y lo social, canalizado y expresado dentro del mundo

Cantos de la hinchada del Club Atlético Nacional

Cantos de apoyo	Cantos contra otros clubes
Al campeón yo lo llevo en mi corazón, vos campeón sos mi vida y mi gran pasión, porque la vuelta vamos a dar y con la hinchada festejar, vamos Nacional.	Sueñen, sueñen güevones Que campeones no van a ser.
Cuando canta la Sur, cuando canta un sureño, palpita el corazón de mi pueblo antioqueño. Vamos mi Nacional, aquí siempre estaremos, la Sur canta para vos y vamo'a salir primeros...	Ganamos la Libertadores, somos el orgullo de este país, por eso yo siempre digo... ¡Rojo hijueputa vos no existís!
(Inspirado en la canción “La Piragua” de José Barros) Vamos verdolaga que tenés que dar la vida, vamos verdolaga, dame una alegría (bis), Verdolaga (bis 3)	Les robamos la bandera, les robamos la bandera, que la vengan a buscar.
Mis abuelos me enseñaron a quererte alentarte y a seguirte hasta la muerte De pelao me trajeron a la cancha... Con los bombos, las banderas y avalanchas.	Un minuto de silencio, al comando que está muerto, ea, ea, ea, ea, ea, eh, ea, ea, ea, ea, ea, ea, ea, eh.
Y mi cucho me decía en el estadio...que debíamos odiar a Millonarios, los del rojo en todas partes los corremos... tengo aguante, voy al frente soy sureño.	Vamos a ver, vamos a ver cómo se escapan esta vez.
Vamos verdolaga que tenés que dar la vida, vamos verdolaga, dame una alegría (bis), Verdolaga (bis 3)	Sos un diablo cabrón, sos un diablo cabrón, sos un diablo hijueputa, la puta madre que te parió.
	Y donde están, que no se ven los hijueputas de Nortee...
	Porropopó, porropopó, el que no salta es un caleño maricón (se juega con los gentilicios del rival de turno).

de un partido de fútbol, ya da cumplimiento a este rasgo tratado.

Ahora bien, a nivel colectivo para los demás personajes en su grupo particular, las manifestaciones y ejemplos son muy variados: están los que tienen que ver con lo netamente religiosos, los de la alimentación, los de la ubicación en determinados lugares antes, durante y después, los de la vestimenta y su regularidad, manifestaciones todas éstas que van amarradas a concepciones "inmateriales" y simbólicas que a nivel mental dan cabida a una configuración propia dentro de un partido de fútbol, y que además actúan siempre a favor de sus pretensiones y en contra de aquellos a quienes en el momento se deba "vencer".

Así, cuando estos "rituales" particulares y colectivos no logran su cometido, no se les merma su eficacia simbólica y su valor, sino que se reprocha el no haberlo ejecutado bien, y se busca en el triunfo y quizás en cábalas y supersticiones del "rival" la razón por la cual lo propio no tuvo efecto.

No obstante, debe tenerse en cuenta que esto se puede elaborar desde la posición "simbólica" de esta manifestación y del fútbol como tal, sin embargo el aspecto netamente futbolístico, físico y productivo, también hace parte de la dualidad triunfo-derrota, y quizá de acuerdo con las concepciones y manifestaciones particulares y colectivas éste sea el único aspecto que funcione, o éste y el simbólico complementándose mutuamente.

A raíz de estas manifestaciones de fervor y de superstición dentro del fútbol, hay dos casos en Colombia que dan cuenta de esto, lo cual tiene que ver con el Deportivo Independiente Medellín y el América de Cali, los cuales relacionan lo simbólico-religioso con lo simbólico-económico y material:

Hace ya setenta y dos años, cuenta la historia, Benjamín Urrea, un odontólogo y bailarín caleño e hinchista furibundo del América, decidió prestar un dinero para que el equipo iniciara una gira internacional, con tan mala fortuna que el viaje se canceló, la plata se perdió y a él lo echaron a las patadas de la casa donde funcionaba el incipiente club escarlata de Cali. Fue en 1928, justo un año después de la fundación oficial del club América (13 de febrero de 1927), nacido en los barrios populares de la capital vallecaucana. Urrea, a quien

El mero hecho de que haya un acto ritualizado, repetitivo y simbolizado, ya sea en lo que respecta a lo religioso, lo económico, lo político y lo social, canalizado y expresado dentro del mundo de un partido de fútbol, ya da cumplimiento a este rasgo tratado.

le apodaban Garabato –por su feo físico– entregó \$400 a los dirigentes para que compraran implementos deportivos y propiciar el viaje del grupo de jugadores. Pero no hubo tal y llegó a tal el disgusto del personaje de marras que se fue a una cantina, ubicada en la carrera 3 con 17, y en medio de la rasca tomó una botella de aguardiente y le

echó el conjuro, sobándose la espalda. Y uno a uno maldijo a los jugadores y directivos bajo la consigna de que nunca llegarían a ser campeones.

Recuerdo, dice Estela Castellanos, la hinchista fiel e insignia del América de hoy, que "fueron muchos años sin saber qué era una vuelta olímpica, un título, una estrella". Ella, una fuerte mujer, de tez blanca, 57 años, ex secretaria de Empresas Públicas de Cali y pensionada por invalidez. Un cáncer, producto de una rara enfermedad que

supuestamente sólo ataca a los negros –paraparesia estática del Pacífico–, por una transfusión de sangre contaminada, la dejó en una silla de ruedas. Pero eso no le impide acompañar a todos lados a su "Mechita" del alma.

Una gran época

"Jugábamos como nunca y perdíamos como siempre", recuerda mientras llora, producto de los frecuentes dolores en el estómago. Ella fue desahuciada por los médicos y sólo espera el momento de su muerte. "No voy a Medellín porque ya mi situación es insostenible. Lo único que me da ánimos para seguir es el América, por eso espero que el equipo consiga la estrella para poder descansar en paz", expresa con melancolía. "Fue maravilloso ver a mi América campeón por primera vez. Comprobar con mis ojos que el conjuro de Garabato terminaba. Fue una ceremonia que encabezó Raúl Medina Corrales en 1979 y que fue complementada con la fe de los jugadores de ese entonces y la fortaleza del médico Gabriel Ochoa Uribe. En aquel tiempo se jugaba por amor a la camiseta; ahora por amor a un billete, pero en fin, yo sigo al equipo por todo el país, porque es mi aliente, mi medicina. La gente dice que sólo me falta caminar". Ella fue una de las casi 50 mil almas que acompañaron al América aquel

19 de diciembre de 1979 cuando se rompió el maleficio de Garabato: 52 años sin un título, una historia muy similar a la que arrastra el Independiente Medellín, cuyos duendes y fantasmas nos remontan a dos décadas atrás cuando la esposa del arquero paraguayo Artemio Villanueva, Edulvina, rezó al equipo. Se cuenta que Villanueva salió echado del DIM y que Edulvina hizo un conjuro para que "mientras yo viva" nunca fuera campeón. Los detractores del rojo hasta se atrevieron a decir que ella enterró ciertos objetos en el estadio y que para que el DIM algún día fuera campeón era necesario ir por ella, pues era la única persona que tenía "la contra". Ésta, al igual que la de Garabato, son leyendas creadas por la imaginación de los hinchas, pero que cada vez que estos equipos se acercan a una instancia definitiva siempre se recuerdan. Y seguro que como en el caso de Garabato, el de Edulvina pasará a los anales del fútbol como lo que es: una simple ficción.¹⁴

Estos casos nos muestran claramente una fuerte relación entre lo simbólico y su incidencia en el fútbol, y si bien el autor remata diciendo que quizás esto quede solo en últimas como algo de "simple ficción", de todas formas ha actuado y actuará para muchos, donde la eficacia simbólica que estas creencias tienen es que al final se le cargan las responsabilidades de los malos resultados obtenidos por estos equipos en algunas instancias finales particulares.

A este hecho, se le agregan también otra gran cantidad de creencias que demandan una suerte de objetos y parafernalia particular que actúa a favor de sus intereses particulares y en contra de los del rival, donde los más vistosos son aquellos que refuerzan el lazo afectivo con el equipo con una gran cantidad de objetos y emblemas que en cierta medida ejercen como parte de la fuerza demostrativa hacia la institución y entran en el imaginario subjetivo y colectivo como instrumentos que ayudan a "conjurar el mal de una derrota" y ayudan a lograr los resultados esperados.

Así, diferentes tipos de objetos como bufandas, camisetas, cruces, collares con los colores del equipo, medallas religiosas y emblemáticas, entre

otras, involucran, además de lo cabalístico, un factor económico de compra y venta de objetos, lo cual entra a jugar en la dinámica de una relación simbólica y económica en el fútbol, donde el fin de esta parafernalia es apoyar una idea simbólica de eficiencia en la ejecución de cábalas y "ritos" particulares a favor de su equipo.

A esto, Christian Bromberger, en su artículo "Las multitudes deportivas: analogía entre rituales deportivos y religiosos", sigue apoyando con casos y testimonios particulares estas manifestaciones simbólicas que cobran gran valor entre aquellos hinchas más fervientes y también entre aquellos "responsables" de la ejecución del partido desde lo oficial:

Es decir todos los ritos propiciatorios son puestos en obra por los hinchas más fervientes, o por los responsables más fervientes. Yo recuerdo al presidente del club de Pisa que ponía siempre sal

detrás del arco de su equipo para protegerlo. En el contexto sudamericano, ustedes conocen mejor, pero sobre todo en el africano, algunos brujos pueden participar en estos mecanismos de control del destino. Recuerdo un match, que perdió su equipo ante Camerún en 1982. Los peruanos se encargaron de tirar la suerte, de echar la suerte, declaraban que "nuestros cánticos y nuestras canciones derrotaron a los maleficios de los brujos de Camerún, que arrojaban las fotos de nuestros jugadores en un baño de sangre de una gallina negra degollada", "nosotros habíamos cortado con la ayuda de una espada de acero, la tapa del cráneo de los jugadores de Camerún cuyas fotos estaban a nuestro alcance".

Este florilegio de tácticas propiciatorias parece confirmar este paralelo entre el ritual religioso y el match de fútbol. El estadio aparece como una enrucijada abarrotada de

creencias que provienen de los horizontes más diversos, una especie de "junta-ritos" donde se van agregando a modo de un bricolaje sincrético todas las costumbres disponibles para conjurar el mal. Esta religiosidad fragmentaria da testimonio para aquellos que la practican, de que el lugar del

diferentes tipos de objetos como bufandas, camisetas, cruces, collares con los colores del equipo, medallas religiosas y emblemáticas, entre otras, involucran, además de lo cabalístico, un factor económico de compra y venta de objetos, lo cual entra a jugar en la dinámica de una relación simbólica y económica en el fútbol, donde el fin de esta parafernalia es apoyar una idea simbólica de eficiencia en la ejecución de cábalas y "ritos" particulares a favor de su equipo.

sentido, el encadenamiento de causas y efectos, está parcialmente fuera del hombre. Pero hay que subrayar la fragilidad de estas creencias; no todas las comparten, e incluso aquellos que la respetan, permanecen escépticos respecto a su eficacia. Jules Renard hacía decir a uno de sus personajes: "yo no entiendo nada de la vida, pero es posible que Dios pueda entender algo".¹⁵

Ahora bien, en este amplio sincretismo, entre lo netamente religioso y supersticioso con lo material, es común ver también cómo en cierta medida se "crean" personajes idolatrados que tuvieron gran relación con el club ya fallecidos, siendo el caso más particular el ocurrido con el jugador del Club Atlético Nacional y la Selección Colombia, Andrés Escobar Saldañariaga, quien después de haber sido asesinado tras la repentina eliminación de la selección en el mundial de USA/94, se convirtió en una suerte de "mártir de la causa futbolística" en Colombia y más acentuadamente en el Club Atlético Nacional, tanto para jugadores y técnicos como para los hinchas; en este sentido, y como una especie de "santo", se le invoca antes de los partidos y se le agradece por los triunfos; en el camerino del Atlético nacional, una foto de éste comparte su lugar con diferentes figuras propias de la religión católica, para orarle y pedirle por el equipo antes del partido.

En este orden de ideas, es común ver cómo algunos hinchas más fervientes se santiguan y evocan su nombre para pedir por el equipo, y en algunas ocasiones su nombre y una mirada al cielo se evoca también al momento de hacer un gol o cuando el partido finaliza a favor. Luego de la muerte de este jugador, el 2 de Julio de 1994, en la barra Escándalo Verde se acostumbró corear su nombre antes de cada partido, desplegando además una pancarta con su rostro, la cual cobró un "valor simbólico extra" sobre otros eslóganes propios de la barra.

Así mismo, la camiseta del jugador, la que llevaba en la espalda el número 2, cobró también un valor simbólico extra por el hecho de haber sido portada por este jugador inmolado, lo cual me da a entender el establecimiento de las denominadas "Hierofanías", concepto propuesto por el filósofo rumano Mircea Eliade, quien en su texto *El mito del eterno retorno* (1985) usa este concepto para refe-

Cobra tanta fuerza esta configuración simbólica que incluso ha sido el fútbol artífice y excusa como incitador y pacificador de conflictos bélicos, para hablar en el orden de lo político; a nivel económico mueve grandes cantidades de dinero tanto desde las grandes organizaciones rectoras de éste, como de aquellos vendedores informales que caracterizan y determinan sus ventas de acuerdo con relevancia del partido y al tipo de público asistente.

rirse a aquellos objetos que por sí no tienen ningún valor específico dentro de lo sagrado, pero lo reciben por el hecho de haber sido utilizado por alguna "deidad", en este caso "mártir"; siendo así pues la camiseta de este jugador un objeto que si bien no tiene un valor o importancia diferente de la de las demás camisetas, cobra un "valor sagrado extra" por el hecho de haber sido utilizada por el personaje.

Esta concepción de la "hierofanización" de la camiseta número 2 en la selección Colombia y en Nacional, se actualizó solo cuando apareció un jugador con las capacidades suficientes, técnicas, tácticas y emocionales que pudiera "suceder" al héroe inmolado, y ésta se le otorgó al jugador de la selección Colombia y Nacional, hoy en el Inter de Milán, Iván Ramiro Córdoba Sepúlveda, quien por consenso de los directivos, jugadores, técnicos y de los hinchas, pudo, desde lo simbólico y material "suplir" a

Andrés Escobar.

Otros por su parte, convierten su lugar de trabajo o vivienda en un verdadero altar a su equipo o a un jugador en especial como el caso de Andrés Escobar, lo cual refuerza la idea del cumplimiento de este aspecto propio de un ritual en la dinámica de un partido de fútbol.

Cobra tanta fuerza esta configuración simbólica que incluso ha sido el fútbol artífice y excusa como incitador y pacificador de conflictos bélicos, para hablar en el orden de lo político; a nivel económico mueve grandes cantidades de dinero tanto desde las grandes organizaciones rectoras de éste, como de aquellos vendedores informales que caracterizan y determinan sus ventas de acuerdo con relevancia del partido y al tipo de público asistente.

En el ámbito social, las grandes cantidades de gente que se mueven cada ocho días alrededor del mundo para ver su equipo y cada cuatro años en su máxima cita, el mundial de fútbol, donde esa configuración simbólica de la cual se habla, desborda incluso concepciones materiales y políticas de fronteras y límites, no para desaparecerlos sino para transformarlos durante un partido de fútbol; y finalmente, desde lo ideológico, con todas las diferentes manifestaciones que se pueden ver en relación con diversas expresiones religiosas en todo el mundo, algunas sagradas, otras paganas, pero al fin de cuentas expresiones religiosas.

De esta manera, se podrían citar muchos ejemplos en el ámbito colectivo y particular, que darían cuenta de estas "ceremonias" que trae consigo un partido de fútbol, tanto antes, como durante y después del mismo, las cuales podrían dar a conocer esa "otra cara" de este fenómeno, que desde su condición simbólica complementa aquella expuesta y válida del mundo propio de lo futbolístico, mostrando cuál es la real dimensión que éste tiene.

Finalmente, luego de examinar cada uno de estos rasgos propios de un ritual y ver cómo se cumplen en el fútbol, por parte de los personajes referenciados, esto me da a entender aun con más fuerza el carácter social que este fenómeno tiene en su interior y todo lo que está exteriorizando hacia la sociedad.

No pretendo con esto sacralizar el fútbol y sobreponerlo por encima de muchos aspectos propios de la vida social que también nos moldean y modelan en este continuo flujo de interacción social y simbólica, sino más bien que a partir de una "ritualización" mirada desde las ciencias sociales, con todas las implicaciones que esto pueda tener, se piense como ese hecho social que es, el cual, quierase o no, debe tomar la relevancia que se merece como una manifestación holística de la sociedad y quizá como uno de esos pocos momentos y espacios donde la sociedad se confronta a sí misma y se articula a un concepto común-unitario, comunitario, para interrelacionarse bajo la "excusa" o pretexto de un partido de un equipo particular, y en su máxima expresión de la selección nacional de cada país. Como lo dice Ramiro Osorio Fonseca, el fútbol es comunión e identidad:

El fútbol. Su fuerza. Su seducción. Su capacidad de gustar en todas partes, su lenguaje universal, su belleza, su inteligencia, su simplicidad, su poder de convocatoria y de convertirse en escenario de encuentro de todas las culturas y de congregarlas y reflejarlas en sus particularidades. El fútbol tiene el don de revelarnos con absoluta claridad los rasgos distintivos que hacen a un pueblo diferente de todos los demás pueblos del mundo. Al contrario de tantas prácticas, artes y oficios que tienden a homogeneizar las culturas, el fútbol propicia la diversidad. Fuera de nuestras fronteras, la selección Colombia nos revela, como pocas cosas lo hacen, nuestra identidad, que no es la suma, sino la mezcla de múltiples identidades que coexisten en este país e incluso en cada uno de nosotros.¹⁶

Notas

- 1 TURNER, Víctor. *La selva de los símbolos*. Madrid: Siglo XXI, 1980.
- 2 BROMBERGER, Christian. "Pasiones ordinarias". *Revista digital efdeportes*, www.efdeportes.com. Año 7, N° 41. Buenos Aires, Octubre de 2001.
- 3 RECASENS SALVO, Andrés. *Las barras bravas*. Santiago de Chile: Bravo y Allende Editores, 1999, pp. 42-43.
- 4 Profesor de Etnología de la Universidad de Provenza en Francia.
- 5 BROMBERGER, *Ibid.*, p. 4.
- 6 Véase la caracterización de personajes expuesta en el segundo capítulo, especialmente la de los aficionados, dividida en espectadores, hinchas y futboleros.
- 7 Enciclopedia Multimedia Encarta 2001.
- 8 Recuérdese, en el capítulo "Personajes, lugares y tiempos", la caracterización de los personajes, refiriéndose al caso de los medios de comunicación, donde se muestra el lenguaje utilizado por los medios.
- 9 BROMBERGER, Christian. "El hinchismo como espectáculo total: una puesta en escena codificada y paródica". *Revista digital efdeportes*, www.efdeportes.com. Año 7, N° 36. Buenos Aires, Mayo de 2001.
- 10 *Ídem*.
- 11 BROMBERGER, Christian. "El fútbol como objeto de estudio de la sociología". En: *Revista digital efdeportes*, www.efdeportes.com. Año 7, N° 36. Buenos Aires, Mayo de 2001.
- 12 La corrupción es algo que no es ajeno dentro del fútbol, las grandes cantidades de dinero que se mueven en cada partido, superen los escrúpulos y la honestidad en algunas ocasiones de algunos de los personajes que tienen como lugar propio de su representación la cancha, y se insertan en las dinámicas sucias de arreglo previo de partidos, para que de ante mano uno de los dos equipos sea el ganador, aun sin jugarse el partido, esto invita a pensar el fútbol como uno de los negocios más lucrativos del mundo ya sea por vías legales o no, convirtiéndolo quizás después de algunas organizaciones religiosas en el segundo o tercer negocio más grande y productivo, sin embargo no pretendo con esto hacer señalamientos particulares, ya que si bien es sabido que dichos trámites existen se manejan siempre desde la clandestinidad y muy bien manejados.
- 13 Relato tomado de la experiencia metodológica de mi retrospectiva de vida en fútbol, denominada "Etnografía de toda una vida", la cual recoge relatos y vivencias personales durante mi transcurso como espectador, hinchas y futbolero.
- 14 Oswaldo BUSTAMANTE ESCOBAR. Periódico *El Colombiano*, diciembre 16 de 2001.
- 15 BROMBERGER, Christian. "Las multitudes deportivas: analogía entre rituales deportivos y religiosos". En: *Revista digital efdeportes*, www.efdeportes.com. Año 6, N° 29. Buenos Aires, Enero de 2001.
- 16 Texto introductorio del artículo "Celebración de la diversidad", del Maestro en letras y director de teatro Ramiro OSORIO FONSECA, publicado en una compilación de varios autores: *Juego limpio*, dirigido por Gustavo Álvarez Gardeazabal en 1998 a propósito de la participación de la Selección Colombia en el mundial de fútbol de Francia/98.

Las barras Los del Sur y Rexixtenxia Norte

Más que pasión, una forma de vida

Jorge Alberto Chica Vasco*

Resumen:

Las barras de hinchas más importantes de Medellín, Los del Sur, del Atlético Nacional, y Rexixtenxia Norte, del Deportivo Independiente Medellín, se han convertido en un fenómeno importante en la ciudad y en Colombia, y cada día atraen a más militantes. Desde una mirada sociológica, el autor explora los orígenes de estas barras y las motivaciones que conducen a los seguidores de los dos equipos antioqueños, especialmente a los jóvenes, a unirse a ellas, que ofrecen una salida ante la falta de oportunidades en una ciudad atravesada por los conflictos sociales.

Palabras clave: fútbol, barra, hincha, socialidad, aguante, equipo, muchachos, identidad, colores.

Abstract

Los del Sur, for Atlético Nacional team and Rexixtenxia Norte, for Deportivo Independiente Medellín team which are the main fan clubs in Medellín, have become increasingly popular in the city and all over Colombia, attracting new fans everyday. In this article, the author explores the origins of these football fan clubs from a sociologic viewpoint, and also looks at the motivations the supporters of the two teams of Antioquia have to join fans clubs, specially those of the youngers, who feel clubs offer them a possibility to escape the lack of opportunities they have in a city plenty of social conflicts.

Key words: Football, spectators, fan clubs, sociality, resistance, youngs, identity, colours

Cada día más personas, en especial los jóvenes, están vinculadas con las barras de hinchas Los del Sur (LDS), del Atlético Nacional, o Rexixtenxia Norte (RXN), del Deportivo Independiente Medellín.

Desde su aparición, ambas barras han cautivado la atención del sector juvenil, no solo por la nueva forma de vivir-sentir y morir el fútbol, sino también porque su accionar ha generado gran conmoción en la sociedad medellinense. Esto se expresa en los acontecimientos que ambas barras propician en torno a algunos enfrentamientos entre ellas, con otras barras y con la fuerza policial,¹ lo cual no quiere decir que todos los integrantes de estas barras participen en estos hechos. Lo anterior ha hecho que un gran número de personas conozca de una o de otra forma aquello que atrae tanto a la muchachada, ya sea vía medios de comunicación, contacto directo, proximidad

al estadio, porque su actividad económica gira en torno al fútbol o porque ha podido observar el cambio que estas barras han ocasionado en la mentalidad de hombres y mujeres inmersos en este gran cúmulo de emociones desbordantes. Sin embargo, es notorio el poco conocimiento que existe alrededor de los procesos positivos de índole colectivo que las mismas barras LDS y RXN han ido construyendo bajo la excusa del fútbol y la pasión por un equipo, un color.

No es un secreto que uno de los sectores que más se ha beneficiado con el surgimiento de las barras es el del *souvenir*, dado que día tras día el fervor aumenta y el portar un símbolo, como una manilla, una pañoleta, un botón, y demás, adquiere mayor representatividad al interior de estos grupos, donde es tan importante el sentirse respaldado por un conjunto de elementos materiales y no materiales para identificarse con ese otro

* Este texto es adaptación de una parte del capítulo cuarto del trabajo de grado en Sociología "Entre barras. Socialidad en verde y rojo" (2004), de Jorge Alberto Chica Vasco, Universidad de Antioquia.

que lo circunda en su homogeneidad en torno a la heterogeneidad urbana.

A continuación se profundizará en cada una de las barras objeto de estudio, tomando como punto de partida elementos comunes y no comunes al interior de sus prácticas como nueva comunidad.

Los del Sur

- Equipo al que alienta: Club Atlético Nacional
- Tribuna: Popular Sur (Estadio Atanasio Girardot)
- Colores: verde, negro, blanco
- Frase insignia: *Locos Por Vos*
- Fundación: noviembre 27 de 1997, ciudad de Medellín.

Bajo la consigna "para un gran equipo una gran hinchada", se conforma la barra más grande del Atlético Nacional, que hoy se conoce como Los del Sur.

Con el hastío de soportar por largo tiempo las viejas estructuras de barras tradicionales que seguían al Nacional, un grupo de muchachos con ideas renovadas, bajo el influjo de lo que pasaba en otras latitudes del continente, especialmente en países como Argentina y Chile, se dieron a la tarea de construir un nuevo espacio de expresión que canalizara las energías, las emociones y el amor de unos hinchas sedientos de reconocimiento social y cansados del sedentarismo en que se encontraba la forma de alentar a un equipo, el Atlético Nacional, que les había brindado tantas satisfacciones con sus triunfos deportivos durante largos años, no solo a la ciudad de Medellín sino también al país entero.

Esta barra gana adeptos rápidamente, debido a que involucra en sí elementos altamente llamativos y atrayentes para los jóvenes de la ciudad, los cuales se hallaban en una orfandad de referentes identitarios, en parte por el posicionamiento de los ya existentes, a saber, los relacionados con la religión, la política, la raza, la región y el grupo social, los cuales obstaculizaban la creación de otros referentes alternos o complementarios que prometieran ir aclarando el camino hacia la construcción de lo que aquí proponemos como socialidad.

La nueva expresión rompió con lo que hasta ese momento se conocía en torno a la manera de alentar, apoyar y seguir a un equipo de fútbol en la ciudad; dicho fervor se limitaba a esporádicos cánticos y a animar al equipo solo en momentos específicos del partido, lo cual es opuesto a la idea de permanente *aguante*,² que de algún modo fue adaptada a las necesidades de una hinchada ávida de mostrar las capacidades que tiene a la hora de comprometerse con un proyecto grande como lo

es el de ser el soporte anímico de un equipo.

Los del Sur nace el 27 de noviembre de 1997 en los bajos de la tribuna sur del estadio Atanasio Girardot tras varios intentos fallidos de conformarse, en un partido entre Nacional y el River Plate de Argentina por la Supercopa Suramericana; a partir de ese momento se gesta una de las más grandes expresiones a nivel urbano que se ha generado en Medellín. Desde ese momento el portar una camiseta de Nacional implicaría ser portador de un sentimiento revolucionado a la luz de unos cánticos, unas pancartas y un desfogue de amor por el equipo por más de noventa minutos, puesto que el partido ya no va a durar este tiempo, va a durar toda una vida tras unos colores que se defenderán por sobre cualquier persona, barra rival, institución o agente externo.

"Queríamos introducir un nuevo estilo como se hace en Argentina, la forma de cantar, queríamos colocar pancartas que dijeran cosas a Nacional. ¿Qué queremos de la barra? Sentar una filosofía, una ideología. ¿Qué queríamos de la barra? Que cambiara todo, o sea que fuera un estilo totalmente nuevo. Cogemos lo mejor de Argentina, cogemos lo mejor de Chile, cogemos lo mejor de Paraguay, Uruguay, Brasil", es el testimonio de un hincha verde.

En lo que concierne al proceso iniciado por esta barra para captar seguidores podría decirse que se sirvieron de mostrar su transparencia frente a su querer hacer y a lo que cada hincha, especialmente los jóvenes, necesitaban o estaban pidiendo para comenzar a hacer parte de una gran M.A.S.A., con una fuerza incontenible, sólo diezmada por factores externos que median en la cotidianidad nacional y local con gran fuerza a través de medios coercitivos y coactivos de choque directo en aras de un supuesto bien común.

La barra Los Del Sur permite y genera no solo encuentros entre los diferentes grupos que habitan la ciudad, desde las personas que pertenecen a los estratos socioeconómicos más bajos hasta aquellos de los estratos altos, sino la interacción entre los mismos, lo que afuera no ocurre dadas las duras barreras sociales establecidas. Más aun, cuando la organización y el carácter de la barra es abierto, en la que cualquier persona sin importar su condición social, económica, cultural o religiosa es aceptada; la única exigencia es la de ser fiel a un sentimiento llamado Atlético Nacional y darlo todo por éste y por la barra.³

Esta socialidad Llamada Los del Sur ha ido tejiendo las fisuras que la sociedad de Medellín se había encargado de hacer. Esto es, la integración que una barra de hinchas de fútbol ha generado en la población juvenil no tiene precedentes, por lo que han alcanzado en tan corto tiempo de presencia activa. Con sano criterio, es valedero

decir que el surgimiento de una nueva forma de ver y sentir el fútbol trajo consigo la forma apropiada para descubrir algunas de las carencias que tienen los jóvenes de Medellín, expresadas en el inconformismo reinante ante ciertas prácticas y discursos tradicionales a los cuales se apegan los adultos para afianzar lo ya establecido.

Para los jóvenes no hay una amplia gama de opciones para desarrollarse plenamente en áreas como las de la música, el arte, la danza, y a nivel productivo, puesto que ellos no son ajenos a la problemática laboral que atraviesa el país. Lo anterior reafirma que se debe hablar de muchachos y no de jóvenes, puesto que éste es un concepto propio para sociedades posindustriales, y la colombiana se encuentra en una fase premóderna.

Los integrantes de Los del Sur hacen parte del inconformismo reinante que aqueja no sólo a muchachos y muchachas sino a los adultos, debido a la incertidumbre que da el conocer a tientas su origen pero no su devenir y bajo qué condiciones, como consecuencia de la acentuación de problemáticas de orden social que atraviesan transversalmente la realidad.

Prima en su interior el conservar y difundir algunos rasgos propios de la cultura antioqueña (paisa), los cuales sirven de material de cohesión grupal de largo aliento; por eso el énfasis que se hace sobre los colores de la bandera (verde y blanca) y las particularidades de los ancestros antioqueños como el empuje o la berraquera paisa, el dinamismo comercial y la astucia, con el fin de poder ejercer una mayor influencia sobre otras regiones del país, lo que se da como un hecho al tener la barra Los del Sur especies de filiales en otras ciudades como Bogotá, Cali, Manizales, Cartagena, Pereira, Villavicencio, Armenia, Bucaramanga, Ibagué, Cartago, Espinal, además de diferentes municipios antioqueños como Yarumal, Rionegro, Itagüí, Envigado, Bello, Barbosa, Caldas, Sabaneta, El Retiro.

Esto aparece plasmado en los trapos y banderas que se exhiben en la tribuna, así: 1) *Orgullo Paisa, Atlético Nacional, Pasión y Gloria del Pueblo Colombiano, Los Del Sur*. 2) *Locos por tus colores y el Pueblo en que nacimos*. 3) *Herederos de esta Pasión*. También en los trabajos musicales⁴ que ha grabado la barra LDS donde se realza la concepción del pueblo antioqueño a través de lo que comúnmente denominan "raza antioqueña", enmarcándola en un discurso

de un alto tinte regionalista y excluyente, a pesar de contar en sus filas con jóvenes de otras ciudades que adaptaron a su modo de vivir esa pasión que denominan barra, y que se mueve constantemente por todo un país para reafirmar un pacto que a la larga no sólo genera problemas sino rastros de identidad en el mediano y corto plazo para su situación particular en el ámbito de lo juvenil.

Es común observar dentro de los comportamientos de los integrantes de Los del Sur su poca

tolerancia hacia el rival de patio, es decir el Deportivo Independiente Medellín, y en especial hacia sus hinchas pertenecientes a Rexixtenxia Norte, dado que con ellos ya se encuentra materializada la contradicción y aversión, atribuido a los antecedentes de estas hinchadas y por la disputa por el territorio de la ciudad. Si no se presentara dicha oposición entre estos dos actores su fuerza sería endeble, como quiera que para reafirmar identidades se hace necesario contar con la presencia de un *otro* para poder llevar a cabo la consolidación de un *nosotros* con referencia a un *ellos*. No se puede ser un cuerpo homogéneo compuesto de heterogeneidad juvenil sin un opuesto radical a los intereses del grupo, por consiguiente es imprescindible la existencia de dos actores en la escena citadina de Medellín para llevar a cabo procesos de consolidación grupal y de socialidad.

Al respecto conviene decir que Los del Sur se han erigido como una alternativa para la adquisición de un corpus colectivo para los muchachos de la ciudad de Medellín, debido a su inquietud por enfrentar una realidad adversa a sus intereses y poco atrayente, en la medida que lo existente se presenta lejano y carente de innovación, siendo estos grupos el aliento no solo social sino emocional para aquellos que por diferentes circunstancias no han optado por una aceptación social y que en la barra la han adquirido y brindado a sus iguales.

Sorprende en suma que la acción discursiva contraindigente o contrarrexistente⁵ emprendida por los hinchas de Nacional y en especial por aquellos que pertenecen a la barra Los del Sur a través de cánticos, chistes, comentarios, sin proponérselo contribuye a fortalecer la identidad de clase en los hinchas del Medellín, lo cual trae consigo la paulatina deslegitimación interna de la identidad sureña. ¿Qué indica esto? Que la identidad que han adquirido los hinchas de Medellín, no se debe propiamente a sus acciones, se

No se puede ser un cuerpo homogéneo compuesto de heterogeneidad juvenil sin un opuesto radical a los intereses del grupo, por consiguiente es imprescindible la existencia de dos actores en la escena citadina de Medellín para llevar a cabo procesos de consolidación grupal y de socialidad.

debe al conjunto de prácticas que se materializan por parte de los hinchas de Nacional, generando un clima identitario endeble de estos últimos, puesto que su identidad nunca ha sido sometida a crítica o desaprobación, con lo que no se han asumido nunca en la adversidad, mientras que la adversidad hace parte del hincha rojo, como lo muestra el cántico: "No necesito que estés arriba para quererte glorioso DIM".

Se puede decir que este gran corpus cuenta en la actualidad con más de veinte mil (20.000) seguidores en todo el país, los cuales en la sola ciudad de Medellín pueden llegar a una cifra de doce mil.

Rexixtenxia Norte

- Equipo al que alienta: Deportivo Independiente Medellín
- Tribuna: Popular Norte Estadio Atanasio Girardot
- Colores: Rojo, Azul, Negro, Blanco
- Frase *insignia*: *no somos moda, somos un sentimiento*
- Fundación: Septiembre 20 de 1998

Encontrándose ante la realidad asfixiante para los muchachos de Medellín, un sector de éstos comenzó el arduo trabajo de formar, no una barra sino todo un sentimiento, una hinchada, un grupo de hinchas, alrededor de un equipo de fútbol, que representara su condición social, económica e ideológica ante los adversarios y el resto de la sociedad. Sumado a esto, el anquilosamiento en las expresiones de apoyo hacia el Poderoso⁶ por parte de las barras existentes para la época en que surgen, y la monotonía que roía el interés de tanto hincha cansado de tener que pagar cuotas para pertenecer a una barra, de hacer bingos, de los malos manejos financieros, según señalan ellos, y de otros sucesos más, es que surge lo que hoy se conoce como la mayor expresión del sentimiento del pueblo rojo, la Rexixtenxia Norte.

"La Rexixtenxia Norte surge de un grupo de amigos que alguna vez, cuando estábamos en la adolescencia, nos reunimos, pertenecimos a una de las barras tradicionales del país como era la Putería Roja, estuvimos divagando por ahí ocho, nueve años por el estadio formando un grupito muy bacano, compartíamos muchas cosas del fútbol europeo, argentino, y se dio la oportunidad y gracias a Dios podemos decir que se nos ha cumplido uno de los sueños que era tener una barra que alentara a un equipo como el Medellín durante los noventa minutos, y nunca pensamos en peleas...", afirma Freddy, fundador de RXN.

La propuesta caló de inmediato en los muchachos que sentían que a su equipo del alma le faltaba algo que ya otros tenían, y que no podían quedarse relegados en un segundo lugar; de ahí emerge este gran conglomerado motivacional que

produce variedad de sentimientos alrededor de un deporte tan aglutinador como lo es el fútbol. La Rexixtenxia es, pues, la respuesta a ese vacío de tipo afectivo y social, un tanto difícil de cubrir dada la cotidianidad en la que, como bien lo indican, son ellos el reflejo de todo lo que pasa; en ningún momento son ajenos a la Medellín inmersa entre los diferentes monopolios que se disputan su control.

Con la idea de consolidar su apoyo irrestricto al Independiente Medellín, se da la construcción de referentes de identidad que los diferenciara del tipo de hincha tradicional, lento, callado y sumiso. Así surgen los diferentes trapos, frentes y combos al interior de la Rexixtenxia, para ir abarcando un territorio baldío para los propios hinchas del Medellín, y que se encontraba a la espera de ser copado por actores dinámicos, propositivos y que trabajaran en torno a ideales claros para su propia gente y su equipo.

La letra X pasó de ser la antepenúltima letra del alfabeto a ser el soporte identitario de un grupo de hinchas que expresan en sus cánticos y acciones: rebeldía, inconformismo, aguante, rechazo, presencia activa, fuerza y sobre todo las ganas de divertirse en torno a su grupo de amigos. Es así que el llevar puesta una camisa del Medellín como rexixtente no implica ser solo hincha, es algo que trasciende la razón, es algo que induce a sentirse parte integrante y fundamental de todo un proyecto, de todo un sentimiento, de todo un pueblo llamado Deportivo Independiente Medellín, que sufre en silencio por sus fracasos, pero que siente que le ha llegado el momento histórico de alzar la voz y decir, un nuevo Poderoso emerge, gracias a la hinchada, gracias a su valor para afrontar la adversidad.

En la tribuna popular Norte, su territorio, se presentan interacciones entre los hinchas y rexixtentex que demuestran de manera fehaciente lo enunciado al inicio de este fragmento: son el reflejo de una sociedad excluyente y convulsionada en medio de tantos problemas que aquejan la ciudad, y que reclaman solución, vía participativa, pues son ellos los directos responsables de la ciudad en su calidad de muchachos constructores de presente para el futuro. De este modo es común observar que los integrantes más pequeños (niños) lleguen a mendigar una porción de alimento para calmar su hambre, no solo biológica sino social.

Estas dinámicas no están alejadas de lo que se observa en diferentes sitios de la ciudad, máxime cuando las condiciones sociales van cada vez en detrimento de los sectores más vulnerables dado el poco interés gubernamental para reducir los cordones de miseria que circundan la ciudad primando el capital económico sobre el capital social.

A primera vista, lo que atrajo más seguidores del Medellín a esta barra parece estar ubicado entre la forma de vivir el fútbol y la creación de un nuevo espacio donde se puede participar abiertamente sin temor a rechazos generacionales o institucionales, lugar llamado tribuna que permite SER en la diferencia y adquirir un NOSOTROS lleno de pasión y entrega hacia algo que nos brinda mucho más elementos y valores alternativos que los existentes. Aunque algunos atribuyen su crecimiento a los sucesos ocurridos durante un partido entre Medellín y Tolima donde se vino abajo una de las barandas o barreras de protección en la tribuna norte tras la celebración de un gol de Núñez.

La Rexixtenxia, al igual que los del frente (forma peyorativa para referirse a Los del Sur), están reconfigurando el mapa de interacciones entre los muchachos y muchachas de la ciudad de Medellín que asisten y que han aceptado el fútbol como su referente identitario, gracias a su amplitud de onda para vincularlos a un cuerpo que no los rechaza y que por el contrario los recibe en su seno para brindarles respaldo.

En la acogida que le brinda la barra a su entorno, una de las dinámicas que se posiciona con relación al rival, para el caso la barra contraria, Los Del Sur, es la de la aversión completa y radical hacia ese otro que entra a disputar el dominio y control sobre un territorio ambiguo, sin dueño, pero que al mismo tiempo pertenece a todos, situación que se enfatiza, si ambas barras pertenecen a la misma ciudad como aquí, ya que no significa lo mismo el enfrentamiento local que el regional, aunque este último guarda alguna importancia si el equipo rival posee en su filas una barra, que permita el enfrentamiento simbólico y material entre ambas, y este produzca heridos, dolor, sangre y/o muerte al igual que gloria, satisfacción y triunfo. Lo veremos a continuación al leer la forma como se refiere un hincha Rexixtente al indagársele sobre la opinión de su rival, hacia un hincha sureño:

- Verdolagas hijueputas, gonorreas, malparidos, arrepentite pirobo.
- Tenemos que Rexixtir, responder, Rexixtir, esa es la meta de nosotros, no dejarnos de unos bobos que se creen campeones, mugrosos, farándulos, el respeto ante todo. Entrevista a un hincha Rexixtente 15/09/01

Si se recurre a los dictámenes de la teoría del color, el verde y el rojo son colores complementarios pero antagonistas e irreconciliables, debido a su carácter; de un lado, el verde alude a la *mater* (femenino) y el rojo al *pater* (masculino), presentándose una seria oposición de gran talante, así como el cielo y el infierno,

En cuanto a la forma de concebir la noción de pueblo entre sureños y rexixtentex existen diferencias. Como pudo verse anteriormente, para LDS "pueblo" tiene una connotación de raza antioqueña, aludiendo a los ancestros paisas, por su parte los Rexixtentex llaman pueblo a la base social con la que cuenta la ciudad, es decir, pueblo entendido a partir de una concepción de clase social, donde el pueblo son aquellos que carecen de poder adquisitivo, es decir, *los pobres*, y aquí se debe hacer una aclaración, al considerarse portadores de una expresión diferente de la sociedad por ser parte de un sector poblacional en situación difícil, el hincha de Medellín, especialmente el rexixtente,

se enorgullece gratamente al recordársele su origen, sin importar que se denigre o se atente contra buena parte de su integridad al ser señalados como la Indigencia. Lo anterior se corrobora al escuchar el cántico:

"No tengo un puto peso, eso a mí me importa un culo. Por el ROJO yo me hago matar. Rexixtenxia Indigencia, Rexixtenxia Indigencia".

Lo anterior trae consigo el afianzamiento personal, a nivel grupal, y mejor, incluso a nivel de la clase social, puesto que al ser portador de la voz y la acción de aquellos que se encuentran en situación desfavorable los convierte en una especie de héroes anónimos que reclaman redención, atención y mucha diversión

para su gente, y cuya única recompensa es ver salir ganador a su equipo y en el mejor de los casos verlo salir campeón de su estadio.

Si se recurre a los dictámenes de la teoría del color, el verde y el rojo son colores complementarios pero antagonistas e irreconciliables, debido a su carácter; de un lado, el verde alude a la *mater* (femenino) y el rojo al *pater* (masculino), presentándose una seria oposición de gran talante, así como el cielo y el infierno,⁷ lo duro y lo blando, lo húmedo y lo seco, oposición que se mantendrá mientras existan actores que jalonen procesos independientes de cohesionar a un gran número de personas en torno a algunas ideas y sentimientos anclados en lo tradicional con ansias de subversión activa.

La Rexixtenxia Norte está compuesta por diversos combos (subgrupos) de muchachos y muchachas, de los barrios de la ciudad o municipios aledaños a Medellín:

Empiezan a saltar en la escena de la barra Virux de Itagiú, Xanguinariox de Belén Las Playas y

barrio Antioquia, Xupremaxía de Bello, Chivox de Robledo Miramar, Hunéricox de Castilla, Francisco Antonio Zea y Pedregal, Belgax de Manrique y Villa Hermosa, Maxax, que representa a varios repartidores de la multinacional Coca Cola, Dexadaptadox de Rionegro, Xubverxión de Caldas y Xan Antonio de Prado, entre otros como La Gabriela de Bello y Kennedy.

Cada uno con características particulares desde su realidad, que se convierten en comunes al momento de ser uno solo, un NOXOTROX, Rexixtenxia Norte.

Este tipo de barras como Los del Sur y Rexixtenxia Norte, van rompiendo moldes de tipo tradicional en cuanto al acompañamiento que los hinchas le ofrecían a un equipo de fútbol, moldes de tipo social, relacionados con la posición que cada cual ocupa en la sociedad, frente al poder adquisitivo, al lugar de residencia, lo estético, lo educativo, lo cultural, que cada vez la barra va desdibujando para crear unas dinámicas que permiten la interacción armoniosa entre sectores poblacionales de las más diferentes características, lo que tras los muros del Atanasio Girardot no suele ocurrir con tanta frecuencia.

Con lo anterior, se quiere dejar presente que lo que se da al interior de estos grupos de muchachos es una fuerte contradicción, ya que el ser es diferente en esencia al hacer, es decir, el adoptar la caracterización particular de ser sureño o rexixtente implica no solo un acto discursivo o narrativo, implica asumir posturas definidas en todo momento, puesto que sería la identidad que le brinda la barra la que tiene que orientar sus acciones no solo al interior de la misma sino también en su diario vivir. Además como se dijo anteriormente, tal proyecto identitario aflora sólo en ocasiones determinadas, por el calor del grupo, por un resultado o por el rechazo al rival. Quedan la preguntas ¿qué es ser Sureño?, ¿qué es ser Rexixtente? Pero en términos que permitan comprender su transitoriedad, sin embargo, habrá que determinar cuáles son las características que poseen en la barra y cómo éstas atraviesan su

cotidianidad y determinan su comportamiento en sociedad. ■

Notas

1 Entre los acontecimientos de mayor relevancia en lo que a enfrentamientos entre barras se refiere se encuentra el ocurrido el 12 de Septiembre de 1999 en las afueras del Estadio Atanasio Girardot entre hinchas de Nacional e hinchas del Club Los Millonarios de la ciudad de Bogotá, al parecer pertenecientes a Los del Sur y Comandos Azules #13, barras que alientan a estos equipos respectivamente; también se recuerda el enfrentamiento con saldo de dos muertes, el auxiliar bachiller de la Policía Nacional Reinaldo Alberto Garzón (20 años) y el menor de 16 años Wilson Darío Bran Aristizábal, lo cual generó el cierre temporal del estadio y la no habilitación de las tribunas populares para clásicos entre Nacional y Medellín, para tomar correctivos frente a este problema de orden público, como fue catalogado por la administración municipal de Juan Gómez Martínez (1998-2000) y Luis Pérez Gutiérrez (2001-2003); una bandera y una barra, espacio propicio para tejer nuevas relaciones que fuera de ellas están vetadas por la dinámica propia de la ciudad de Medellín.

2 *Aguante*: cualidad propia de un hincha barrista: se privilegia lo corporal, donde la resistencia, persistencia y lucha constante dan sentido al sentimiento que profesan hacia un equipo.

3 Llama la atención que en el periódico *El Tiempo* edición Medellín del 17 de marzo de 2003, página 2, aparece la nota "Una barra con labor social", que habla de la barra *Los Del Sur*, donde se rescata su labor social, y los hinchas no son objeto de estigmatización como frecuentemente ocurre, debido a algunos incidentes de orden público de los cuales ellos fueron protagonistas tiempo atrás.

4 El primer CD lleva por nombre "Cuando canta la Sur" (2001), cuenta con 18 temas y el segundo es "El orgullo de ser verdolaga" (2003) y trae 33 temas.

5 *Indigente*: forma peyorativa y despectiva utilizada por los miembros de Los del Sur (sureños) para referirse a los integrantes de la barra opuesta Rexixtenxia Norte (rexixtentes).

6 El Deportivo Independiente Medellín es conocido en el argot popular de la ciudad y del país como El Poderoso de la Montaña, lo cual hace alusión, de algún modo, a la tierra a la que pertenece.

7 Acerca del Cielo y el Infierno (Borges, Casares 1996): "No me ha sido otorgado ver la forma universal del Infierno, pero me han dicho que de igual manera que el Cielo tiene, en conjunto, la figura del hombre, así el Infierno tiene la figura del Diablo". Emanuel Swedenborg, fragmento *De Caelo et Inferno*, párrafo 553 (1758).

Valdano: fútbol, negocios e identidades

Gonzalo Medina P.

Resumen:

Un intenso y rápido ir y venir con uno de los más interesantes analistas de "la dinámica de lo impensado": Jorge Valdano, una voz de autoridad cuando se habla de fútbol.

Palabras clave: fútbol, negocio, globalización, identidad, hinchas.

Abstract:

A fast intense chat with one of the most interesting analyst of "la dinámica de lo impensado", Jorge Valdano, an authorized voice when talking about football.

Key words: football, business, globalization, fanatics, identity.

"En casa las costillas duelen menos. Ya han pasado dos meses y aún estoy en el proceso de recuperar energías (seis kilos menos), ánimo (no hay peligro) y costillas (que esas sí que joden). Sin embargo lo peor ya pasó y me siento afortunado. El Mundial está muy cerca y necesitaría algún tiempo más para recuperarme, pero no creo que (Joseph) Blatter repare en estos detalles".

Así, con su elevado sentido del humor, el ex futbolista, técnico, ex manejador del Real Madrid y escritor en permanente ejercicio, Jorge Alberto Valdano Castellano, exorciza las consecuencias del accidente aéreo que por poco le cuesta la vida en marzo último en México, cuando el helicóptero en que viajaba cayó a tierra en la ciudad de México. Con esas mismas palabras, este pensador del fútbol y de la cultura, comienza su nota de respuesta a tres preguntas que le formulamos, abusando de su estado de convalecencia, pero sabiendo también que con todo y dolencias el fútbol siempre ejerce en él un envolvente poder de seducción.

Lector incansable -sus compañeros de equipo siempre lo recuerdan con un libro bajo el brazo-, crítico implacable de quienes pretenden convertir el fútbol en una ciencia exacta, amante a morir de la estética y del talento sin renunciar a la eficacia, y además poseedor de una pluma calificada que le permite reunir sus vivencias como futbolista y como técnico y su amplia formación humanística. Ésas son las cartas de presentación de Jorge Valdano, el mismo que hoy despliega por todo el mundo su labor de promotor de proyectos deportivos, pensados como organización y como forjadores de nuevos ciudadanos, los mismos que demandan con urgencia sociedades como la colombiana.

Todavía repeniéndose de sus lesiones, Valdano se ocupó de responder tres interrogantes:

1. *¿Piensa que en el fútbol de hoy, tan manejado por los negocios, la publicidad y la industria, pueden coexistir esa lógica netamente comercial y aquella que sigue reivindicando el fútbol como juego, como pasión, como expresión de la gente, en especial de los sectores populares?*

Tanto el fútbol recreativo, como el formativo y el profesional han cambiado al ritmo de los tiempos. Si nos ceñimos al fútbol profesional debo decir que el negocio, para mi gusto, no bastardea el fútbol sino que lo hace posible. Es un error asociar negocio con corrupción, corruptas son las personas no los negocios. Sin embargo, es cierto que cada día hay que estar más vigilante porque la lógica comercial ha aumentado la codicia hasta extremos peligrosos. El caso italiano es un buen ejemplo. La necesidad de ganar a cualquier precio primero corrompe al juego y después a los más débiles y menos escrupulosos.

Esa pancarta esgrimida por la afición de la Juve en el último partido del campeonato, y que decía: "El fin justifica los medios", demuestra que hasta el aficionado termina siendo cómplice de la corrupción cuando el resultado es la única guía. No quiero ser catastrofista y apuntar que en Ligas tan profesionalizadas como la inglesa y la española es impensable una descomposición moral generalizada del fútbol como ocurrió en Italia. Hay que encontrar el equilibrio entre el mito romántico y la nueva realidad comercial.

2. *¿Hablando de globalización, piensa que este fenómeno, al llegar al mundo del fútbol, con todo y el auge transnacional de símbolos, de imágenes, de clubes, de camisetas, ha contribuido a redefinir el papel de ese mismo fútbol en los procesos de identidad nacional? ¿O podemos seguir pensando en que se mantiene tal cual la relación fútbol-identidad nacional?*

El fútbol se parece a su lugar, pero también a su tiempo. La globalización llegó y su lógica afecta también al mundo del fútbol. Para empezar, con un tráfico de jugadores que es equiparable a los bienes de consumo: desde los países pobres a los países ricos. La identidad es más difusa, pero sigue siendo poderosa. El Chelsea pertenece a un ruso y la camiseta la encarnan muchos jugadores extranjeros, pero los aficionados festejan los títulos con la misma pasión que en otros tiempos. Es como si el valor simbólico de la camiseta pudiera con todo. Hace cuarenta años un jugador debutaba y se retiraba en el mismo club; hace veinte en el mismo país; hoy la movilidad forma parte de una aspiración de cualquier profesional. Por eso los hinchas se sienten cada día más dueños de la situación, al fin y al cabo son los únicos que se mantienen leales a los colores y eso los convierte en los únicos garantes de la identidad. Es un fenómeno complejo, atractivo y que tiene su matiz en cada país, en cada ciudad, en cada club.

3. *Creo recordar que alguna vez usted afirmó que es necesario parar el aumento irracional de los sueldos de los futbolistas profesionales, pues tal situación se está convirtiendo en algo inmanejable. Si ello es cierto, me gustaría que ampliara este concepto y pudiera relacionarlo con la dimensión vital, lúdica del fútbol, entendido éste como otra forma de comunicación.*

La lógica comercial del fútbol es coherente con la lógica del espectáculo en el mundo capitalista. El que más produce (que es el jugador) es el que más gana. Lo que sí creo que resulta imprescindible es que no se produzcan grandes agravios comparativos dentro de un equipo.

La seguimos.

Un gran abrazo.

Jorge.

Fútbol y danza: estética del esfuerzo

Fotos y texto Gabriel Buitrago

Resumen:

Gabriel Buitrago Mejía, comunicador social, reportero gráfico y laureado fotógrafo deportivo del país, ha querido compartir estas bellas imágenes de fútbol y danzas que muestran la correlación entre las dos actividades, expresión de ejercicio físico, sensibilidad, lúdica y esfuerzo.





El fútbol y la danza lo tienen todo en común. Sus orígenes, sus lenguajes son universales. Las pasiones que despiertan, el disfrute, el movimiento, la estética corporal, en fin...

La lúdica y el arte se encuentran en dos fenómenos masivos que llegan al alma de quienes los practican y de aquellos que desbordan hasta el paroxismo con las gambetas en las canchas y los ritmos en las pistas y en los tablados.

El fútbol es deporte, espectáculo, talento, ritual; se habla de cultura, de sentimiento, también de un negocio, y qué decir de los que lo proclaman como una religión en la que no hay ateos, en palabras de Eduardo Galeano.

Sensibilidad, plasticidad, lúdica, ritmo, sensualidad y cadencia en los movimientos; placer, ternura, belleza y cuerpos atléticos caracterizan la danza.

Pasión, arte y lúdica, sumados al movimiento se interrelacionan en estas dos manifestaciones culturales y de masas que inciden, notablemente, en los comportamientos de los seres humanos.

Hoy, en tiempos de celebración del campeonato mundial de fútbol entre naciones, nadie escapa a este suceso. El honor se juega con la redonda en un estadio abarrotado de público delirante que ve en su selección el poder de su raza.

El fútbol y la danza no tienen fronteras culturales, ni sociales, cada una es una cultura en sí misma e influye sobre las demás. Unos y otros siempre terminan en la eterna danza de celebración y ritual. De alegría y gozo, o de frustración y tristeza, desencanto y soledad por la magia del triunfo o la hiel de la derrota.

“Por estos pelaos también ha llorado Urabá”

Carlos Mario Correa Soto

Resumen

La zona agroindustrial del Urabá antioqueño, además de ser productora de banano, ha sido despena, desde hace mucho tiempo, de eximios futbolistas que le han hecho el quite a la adversidad. En medio de aquel paradójico panorama donde conviven la riqueza de unos pocos y la incertidumbre de muchos, el fútbol se ha tornado en esperanza de vida. Entre 1997 y 1998, el periodista Carlos Mario Correa viajó a la zona, escuchó y compartió con los jóvenes sus anhelos. Luego viajó con ellos a Medellín y se enteró de sus metas, de sus luchas. Aunque han pasado varios años, la historia que Carlos Mario cuenta aquí, sigue siendo la misma historia de tantos muchachos que comparten el mismo sueño. El fútbol les posibilita la esperanza a muchos de ellos, y entonces cuando estos chicos acarician la gloria —así sea efímera—, los rostros vuelven a estar llorosos, sólo que en esta vez no es por la muerte y la desesperanza causada por la violencia. Están conmovidos por la alegría. Gracias al fútbol, por estos pelaos, que le han ganado el partido a las adversidades, también ha llorado Urabá.

Palabras clave: fútbol, violencia, muerte, esperanza, Urabá, club, torneo, jugador.

Después de contemplarlo un rato con ojos ansiosos, Aulio Ricard le dio la espalda al mar oscuro de Turbo, en el Golfo de Urabá. Caminó por la playa chapoteando el agua con los pies descalzos y dibujando con el dedo gordo figuras geométricas en la arena. Recorrió una calle encharcada por la marea nocturna, se dirigió al barrio Juan XXIII y se metió a su casa.

Hizo una maleta ligera de ropa. Se vistió con bluyín, camiseta y tenis. Correspondió a la bendición de sus padres y arrancó para la Terminal de buses con destino a Medellín, obsesionado por un sueño: el fútbol profesional.

En el puerto no sólo dejó el mar de su niñez y su familia, sino también a cinco novias y un sueño, enconado en su cabeza desde la adolescencia: esconderse en la bodega de un barco bananero y bajarse en Nueva York para buscar allí su futuro y el de los suyos.

Aulio tiene 17 años y la piel morena. Mide 1,70 metros y pesa 68 kilos. Sus músculos están endurecidos y resaltados por el trote y los aparatos de gimnasio. Tiene los parietales rapados y un honguito de cabello coronando su cabeza. Su bozo primerizo es una sombra en la parte exterior de su boca.

Vino a Medellín con otros 43 muchachos entre 15 y 19 años, seleccionados por el Club Deportivo Estrellas 2000 Urabá para participar en los torneos de la Liga Antioqueña de Fútbol en las categorías Juvenil y Ascenso. El grupo es algo así como una avanzada de exploradores de un proyecto social y deportivo, que incluye residencia, alimentación y estudio en la ciudad.

Al despedirlo, su padre, Aulio Ricard, celador en el Instituto de Deportes de Turbo, le repitió las palabras que venía diciéndole días antes del viaje y que también había oído de sus coterráneos que lo habían visto jugar: “tienes todas las condiciones para llegar”.

A su madre, Luz Mila Lara, inquieta por la despedida del tercero de sus seis hijos, se le ocurrió una advertencia como adiós: “Cuidado va y coge la mala rutina de los pelaos de allá con las drogas, mantenga presente solamente lo que se va a ir hacer”.

Aulio Ricard Lara vive en la casa de Eneida Córdoba, una amiga de su familia. Se levanta de lunes a viernes a las cinco y treinta de la mañana para ir a estudiar al colegio Samuel Barrientos, de San Javier, donde cursa noveno grado. Tres días a la semana, antes de volver a casa, sube a la cancha del barrio Antonio Nariño, en el mismo sector occidental de la ciudad, para entrenar con los compañeros de los dos equipos.

Tiene los ojos vivos y se ríe con media risa:

—Los muchachos me dicen: “Tenés voz de caricatura”, porque yo hablo así como me ve usted, todo pasitico, como entre los dientes. Pero yo voy para adelante siempre y no le doy importancia a eso.

Aulio empezó a jugar en Turbo desde que era un “tetero”, es decir, un niño de la categoría de ocho a diez años en el torneo que hace el Club y que es una réplica del rentado colombiano: los equipos se llaman lo mismo que los profesionales y lucen los colores y distintivos en los uniformes.

Recuerda que actúa en el Atlético Nacional, justamente el equipo de su preferencia. Marcó 35 goles y obtuvo su primer trofeo.

—soy un jugador pesadito, rematador, le pego con las dos piernas cuando lo cojo bien; soy potente y muy oportunista en el área. Mejor dicho —explica—, soy como Hamilton Ricard, el del Cali y la Selección Colombia (goleador del campeonato nacional de 1997), y dicen que somos primos. Yo creo que sí porque mis familiares son de Quibdó, Chocó, y él es de allá. Hamilton fue una vez a Turbo pero yo no tuve la oportunidad de hablar con él porque estaba por acá.

Apela a su discreta pero recurrente risa. Y dice que muy ligero se va a encontrar con Hamilton en el profesionalismo y de pronto como compañeros de equipo, porque va rápido.

—Éste es un objetivo duro porque los rivales en el Torneo de la Liga son de mucho peso. También porque uno es pobre y lo económico aquí da muy duro. Imagínese a mi papá como celador y con seis hijos para mantener... le queda muy difícil mandarme algo.

Es animoso en la conversación. Su interés en hablar de lo que hace ilumina sus ojos cafés.

—Pero lo que más extraño de Turbo son las mujeres. Ellas fueron las que me cogieron a consejos y me dijeron que la vida en la USA no era buena. Que la plata que uno se consigue allá así como entra se va. Yo tenía muchas ganas de irme con un amigo, Evert Ochoa. Él me llevaba tres años y me decía que cuando tuviera los 18 sacaba la cédula y se empacaba para la USA a esperarme allá. Yo andaba con él para arriba y para abajo y estaba muy motivado con esa idea. Después y estaba muy motivado con esa idea. Después senté cabeza, hice lo que tenía que hacer: cogí el camino del fútbol.

Evert está desaparecido desde 1996. Nadie en Turbo sabe qué le pudo haber pasado. Hay una versión de que fue asesinado en Necoclí. Su familia no tiene evidencias del hecho y sigue indagando por él y aguardando su regreso a casa.

Un largo camino

El camino del fútbol profesional para los muchachos de Urabá es largo. Comienza en Turbo a 375 kilómetros de Medellín. Es un pueblo caliente y húmedo, oloroso a pescado crudo y a desechos orgánicos represados en el Waffe, el puerto para navegación de cabotaje ocupado por destartaladas embarcaciones de carga y pasajeros.

Turbo tiene 110 mil habitantes, la mitad en el área urbana, y una temperatura media de 30 grados centígrados en su cabecera. Las calles polvorientas metidas hasta el fondo de barrios extensos, de casas de madera zancudas con desagües y matorrales, donde escarban pollos y cerdos famélicos.

En este escenario, hace 20 años, un grupo de mecenas del deporte inició la realización de encuentros de fútbol con niños desde la edad de diez años.

El balompié se popularizó de manera muy amplia en el puerto. Las primeras figuras de la región en el profesionalismo colombiano desplegaron sus excelsas habilidades que nacieron como expresión recreativa en un pueblo cantinero, sin televisión y sin programas, para que los niños y los jóvenes emplearan el tiempo libre.

La comunidad les patentó la idea a Deyanira Garcés, al educador Germán Cuesta González, al médico Jaime Delgado y a Aristarco Castro, padre del jugador Carlos Castro. En 1987 tomó forma, de acuerdo con las nuevas normas del deporte asociado, y fue reconocida por Coldeportes Antioquia (hoy Indeportes) como Club Deportivo Estrellas 2000 Urabá.

Ese mismo año se hizo el primer torneo oficial de niños de ocho a diez años, representado en 14 equipos con los nombres y los colores distintivos de cada uno de los que participaban en el rentado colombiano. El modelo ha mantenido su identidad. Sólo fue modificado en el 94 con ocasión del Campeonato Mundial de Estados Unidos, cuando se integraron 24 equipos para jugar un mundialito.

El número de equipos ha aumentado y la edad de los niños también. El Club ha creado varias categorías y descentralizado el torneo. La versión de 1997 comenzó el primero de mayo con cuatro categorías, así: quince equipos de "Teteros", niños de 8 a 10 años; nueve de preinfantil, de 11 a 12 (llamada Ponyfútbol); seis de infantil, de 13 a 14; cinco de prejuvenil, de 15.

A éstos se suman un equipo de preinfantil, integrado por niños chocoanos desplazados por la violencia, y siete con menores de 11, 12 y 13 años, en el corregimiento Currulao, para un total de 44 equipos y 900 futbolistas en competencia durante ocho meses.

El costo del certamen es de 15 millones representados en uniformes, arbitrajes y premios, cofinanciados con aportes divididos así: 27% la Administración Municipal de Turbo, 14% el comercio y el 59% los padres de familia de los participantes. Las personas que dirigen el evento y manejan el torneo no devengan ningún tipo de honorarios.

Muchos sábados y domingos, la luz del día no alcanza para cumplir con tantos partidos programados en una sola cancha. Con la oscuridad, el balón se pierde y los muchachos insisten en patear la noche desconsolados e impotentes. Hay niños que se ponen a llorar porque se les aplaza el partido, en función del cual han vivido toda la semana.

La hora del sudor

En Medellín los muchachos de los equipos de juvenil y de ascenso entrenan tres días a la semana para jugar sábado o domingo. Están citados a la una de la tarde en la cancha del barrio Antonio Nariño, labrada sobre un barranco. Con el sol deslomado sobre los cuerpos, el aire húmedo y la quietud perezosa de la hora del almuerzo, el ambiente del lugar es el más parecido al de Turbo que se puede encontrar en toda la ciudad.

Van llegando desde las 12:30, solos, en parejas y en grupos de tres y cuatro, y se tiran en una manga arropada por tres pinos que sirve como tribuna del escenario. Comienzan el ritual de cambiarse el traje de calle por el uniforme que traen en la mochila, con los cuadernos. Aplicados a la tarea de ponerse las medias y los guayos se ven como una tropa que acaba de cruzar una quebrada.

Al que llega tarde lo recriminan los que ya están uniformados. O le hacen recocha para que le dé rabia y se sienta mal. Le dicen: "¿Fue que te volviste turista?", "¿qué hubo mariposo?"

Los reúne en el campo de juego John Bernardo Ochoa Mesa, un comerciante que tiene el mando como presidente del Club y es un entrenador exitoso de varios de sus equipos en distintas categorías y certámenes.

John Bernardo es de talla mediana y delgada. Su personalidad es autoritaria aun sin levantar el tono de la voz. Está vestido con sudadera y camiseta.

Mientras va hablando cuadra su reloj como cronómetro.

Los convoca a hacer un círculo para conversar y rezar la oración del Padre Nuestro unidos con las manos por sobre los hombros. En muy pocos minutos define la práctica y elige a uno de los muchachos para que coordine los ejercicios de estiramiento. De ahí en adelante sus órdenes las da ayudándose con un pito.

Los futbolistas forman escuadras y se notan callados y aplicados. Recorren trotando varias veces el rectángulo. Vuelven a reunirse en la mitad de la arenilla. Se disponen a jugar un partido con tiempos de media hora. Y caen en cuenta de un detalle: no trajeron el balón.

Hacen recriminaciones y recocha. Los dos responsables del olvido tienen clavadas encima docenas de miradas. Se juntan y discuten acalorados. John Bernardo los aborda y éstos prometen

corregir su error en pocos minutos. Se alejan presurosos a parar un taxi.

Media hora después, los jugadores están diferenciados en dos equipos y se divierten con la pelota. John Bernardo pita y detiene el juego para repasar movimientos o para llamar la atención sobre alguna situación:

—Entren con ganas pero marcando el balón, sin tocar al hombre, cuidado se dañan ustedes mismos... pásenlo de primera, busquen profundidad.

Con el pito, la bola rueda.

Con el pito vuelve a interrumpir el juego. Les dice a sus pupilos:

—Ojo, lo primero que tienen que pensar es que si somos once, es porque somos un equipo, nadie se puede creer el dueño del balón.

Con el pito, la bola rueda.

El entrenador tiene 32 años y es casado. Nació en Andes, Antioquia, y fue transplantado a Turbo por sus padres, dedicados al comercio, a los siete años. Tiene seis hermanos, cuatro mujeres y tres hombres. En cuanto a su formación académica, a su bachillerato John Bernardo le ha sumado la capacitación como estratega adquirida en cinco talleres de Cicredeportes y en el programa descentralizado de Educación Física y Deportes de la Universidad de Antioquia.

Para sostener a su esposa Elena Arroyave Villa y a su hijo Simón Andrés, de cuatro años, tiene un almacén y un taller de bicicletas en Turbo, en donde han trabajado varios de los jugadores.

—Mi esposa permanece en el negocio y yo en la cancha —comenta.

Carga una carpeta llena de fotografías y recortes de publicaciones en periódicos. Y la enseña con orgullo. Escoge una y señala:

—Éste es mi hijo; se mete de pato en todas las fotos y en todos los partidos—. Y aparta otra que fue tomada desde más lejos, pero con el enfoque suficiente para mostrar el hecho: es el equipo de los niños desplazados por la violencia en el Urabá chocoano con su director técnico y patrocinador, Miguel Antonio López, rodeados por los padres de familia y los curiosos. Los jugadores, uniformados de amarillo, están de rodillas por una razón estética: no tienen zapatos. En la fila de adelante hay un diminuto "pibe Valderrama" con la cara enterrada y la sonrisa como una mota de algodón.

Los convoca a hacer un círculo para conversar y rezar la oración del Padre Nuestro unidos con las manos por sobre los hombros. En muy pocos minutos define la práctica y elige a uno de los muchachos para que coordine los ejercicios de estiramiento. De ahí en adelante sus órdenes las da ayudándose con un pito.

John Bernardo es presidente de Estrellas 2000 Urabá desde 1989 y desde 1992 se trazó una meta a diez años: detectar los talentos en el torneo regional y en las seccionales que de allí salen para el Ponyfútbol, los interescolares, los intercolegiados, los departamentales y los eventos regionales, nacionales e internacionales, donde son invitados especiales.

También guarda con mucho cariño la carta que el entonces Presidente de la República, Ernesto Samper, le escribió por su triunfo en la versión nacional del torneo Ponyfútbol 97. Un párrafo de la misiva dice: "Es para mí motivo de orgullo y reconocimiento saber que ustedes los jóvenes de Urabá, son ejemplo de fortaleza y unión, porque a través del deporte mantienen la esperanza y la paz que Colombia necesita".

El entrenador señala que para el Club es una herencia que buscará multiplicar hasta donde más pueda. Quiere aprovechar el fútbol como pretexto para que los niños y los jóvenes de Urabá comiencen a cargar un balón debajo del brazo y a empuñar unos guayos en vez de un arma.

Él es un triunfador con los muchachos de Urabá: doble campeón del torneo nacional Ponyfútbol 95 y 97; campeón departamental de los juegos intercolegiados categoría A en Yarumal 95, y subcampeón de estos en Valparaíso 96; doble campeón del torneo Ponyfútbol Urabá 94 y 95; campeón de los juegos intercolegiados Urabá categoría A 95 y 96, y subcampeón de éstos en el 97.

El tercer título que Urabá tiene en el fútbol lo ganó en el 88 con la dirección del entrenador Alfonso Rivera. Este certamen, organizado por la Corporación Los Paisitas, es el más importante del país y se juega en enero en la cancha Marte 1 de Medellín, con niños de 9 a 12 años.

Con el equipo de Urabá en el Pony fútbol pasa lo que con el de Brasil en los campeonatos mundiales: es el preferido de propios y extraños y siempre llena las tribunas cuando juega.

Los seleccionados de los municipios del eje bananero también son protagonistas en los eventos intermunicipales de Antioquia. En el 91, el de Apartadó quedó campeón en mayores; en el 96 el de Nueva Colonia, Turbo, en juvenil; y en el 97, el de Nueva Colonia en mayores.

No hay políticas claras ni un enfoque social de los beneficios que han tenido los equipos profesionales y la Federación Colombiana de Fútbol con los valores provenientes de Urabá.

Por esta razón y porque se pierden muchos jugadores buenos, en el Club decidieron empezar a traerlos a Medellín para que los miren y puedan seguir su carrera deportiva complementada con una formación académica y cultural. "Si no llegan a ser futbolistas profesionales queremos que

lleguen a ser gentes de bien y puedan contribuir al mejoramiento social no sólo de Urabá sino de Colombia", dice John Benardo.

La estadía de los jugadores en Medellín es posible por un convenio con los padres de familia y parientes que contribuyen con aportes de 20 a 40 mil pesos mensuales, con el 50% de los costos que suman 90 millones de pesos. El Club cubre lo relacionado con uniformes, representación, juzgamiento y pasajes para entrenar y competir.

Reciben colaboraciones del Liceo Samuel Barrientos Restrepo, donde estudia el 97% de los jóvenes, del Instituto de Educación Física y Deportes de la Universidad de Antioquia y la Junta de Acción Comunal del barrio Antonio Nariño en Medellín. Las empresas Transportes Urabá y Transportes Gómez Hernández que cubren la ruta Medellín-Turbo les rebajan de 18 mil a 13 mil pesos el pasaje, previa presentación del carné del Club. Algunos de ellos, que por razones de estudio fueron devueltos a Turbo, viajan a Medellín los viernes para jugar sábados y regresar los domingos.

—Yo también estoy viniendo continuamente a Medellín, en bus o en el transporte que me resulte, para estar al lado de ellos —señala John Bernardo—. Hacemos lo posible para que estén bien. No queremos presentarlos como mendigos o como desplazados por la violencia, aunque sus familias hayan sido afectadas por esta cruel realidad.

Lateral de proyección

—Solamente hemos tenido un accidente, la muerte de Jhon Cenith Betancur Hinestroza, del equipo juvenil— cuenta el entrenador.

Al muchacho lo mataron de una puñalada por la espalda en inmediaciones del Parque San Antonio, en el centro de la ciudad, cuando iba a tomar el bus del barrio Buenos Aires donde vivía con una tía.

El hecho, sin aclaración por parte de las autoridades, ocurrió a las 6:15 de la tarde del 29 de julio del 97 cuando el joven venía del colegio y, según una versión, fue asaltado por otro joven que trató de quitarle una cadena y encontró resistencia.

—Cursaba octavo, pero iba perdiendo el año y ya habíamos hablado con sus padres para retirarlo y regresarlo a Turbo. Ellos saben que si no rinden en el estudio no juegan. Él estaba enfermo por el fútbol, era lo único que quería hacer —destaca Pablo Emilio Montoya, revisor fiscal del Club.

Con su muerte —recuerda John Bernardo— el equipo se vino abajo en el torneo de la Liga de Antioquia. Eso afectó a todos los muchachos y estuvimos a punto de retirarnos de la competición. Caímos al tercer puesto y perdimos la opción de pasar a la final.

Jhon Cenith tenía 16 años, 1,75 metros de estatura y 68 kilos. Se había iniciado en la categoría "Teteros" en el torneo del Club, en 1990. Su máximo logro fue ser campeón departamental de los XVIII Juegos Intercolegiados de Antioquia en 1995, en representación del Liceo Gonzalo Mejía de Turbo. El mismo año integró el equipo de Antioquia en el Zonal Nacional de Juegos Intercolegiados, categoría A, en Manizales, que ocupó el segundo puesto. Su hermano Elkin, quien juega en el equipo de ascenso, se resiste a creer que esté muerto y prefiere recordarlo en tiempo presente:

-Jhon Cenith tiene todas las condiciones para llegar si Dios quiere... es un lateral zurdo de mucha proyección. Hace sus gambetas, tiene freno y tira los centros medidos al área para que entren de cabeza volantes y delanteros. Le gusta el gol y en todos los partidos prueba con potencia de media distancia.

Aulio Ricard lo interrumpe:

-John Cenith era bastante ambientado y recochudo y a veces se propasaba con chistes verdes. Por esa forma de ser le metía miedo a la

gente de aquí, pero ése es el ambiente de Turbo y como él era de allá, aquí quería seguir siendo el mismo.

Elkin hace tres años entrena, como volante de marca, bajo la dirección de Jhon Bernardo. Mide 1,80 metros y pesa 70 kilos.

El día que lo mataron, su madre los había llamado a Medellín para decirles que iba a venir para que disfrutaran juntos en la Feria de las Flores.

Es moreno y su cuerpo, con diez minutos de trote se ha transformado en un dispensador de sudor. Su voz es lenta y acentuada. Está motilado al rapé y las patillas son dos trazos de marcador que manchan su cara.

-Jhon Cenit es para mí no sólo un hermano sino un amigo -dice. Estamos luchando para alcanzar una meta. Él me rivaliza mucho y me dice que él consigue primero el título. Y yo le digo que eso lo dan el tiempo y el trabajo. Él lo anima a uno cuando lo ve triste... nos diferenciamos en que él es más bajito que yo y más pasivo porque yo juego con mucha fuerza. Claro que él en su puesto es muy responsable y hace las cosas concretas.

El día que lo mataron, su madre los había llamado a Medellín para decirles que iba a venir para que disfrutaran juntos en la Feria de las Flores.

Lo enterraron en Turbo con solemnidad. Detrás del féretro, desde su casa del barrio El Bosque, en el extremo suroccidental de la localidad, desfilaron uniformados los 44 equipos del torneo

y los estudiantes de las escuelas y colegios, y el pueblo le hizo calle de honor.

El cadáver lo vistieron con el uniforme del club. Camiseta y pantaloneta a rayas verticales de colores: blanco que representa la nobleza de la gente de Urabá; verde, el banano, su mayor riqueza; y azul, el mar que comunica la región con el mundo.

-Él siempre pensaba en el regreso con orgullo a Turbo y me decía: eso va a ser con brillos elegantes -dice Aulio Ricard.

Antes de jugar un partido piensan en él y rezan un padrenuestro. Todos los triunfos se los dedican.

-Es el Andrés Escobar del equipo. A veces, cuando van perdiendo un partido me dicen: aquí hace falta el difunto -cuenta John Bernardo.

Arquero antipenal

La gente de Urabá se siente orgullosa de la cantidad de futbolistas que le ha aportado al fútbol profesional colombiano e internacional, aunque éstos con sus éxitos poco o nada les hayan retribuido.

Hasta son 27 futbolistas, la mayoría de ellos defensores y delanteros, que le han dado nueve goles a la selección de mayores de Colombia en partidos internacionales, 352 a los equipos profesionales en el rentado, 15 en Copa Libertadores de América y 12 en la Supercopa.

En Nacional han jugado o juegan 15 de ellos. En su nómina titular en 1996 en un partido frente al Santos de Brasil presentó a siete jugadores de Urabá: Francisco Mosquera, Luis Carlos Perea, Francisco Foronda, Santander Ospina, Carlos Gutiérrez, Herman Gaviria y Jhon Jairo Trélez.

La línea defensiva del equipo fue llamada "la zona de Urabá". Algunos narradores deportivos aludiendo a la situación de orden público llegaron a decir en las transmisiones radiales que "Nacional puede estar tranquilo porque ésa es zona roja y por ahí no pasa nadie".

Los cuadros Medellín, Tolima, Junior, Envigado, Pereira, Cali, Cúcuta, Tulúa, Millonarios, América, Caldas, Quindío, Bucaramanga, Huila, tuvieron o tienen en sus nóminas a jugadores de la región.

Luis Carlos Perea fue el primero que llegó al profesionalismo en 1983 a instancias del Deportivo Independiente Medellín.

Nació en Turbo el 29 de diciembre de 1963. Ha actuado para el Tolima y el Nacional en dos épocas y con el Toros Neza de México donde hizo tres goles. Con los tres conjuntos colombianos ha marcado 23.

Es fuerte para disputar el balón, abajo y arriba. Ha jugado 78 partidos internacionales con la

Selección Colombia de mayores y ha anotado dos goles. Estuvo en los mundiales Italia 90 y USA 94. Ha disputado 20 partidos de Copa Libertadores y ha marcado dos goles por Supercopa.

Jimmy Alberto Palacios Hinestroza es el jugador que casi siempre escoge John Bernardo para que marque el ritmo de los ejercicios de calentamiento en las prácticas. Éste se mete en el círculo y va enseñando los movimientos de las manos y los pies, del tronco, de los hombros y de la cabeza, que el resto de compañeros repiten mecánicamente, siguiendo el mando de su voz de uno a diez y de diez a uno.

Tiene 17 años y es grueso y fuerte como un árbol del Darién. Mide 1,78 metros y pesa 75 kilos. Sus piernas y espalda son de plomo. Pretende ser el primer arquero oriundo de Urabá que llegue al fútbol profesional colombiano.

Es un arquero antipenal con una peculiaridad: el 99% de los castigos los origina él mismo cuando sale a disputar el balón, mano a mano, con los rivales.

—Soy muy agresivo y se me olvida controlar la fuerza que tengo cuando me arrojo a los pies del delantero. Mi fuerte es el juego aéreo, pero estoy trabajando para ser bueno en el medio y abajo.

Estudia noveno grado, tiene la cabeza rapada como Ronaldinho, el internacional brasileño, y cuenta que una vez soñó que le atajaba un penalti, pero advierte que éste si no fue por falta suya.

—Enfrentarse a Ronaldinho es muy difícil. También Faustino Asprilla es muy peligroso. Si un arquero le gana un duelo se consagra.

Su padre se llama José de los Santos Palacios y trabaja en Barranquilla en una ebanistería y en una discoteca. Su madre, Gregoria Hinestroza Pérez. Tiene cinco hermanos, dos hombres y tres mujeres.

—Antes de dedicarme al fútbol vendía vainitas por ahí en Turbo, como butifarra, bolis y condimentos de comida-cuenta.

Extraña mucho a su pueblo, especialmente la rumba y a sus compañeros del grupo de Rap “Dos África”, con los cuales se ha presentado ante el público de Medellín. Comenta que es compositor rapero y tiene sus temas especiales. Se ofrece para interpretar uno.

—El tema se llama No Criminal... Dice así: “No criminal, en la zona de Urabá, no criminal, no matem más, no criminal, en la zona de Urabá, no criminal, no, no, no matem más...”

—Pero ahora —destaca— no pienso sino en mi fútbol, la música la tengo detenida.

Jimmy vive en Medellín en una casa de la familia del entrenador, con otros cuatro compañeros: Giovanni Rodríguez, Hover Romaña y Beimar Mena, del equipo de ascenso; y Henry Mosquera, del juvenil.

Cuando llegan a la casa después de estudiar y entrenar, se dedican a hacer de comer y al aseo de su ropa y de la vivienda. Ven televisión, conversan y se acuestan a las nueve de la noche.

—Entre los cinco nos ayudamos mucho. Lo que más comemos es arroz porque es lo más fácil de hacer, pero a veces también preparamos frijoles y sopas de legumbres. Cuando tenemos plata para comer bueno, comemos bueno y cuando no hay, comemos gracias a Dios...

Los compañeros le dicen José María Pazos por su parecido con el arquero vallenato del Junior de Barranquilla. Su cara es redonda y de rasgos finos con manchas de sol. Parado debajo de los tres palos es un retador de lucha libre. Su busto negro se traga todo el calor y lo cocina lentamente.

El gol más bobo que le hicieron fue cuando tapaba en el equipo de sub15 en Turbo. Bajó sus manos de bracero para atajar el balón que, no logra explicar cómo,

continuó libre por entre las piernas y se acomodó con suavidad en el nido de piolas.

—Éste es un puesto muy duro y para uno poder llegar tiene que destacarse mucho porque todo lo que uno hace se nota ahí mismo.

Sobre su estilo para atajar los penaltis dice:

—Yo miro bien al cobrador a los ojos, como con rabia y con ansiedad, y le meto terror. Voy y le doy la mano. Vuelvo y toco los dos palos y me cuadro en la mitad y cuando va a patear doy un paso adelante sin que el árbitro me vea.

Sóñar sale gratis

La práctica, los martes y los jueves, concluye a las 2:40. Vuelven a formar el círculo en la mitad de la cancha. Ponen las manos unas sobre otras, las mecén, y gritan en coro: “¡arriba, arriba, Urabá!”. Algunos se quitan la camiseta y se la pasan por el rostro y el cuello para limpiarse el sudor. Salen a buscar la sombra de los pinos en la tribuna de la cancha. Se tiran boca arriba y botan el aire viciado.

Jhon Bernardo pasa por entre ellos repartiéndoles agua que saca de un galón y les sirve en un vaso desechable. Al mismo tiempo les hace las últimas advertencias de la jornada y del partido que tienen el sábado.

—Pilas se les olvidan los carnés, es mejor que cada uno lleve el suyo, ya se los voy a entregar.

Algunos se quitan la camiseta y se la pasan por el rostro y el cuello para limpiarse el sudor. Salen a buscar la sombra de los pinos en la tribuna de la cancha. Se tiran boca arriba y botan el aire viciado.

Hay que estar en la Marte Uno a las dos de la tarde porque el partido es a las tres.

Señala quiénes no podrán actuar por acumulación de tarjetas amarillas y que el equipo que van a enfrentar está de primero en la tabla y por eso va a ser muy importante para ellos ganarle el partido.

-Vamos a salir a buscarlo de entrada, nosotros no tenemos nada qué perder y sí mucho qué ganar.

John Bernardo dice que él es un entrenador de semana. Es decir, que en las prácticas habla, regaña y corrige y el fin de semana, en los partidos, se sienta en el banco a recibir lo que sus jugadores expresan en la cancha.

-Es el mismo estilo de Francisco Maturana. En semana nos decimos todo lo que tenemos que decirnos. Y por eso la charla técnica en el camerino no dura ni cinco minutos.

-Yo siempre estoy como soñando -comenta Aulio-. Si llego a tener plata lo primero sería patrocinar el Club y sacar de la pobreza a mi familia. Pero no cambiaría porque lo importante es que la gente le tenga afecto a uno. Soñar me sale gratis, no pierdo nada.

El sueño se le ha cumplido con creces a Tréllez y a Castro, goleadores implacables.

Tréllez nació en Turbo el 29 de abril de 1968. Tiene la marca colombiana de mayor número de partidos con la Selección Juvenil de Colombia, 35; y también el mayor número de goles marcados, 18. Es el máximo goleador en toda la historia del Nacional, con 116. Con la selección Colombia de mayores ha jugado 24 partidos internacionales y anotado tres goles. En Copa Libertadores tiene 11 goles y 6 en Supercopa.

Tréllez ha actuado en Colombia con Nacional y en el extranjero con Zurich, de Suiza; Boca Junior, de Argentina; Juventude, de Brasil; y Toulouse, de Francia.

Castro nació en Turbo el 17 de agosto de 1970. Es el segundo goleador en la historia del Medellín, pero el primero entre los criollos, con 89 goles. Lleva 111 en el rentado colombiano actuando para Medellín, Junior y Nacional. Ha jugado un partido internacional con la selección Colombia de mayores, 14 con Medellín y Junior en la Copa Libertadores con dos goles, y se estrenó en la Supercopa 97 con Nacional, con dos goles frente a Estudiantes de La Plata y Peñarol de Uruguay.

Castro militó en dos equipos suizos, Aarau y Grashoppers. Una definición fácil de él es: un hombre de pocas palabras y muchos goles. Con él toma cuerpo el sueño de los futbolistas nativos: la conformación de un hogar, apartamento en un barrio apetecido de la ciudad, carro de marca de prestigio, último modelo; dinero en efectivo

y crédito para comprar en los mejores centros comerciales, y reconocimiento social.

Castro se puede ver en seis respuestas ligeras a preguntas sobre su vida y sus gustos: le tiene mucho miedo a la muerte, es tranquilo y no recuerda la última vez que lloró, admira a Diego Maradona, su mejor amigo en el fútbol es Luis Carlos Perea, su música favorita son los vallenatos de Diomedes Díaz y del Binomio de Oro. La película que más le ha encantado es "La sombra del amor".

Su felicidad en este mundo tiene nombres propios, dice: mi familia, mi esposa Alejandra y mis hijas Sara (de siete años) y Maria Paula (de siete meses). Y tiene claro lo que va a hacer cuando se retire del fútbol: "dedicarme a mis negocios".

De Turbo también han llegado al fútbol profesional Eulalio Arriaga, Evert Palacio, Giovanni Cassiani, John Mario García, Leiner Orejuela, Néstor Ortiz, Santander Ospina, Manuel Galarcio, Wagner Mosquera, Francisco Foronda, Franklin Cetré, Nelson Palomeque, Víctor Zúñiga y Willington Ortiz (homónimo del gran jugador de Tumaco).

De Carepa, Herman Gaviria (q.e.p.d.), Leonel Mosquera y Jairo Serna; de Chigorodó, José Arley Palacio, Belmer Aguilera, Francisco Mosquera, Edgar Mosquera y John Jailler Moreno; de Arboletes, Francisco Cassiani y de Dabeiba, Carlos Gutiérrez.

Aulio se ha ambientado en Medellín. Hace días consiguió una amiga y con ella pasa parte del tiempo que le queda libre.

-Ella iba a los partidos y me veía jugar. Tenía su novio cuando nos conocimos. Después lo dejó y se me declaró. Y todo bien. Pero eso es impublicable... -lo dice con el tono de un secreto y le pone el sello de su risa.

Uno de sus pasatiempos favoritos es escuchar al Binomio de Oro y los Gigantes del Vallenato, y bailar los merengues de Ricarena. Advierte: "Bailo muy bien ahí donde me ven".

-“Acuérdate”, de los Gigantes, es un tema que me impacta -dice. Y se ofrece para cantar el estribillo, con su voz de timbre íntimo: “Acuérdate aunque sea una vez más, y yo te amé y tu me amaste también hasta decir ya no más...”

Se gana los aplausos de sus compañeros y los recibe inclinando la cabeza y diciendo: “¿Cómo me vieron ahí? No joda...” -arruga un ojo y mira con el otro. Se ríe.

Tiene un proyecto para cuando deje el fútbol. Quiere estudiar algo que tenga que ver con los medios de comunicación.

-Yo trabajé en Turbo en una emisora anunciando baladitas en inglés, en un programa que se llama “Románticos del recuerdo”, y eso me quedó gustando mucho. Lo importante es que uno se sienta bien para poder hacer las cosas bien.

Elkin dice que luchará por su meta en el fútbol doblemente, por él y por su hermano, pero que si no llega se dedicará a estudiar Sistemas o Educación Física y Deportes.

Mientras estuvo en pie, John Cenith mostró que sí era capaz de entrar con berraquera en la cancha. Pero sus ilusiones le llegaron hasta donde iba. El quería ser futbolista copartidario de Colombia y como Asprilla y Rincón llegar a jugar en el exterior, él quería llegar a las inferiores de Nacional y tener ese orgullo...

Elkin sabe algo de mecánica automotriz y todo sobre la siembra, el corte y el empaque del banano:

-No me varo, desde pelaíto he trabajado. Yo le he ayudado a mi papá, que es capataz de una finca.

-Todo el que se mete a esta vaina del fútbol tiene que saber que es una lucha muy dura. Uno gana y después pierde. No hay rival fácil: el equipo peor puede ser el mejor porque cuando levanta cabeza nadie lo puede detener.

A Jimmy, si no llega al profesionalismo, le gustaría estudiar Educación Física y Deportes y regresar a Urabá a enseñarles a los niños, especialmente a los de su barrio Jesús Mora, en Turbo. A este sector del pueblo la gente lo conoce como "zapato en mano" porque cuando llueve se inunda de tal manera que los moradores tienen que salir descalzos, con los zapatos en las manos o empacados, a buscar las vías principales para ir al centro.

En esas acequias que hacen las veces de calles barriales, los niños se hunden detrás de cualquier pelota en partidos de futbolito bulliciosos, donde el resultado se define, más que por el número de goles, por las prolongaciones y el agregado de

En esas acequias que hacen las veces de calles barriales, los niños se hunden detrás de cualquier pelota en partidos de futbolito bulliciosos, donde el resultado se define, más que por el número de goles, por las prolongaciones y el agregado de nuevos futbolistas que hacen cola para entrar. Observados a prudente distancia, la pelota es disputada por escurridizas estatuillas de barro con los calzones a media nalga, que muestran alegres los ombligos en forma de biberón, los ojos brillantes y los dientes blancos.

nuevos futbolistas que hacen cola para entrar. Observados a prudente distancia, la pelota es disputada por escurridizas estatuillas de barro con los calzones a media nalga, que muestran alegres los ombligos en forma de biberón, los ojos brillantes y los dientes blancos.

Jhon Bernardo no sueña con dirigir la Selección Colombia. "Mi objetivo es propiciar otros espacios de convivencia en Urabá y con el fútbol lo puedo hacer".

Recuerda una escena con especial motivación. Las gentes del eje bananero tan acostumbradas como están a la despedida de sus seres queridos asesinados, desterrados, secuestrados, desaparecidos, salieron a las orillas de la carretera Chigorodó-Turbo,

para recibir con vivas y aplausos a los 17 niños del Club que quedaron campeones del Ponyfútbol 97. Los padres y hermanos de los héroes se abrazaban y lloraban.

-Es quizá el único jolgorio colectivo que ha vivido Urabá. Recuerdo las palabras de Deyanira Garcés, una de las fundadoras del Club: "Jhon Bernardo, por estos pelaos también ha llorado Urabá, pero de alegría".

Aulio Ricard se cambia los guayos por tenis de calle blancos con rayas azules, grandes y de marca. Lo mismo hacen sus compañeros y quedan listos para irse a la casa.

-Después del almuerzo yo siempre me hago una siesta de una hora. Tengo que cuidarme al máximo.

En sus ojos ansiosos se ve el sol de fuego deslizándose por la tarde en el Golfo de Urabá: un balón inflado con el día, cabeceado a gol por el equipo de las olas contra la portería de la noche.

Medellín-Urabá 1997-1998. ■

Fútbol: pasión que debería escribirse

Guillermo Zuluaga

Resumen:

Aunque el fútbol es uno de los fenómenos sociológicos más importantes, y uno de los espectáculos con mayor afluencia de público hoy en el mundo, ha sido ignorado por las ciencias sociales. El autor se apoya en algunos textos históricos para mostrarnos el recorrido que ha tenido este deporte, y cómo la actitud de la gente frente al juego en gran parte ha estado mediada por la moral cristiana, y aun por el marxismo.

Palabras clave: fútbol, juego, deporte, cristianismo, marxismo, obreros, ocio, trabajo.

Hablar de fútbol es estar en fuera de lugar. O por lo menos así puede pensarse al observar cómo este fenómeno moderno por excelencia, pese a su importancia no encuentra mucha acogida entre los estudios sociales.

Al respecto, en su libro *Fútbol a sol y sombra*, el escritor uruguayo Eduardo Galeano se preguntaba: ¿en qué se parece el fútbol a Dios? Y respondía de inmediato: en la devoción que le tienen muchos creyentes y en la desconfianza que le tienen muchos intelectuales.

Lo cierto es que pese a que su evolución rueda al compás de los tiempos, que cada mundial o final de torneo continental cobra especial relevancia en la vida de millones de personas alrededor del mundo y los medios de comunicación encuentran en éste la gran posibilidad de concitar el interés de sus espectadores, el fútbol ha sido desdeñado y no se le ha tenido en cuenta por parte de investigadores o intelectuales.

Frente a este tema vale la pena una mirada somera que brinde alguna luz sobre el desconocimiento dado a este deporte. El historiador y sociólogo alemán Norbert Elías, quien habla de que la sociología del deporte no atrae a quienes hacen parte de la "corriente principal" asegura que "En los libros de historia, la historia de los deportes es presentada a menudo como una serie de actividades y decisiones poco menos que accidentales de unas cuantas personas".¹ Sólo a algunos eminentes y brillantes "estudiosos" puede ocurrírseles que tres mil millones de personas al frente de una pantalla observando

la inauguración de unos Juegos Olímpicos o la clausura de un Mundial de Fútbol, sea una actividad accidental. Por ahora aceptémoslo. Pero, ¿a qué se debe tal desconocimiento?

Lo primero es reconocer que éste no es un asunto reciente. Los antropólogos brasileños Arlei Damo y Ruben Oliven señalan que la aversión al deporte es tan antigua como el deporte mismo. Una de las primeras razones puede ser la herencia de la moral cristiana que nunca observó los juegos con buenos ojos. Según explican, después de su florecimiento en la cultura helénica, los juegos entraron en decadencia durante la dominación romana y fueron prohibidos por el Emperador Teodocio I, tras considerarlos "fiestas paganas" que habían perdido sus funciones. "El carácter meritocrático y educativo tan valorizado entre los griegos, había cedido su lugar a la competitividad exacerbada, la monetarización y la manipulación de las reglas por los soldados romanos".²

Durante la Edad Media y el Renacimiento los juegos alcanzaron tal figuración que disputaban el mismo espacio que los ritos sagrados. Según Jaques Le Goff, durante esta época el mundo estaba fragmentado entre una sociedad litúrgica y una sociedad lúdica, y esta última tenía como principal escenario el carnaval, que con sus ritos, juegos y espectáculos quería ir en contravía de lo establecido.

A diferencia de la fiesta oficial, el carnaval era el triunfo de una especie de liberación transitoria, más allá de la órbita de la concep-

ción dominante, la abolición provisional de las relaciones jerárquicas, privilegios, reglas y tabúes. Se oponía a toda perpetuación, a todo perfeccionamiento y reglamentación, apuntaba a un porvenir más incompleto.³

Uno de los principales focos de atención de estos carnavales eran los juegos y éstos no eran del agrado de los jerarcas de la religión que, debido a la forma de realizarlos, veían en ellos “un camino hacia el vicio y la perdición”.⁴

Se consideraba que el juego hacía parte de una actividad que brindaba placer físico y durante la Edad Media a cualquier asunto relativo al cuerpo se le atribuía cierto carácter pecaminoso por ser visto éste como cárcel del alma. El juego sólo *renacerá*, *florecerá* y empezará a mostrarse en el Renacimiento.

Pese a esa estigmatización, un tiempo después, en el siglo XVIII, los juegos ya vistos como deportes fueron llevados por la Iglesia,⁵ con San Juan Bautista de la Salle, a sus internados e instituciones como parte de la educación, con lo cual, de todas formas le cambió su carácter al pasar de ser fuente de placer y diversión a encontrar en él la disciplina y el orden.

Otra de las razones principales para que el deporte no haya sido fuente de interés por parte de los investigadores sociales y en general de las ciencias humanas puede ser la herencia marxista. Si bien el deporte en general, y el fútbol en particular, durante las primeras luces del siglo XX posibilitó la fraternización de la clase obrera,⁶ muchos intelectuales consideran el deporte en tanto espectáculo masivo, como cierta posibilidad de alienación. Para los antropólogos brasileños Damo y Oliven,

La reproducción de la división social del trabajo, entre trabajo intelectual y trabajo manual, vista por Marx como punto de partida del sometimiento y de la alienación, hacía creer que los deportes eran actividades eminentemente prácticas y por lo tanto, con poca o ninguna contribución para el aumento de la conciencia de clase.⁷

El movimiento obrero nunca vio con buenos ojos la práctica del fútbol, en tanto su sentido carnavalesco, pues consideraba que en “estas fiestas dionisiacas” se “agrupan extensos grupos (sic) de personas en el medio urbano y disuelven temporalmente diferencias instituidas a partir de otras formas de pertenencia”.⁸

Pese a lo anterior, el fútbol obrero fue motor de difusión y popularización de este deporte durante las primeras décadas del siglo XX. Sin

embargo, los “anarquistas” no pudiendo someter a los proletarios, abandonaron el fútbol, entre otras razones por no poder adecuar el juego a los cánones revolucionarios.⁹

Todos estos movimientos e ideas heredadas del marxismo nunca han gustado del fútbol, y muchos de los seguidores de estas doctrinas han visto en éste y todos los otros deportes una mera posibilidad de trabajo, debido a su actual búsqueda desmesurada de éxito. Para el sociólogo Rigahuer el deporte moderno no es más que,

un producto “burgués”, una recreación practicada inicialmente por miembros de la clase dominante para su propio placer. A ellos les servía como contrapeso del trabajo, pero, debido al aumento de la industrialización y a la difusión cada vez más del deporte hacia abajo en la escala social, ha llegado a adquirir unas características semejantes a las del trabajo.¹⁰

Otro de los argumentos que puede tener alguna validez a la hora de abordar el desinterés por el estudio de los deportes, es esa división histórica que ha existido entre ocio y trabajo, donde lo primero se ha asociado con lo placentero en tanto el segundo se ha asociado con lo serio. Elías considera que ambos conceptos “están distorsionados por una herencia de juicios de valor. Según esta tradición, el trabajo está altamente catalogado como un deber moral y un fin en sí mismo; el ocio, degradado como una forma de haraganería y complacencia”.¹¹

Podría decirse, entonces, que los estudios sociales han heredado la estigmatización de todos estos asuntos y han considerado como livianos dichos temas. En síntesis, al deporte, por su carácter de juego y diversión, las ciencias sociales lo han tomado muy deportivamente, valga la redundancia. ■

Notas

1 ELIAS, Norbert y DUNNING, Erick. *Deporte y ocio en el proceso de civilización*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1992. P. 91.

2 DAMO, Arlei y OLIVEN, Rubén. *Fútbol y cultura*. Bogotá: Norma, 2001, p. 29.

3 LE GOFF, Jaques. *Lo maravilloso y lo cotidiano en el occidente medieval*. España: Gedisa, 1986, p. 15.

4 DAMO, Arlei y OLIVEN, Rubén. Op. Cit., p. 30.

5 FOUCAULT, Michel. *Vigilar y Castigar, nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI, 1978, p. 143.

6 WAHL, Alfred. *Historia del fútbol: del juego al deporte*. Barcelona: B.S.A., 1997, p. 85.

7 DAMO, Arlei y OLIVEN, Rubén., Op. Cit., p. 35.

8 Ibid., p. 40.

9 Ibid., p. 36.

10 ELIAS, Norbert, Op. Cit., p. 254.

11 Ibid., p. 85.

Sueños redondos

Gonzalo Medina Pérez

Resumen

Aquí está la historia de dos hermanos que desde pequeños han estado unidos por la pasión por el fútbol y el sueño de convertirse en futbolistas profesionales; eso los lleva a hacer un pacto. Cuando uno de ellos está muy cerca de lograrlo, se cruza en su camino un imprevisto que pone a prueba la firmeza de aquel pacto. Después, el rumbo que toman los sucesos pone en vilo a los habitantes de Los Santos, el pueblo de estos muchachos. El relato se convierte en un testimonio de pasión por el fútbol y de cómo éste, cuando se convierte en esperanza para un hombre, también puede ser la esperanza de todo su pueblo.

Palabras clave: fútbol, juego, técnico, campeonato, hermano, esperanza.

El fútbol es un buen escenario para conocer al hombre
Jorge Valdano

Los Santos es un pueblo de Urabá, de esos nacidos alrededor de la carretera, desordenados en su crecimiento porque el dinero del banano se queda engordando cuentas bancarias y da paso al imperio de las despensas vacías, los precarios puestos de salud y las aulas que esperan al maestro que no llegará. Su único norte es la vía por donde cruzan permanentemente camiones, buses y todo tipo de carros que tienen a Medellín como punto de partida o destino.

Como todo pueblo paisa, cuenta con su iglesia en el centro –en este caso a un lado de la carretera– y con una zona de tolerancia que representa una especie de microcosmos nacional, porque allí encontramos mujeres chilapas, paisas, caleñas, llaneras. Todas ellas recorren cada cuadra con su monedero bajo el brazo, en donde guardan el salvoconducto que les entregó el Jefe Militar de la región para que puedan circular de noche.

Además del clima húmedo, Los Santos sufre de unas calles destapadas que forman piscinas en invierno, ideales para los zancudos, en tanto que en verano levantan un polvo que luego se instala en los pulmones de sus habitantes. Paludismo y dolencias respiratorias son los reiterados diagnósticos que entrega el médico a niños y adultos, casi como repitiendo de memoria una lección. Sabe que no falla en su modesto pero profesional concepto.

La una y media de la tarde es peor que un toque de queda en este pueblo surcado a sus

espaldas por un río en donde mujeres negras y mulatas lavan ropa, en tanto que al ritmo del jabón y de la espuma se cuentan los últimos chismes. A esa hora todo está muerto en la alcaldía, el puesto de policía, el centro de atención de la malaria, la iglesia, las empresas bananeras, los sindicatos, los almacenes, las tiendas, los consultorios, los prostíbulos. El calor está en su fina, es el culpable mayor de la modorra que se apodera del pueblo y de sus habitantes, quienes se tiran en camas y hamacas, en el suelo de cemento frío que da frescura, en zarzos, o a la sombra de los árboles que bordean el río. La única vida que subsiste es la que proviene de algunas cantinas, cuyos empleados se duermen sobre el mostrador esperando a que un campesino termine de acariciar una cerveza y de escuchar hasta el mareo “Nadie es eterno en el mundo”.

Pero también a esa misma hora, una y media, salen de las casas y locales unos seres que caminan lentamente, buscando refugio contra el incesante bombardeo solar. Van en fila disciplinada con un objetivo común: llegar hasta la calle donde funcionan las empresas de transporte pesado, en donde a esa hora están parqueadas las tractomulas y camiones cargados de toda clase de mercancías que vienen de Medellín o van para la capital.

Después de atravesar el atrio de la iglesia, la agencia vendedora de hielo y paletas, la base militar rodeada de sacos de arena desde los cuales asoma una ametralladora emplaza-

da, llegan hasta su objetivo. Se detienen casi simultáneamente, miran en todas direcciones y como si escucharan una perentoria voz castrense, se desperdigan en medio de los carros estacionados.

Son unas cucarachas del tamaño del asombro que causa verlas y sobre cuyo gigantismo los pobladores tienen distintas explicaciones: unos dicen que es por culpa del calor que agobia a Los Santos, mientras otros se atreven a pensar que se trata de la maldición de un sacerdote, quien para castigar la negligencia de los parroquianos para dar limosnas, les anunció la llegada de unos bichos enormes que no dejarían en paz cocinas, bodegas, armarios, cajones con provisiones, ropa e incluso dinero.

La gente permanece a la expectativa preguntándose si ése será el paso siguiente a la hasta ahora exhibición meridiana de estos animales. Mientras tanto, éstos llegan a disfrutar de la sombra generosa de las carrocerías de los camiones. Allí se quedan inmóviles, como quien se siente a salvo de una feroz persecución. Ya los habitantes saben qué ocurre luego: cuando los adormilados conductores suben a sus vehículos, encienden el motor y los ponen en marcha, se siente un estruendo similar al de un transformador cuando explota. Las llantas que soportan diez o doce toneladas, dan cuenta de semejantes refugiados y muchos de ellos siguen pegados a las ruedas. Pero después aparece otro contingente que celebra el exterminio: las hormigas, que rinden culto al trabajo colectivo cargando por millares con los restos dejados por el paso demoledor de los vehículos.

El placer que da la bola

En Los Santos vive un hombre que trabaja en las fincas bananeras, pero que antes fue mesero, zapatero, albañil. Vino del vecino Córdoba hace más de 20 años, conoció en el pueblo a una paísa de Cañasgordas y se enamoró de ella porque su risa le inspiraba la misma calma que siempre encuentra en su confidente laguna de Ayapel. Es un hombre moreno, de baja estatura, con una sonrisa permanente, por la cual lo llaman "El Cojo Alegre". Al apodo también contribuye el ritmo desacompasado de su pierna izquierda, causado por una fractura que sufrió jugando béisbol en su pueblo. Pensó que se consagraría atrapando una bola en el aire y no se dio cuenta de que la cancha se había acabado y que lo que seguía era un abismo de más de seis metros.

Desde ese momento, "El Cojo" juró que mínimo uno de sus dos hijos sería beisbolista. Hoy, sin embargo, tiene que reconocer su frustración porque a ambos lo que menos les gusta es coger la pelota con las manos:

"Miren -les dice- con la pelota uno se siente acariciando las nalgas de una mujer, se siente un placer del carajo. Además te sientes más hombre porque la tienes completamente dominada, a tu gusto, puedes lanzarla como quieras, cuando quieras y a donde quieras. El mejor sentido del hombre es el tacto porque disfrutas tocando, acariciando, rozando y porque al mismo tiempo puedes imaginar lo que se siente cuando recorres con tus manos el cuerpo de una mujer. Les confieso que cuando me siento inspirado, voy y me dedico a acariciar una pelota de béisbol... ¡ah!, se me van los minutos, las horas mientras se me revuelven las sensaciones de lanzar la pelota al bateador y recorrer palmo a palmo los senos de una pelada de 17 años. Lástima que cuando estoy en lo mejor, me sacude el grito de mi mujer: '¡Pollo, vení a almorzar!'".

Los dos hijos de "El Cojo" querían ser futbolistas, para ellos el placer estaba en la magia que crea una pierna zurda sello Maradona, que con el balón pegado al pie parece como con un cauchito, que hace túneles, sombreros, ochos, y que deja a los rivales tan azonzados como cuando a una señora en el centro de la ciudad le cae una nube de gamines y se queda sin saber cuál de todos le arrancó la cartera. Ambos habían hecho un juramento cuando tenían nueve y diez años: "uno de los dos tiene que llegar a triunfar. Imposible que dos hermanos futbolistas puedan sobresalir en el mismo nivel y con la misma calidad. Tendrá que haber uno mejor que el otro. Pero no sabemos cuál va a ser. Lo importante es que el otro se sacrifique, si es necesario, en lo que sea y como sea, porque el triunfo de uno es el triunfo de los dos".

Ambos empezaron a jugar en distintos equipos. El uno lo hacía de centro delantero y el otro de diez. El uno era el típico pescador de área que no perdonaba balón para meterlo adentro, mientras el otro era un creador de juego, con una inspiración para abrir espacios, jugar al vacío, desbaratar esquemas defensivos y en general tenía genialidad con o sin el balón. Porque él leyó una vez a Maturana repitiendo una frase de Menotti: "cuando los cerebros caminan en una cancha es porque están pensando".

Los hermanos Pitalúa fueron haciéndose famosos en la región, entre otras cosas porque

prácticamente ellos dos conquistaron para Los Santos el campeonato regional de Urabá, imponiéndose incluso sobre Turbo, la potencia futbolística que ya "exportaba" jugadores para Medellín. Asistir a un partido donde actuaran Rafael y Nicolás, era disfrutar de un concierto en el que la melodía estaba a cargo de dos músicos, y la armonía por cuenta de otros nueve. La agilidad mental y física de uno se complementaba con la capacidad fulminante para definir en fracciones de segundo que tenía el otro.

—Éstos no juegan de memoria, sino de corazón —decía Rodrigo, el técnico de Los Santos, un moreno que quiso ser árbitro pero que por falta de apoyo se dedicó a entrenar equipos. Animado con el triunfo alcanzado, Rodrigo viajó a Medellín y se llevó para Los Santos al entrenador de la Selección Juvenil de Antioquia, con el fin de que viera su equipo y en especial a los hermanos Pitalúa. Él se maravilló de tal manera que los invitó a Medellín para practicar con la Selección. Sin embargo, él sabía que le hacía falta un centro delantero, un goleador que le diera el puntillazo final a todo ese despliegue

técnico propio del fútbol paisa. Y veía en Rafael la solución de esa suerte de complejo que parecía esconderse tras la carencia de rematadores netos que venía agobiando a las selecciones antioqueñas.

Después de mucho llorar, Rafael sacó su carné de jugador, le quitó su foto y, junto con la camiseta de Antioquia, se lo entregó a Rafael. Luego se abrazaron, tan fuerte o más como cuando celebraron el mejor de sus goles.

Peor que gol de camerino

Pero no podía faltar el miércoles a mitad de semana: Rafael tenía un año más de la edad máxima permitida en una selección juvenil. Esto se lo dijo el técnico aparte al muchacho, por lo cual tenía que excluirlo de la nómina. Nicolás ya estaba por fuera porque a juicio del entrenador había un diez con más experiencia, con formación de club profesional.

—Otra vez será —, le dijo a Nicó mientras le palmoteaba el hombro. Los dos hermanos se encontraron a la salida de la liga. Esta vez fue una mirada vidriosa arrojando la frustración lo que unió a uno y otro. Ambos corrieron a abrazarse y contarse sus penas, mientras se secaban las lágrimas con las camisetas verde y blanca recién estrenadas de la Selección Antioquia.

Estando en la pensión que les había conseguido Rodrigo en el centro de la ciudad, apareció éste, enterado ya de lo sucedido. Llamó aparte a Rafael y se lo llevó para una heladería que había en la parte baja del local. Al rato apareció Rafael solo, cuando ya Nicolás empezaba a descomponerse sin saber qué estaba pasando. Rafa miró fijamente a Nico y le puso la mano sobre el hombro:

—Necesito que me ayudes, es la hora de cumplir el juramento.

—¿Y qué puedo hacer yo? —preguntó Nico, aún sin entender a su hermano.

—Mucho... ¡déjame ser tú!

—¿Cómo así?

—Rodrigo habló con el entrenador de la Selección Antioquia sobre mi problema de la edad. Después de darle muchas vueltas al asunto, concluyeron que la clave estaba en mi hermano menor.

—¿Cómo así?, explícate.

—Pues que yo sea tú y que tú seas yo.

Nicolás cada vez se confundía más y ya estaba a punto de explotar.

—Dime de una vez por todas qué debo hacer para ayudarte.

—Lo que te pido es que me entregues tus documentos para yo poder jugar. En primer lugar nos parecemos, apenas tenemos un año de diferencia y aquí todavía no nos pueden distinguir, por fortuna no estamos en el pueblo. Piensa en nuestro juramento.

—¿Pero dejando de ser yo y dejando de ser tú? ¿Qué podré sentir cuando en la radio o en la prensa digan que fui yo quien marcó un gol, mientras yo estoy sentado en las tribunas sin poder celebrarlo porque las lágrimas no me dejan? ¿Qué crees tú que va a pasar con mi papá, con mi mamá, con mi novia, con mis amigos, con toda la gente que me conoce?

Después de mucho llorar, Rafael sacó su carné de jugador, le quitó su foto y, junto con la camiseta de Antioquia, se lo entregó a Rafael. Luego se abrazaron, tan fuerte o más como cuando celebraron el mejor de sus goles.

Orgullo callado

Rafael ingresó a la Selección, y como era de esperar se convirtió en la estrella del equipo. Gradualmente fue asumiendo un espontáneo liderazgo dentro y fuera de la cancha. Los periodistas anunciaban que con Pitalúa se rompía en pedazos el complejo paisa frente al arco. Los goles de Rafa eran los cinco centavos para

el peso que faltaban en los combinados antioqueños y por reflejo en el Atlético Nacional y en el Independiente Medellín. Ahora el tejido bordado por la Selección había logrado su puntada final.

Mientras, en Los Santos la sorpresa fue mayor cuando por la televisión, la radio y las páginas deportivas aparecía otro Nicolás. En tiendas, almacenes, oficinas públicas, escuelas y colegios ése era el comentario cotidiano. Sin embargo, como si al frente tuviera a un director de orquesta, el silencio de la población fue total. Una complicidad que en alguna medida sonaba a una orgullosa representatividad aportada por Rafa con su juego en la Selección, fue la respuesta al temor inicial de la familia de que se descubriera la verdad. Tanto encubrimiento no lo podía haber soñado ni el más tragón de los funcionarios públicos.

Pero reacciones en contra no faltaron. La novia de Nicolás lo echó indignada porque no estaba dispuesta a compartir su amor con dos hombres: uno frustrado por no poder jugar con la Selección y otro que triunfaba en ella, y para acabar de ajustar era el primero quien la visitaba todas las noches:

—¿No pensaste en mí cuando decidiste prestar tu nombre? No te imaginas lo que sentí cuando te oí mencionar en la radio, me hice tantas ilusiones que ya me veía viviendo en Medellín en el mismo barrio de Perea, Tréllez, Casiani... pero cuando vi a tu hermano hablando por televisión el mundo se me vino encima con casa y todo.

“El Cojo”, por su parte, volvió a condenar al fútbol porque no sólo alejó a sus hijos del béisbol, sino que ahora les había robado su identidad:

—Ahora resulta que mi hijo mayor es el menor y que éste es el mayor. Y saber que son tan distintos a pesar de que a ambos les gusta el fútbol. El Rafa es bailarín, amigo de la música de Diomedes, de tomarse los rones los fines de semana en la tienda del “Pollo” Pacho; le gustan las mujeres monas porque dice que junto a ellas tiene su propio sol; además no le gustan las clases de filosofía porque para él la cosa de vivir no es tan complicada. Por eso maldice a los entrenadores que se complican con tantos esquemas y que a la hora de la verdad no dejan divertirse al jugador, sino que lo ponen a trabajar. En cambio Nico es devoto del Corazón de Jesús, le gustan la música ésa de carrilera y las Hermanitas Calle, no le falta su misa los domingos, se emboba con las baladas de José

José, se achanta cogiéndole la mano a la novia cuando va pa la heladería, pero se deleita en geografía cuando le hablan de todos los pueblos de Antioquia y se da cuenta de que hay muchas clases de paisas.

Días después, la Selección Antioquia ganó el campeonato nacional juvenil de fútbol. Como goleador del torneo, Rafa acrecentó su nombre y las posibilidades de jugar en el profesionalismo. Ya el apellido Pitalúa figuraba en las libretas de los técnicos del Nacional y del Medellín. Los medios de comunicación se prodigaban en elogios para la nueva revelación del fútbol antioqueño. Al mismo tiempo, Urabá se ratificaba no sólo como el principal centro productor de banana y de masacres, sino también de jugadores profesionales. Uno de ellos, Tréllez, venía de triunfar en Suiza, en donde se hizo entender poniendo a hablar a su pierna zurda con el balón, y empezaba su temporada en Argentina con el Boca Juniors de Menotti.

En plena celebración del triunfo antioqueño, un sobre llegó a las oficinas de la Federación de Fútbol. Dentro había una hoja de cuaderno y en ella un texto escrito con letra burda y cruzado de errores ortográficos:

“Uno no puede dejar de ser uno para triunfar en la vida... no quiero ser cómplice de un engaño que todo mi pueblo ha patrocinado... salgo en defensa de la honestidad que aprendí en un hogar cristiano y le informo que Nicolás Pitalúa es realmente Rafael Pitalúa, quien por tener un año más de edad no podía triunfar. Ese año más se lo echó encima su hermano Nicolás. El sano de Los Santos”.

La indignación invadió al pueblo cuando se supo de la pérdida del título de Antioquia por fraude. La alcaldía, la policía y la jefatura militar se prepararon para enfrentar la protesta. Llegaron refuerzos de Medellín, helicópteros artillados comenzaron a sobrevolar la zona. Sin embargo, la gente pareció decretar un autotoque de queda. No había mítines ni borrachos

Los medios de comunicación se prodigaban en elogios para la nueva revelación del fútbol antioqueño. Al mismo tiempo, Urabá se ratificaba no sólo como el principal centro productor de banana y de masacres, sino también de jugadores profesionales.

calmando su dolor en medio de los tragos. Pero desde muy temprano el pueblo se vio empapelado con unos afiches blancos de ribetes negros, como de sufragio. En el centro había una figura humana sin rostro pero con un punto a manera de blanco en la mitad de la cara. Y con una sola frase: "Sabemos que fuiste vos... preparate... tenés 24 horas para confesar".

La pregunta inicial entre muchos habitantes era muy concreta: ¿quiénes amenazan y a quién? ¿Serán los paramilitares, que no sólo les gusta matar a todo aquel que se parezca a un guerrillero, sino que ahora resultaron ser hinchas del fútbol y especialmente de Rafael? ¿O será acaso la Jefatura Militar? Aunque es raro porque como el equipo del batallón perdió el campeonato con el de Rafa, no debe estar muy alegre de que él haya triunfado con la Selección. ¿Pero si va y resulta ser la guerrilla? Claro que una vez en un retén, un guerrillero dijo que el verde y blanco de la Selección había que cambiarlo por el rojo socialista y el negro de la bandera comunera, y que en el escudo de Antioquia debía ir la imagen del padre Camilo Torres. ¿O será más bien esa gente que según dicen llegó al pueblo con la orden de matar a las putas y gamines?

Los minutos empezaron a correr, las horas. La gente, reunida en corrillos en tiendas, en graneros, carnicerías, esquinas, oficinas, especulaba y hasta hacía su inventario de las personas del pueblo con más fama de "sapos": aparecieron nombres de funcionarios en servicio o retiro, ex sindicalistas, señoras dueñas de pensiones en donde se alojan militares, desocupados con vocación de periodistas, uno que otro tendero de esquina y hasta Rogelio, otro jugador de fútbol que fue desplazado por Rafael cuando armaron la selección municipal.

Todos tras el batracio

El plazo se vencía el domingo a las 12 del día. Fueron muy pocos los que se atrevieron a salir a vender o comprar en el mercado. No obstante, y a medida que se acercaba la hora, todos se iban arremolinando a un lado de la

carretera. Sabían que allí aparecería el culpable, bien fuera con los pies adelante o caminando por su propia voluntad para someterse al juicio de quienes lo emplazaron. Allí estaban todas las autoridades, pero no como tales sino como ciudadanos atemorizados que aguardaban el desenlace; aparecían Rafa y Nico, unidos esta vez por el apremiante deseo de conocer al paisano que fue capaz de atentar contra un sentir mayoritario; estaba Rodrigo, quien sentía cómo se le revolvían los sentimientos de culpa y de rabia ante lo ocurrido; no faltaban estudiantes y profesores, algunos empresarios bananeros y sindicalistas, además de campesinos de distintas veredas, todos ellos deseosos de conocer al "chivato" que se tiró en todo.

El reloj de la iglesia de Los Santos dio las doce. Cada campanada era un paso más a un final en el que no dejaba de rondar la muerte. Cuando terminaron de sonar, apareció de entre la gente una mujer madura, trigueña, con el pelo negro y lacio recogido por una hebilla, de brazos regordetes, piernas gruesas, con una bata florida que empezaba a quedarle estrecha. Se paró en la mitad de la calle polvorienta y se dirigió a los presentes que la miraban entre sorprendidos y enojados:

—Van a pensar que soy una madre y una santeña desleal, que no sólo no quiere al pueblo sino que tampoco quiere a sus hijos, pero eso no me importa. Antes porque los quiero fue que informé a la Federación sobre el fraude. Pero sobre todo hice eso porque como paisa que soy, no puedo aceptar que un costeño sea mejor futbolista que un antioqueño, y para acabar de ajustar tenga que serlo con nombre prestado. Y estoy hablando de mi hijo.

De inmediato se acercó a Rafael y le pidió su carné de jugador. Con mano temblorosa, arrancó la foto de aquél y se lo entregó a Nico, luego de besar en la frente a su Rafa.

—Tomá Nico, volvé a ser vos.

En ese momento desfilaban las cucarachas por el atrio de la iglesia, mientras del pueblo se apoderaba el silencio de la una y media de la tarde. ■

Juegos en la madrugada

Katalina Vásquez Guzmán

Resumen

En las frías madrugadas, en cierto lugar de Medellín se reúne un grupo de taxistas para darle rienda suelta a una de sus pasiones. En este relato se logra retratar la camaradería que une a estos habitantes de la noche.

Palabras clave: taxista, fútbol, amigo, torneo, carro, madrugada.

Abstract:

A group of taxi drivers meet at a specific spot in Medellín during cold mornings to liberate their passions regarding soccer. This story pictures the comradery these night inhabitants share.

Key words: taxi driver, football, friends, tournament, car, morning.

La cita era a la una de la madrugada. Y aunque llovía, los hombres llegaban, uno a uno, al lugar de encuentro, todos en taxi. Por el camino había charcos, de esos profundos que se llenan de agua, no se dejan ver en la oscuridad y atascan carros. El Amigo supo esquivarlos y llegó antes que todos, como debía hacerlo el líder. Luego llegaron Niño, Chepe, Tatoo, Piolín y tres hombres más. Entonces, sentados bajo un techo de madera, empezaron a planear cómo mejorar eso que hacían en las madrugadas. Buscaban que los vecinos no se despertaran, que el asunto fuera más rentable, que ninguno lo hiciera sin camisa, y además acordaban quién guardaría el dinero hasta el momento de repartirlo.

Durante las dos horas siguientes los hombres hablaron, se pusieron de pie, corrieron las sillas, se sacaron las chaquetas, pero nunca soltaron las llaves de los carros. En esos llegaron y trabajarían hasta que el sol aparecía. Y en esos pondrían en práctica el plan que, a las tres de la mañana, era aprobado por siete de los ciento veinte hombres que participan en esa actividad.

Una vecina de Manrique era testigo de todo. Se lo dijo a la Acción Comunal y acordaron que el presidente, de no encontrar solución, se lo diría a la Policía. Había que detenerlo. Así que Tatoo tomó nota de los pasos a seguir en las próximas madrugadas para evitar que los detuvieran, y mientras lo hacía era insensible al frío. Los demás hombres llevaban abrigos y se frotaban las manos, y Tatoo, como los perros de nieve, parecía no sentir el viento helado. Fue él quien señaló al Amigo cuando había que decir el nombre del precursor de

la actividad. Era un señor de pelo blanco, zapatos brillantes y voz suave. Tatoo, en cambio, hablaba fuerte y tenía el cabello oscuro, la piel trigueña y no más de un metro sesenta de estatura.

Ellos y cinco hombres más escribieron las nuevas reglas, que buscaban que la señora no pudiera ver ni oír nada más desde la ventana de su casa en Manrique. Cuando el plan se acordó y también las sanciones para quienes resultaran descubiertos, la reunión terminó. Pero Tatoo y el Amigo se quedaron recordando cómo era que había empezado la actividad. "Chepe" los acompañó para escuchar la historia.

El Amigo y Tatoo se encontraban al amanecer para, además de poner en práctica lo que acordaban en la reunión, tomar aguardiente y bailar porros. Los dos mostraban arrugas en el rostro, llevaban años en la profesión y tenían barrigas grandes, como casi todos los taxistas experimentados. Aquella vez fueron menos los barrigones, aunque todos eran conductores de taxi. Estaban reunidos en una caseta de madera a la entrada del Club Social Doña Clarita, en Medellín.

A algunos los tentó la idea de pasar del quiosco a la fonda, a tomar "guaro" y escuchar corridos y vallenatos hasta la hora de cierre: cinco de la mañana. Pero los tres que se quedaron no bebieron nada, ni siquiera tinto, ni fumaron. El Amigo, Tatoo y Chepe estaban tan concentrados narrando la historia del torneo de fútbol, que aquella vez, después de alistar el plan contra las quejas de la señora que vivía en la esquina junto a la cancha de La López, de su boca apenas se escucharon recuerdos y carcajadas.

-Todo empezó en La Macarena hace quince años por ahí. ¿En 1989 o en 1990? -preguntó Tatoo, a quien unos pocos conocen como Álvaro Urrea.

-Amigo, no recuerdo bien -contestó el Amigo-, pero éramos cuatro o cinco los que íbamos cuando no teníamos nada qué hacer, a eso de la una de la mañana.

-Nos íbamos para esa manga que queda al frente de La Macarena a "recochar" con un balón. Éramos el Amigo, Ómar, Martín Castaño y yo. Llevábamos una pantaloneta y una camiseta en el taxi y cuando no había mucho qué hacer nos comunicábamos y nos encontrábamos allá. Eso fue tremendo. En menos de un mes se veía eso lleno de taxis. Empezaron a "caer" muchos taxistas- comentaba Tatoo moviendo las manos sin dejar caer las llaves de su Chevrolet.

Luis Fernando Gutiérrez: treinta años de taxista, quince como coordinador de torneos de fútbol y otros tantos de organizador de fiestas en Doña Clarita. Ése era el Amigo, quien al escuchar a Tatoo empezó a recordar.

-Ah, sí, entonces se lanzó la idea de armar un "campeonato", y yo dije: hágale. Empezamos a organizarlo pero aclaramos, amigo, que sólo fuera para taxistas, y que era microfútbol. Jugábamos por allá en el barrio Conquistadores, y esa primera vez fueron como doce equipitos los que se armaron.

-Hemos llegado a tener hasta 26 equipos de micro, de veteranos y de sardinos, y jugábamos tres partidos en la noche -dijo Tatoo en un suspiro.

-A las doce, a la una y a las dos -agregó el Amigo- y cada tiempo era de 25 minutos, entonces nos rendía para tres partidos en la noche. Ahora, como ya es fútbol, hacemos sólo uno a la una de la mañana, de lunes a jueves.

El lunes 7 de julio de 2005, en vez de partido, hubo reunión de representantes de los equipos, con todo y lluvia. Había problemas con los vecinos de la cancha. Escuchar pitos y gritos después de la media noche no era normal para los habitantes del barrio Manrique. Y desde la ventana de una casa se podía ver a los taxistas transformándose en jugadores de fútbol. Quedaban en calzoncillos, sin camisas, y hacían monerías entre ellos. A la señora le aterraba y por eso se quejó.

-Eso lo tenemos que controlar porque es muy difícil que nos presten una cancha de fútbol en otra parte. Si fuera micro como las otras veces sería muy fácil, pero fútbol... -sentenció el Amigo frunciendo las cejas.

No estaban todavía las cejas del Amigo en la posición habitual cuando Tatoo hizo un comentario como para bajarle tensión al momento:

-Aquí hay mucha cancha de micro. Uf. Nosotros hemos tenido torneos de micro en Belén Las Playas, Tricentenario, La Esmeralda, El Salado, Tejelo, San Javier, Doña Clarita...

-¿Y en el Estadio qué? -comenta Chepe-. Allá es donde se han jugado la mayoría de los campeonatos. ¿O no? Es que yo en esto soy nuevo. Ellos sí son los que se saben la historia.

-Historia es lo que hay. Con decirle que este torneo está registrado en los Guinnes Récord-dijo Tatoo emocionado.

Todos asintieron cuando el más pequeño de los taxistas dijo que la actividad es única. Se levantaron cejas y se agitaron camisetas, porque en ninguna parte del mundo se disputa un campeonato de fútbol o microfútbol después de las doce de la noche, con personería jurídica y jueces profesionales. En cada partido se reúnen al menos treinta jugadores de una a cuatro de la mañana. Unas cuarenta personas los acompañan, entre taxistas, vendedores de comidas y familiares. Para hablar de este tema Chepe pidió la palabra.

-A ver los "picaítos" va gente de toda clase social. Allá usted puede ver de todo, no hay discriminación de nada- comentaba José Orozco cuando Tatoo lo interrumpió.

-Los que son casados llevan a las esposas; a veces, otros van con "la amiguita"...

-Hasta los nietos y los papás se trasnochan para ir allá -agregó el Amigo-, y eso que ahora no va tanta gente como antes. Primero se nos llenaba de acompañantes, de vendedores de comida, de trago...

-¡Hasta vicio se vendía, hombre! -dijo Tatoo interrumpiendo de nuevo para provocar que el Amigo clavara su mirada en el llavero que no paró de menear.

Segundos de silencio, de miradas perdidas y golpeteos en las mesas. El líder de la reunión se tomó la palabra, escondió los labios y levantó la mirada. Después dijo:

-Compañeros, ojalá la gente del barrio no se siga quejando porque si nos quitan la cancha estamos graves-. Un comentario como éste y un gesto de amargura del Amigo fueron los que dieron inicio a la discusión horas antes.

-Nosotros sabemos que es una zona residencial y que la gente, comúnmente, duerme a esa hora. Lo que pasa es que nosotros tenemos nuestra vida en las madrugadas, pero tampoco eso puede interrumpir la de los demás -replicó Tatoo con más rostro de retador que de preocupado.

Para el Amigo la situación era más difícil de lo que parecía, por eso convocó a un representante por cada uno de los ocho equipos de fútbol que se inscribieron en el torneo. "Vea, amigo, esa gente está en su derecho de dormir y la acción comunal nos llamó la atención. Por eso hay que ser organizados y poner reglas claras, porque si no nos vuelven a prestar esa cancha no hay torneo. ¿Me entiende, amigo?"

-Es que hay compañeros muy escandalosos y nos tenemos que moderar. Además son muy "gusanos", se van poniendo la pantaloneta en mitad de la calle. Eso también hay que mejorarlo- dijo Piolín.

-Ah, sí. Lo mejor es que todo quede así: cada vez que lleguemos estacionamos el carro en silencio y entramos a la cancha. Allá nos cambiamos de ropa- dijo Tatoo. A lo que el Amigo le respondió con una orden de escribir la propuesta en el nuevo reglamento.

-¿Sabe qué sería muy bueno? Amonestar a los que digan groserías y gritan cosas "guaches"- sugirió otro taxista. Eso también se consignó en el acta porque además de ser un problema para los vecinos, lo era para el Amigo. Ya ningún árbitro quería pitar los partidos.

-Fíjense amigos que hasta a la dama que trajimos la insultaron. Me puse a traer una mujer árbitro porque pensé que por ser una señora la iban a respetar. Pero no, por ahí uno del equipo suyo, creo -dijo el Amigo señalando a Piolín-, le gritó dizque "arepera" porque le sacó una amarilla. Así no podemos, amigos -lamentó Luis Fernando.

Esa situación era tan grave, contó el organizador, que tuvieron que garantizarle seguridad al árbitro para que aceptara dirigir los partidos. Todos decían temer a los jugadores.

Lo que el árbitro debía enfrentar era a veintidós de ellos en una cancha, tras un balón, recibiendo y dirigiendo insultos como lo hacen en sus carros. La diferencia era que allí estaban frente a frente, cansados y acalorados. Y además, todo sucedía en la madrugada. Aunque este inconveniente también se resolvió. Todos decidieron implementar la tarjeta azul para los "muy subiditos". Con ello los obligarían a sentarse durante diez minutos "a chupar banca", como dijo el Niño.

Para llegar al acuerdo y planear cómo jugar los partidos sin despertar los vecinos, y cómo coleccionar el dinero de las inscripciones -que esa

Lo que el árbitro debía enfrentar era a veintidós de ellos en una cancha, tras un balón, recibiendo y dirigiendo insultos como lo hacen en sus carros. La diferencia era que allí estaban frente a frente, cansados y acalorados. Y además, todo sucedía en la madrugada. Aunque este inconveniente también se resolvió.

noche apenas llegaba a quince mil pesos- fue que los taxistas de "Clubetan" se encontraron en Doña Clarita. Además había que ponerse de acuerdo con respecto a los uniformes y se acordó que quien no los tuviera no podría jugar más sin camisa. Y como el Amigo no quería tener más líos por el dinero acumulado en el torneo, se eligió a Piolín como nuevo tesorero.

Los taxistas hablaron de fútbol, del propio, del que juegan noche a noche sin importar la lluvia que, además de hacer más engañosos los huecos en el pavimento, moja la cancha de arena y los hace resbalar, correr más lento, y empantanar la ropa. Eso también lo escribió Tatoo en

el nuevo reglamento: "los partidos se jugarán aunque esté lloviendo, siempre y cuando no sea muy duro".

Las reglas se hicieron para los ocho equipos -San Pedro, Juventud, Andalúz, Independiente, Las Vegas, Así Somos, Policlínica y Los Nocturnos-, y por supuesto para los ciento veinte taxistas que juegan el torneo. Sobre las muchachas de bares que acompañaban a algunos de los jugadores, "pero sólo unas vececitas nada más", no se reglamentó nada.

-Vea amigo, la cosa no es como la pintan. Sucede que hay un señor que siempre lleva las hijas- intentó explicar el Amigo cuando empezó la discusión por la gritería y los insultos de las mujeres. Entonces, Tatoo dijo:

-¿Las hijas de quién? Ésas que son todas gritonas, que dicen groserías...

-Sí, ésas son, amigo -contestó el Amigo con un guiño de ojo.

-Ah, ya entendí. Hay un señor que lleva las hijas, muy gritonas ellas, pero también pasa que... Vea un ejemplo: por decir yo tengo un contrato para recoger unas peladas a eso de las dos de la mañana. Ellas trabajan de meseras en bares del Centro y un día yo les digo: tal día no puedo venir porque tengo partido. Y ellas me dicen que no importa, que vaya por ellas y las lleve al partido.

-Pues... hay que entender también que uno tiene señora y si ellas saben eso sería muy maluco. ¿Sí me entiende amigo?

La respuesta para el Amigo fue el silencio. Nadie más habló del tema ni mucho menos se escribió algo al respecto. Los demás asuntos se discutieron ampliamente. Todos los jugadores podían

opinar; eso sí, después de agitar por mucho rato las llaves del taxi con la mano levantada. Por eso cuando se acercaba el amanecer se apresuraron "a trabajar para poder hacer lo de la liquidación y entregar el carro", como lo explicó el Niño cuando estiró los brazos y abrió la boca por un bostezo. Ese fue el único gesto de cansancio que hubo durante las tres horas de reunión.

Ni el Amigo ni Tatoo, ni Chepe, una hora después de terminada la reunión, se quejaron por la hora, por el frío o por la plata. "Nosotros estamos acostumbrados. Claro que esto a 'palo seco' es muy duro", dijo Tatoo antes de reírse y revisar la última regla que escribió: "se cobrará multa a los compañeros que digan groserías, lleguen pitando o gritando a la cancha, y se cambien en la acera de la señora que se queja".

"Soltá esa tula"

Tatoo es hinchita del Medellín. Por eso su equipo de fútbol se llama Independiente, pero el uniforme confunde a los espectadores. Pantalóneta azul, camisa blanca y estampada de Pepsi, como lo usa Boca Juniors de Argentina. Claro que cuando en la tribuna alguien grita "soltá esa tula" a nadie le cabe duda de que Tatoo salió a la cancha y es Independiente el que va a jugar.

No hay manera de esconder la tula. Es grande, redonda y se acomoda tras las letras azules de Pepsi. Como hace veinticinco años que Tatoo es taxista, la tula ha crecido tanto que no logra achiquitarse por muchos partidos de fútbol que juegue o por muchas canciones de porro que baile. "A eso se le suma que yo ya estoy muy viejito", dice el aludido, aunque eso no le preocupa.

Mientras conduce el taxi desde las dos de la tarde hasta las cuatro de la mañana Tatoo carga su tula con orgullo. Esas horas las pasa recorriendo las calles de Medellín sobre las ruedas, el motor y la carrocería que ya son suyas. "El carrito es propio -dice- gracias a Dios". Tatoo también se refiere a Dios cuando habla de su separación, de lo bueno que es vivir solo, y de los videos que tiene de los primeros torneos de microfútbol.

-Ahí se ve cuando salíamos casi cien taxis en desfile desde El Estadio, a las dos de la mañana, por todo Medellín pitando el día de la inauguración del torneo. Eso era un escándalo horrible, nos íbamos por Colombia, la Avenida Oriental, y hasta nos metíamos en contravía hasta que llegábamos otra vez al Estadio -cuenta Tatoo mientras conduce su taxi antes de llegar a la cancha de La López, en Manrique. Pasa por la avenida La Playa y en la esquina de la Oriental el reloj dice que son las 11:20 de la noche.

En la maleta del carro hay unos guayos, una pantaloneta azul, una camisa blanca, unas medias largas, y una pomada vacol. La tula, es inevitable,

la lleva con él. "Hoy jugamos contra Los Nocturnos, el equipo de Chepe. Son buenos, empezaron mal pero han subido bastante en la tabla".

Por acumulación de tarjetas amarillas el equipo de Tatoo perdió el primer lugar. Pipe, el que anota tres goles cada partido, está suspendido. Sin embargo, Ramiro puede jugar. Orejas le dicen. Es calvo por artificio de la máquina. Otros lo llaman "Orejandro". Con él se encuentra Tatoo en la calle Perú con la Avenida Oriental.

Tatoo detiene el carro en el costado izquierdo y pita. Es un saludo y un llamado para la muchacha abrigada que está sentada al lado de las jarras y el cajón de madera. "Un tinto, por favor", dice el taxista y coge el radioteléfono.

-Ramiro, ¿dónde está, papá? Véngase pa los tintos que aquí lo espero pa que arranquemos al 570.

-Hermano, tengo que montar llanta y estoy cortico.

-No importa, esto es de carácter "U". Caiga que yo sé donde le hacen esa vuelta rápido.

En el taxi la noche no es fría. No hay agua en el piso ni en el cielo, y el tinto permanece caliente. El humo se alborota cuando Tatoo sopla en la boca del vaso plástico, mientras un carro parquea tras su Chevrolet. 'Orejas' se baja, deja la puerta abierta y se acerca.

-Hola papacito, ¿me querías ver?

-Nada, hombre, vuélvase serio que qué pensara la gente. Pídase un tinto que yo invito.

Orejas' se aleja de la ventanilla del Chevrolet mientras se toma el tinto. Habla fuerte, casi gritando desde la acera. Quiere que Tatoo le explique dónde está el montallantas.

-No se preocupe que vamos juntos en un momentito- le dice.

-Entonces apuremos que nos coge la noche- contesta Ramiro, sorbiendo el tinto.

Tatoo arranca y también lo hace Orejas. Cuando éste se adelanta en la carrera Bolívar Tatoo dice: "Es que está manejando un carrazo ese hombre". Mientras tanto mira los accesorios dentro de su carro, al tiempo que observa los espejos y gira la cabrilla con las manos pequeñas y gruesas. Hay estampas del "Divino "Niño", rosarios, crucifijos, una libreta de notas y un lapicero. Dentro de una virgen de plástico hay un bombillo rojo que se apaga cuando Tatoo llega a su destino. Orejas espera que Tatoo le indique con quién hablar y comenta la situación. "Cambio de llanta y calibrada. Pero tiene que ser rápido parcerito porque estamos de afán".

A diferencia de muchos taxistas Orejas no tiene tula. Es flaco, de rodillas separadas y risa constante. Los ojos son grandes y la piel lisa. Es casado y a veces lo niega. No le importa, por ejemplo,

desvestirse en la calle. Por eso mientras la llanta delantera derecha es cambiada él abre la maleta del carro y saca unos tenis blancos. Durante los partidos la gente le grita: "compra guayos a ver si aprendés a jugar". Pero como él no tiene puente en lo pies esos tenis de *Croydon* son los únicos que no le incomodan a la hora de jugar.

Muy rápido Ramiro se saca el bluyín, el buzo y la camiseta, y los reemplaza por la pantaloneta azul y la casaca blanca de Pepsi. Se sienta en el asfalto para ponerse "los blancos" y amarrarse los cordones muy apretados. Es que a veces da una patada al balón y los zapatos salen volando.

-Tatoo, cambiate de una vez que estamos cogidos.

-No, papá, arranquemos mejor que arriba me visto.

Los dos miran el reloj constantemente y cuando pueden arrancar sus carros restan quince minutos para la una de la mañana. Según el reglamento que hace unos días se acordó en el Club Doña Clarita, se puede esperar entre diez y quince minutos a los jugadores después de la una para iniciar el partido. Si el equipo no llega o no está completo pierde por W.

Alrededor de la Unidad de Emergencias de La Piloto, en Manrique, hay decenas de taxis parqueados y llegan más, entre esos los de Tatoo y Orejas. Ellos estacionan sobre la acera del quiosco de Postobón que está abierto toda la noche aunque no todo el día. A un costado hay una reja y la entrada a la cancha. Después del pedrero y la cancha de micro están Los Nocturnos saltando, estirando, trotando. Con ellos varias tulas se agitan. La del Amigo le acompaña a cobrar el arbitraje y las tarjetas rojas y amarillas de partidos pasados. La de Pipe está en la tribuna esperando recibir un pandequeso con café que el hombre se lleva a la boca. Y la de Tatoo se está cubriendo con las letras de Pepsi esperando para hacer su entrada a la cancha.

Los Nocturnos confían en que van a ganar. Orejas llega apurado y empieza a calentar. En la cancha ya están Niño, el portero; Caremuerto, uno de los delanteros; Martín, el lateral derecho; y otros seis jugadores de Independiente. A la una y diez de la mañana el árbitro llama a los jugadores. Antes de que se escuche el pitazo alguien del público grita: "¡Tatoo, soltá esa tula!" Independiente está completo, aunque eso no le basta para ganar.

Antes de empezar, el portero había dado las instrucciones de juego que no se siguieron. Eso, la suspensión de Pipe y el agotamiento de los jugadores, llevaría a Independiente a ser

eliminado del torneo de taxistas. "Otra cosita -dijo el Niño-. Juan: usted que juega en el medio, hermano, transporte el balón y abra el campo. Orejas: cobre usted los tiros libres y nadie vaya a pelear por eso. No se desesperen". Y así, más emocional que técnico, fue el discurso como el partido.

El tiro libre a favor de Independiente, el que le daba oportunidad de empatar a tres goles, no lo cobró Orejas. El balón salió por el aire, sin ningún efecto, sin dirección al arco. "Se lo comió", anunciaban en la tribuna cuando el jugador apenas pateaba.

-Por la derecha y la izquierda van Ramón y Tatoo- había dicho Niño, pero en el segundo tiempo ya no había laterales. Los dos jugadores se quedaban atrás, jadeando y alentando a los delanteros a gritos; eso sí, sin tratar de intervenir con la propia defensa. Entonces, como dijo Jaime, el técnico contratado para esa noche, "solos, solos, los dejan pasar solos". Y así llegó el cuarto gol para Los Nocturnos. El tercero había sido de tiro libre, uno bien cobrado, ante el que la defensa ni siquiera se levantó. El portero se lanzó con fuerza y decisión, pero al lado equivocado. El balón se metió por el costado izquierdo y el júbilo fue completo cuando llegó el 4-2.

Cerca de las cuatro de la mañana un pitazo anuncia el final. Pipe está triste. Sabe que sin él, el equipo no funciona igual. Tatoo también está aburrido. Reconoce que la tula con la que empujó a muchos de Los Nocturnos para ganar el balón, aunque la lleve con orgullo, es una dificultad a la hora de pasar de taxista a jugador de fútbol. "Esta barriga son veinte años de trabajo. Es que uno tan viejito -dice- ya no está para esto". Mientras habla, Tatoo se va en búsqueda de la pomada *Vacol*, mirando la arena del terreno de juego.

En 2006, mientras en Alemania se disputa el mundial de fútbol, Álvaro Urrea pisa la cancha La López en Manrique. "Todavía me gritan que suelte la tula, pero ya sólo juego con viejitos como yo", dice. Ahora los torneos son dos: uno libre y uno para veteranos. En el primero Tatoo es técnico del equipo Caravana, donde juegan "muchachos grandes, feos, bonitos, pero todos muy correlones", según dice. En el Caravana está Pipe, quien también participa con los veteranos por pesar más de 90 kilos. Los Amigos Calvos es el equipo de los ex Independiente.

Además de los porros, los carros y el fútbol, hay algo que alienta a Tatoo y a los demás taxistas a jugar noche a noche: al finalizar el año un marrano de 400 mil pesos parará a las tulas de los campeones. ■

¿Qué clase de hincha eres?

Aproximaciones a las tipologías de hincha y barra de fútbol

Jorge Alberto Chica Vasco*

Resumen

La rebeldía, la pasión y la necesidad de expresarse son factores que suelen reunirse en el hincha. Aquí se presenta, desde una lectura sociológica, la tipificación de los subgrupos de seguidores del fútbol y de los equipos, que van desde el hincha ocasional, que busca disfrutar del espectáculo futbolístico como un elemento más de su vida, hasta el hincha barrista, que encuentra, más que en el fútbol en la propia barra, un estilo de vida, su razón de vivir.

Palabras clave: hincha, barra, aficionado, barrista, equipo, fútbol, estadio.

Abstract

Rebelliousness, passion and the need to communicate are characteristics commonly observed in football fanatics. In this article a sociologic perspective as well as a classification of fan subgroups are discussed, analysing the behaviors not only of occasional fans, who seek for the enjoyment of the performance as a nontranscendental act, but also those of passionate fanatics, who find in their fan clubs a life style far beyond football, even to the point of becoming the motivation of their lives.

Key words: fan clubs, spectators, fanatic, team, football, stadium.

Hinchas y barras son parte esencial del espectáculo. Por eso es importante presentar una serie de tipologías concernientes a los grupos que se forman alrededor del fútbol. Estas tipologías se elaboraron a la luz del trabajo de campo realizado a lo largo de más de seis meses de seguimiento a la actividad de tales agrupaciones, consideradas como uno de los fenómenos socioculturales más grandes de los últimos años que ha vivido Medellín, como lo son las barras de hinchas, según palabras de uno de los líderes de Los del Sur, en declaraciones al periódico *El Colombiano* de la ciudad de Medellín.¹

¿Qué es un hincha?

Definición: Un hincha es la unidad mínima de análisis de una barra de seguidores al fútbol. Podría definirse como un espectador activo o pasivo de un equipo de fútbol, que posee un

gran sentido de pertenencia hacia el equipo y todo lo que éste implique: colores, filosofía, cuerpo técnico, nómina de jugadores, políticas del club. Pero también puede disentir en algunos aspectos, lo que le importa es que el equipo le brinde satisfacción y alegría personal, la que se revierte en el medio en el cual se desarrolla cotidianamente. Surge en cualquier lugar y contexto donde exista un equipo de fútbol, sin importar que represente vereda, barrio, ciudad, departamento o país. Sus acciones están orientadas a partir del sentimiento de amor que profesa, lo que lo obliga, según su intensidad, a asistir a los estadios, manifestar sus sentimientos, confrontar al otro en su particularidad, o a seguir el desempeño del equipo por otros medios –por ejemplo radio, televisión y prensa–, sin que necesariamente tenga que acudir a los estadios, esto depende del tipo de hincha del que se hable. Su discurso versa en torno a los

* Este texto es adaptación de una parte del capítulo cuarto de la tesis de grado en Sociología "Entre barras. Socialidad en verde y rojo" (2004), de Jorge Alberto Chica Vasco.

resultados del equipo, a conocer en qué posición va el rival más cercano, quién está lesionado y no podrá jugar la próxima fecha, en fin, asuntos pequeños que tienen gran valor para esa persona que vibra con un deporte que permite la integración de todos los sectores sociales. El hincha común no responde a un patrón determinado para filiarse a un equipo. En medio del caldero emocional que genera el fútbol, surge otra clase de hincha, el ocasional.

Hincha ocasional: es un hincha de doble vía, como puede que esté al lado de un equipo por un largo período, sin importar su campaña, así mismo puede no estar, dada su marcada irregularidad afectiva, pues el equipo no es su razón de ser, su verdadero gusto es el buen fútbol, el buen espectáculo, y la sana diversión, el fútbol solo hace parte de su vida, como un elemento más. También podrá contextualizarse en dos perspectivas; la primera que tiene que ver con la asistencia con determinada irregularidad a los estadios; y la segunda, con la relativa baja afectividad que sigue a su equipo, por lo que pasa por alto muchos detalles y comportamientos del mismo.

La asistencia al estadio por parte de un *hincha ocasional* es difícil de determinar con seguridad, ya que éste generalmente lo hace en partidos en los que su equipo enfrenta rivales de buen desempeño o de gran trayectoria histórica; su asistencia también está supeditada a su situación económica e inclusive a su estado de ánimo. Otra característica del *hincha ocasional* es la posibilidad que tiene de convertirse en un *visitante efímero* de los escenarios donde se debaten aquellos asuntos deportivos como el estadio; al mismo tiempo asiste a éste atraído por el ambiente general que se vive allí, por un partido especial, por influencia de su grupo de amigos o simplemente por curiosidad; su paso por dicho sitio es transitorio, de ahí el carácter de efímero, pues no es su interés principal.

Aunque resulta lógica la relación entre baja afectividad con la irregularidad de la asistencia al estadio, hay hinchas ocasionales que pueden poseer altos niveles de emotividad por el equipo

o estar más al tanto de éste, sin que necesariamente esto implique un compromiso definido con el sentimiento que siente por su equipo o que asista de manera constante al estadio.

No existe una relación directa entre frecuencia de asistencia al estadio y amor por el equipo; esta posible regla no se cumple dado que el carácter de los hinchas evoluciona de acuerdo con situaciones particulares. *Un hincha*

ocasional asiste a un estadio movido por el simple interés de conocer cómo juega su equipo, o por el hecho de disfrutar de una actividad divertida y que le proporciona descanso tras una semana pesada de arduo trabajo; por lo general es un hincha adulto y de un característico triunfalismo: el fútbol y su equipo son buenos solo cuando gana, de lo contrario muestra un desencanto similar a la condición de triunfalista. No le interesa entrar a debatir posturas divergentes que cuestionen el desempeño de su equipo, pues hasta él se considera poco comprometido con su *hinchidad*.

Otro tipo de hincha muy característico en estos ambientes es el aficionado.

El hincha aficionado es aquel que asiste con regularidad al estadio y que, además de acompañar al equipo, disfruta del espectáculo del fútbol en sí, sigue una tradición o costumbre

que puede ser suficiente motivación para la concurrencia al estadio, efecto que genera también el desempeño del equipo.

El hincha aficionado presenta altos grados de pasión hacia el equipo del cual es seguidor y expresa una marcada aversión por el equipo contrario, siendo ésta una forma de negación que puede llegar a ser violenta en contra del rival. Las cualidades del juego del rival siempre serán objeto de burla, al igual que sus jugadores —además de otras actitudes—, ya que son percibidas desde la poca racionalidad que en el momento del encuentro con el otro tienen para juzgar y actuar con objetividad. Además en palabras de Mafud tienen la simpleza para mirar al mundo de una manera polarizada y dividida: “estás conmigo o te conviertes en mi enemigo”,² o bien

Otra característica del *hincha ocasional* es la posibilidad que tiene de convertirse en un *visitante efímero* de los escenarios donde se debaten aquellos asuntos deportivos como el estadio; al mismo tiempo asiste a éste atraído por el ambiente general que se vive allí, por un partido especial, por influencia de su grupo de amigos o simplemente por curiosidad; su paso por dicho sitio es transitorio, de ahí el carácter de efímero, pues no es su interés principal.

como lo describe Harrison (1974) al referirse al síndrome del beduino: "El amigo de mi amigo es mi amigo, el amigo de mi enemigo es mi enemigo, el enemigo de mi enemigo es mi amigo, el enemigo de mi amigo es mi enemigo".³ Esto se materializa y polariza en mayor medida en el estadio, aunque hay datos de que en otros sitios también se presenta dicha situación.

El hincha aficionado no tiene una ubicación o un lugar en el estadio, es decir, no tiene tribuna específica y puede encontrarse en todas las edades y clases sociales, mostrando cómo el fútbol y la pasión se pueden vivir de una forma secular.

Es necesario apuntar ahora la mirada hacia a un tipo de hincha particular, de gran importancia por su papel en el desarrollo de todo lo que tiene que ver con la barra, ese hincha es el fanático.

El hincha fanático cumple las características del aficionado pero en un grado que sobrepasa la intensidad de las del aficionado; manifiesta una descomunal pasión por su equipo excediendo el límite de una posible compostura social, acompaña al equipo y lo defiende a muerte si es necesario, además lo considera como propio, como parte integrante de su piel. De ahí que no pocas veces se ve involucrado en grescas con hinchas del equipo contrario –e inclusive del propio equipo–, donde la humillación simbólica es el objeto fundamental del fanático; según dice Robins Hobbs (1991), "*it (the math) becomes the perfect medium for asserting neighborhood, regional or national identity*".⁴ El hincha fanático sigue todos los movimientos del equipo y pretende poseer cualquier cantidad de artículos o souvenir que lo identifiquen con su equipo.

El hincha fanático actúa, piensa y habla con pasión; retomando de nuevo a Julio Mafud, cabe decir que "el fanático hace una valoración del fútbol determinado por su *hinchidad*, provocando una escala de valores que le sirven al apasionado para elogiar o aceptar, criticar o denigrar todo lo que tenga que ver con su pasión deportiva dentro del mundo". El hombre vinculado con el fútbol en mayor o menor intensidad en cuanto se fanatiza, comienza a vivir para su pasión futbolística.

Paralelamente a éstos, surge el más específico de los hinchas y uno de los que concentra mayor atención por parte del presente trabajo, ese hincha es el que se denomina hincha barrista.

El hincha barrista nació y se hizo para la barra y por el equipo. Como perteneciente a una barra asiste al estadio tal como si fuese

al cumplimiento de una ceremonia sagrada ineludible, en la que, en cada partido, se reitera el amor irrestricto hacia el equipo y la barra. El partido que disputa su escuadra –jornada tras jornada del torneo– se prepara con varios días de anticipación; debido a que no todos son iguales y no todos significan lo mismo, un clásico local o regional reviste más dedicación y mayor importancia desde lo material y lo simbólico, puesto que el partido no se juega sólo en la cancha del estadio, sino también en las afueras, en los momentos previos, en las tribunas y al finalizar el encuentro. Aquí cada barrista porta una indumentaria apropiada para la fiesta que vive junto con sus pares; usar pantalones cortos, el no llevar medias, el mostrar el torso desnudo, el pintarse el cabello, el portar las diferentes insignias de la barra, el tatuarse, el exhibir el ombligo, en el caso de las mujeres, entre otras, convierten al barrista en un actor fundamental en el *frame* que se teje alrededor de la contienda deportiva creada por el fútbol, donde el barrista asumirá diferentes papeles de acuerdo al desarrollo del partido y de su interactuar con los demás barristas contagiados por la euforia que produce estar en un grupo tan denso y variado de hinchas de todo tipo, compartiendo la descarga de energía producida por un cántico, el sonido del bombo (tambor), el triunfo del equipo, la tristeza, la rabia por perder, el odio por el enemigo y el contacto con el otro gracias a un gol.

El barrista apoya a su equipo en todo momento sin importar la posición que ocupe en los torneos ni la situación económica que afronten el club o él; se reconocen como el factor principal que puede incidir en el comportamiento del equipo, es quien expresa abiertamente sus sentimientos futboleros y exige tanto al equipo como a sus compañeros barristas que den todo por sacar adelante aquello que le da razón a su vivir, sentir y hasta morir si es necesario. Lo anterior queda demostrado en el siguiente cántico entonado por los hinchas del Club Atlético Boca Juniors de Argentina, y que ha sido adaptado por los hinchas de diferentes equipos de Latinoamérica para utilizarlo como respaldo a su divisa:

"El día que me muera, yo quiero mi cajón pintado azul y oro como mi corazón"

"El día que me muera yo quiero mi cajón pintado verde y blanco como mi corazón".

"El día que yo muera, desde el cielo voy a poner mi bandera, ni la muerte nos va separar".

El hincha barrista ha sido catalogado por diferentes sectores de la sociedad, incluidos allí los medios de comunicación y el ente gubernamental, como el agitador, el que crea desorden y caos en el estadio y sus alrededores con acciones vandálicas sin medir consecuencias, y por tal motivo asiste a las barras de hinchas de fútbol, puesto que es allí donde halla libertad para dejarse llevar por sus pulsiones, exponerlas plenamente y sin ningún pudor. La barra le ofrece el anonimato que esa práctica requiere. Recasens señala que el barrista llega a convertirse en una subcultura aparte, por lo menos un grupo cultural claramente identificable por los componentes que llevan inmersos, arrastrados en igual o mayor medida por su equipo o en especial por su familia, es decir, la barra a la que pertenece.⁵

De las observaciones y la información obtenida de fuentes primarias y secundarias para la presente investigación, se estableció que en ciertos casos el barrista se convierte en un hincha fanático de su barra, dejando en un segundo plano al equipo. Del mismo modo, el barrista ya tiene identificado claramente quién es su enemigo, entre ellos están: los hinchas pertenecientes a otras barras, con las cuales ya existen problemas; la fuerza policial, pues son éstos los encargados de reprimir cualquier manifestación que atente contra el orden, además de representar la autoridad de la que quieren huir a través del fútbol, por citar un ejemplo. El barrista asume en gran medida que su vida debe estar comprometida directamente con su equipo y todo lo que esté en su entorno.

Tras conocer las diferentes facetas de un hincha en medio de su *trance pasional* por un equipo y lo que lo rodea, es menester iniciar el camino hacia la definición de una tipología o concepto matriz que oriente el trabajo de comprensión de lo que son los jóvenes, de lo que piensan y lo que hacen, contemplando al fútbol como la salida a los problemas que afrontan de vieja data en el panorama citadino de Medellín.

Así que, tras la leve estela que dejan a su paso los jóvenes de la ciudad de Medellín, al recorrer, habitar y morar aquellos sitios comunes, al igual que los no comunes para la gente que los observa, se esconde la verdadera esencia del porqué –ya no como antes– estos jóvenes recurren a una serie de prácticas diferentes a las establecidas consuetudinariamente,⁶ las cuales atentan en ocasiones contra su propia vida; a esto se le podría llamar la búsqueda incesante por ubicarse en el mundo, en ese mundo que les es ajeno, que está en construcción, y que les fue heredado con los vacíos propios del cambio de mentalidad, de creencias, normas y tradiciones, que implica el estar al inicio de la tan pretendida modernidad, sin un camino claro para la construcción del proyecto de estado nacional colombiano.

No es fortuito que los jóvenes busquen formas de agruparse para determinados fines, propósitos o ideales; ante esto se entona desde estas líneas:

Dale, dale, dale baaaaa,
dale, dale, dale, dale BARRA,
daleeeeeee, dale baaaaaaa ■

Notas

1 <http://www.elcolombiano.com/proyectos/serieselcolombiano/> Marzo 10 de 2000.

2 MAFUD, Julio. *Sociología del fútbol*. Buenos Aires: Américalle, 1967, p. 176.

3 Citado en ELÍAS, Norbert y DUNNING, Eric. *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. FCE. Madrid, 1992, 308.

4 "El partido se convierte en el medio ideal para enfatizar la identidad nacional, regional o del vecindario". Citado por ARCHETTI, Eduardo y ROMERO, Amílcar. *Death and Violence in Argentinian Soccer*, En GIULIANOTI, Richard. BONNEY, Norman. Hepworth, MIKE. *Football, violence and social identity*. Routledge. London, 1994. Pág. 37-72. P. 44.

5 RECASENS, Salvo Andrés, *Las barras bravas*. Facultad de Ciencias Sociales de Chile. Santiago de Chile. Libros electrónicos, 1999.

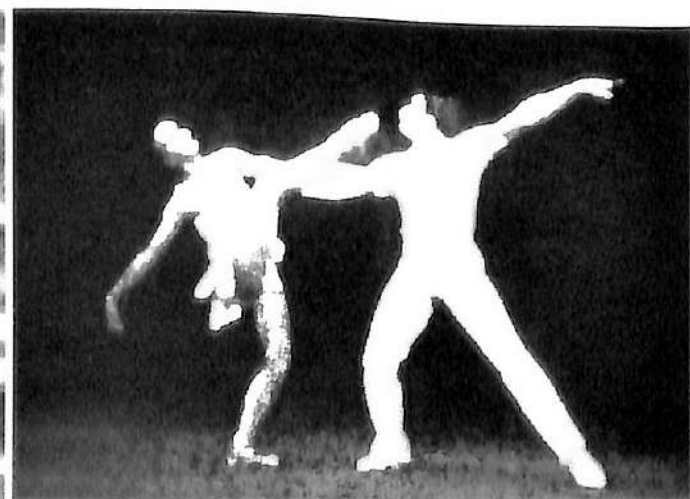
6 Las prácticas tradicionales a las cuales se hace alusión son: asistir a la iglesia, visitar parientes, dedicar el tiempo a labores domésticas, las que en la actualidad carecen de interés para los y las jóvenes.

El fútbol, danza ritual

Fotos Gabriel Buitrago

Resumen

Gabriel Buitrago con esta selección fotográfica nos recuerda que el fútbol es danza, es fiesta. Ambos constituyen un ritual que los oficiantes escriben con sus cuerpos.





A propósito de esta serie de fotografías que nos ha entregado Gabriel Buitrago, con las que él ha querido plantear la similitud entre la danza y el fútbol, podemos pensar en el ritual del que habla Juan Fernando Rivera Gómez en su texto que aparece en esta edición: el fútbol es fiesta, pero también es guerra. Una guerra peleada cuerpo a cuerpo, pero también una guerra simbólica. El grito del goleador cuando anota es un canto de victoria frente a los vencidos. El regreso de los que perdieron es un regreso silencioso, el silencio de los derrotados.

Por supuesto, el fútbol es también la danza, el baile, la fiesta. No es gratuito que la cultura brasilera, sinónimo de alegría, tenga entre sus principales productos de exportación el fútbol y la samba. ¿Qué sería de Brasil sin el Carnaval de Río? También vale preguntarnos: ¿qué sería de Brasil con una historia sin el rey Pelé? ¿Qué sería de los auriverdes –como los llaman los cronistas del fútbol– con un presente sin Ronaldo, y sobre todo sin Ronaldinho? ¿Qué sería Brasil sin un mundial del fútbol cada cuatro años?

Gabriel Buitrago con esta selección fotográfica nos recuerda que el fútbol es danza, es fiesta. Ambos constituyen un ritual que los oficiantes escriben con sus cuerpos.

El fútbol, la armonía de una geografía invisible

Nelson Rendón

Resumen

El fútbol y su vasta popularidad, hace que en Colombia jóvenes futbolistas de los municipios más distantes y pequeños del país, tengan que concentrarse en las grandes ciudades. Lo que implica para ellos, no solo dejar su poblado y su gente, sino también tomar unos hábitos diferentes y un nuevo rol, con el cumplimiento de nuevos compromisos y la tarea de poner en alto el nombre de su pueblo.

Palabras clave: fútbol, jóvenes, pueblo, jugador, lenguaje

Una geometría efímera sobre un rectángulo de gramilla, una pasión de cantos recorriendo un círculo de graderías escalonadas, el tejido de palabras en la voz de un narrador deportivo o un simple comentario que acompaña unas cervezas. El balón rueda durante noventa minutos impulsado por los guayos de veintidós jugadores; en su recorrido, traza rectas, parábolas, triángulos y rectángulos; unos son interrumpidos por jugadores de recuperación del equipo contrario y otros logran redondear el ingenio de una gambeta o los pases precisos y coordinados de dos o tres jugadores para llegar al gol. Mientras tanto, los hinchas en las tribunas entonan cantos que animan y ponen a vibrar la mole de cemento. Los audífonos traen a los oídos las narraciones y comentarios de los periodistas que están en las cabinas. En un barrio popular, frente al televisor o con el radio en un muro, un grupo de aficionados bebe unas cervezas y sigue de cerca lo que acontece en el rectángulo verde; la imagen es la comunicación directa de las jugadas que se suceden unas a otras y la voz de la radio obliga a que los aficionados construyan en la imaginación los pases que crean las jugadas; al acercarse el balón al arco contrario, la voz del locutor se acelera y sube de tono para llegar a cantar el momento culminante con la pelota que traspasa la raya de gol.

Pero tras esta cortina de emociones, una geografía de regiones distantes, que se congrega alrededor de un balón, permanece invisible; son los entornos de los futbolistas que confluyen en una ciudad como Medellín; jóvenes venidos de Cartagena, Tumaco, Andagoya o la zona bananera de Urabá. Ilusiones que se bajan de un bus para esperar una oportunidad en un equipo profesional. Por el fútbol todo queda atrás; el pueblo, la casa, los amigos, la familia, aún

la infancia es rota abruptamente porque los equipos profesionales los requieren desde temprana edad. Una ciudad distinta, nuevos amigos, casas o apartamentos extraños, el tener que acostumbrarse a una nueva gastronomía; la necesidad de cumplir con horarios de entrenamientos; el cuidarse físicamente para estar disponible en el momento que lo necesite el técnico. El fútbol transforma al niño en un adulto que debe cumplir responsabilidades claras y precisas; esto sucede porque el jugador guarda un anhelo adentro; si es de bajos recursos, trata de conseguir un ascenso rápido a la rama profesional para firmar un contrato que le permita ayudarle a su familia; en muchos casos, el jugador es la única tabla de salvación económica para padres, hermanos, tíos y abuelos.

El incorporarse a la rama profesional obliga a la construcción de una nueva vida, no solamente porque se adquiere un poder económico para comprar carro, apartamento y casarse, sino porque se produce una interacción con un público, unos medios de comunicación y un cuerpo técnico. El lenguaje propio de su región se mezcla con palabras que dan cuenta de cómo se va a jugar, de qué espera el técnico en este partido, si va a la titular o al banco. El deportista, en las entrevistas radiales y televisivas, se esfuerza para improvisar un discurso sin muchas muletillas y que esté dentro de la terminología de este deporte; por ejemplo, "achicar en los costados", "salir jugando por las puntas", "presionar en la mitad de la cancha". El futbolista, que era una incógnita en una playa de Turbo, pasa a ser una figura pública; en la calle le piden autógrafos, aparece en los noticieros, se le ve correr en la cancha, es la foto en la portada de una revista, debe conceder entrevistas a la prensa, etc. Durante los entrenamientos, le corresponde escu-

char los planteamientos técnicos de su director y las recomendaciones para vivir bien y saber manejar el dinero. El cambio físico de desplazarse de una ciudad a otra, implica, de esta manera, la adquisición de una nueva conducta, de una responsabilidad frente a su familia y unos aficionados que hoy lo van a aplaudir y mañana lo silbarán en las rachas malas.

Lo que antes era darle patadas a un balón y marcar goles en una portería de piedras o guaduas, en una cancha de arena, ahora se cambia por los entrenamientos necesarios para la fundamentación, la táctica y la estrategia, en una gramilla debidamente recortada; el futbolista inicia un aprendizaje sistemático. La interacción con compañeros de diferentes regiones del país y el extranjero lo llevan a emplearse al máximo en una comunicación que lo distancia de sus expresiones aprendidas dentro del entorno dejado atrás. El fútbol es un deporte que absorbe la vida; apenas un día de descanso para estar con la familia; de resto, entrenamientos, concentraciones, viajes y partidos. Son pocos los jugadores que logran cursar una carrera universitaria; por lo regular, debe hacerlo después de los 34 o 40 años cuando su vida útil para el deporte termina.

Una mezcla de fuerza física y psicológica es fundamentada para que este hombre salte al terreno de juego cada domingo o los miércoles; si tiene un dolor es rápidamente controlado; aun si en su hogar hay una calamidad ésta queda en segundo plano porque lo único importante es el partido del campeonato; en el terreno de juego sólo existe él con una aptitud y actitud para encarar un partido. El deporte desaparece para constituirse en un oficio; la libertad de jugar días enteros en una playa o de improvisar un partido porque llegaron unos amigos, da paso a los calendarios que deberá cumplir a lo largo del año ya que su contrato con el club así se lo exige.

Entonces en Andagoya, un pueblo del Chocó, la gente se congrega frente a la televisión para ver actuar a un integrante de su comunidad; el futbolista se convierte en el centro de atracción, en la posibilidad de salir del anonimato, en la adquisición de una nueva identidad, de ser ante el mundo aquel lugar de nacimiento y un punto en la geografía para el reportero de la televisión. La comunión de ancianos, mujeres, jóvenes y niños, que levantan los brazos y gritan emocionados el gol marcado por el hijo de su tierra, constituye el rompimiento de una rutina de pescadores donde todos se conocen y algún parentesco ostentan con el ídolo que se ve en la pantalla. Los medios de comunicación viajan a sus poblados para registrar las impresiones sobre el partido; aparecen mujeres de raza negra, hombres trabajados por la mar y una cantidad impresionante de niños que anhelan seguir los pasos de su hermano o amigo mayor. Nombres como César Valoyes,¹ Juan Pablo Pino,² Camilo Zúñiga,³ Héctor Hurtado,⁴ Fredy "Totono" Grisales,⁵ remiten a diferentes puntos de la geografía colombiana, a jugadores que son el orgullo de pueblos que pertenecen a un país fragmentado en regiones lejanas.

La armonía de esta geografía invisible, de estos territorios olvidados, o ignorados, emana de una figura humana que es entrenada para desempeñarse en un oficio que va más allá de la retribución económica, pues el fútbol es un espectáculo y el futbolista, más que un obrero, es un artista que construye colectivamente un hacer geométrico, de figuras y parábolas, y chutes rasantes cuyo único objetivo son las dos porterías situadas en ambos extremos de la cancha. Dicha armonía trasciende el escenario deportivo, se eleva por encima de las graderías y vuela en señales satelitales, ondas de radio y prensa escrita para llegar a los lugares más apartados. El fútbol existe en el rectángulo verde, en la narración de un comentarista deportivo, en la virtualidad de la tecnología y en el recuerdo de jugadores e hinchas.

El fútbol es la pasión de un niño de raza negra que corre en una playa tras un balón y en su mente sueña con ser un jugador profesional. El recorrido de la vida, desde la niñez hasta los 34 o 40 años, lleva al futbolista a abandonar los estudios y la casa paterna para transformarse en un nómada, cada domingo, por los estadios de un país, un continente o el mundo entero, como Amaranto Perea⁶ e Iván Ramiro Córdoba.⁷ La nostalgia de una región que se aleja en busca de un triunfo o una posición económica se advierte en las entrevistas a Amaranto Perea. Los anhelos del futbolista traspasan las fronteras de su país y llegan hasta su máxima satisfacción, jugar en un mundial de fútbol.

El rectángulo de gramilla es la metáfora, el mapa donde confluyen regiones dispersas de una geografía humana; los jugadores que saltan a la cancha traen consigo el pasado y el presente de sus pueblos. Los pases en la cancha son trazos que unen puntos geográficos para entonar una armonía de cantos. El fútbol brinda la posibilidad de ser un profesional sin pasar por una universidad, aún sin cursar la secundaria. En un país como Colombia, con grandes carencias económicas, sociales y educativas, el fútbol abre una brecha, es la oportunidad para gozar de un bienestar económico y un nombre. Si al final de esta profesión, fuera de los recortes de periódicos, vídeos y fotografías, el futbolista ha logrado adquirir una nueva concepción del mundo, una sensibilidad para ver y sentir la vida, entonces podría decirse que el fútbol es la construcción de una forma de vida más allá de los triunfos y las derrotas. ■

Notas

1 César Valoyes, del Deportivo Independiente Medellín, procedente del Departamento del Chocó.

2 Juan Pablo Pino, del Deportivo Independiente Medellín, procedente de Cartagena.

3 Camilo Zúñiga, del Atlético Nacional, procedente de la región de Urabá.

4 Héctor Hurtado, del Atlético Nacional, procedente del Valle del Cauca.

5 Fredy "Totono" Grisales, del Deportivo Independiente Medellín, procedente del Municipio de Bello.

6 Amaranto Perea, de la región de Urabá, milita en el Atlético de Madrid.

7 Iván Ramiro Córdoba, del municipio de Rionegro, milita en el Inter de Milán.

Cuando el Barça *guanya*

Manuel Silva Rodríguez

Resumen

Una mirada "desde afuera" al espectáculo que se vive en Barcelona con las hazañas futbolísticas del equipo de Ronaldinho, Eto'o y Messi, quienes figuran entre las principales estrellas del campeón español. Con el asombro de un recién llegado a Barcelona, el autor plantea temas como el vandalismo de algunos hinchas, la función que cumple como instrumento político ese equipo catalán, el fenómeno económico y comercial en torno al espectáculo futbolístico, y la rivalidad con el otro equipo de la primera página en el fútbol español: el Real Madrid.

Palabras clave: fútbol, mapa, *culé*, victoria, liga, nacionalismo, título.

Algunos que dicen saber de fútbol me aseguran que en la actualidad el Barça es el mejor equipo del mundo. Yo, que nada entiendo de asuntos de táctica y estrategia, no me atrevo a negar o a suscribir tal afirmación. Pero, en cambio, sí me arriesgo a decir que quienes están adentro y alrededor del llamado *conjunt blaugrana* saben muy bien lo que hacen. O por lo menos lo que quieren. ¿Y qué quieren? Ganar, obviamente, adentro y afuera de la cancha.

Según entiendo, el meollo del fútbol consiste en que se debe empujar un balón con todo (excepto con las manos, salvo si se es Maradona) para meterlo en un arco. O en evitar que el balón entre, que es lo mismo pero al revés. Sin embargo, cuando se vive en Barcelona la sensación es otra. Es como si los pies (o la cabeza, o el pecho) empujaran otras cosas junto con la pelota.

Que quede claro, no pretendo hablar de marketing y esas cosas. No voy a reincidir en la necedad de referirme a la venta de camisetas (una *samarreta* en la *botiga* del Barça cuesta cerca de 80 euros), ni al negocio de los inútiles *souvenirs* (las famosas Ramblas también son un enorme escaparate donde te venden desde una toalla con la efigie de Ronaldinho (!) hasta un cortaúñas autografiado), menos aún al rebusque de la reventa de entradas al estadio (para la final de la Champions las boletas alcanzaron hasta los 3.000 euros) y todavía menos a la venta de derechos de televisión (¿cuánto recibe el Barça por ello?).

Pues nada de eso. En catalán, que es la lengua que hablan los catalanes entre sí, ganar se escribe *guanyar* y se pronuncia *gñañar*. Y para *guanyar* está armado el Barça. Y si bien de esto no me hablan quienes aseguran saber de fútbol, sospecho que cuando la banda de Rijkard juega se trata de un poco más que de sumar tres puntos en un partido para conquistar un título. Es que cuando el Barcelona *guanya* percibo en muchos de sus hinchas un tufillo de revancha que va más allá de asuntos del balón; no sé por qué pero en la ciudad

se crea un ambiente como si el mundo volviera a empezar, como si la historia se escribiera de nuevo.

Ante tanto timbal y tanto tambor tras una victoria, de pronto empecé a pensar que es como si las piruetas de Ronaldinho hincharan de confianza en sí mismos a quienes han convertido una camiseta en un símbolo de identidad, casi en una cuestión política. Yo, que en mi vergonzosa ignorancia asociaba a España nada más que con unos cuantos libros y unas cuantas películas, de repente comencé a creer que es como si una comunidad que mucho perdió durante un pasado de guerra hoy triunfara con cada gol del africano Eto'o.

Y por lo mismo, aunque sepan tanto de la Guerra civil española como yo, los ocho o diez futbolistas latinoamericanos, los otros tantos europeos y los tres catalanes titulares (en el Barça sólo hay un jugador de otra zona de España, y fue formado en las inferiores del club), como en una procesión de Viernes Santo, le ofrendan a las instituciones políticas catalanas cada trofeo conseguido (es como si Nacional o Medellín le ofrendaran sus escasos títulos a la Alcaldía de Medellín o a la Gobernación de Antioquia).

Quizás, se me ocurre, por ese mismo estado mental, cuando el Barcelona sale a la cancha cantidades de jóvenes y adultos, de mujeres y hombres, incluso hasta de inmigrantes, se ponen de pie y emocionados cantan *L'Himne del Barça*:

*Tot el camp
és un clam
som la gent blaugrana
tant se val d'on venim
si del sud o del nord
ara estem d'acord
estem d'acord
una bandera ens agermana*

Y se canta en catalán porque de eso se trata: de que el equipo de los catalanes afirme con goles que todo el campo es un clamor, que allí está la gente azulgrana, que adonde vayan o de donde vengán importa poco

ya que todos están de acuerdo en una bandera. Aunque ni me lo sugieran los entendidos en las artes del balompié, se me antoja que hay en juego algo más que goles cuando en los actos previos a un partido en lugar del escudo de un equipo he visto sobre la cancha un enorme mapa de los llamados (y quizás inexistentes) *països catalanes*.

Yo, desinformado como vivo, les pregunto a algunos amigos de la comunidad valenciana y de las Illes Balears (las otras regiones comprendidas en ese mapa imaginario, donde se hablan ciertas variantes de catalán), por qué el Mallorca, el Valencia o el Levante no enarbolan alguna vez un mapa parecido, y por toda respuesta ellos esbozan una sonrisa. No hacen lo mismo los políticos de esos lugares, que al presenciar esas demostraciones de orgullo lingüístico al día siguiente aparecen en la tele, y hablando en castellano ponen a un lado el deporte y al otro los ímpetus del nacionalismo catalán que se agazapa detrás del Barça.

Aunque nada consiguen, porque desde que el partido acaba en España poco importa de qué son instrumento las gambetas del argentino Messi, pues lo que interesa es cuántos puntos separan al Barça y al Madrid. Porque si lo importante es guanyar, lo más importante es derrotar al Real Madrid, el único que cuando anda bien (cosa que hace rato no sucede) le puede hacer la vida difícil a las figuras de Barcelona. Es que si somos claros en España sólo hay un equipo, si acaso dos, que pueden significar un peligro para los intereses del encopetado clan de la capital catalana. Es tan desigual la lucha, que cuando empieza la temporada, aparte del Madrid y el Barça ningún otro club cuenta para obtener el título.

Y tales pronósticos no son sólo asunto de los que hablan y escriben sobre fútbol en los medios (allá también sobresalen por su ingenio y sagacidad), sino también de los técnicos y jugadores de los demás equipos. Como quien dice, allí se juegan dos ligas: una entre Madrid y Barcelona (últimamente se les ha colado el Valencia), y otra entre el resto, cuya meta es no descender. Por esa enorme diferencia, casi siempre (como en la última temporada que el Barça era campeón un mes antes de terminar el torneo) resulta más emocionante la parte baja de la clasificación que la de arriba.

Bueno, o al menos así me lo parece a mí. No a los fieles del Barça, ya que hasta donde he visto en Barcelona ser *culé* es como un sello de fábrica, como una devoción, pues cuando el Barça guanya el sujeto se anula y tú, él y ellos deponen su autonomía y se convierten en otros. Dicho con nombre propio, el personaje deja de ser, por ejemplo, Joan Manuel Serrat, el que canta los versos de Hernández y Machado, para convertirse en *culé*.

¿Que de dónde viene la palabra *culé*? Pues del culo. Según mis fuentes, cuando en el lugar del fastuoso Camp Nou existía el modesto estadio de Les Corts, los hinchas de un conjunto nada mediático acomodaban el trasero sobre gradas de madera, y quienes se quedaban abajo les miraban la nalga.

En cualquier caso, aunque los aficionados no exhiban hoy las posaderas en las tribunas, en la que

llaman Ciudad condal o eres *culé* o no eres nada. Puedes ser hincha del Espanyol, el otro equipo de la plaza (afuera los conocen como los *pericos*), pero eso no vale. O peor que ser perico, puedes ser fiel del Madrid, en cuyo caso lo peor es ser del Barça. Y así se la pasan. Se aman tanto entre culés y madridistas que una amiga que quiere tanto al Barça como a su perro (y eso en España ya es demasiado) me ha confesado que éste ha sido el mejor año de su vida, imposible pedir más: el Barcelona quedó campeón de la liga local y de la Champions, y el Madrid no ganó nada y siempre jugó horrible.

Entonces, si bien no queda claro qué obtiene uno si el Barça guanya algún título, si por esas cosas de la vida uno anda por Las Ramblas la noche de una final conviene sopesar si se le despeja el espacio a los enfibrecidos culés o si se mimetiza entre ellos. Sí, porque cuando el equipo queda *campion, tot el clam culé* se reúne en Canaletes, que es una fuente ubicada al comienzo de ese famoso bulevar barcelonés, donde varios cientos de miles se encuentran para saltar, gritar, quemar bengalas y, cómo no, recordarle al Madrid lo grande que es el Barça.

Y digo que conviene pensarlo ya que, por más pacíficos que sean los socios culés que casi siempre llenan el estadio (casi todos viven el fútbol sentados como en la ópera, apenas sí insultan a los jugadores del Madrid, sobre todo a aquellos de la calaña traidora de Figo o Ronaldo, que alguna vez vistieron la samarreta blaugrana), a Canaletes concurre una especie urbana a la cual le niegan en la ciudad el estatuto de aficionados del Barça. Éstos se alegran tanto con los triunfos, que en el trance de la euforia derriban semáforos, prenden fuego a lo que salga al paso (sobre todo a las cabinas de la multinacional *Telefónica*), arremeten contra los vehículos (ni las pobres bicicletas se salvan) y saquean tiendas de ropa (en especial de marca). De modo, pues, que si por malaventura una de esas noches uno anda por allí, puede tener la suerte de ir gritando ¡visca Barça! y resultar envuelto en una persecución de película, cañoneado con pelotas de goma o sometido en el piso por dos o tres *Mossos d'Esquadra* (algo así como la policía catalana), de cuya delicadeza dudo aún en instantes de calma.

Tanta alegría gracias al equipo que preside el catalán Joan Laporta (un ejecutivo de esos de apariencia impoluta, tan políticamente correcto que resulta sospechoso), no sólo tiene hartos a los hinchas del Madrid. Quién lo creyera, culés de rancia alcurnia (y hasta el Ayuntamiento de Barcelona) no saben qué hacer cuando guanya el Barça, pues los títulos de la Liga y la Champions obtenidos en menos de un mes les dejaron pérdidas a los comerciantes y a la ciudad por más de medio millón de euros.

Pero cuando el Barça guanya no todos pierden. Por ejemplo, recuerdo (cómo olvidarlo) que las cámaras de la tele grabaron cuando el imberbe Messi en el éxtasis de la victoria ante el Arsenal le decía (¿bromeando?) a Joan Laporta que por ganar (así, en castellano) los jugadores ya no querían más relojes de oro como regalo. Al recordarlo, me digo que quizás los que saben de fútbol tienen razón. ■

La pasión del fútbol es... la narración

Andrés Vergara Aguirre

Resumen:

Aunque para los hinchas asistir al estadio es parte imprescindible del ritual, aquí se reivindica al teleaficionado, es decir, el que prefiere disfrutar del fútbol a través de la televisión; además, se plantea una reflexión sobre la transmisión del partido como una forma de relato ficticio, que se puede disfrutar tanto o más de lo que disfruta del juego aquel fanático que asiste al estadio.

Palabras clave: aficionado, fútbol, televisión, narración, pasión.

Ahí me perdonan los expertos en fútbol, éstos que reniegan de las decisiones de los estrategas, y que en cada partido se convierten en técnicos y pontifican de lo lindo; tal vez nunca en su vida jugaron un partido en una cancha de verdad, o hasta puede que sí, pero entonces se les olvidó lo enorme que es ese terreno para comérselo durante noventa y tantos minutos... en todo caso, señores sabelotodo, yo quiero hablar en nombre de los ignorantes en el tema, nosotros, a los que ustedes miran por encima del hombro cuando hacemos preguntas que les resultan tontas, nosotros a los que ustedes, fanáticos furibundos, desprecian cuando a la pregunta de rigor respondemos que “me gusta el fútbol” y que “le tengo cariño a los equipos criollos”, y que “me gusta ver al Barcelona o al Madrid, por Ronaldo o por Ronaldinho...”. Pero lo que se dice hincha, hincha, ¡pues no!

Sí, es verdad que en 1989 le hice fuerza al Nacional cuando el hoy menospreciado Higuaita logró la proeza de atajarles el sueño a los cobradores del Olimpia para entregarle a Colombia la primera Copa Libertadores; pero eso no me convierte en hincha. Me encariñé con ese equipo durante un tiempito, sin embargo no tanto como para no darme cuenta cuando se fue desbarajustando hasta convertirse en un equipo mediocre. Entonces tampoco sabía mucho del contexto de los equipos; fue después, incluso mucho después de que un jugador del América abriera su bocota para dedicarle un gol a un capo de la mafia, que me hablaron de la guerra de los carteles de las drogas representada en la cancha cuando se enfrentaban los puros criollos y los diablos rojos... Medellín y Cali, América

y el Nacional, ¿me entiende? Pero estamos en otro cuento.

Desde mis primeros pinitos como teleaficionado del fútbol, comencé a sentir esa repulsa por ustedes, los sabelotodo en esto de lo futbolístico. Recuerdo que aquella tarde, los otros, todos, estaban lelos frente al televisor, y como no tenía nada más qué hacer, me arrimé ahí de metido, a tratar de ver aquello en lo que todavía era analfabeta; transmitían un partido de la selección nacional contra no sé qué otro equipo, tal vez por la Copa América. El asunto es que cuando vi el uniforme de uno de los equipos pregunté con todo mi candor: ¿el de amarillo es Colombia? Se burlaron, qué estupidez. Claro, para ellos era una pregunta muy tonta, pero para mí era toda una revelación. Hinchas tenían que ser. Desde entonces, me quedó cierta desconfianza por esos que son capaces de pelear, de insultar y hasta de matar por la pasión de una camiseta, por un trapo.

¿Por qué dije teleaficionado? Pues porque soy un aficionado de los partidos por televisión, y sostengo que la pasión del fútbol es la narración. Nunca he pagado por una boleta para entrar a un estadio, y tal vez nunca lo haga. No por el dinero, sino porque me da pereza irme a aguantar sol o lluvia y multitud y todas esas pendejadas para rendirle culto a un equipo. Ellos están a mi servicio y puedo disfrutar su juego, pero no voy a esclavizarme de esa pasión. Por otro lado, si bien los goles son importantes, aprendí a querer el fútbol por las transmisiones, y una vez que me tocó ver un partido del Nacional en el Atanasio, en preferencia y por pura casualidad, sentí una

gran decepción porque de los tres goles que el verde le hizo al Junior aquella tarde, ninguno lo pude disfrutar tanto como disfruto los goles que me narra la televisión. Mi amor por el gol lo vivo en las repeticiones de las jugadas, en las variaciones de las tomas, en los diversos ángulos, en la celebración, en la cámara lenta. Fue en esta forma de relato que aprendí a disfrutar del fútbol, y prefiero esa ficción a la realidad del estadio de graderías duras y un campo de juego que me resulta lejano, con una toma monótona porque no hay cortes ni montaje ni repeticiones ni mucho menos cámara lenta. Para mí, sin la cámara lenta que me deje ver los pormenores de las jugadas decisivas no hay éxtasis.

Tal vez si aquella tarde hubiera estado en una tribuna más popular, entre la gente que vive su propia fiesta cada domingo... y si hubiera llevado un radiecito para escuchar el relato de una ficción muy distinta al juego frío y monótono que alcanza a verse desde ese único plano... pero ¡qué pereza! Prefiero mis partidos desde la comodidad del sofá o de la cama, con el teléfono a un lado y la nevera cerca... con voladitas al baño o a la cocina, mientras hacen un cambio o alguno de los actores hace la pantomima de quedarse sobre la grama para que lo recojan en camilla, espacio para que se le extinga el tiempo al otro equipo, el que va perdiendo... Cuando el partido está medio flojo le juego al zapping y así por el estilo. De esta manera, señores resabidos del fútbol, es como yo vivo mi pasión. No acepto el martirio por este juego, y trato de solidarizarme con los hinchas del Poderoso, pero nunca voy a entender cómo la gente puede llegar a querer tanto a un equipo que se quedó más de cuarenta años sin tocar una copa, un equipo que tal vez les ha dado más penas que alegrías... a veces, en el esfuerzo por entender, me digo que el hincha del Medellín es una herencia del cristianismo, la idolatría frente a la crucifixión. Al fin de cuentas Eduardo Galeano ha dicho que el fútbol es otra religión.

Sí, estimado sabelotodo, para mí el fútbol es así, fácil, muy fácil... Nada tiene qué ver mi afición con el famoso Gordo Reyes, ese que a pulmón libre inflaba los balones de su querido equipo el Nacional, y cuyo fanatismo se vol-

vió legendario entre los uruguayos; tanto que con el tiempo su oficio de "hinchapelotas" se convirtió en el apelativo para denominar a los que, como él, aman el fútbol a muerte. No. A mí me gusta ver los partidos, y entre alegrías y rabias disfruto los juegos por televisión.

Vaya usted, querido hincha, haga la fila interminable para comprar boleta, y haga otra más multitudinaria para entrar al estadio, viva su pasión. A mí no me da para tanto. Escasamente, si me acuerdo, veré el partido por televisión, y si está bueno tal vez lo vea completo. Si me aburro, de vez en cuando me asomaré, en el vaivén del zapping... Vaya usted achichárrese bajo un sol reverberante, o chúpese un aguacero de esos que encharcan la grama porque el drenaje no da abasto para estas precipitaciones tropicales. Vaya indague los últimos datos, compre la última camiseta, peléese con la barra del otro equipo, emputese por los que considera errores del técnico o del árbitro, o de ese juez de línea que para usted es evidente que es un vendido... Vaya pelee por su pedazo de cemento duro, y si está de buenas tal vez entre pancartas y banderas gigantescas logre ver el partido. Vaya usted.

Yo, como no cargo el peso de ser hincha, ni de saber mucho del tema, ni de haber crecido, como vos, al lado de un papá que te cargaba el tetero para el estadio y que te dejó la herencia del fanatismo, yo no tengo que sufrir todos esos flagelos del hincha. Yo me quedo aquí, apoltronado en mi sala, a la sombra, en la locha del domingo, viendo el partido para olvidarme de que entre las cuatro y las seis de este domingo es la hora perfecta para el suicidio. Yo no soy para el fútbol, el fútbol es para mí, y cuando me aburre lo pateo...

Y en cuanto a mi pasión, se lo repito: para mí la pasión del fútbol está en la narración. Pero no esa narración de locutores que se desgañitan repitiendo las jugadas que ya vi, que gritan con la desmesura de los histéricos hasta alcanzar la cúspide de la disfonía. Para mí, la pasión del fútbol está en la narración de las imágenes; por eso cuando termina un partido que fue bueno y que estuvo bien narrado, me queda el sabor de haber visto la mejor película. ■

Más allá el fútbol

Juan David Montoya

Resumen

El texto nos muestra la relación que hay entre fútbol y muerte, y cómo el fanatismo de los hinchas los lleva a soñar con que aun después de muertos, seguirán apoyando a su equipo.

Palabras claves: fútbol, muerte, hinchas, fanáticos

Abstract:

The text shows the relationship between football and death, and how fanaticism leads fans to dream that even after death, fanatics are still supporting their teams.

La romería de dolientes baña en besos, mimos y oraciones las tumbas. Las golondrinas bailan a lo largo de la bóveda. Vuelan rasantes entre los pilares blancos y a pocos centímetros de la sarta de lápidas adornadas por el escudo verde del Atlético Nacional, o las banderas rojas del Independiente Medellín. Llegó la tarde soleada después de una mañana opaca. Cada domingo el cementerio San Pedro de Medellín vive. Las flores están frescas. Las serenatas –a 500 pesos la canción– suenan en homenaje a los muertos.

Alejandro Quiceno hace parte de la hinchada del más allá más visitada el día de hoy. Delante de su tumba, la foto que le recuerda lo muestra trigueño, flaco, *tuso* y vistiendo la camiseta de su equipo de fútbol: el Independiente Medellín. Hace un año que lo asesinaron. Su padre mastica un rencor lento y seco mientras enjuaga la puerta de mármol que, como la muerte, aprisiona a su hijo. Entre tanto Michele Dayana, de unos tres años, juega al frente del sepulcro de su padre.

–Se fue Alejandro y me quedó ella –dice Don Jairo, un hincha rojo, barrigón y tranquilo que masculla groserías sin rabia, pero de forma sentida contra quienes le quitaron a su hijo.

Cuenta de él que “su vida era el Poderoso”, que “iba al estadio cuando tenía plata” y que su entrenador le prometió que jugaría como su ídolo, Roberto Carlos Cortés. En su maleta cargaba camisetas del DIM, de Brasil y del Boca para no perder juego con ninguno de los equipos en que militaba. Varias veces al día batallaba por la punta izquierda en templos arenosos de la ciudad de Medellín, como los de Campo Valdés, San Isidro o El Playón.

“Pudo llegar muy lejos...”, dice con voz invulnerable Don Jairo, “pero no le alcanzó”. Después de prestar el servicio militar Alejandro iba a jugar la Liga, un torneo de alto nivel previo al profesional. Adentro: un ataúd, su cuerpo y la camiseta roja del Medellín. Afuera: su lápida, su foto, su padre y su hija.

–¿Y de quién es hincha ella?

–Más hincha del Medellín que un berraco –responde Don Jairo–. Ella ya canta *poeroso, poeroso*. Nosotros tenemos un cuadro grande de Alejandro en la sala. La niña se le acerca y le dice: “papi hincha de Medellín ¿sí?, hincha de Medellín...”

Tribuna celestial

Carlos Andrés Londoño Quintero y “Chumilo” libran una pelea sorda en lo alto de la bóveda de Los Dolores del mismo cementerio en que descansó Alejandro. A estos dos hinchas ni la muerte los libró de la rivalidad, los celos o quizás la envidia. Duermen, uno al lado del otro, entre los corazones de icopor rojo de Carlos Andrés y el tapizado verde de “Chumilo”.

En un vuelo que recorra la misma galería, una golondrina puede rozar otras 46 tumbas que muestran, sea con adhesivos –hasta nueve–, colores, cartas, fotos o banderitas, que para muchos en la vida hay sólo tres cosas que deben quedar dichas en nuestro sitio de descanso: nuestro nombre, la fecha en que fallecemos y el equipo de nuestros amores.

Lápidas pintadas del rojo “poderoso” y el verde “copero” afrontan una carrera por demostrar que desde allá, dondequiera que estén, los difuntos siguen siendo hinchas y que la muerte no siempre es gris.

A veces ni los nombres, ni el día en que partimos importan tanto como el equipo de nuestra devoción. Tan abarrotadas están sus lozas de bisutería roja y verde que desde el suelo el visitante del lugar no puede advertir qué día fallecieron. Puede enterarse, eso sí, de que a Carlos le llamaban “Magú” y era hincha del Medellín, y que “Chumilo” era de apellido Castaño e hincha del verde Atlético Nacional. Nada más.

Con la reciente crisis de resultados se entiende que al aficionado que tiene sobre su lápida la consigna *Nacional muero por vos*, le dediquen la frase: “Socio, usted está mejor que nosotros”. El verde ganó ayer, por lo que sus difuntos debieron amanecer contentos.

El Rojo visita hoy al Cúcuta. Ante la normalidad del conjunto que ha vuelto a su grandeza consuetudinaria –la de perder–, a los hinchas de la eternidad les llueven súplicas desde el estadio. Muchos ruegos caen en saco roto desde que, rodeados de lirios y rosas plásticas rojiazules, la vuelta en Pasto les permite, por fin, descansar en paz. Si los asuntos pendientes amarraran el alma a este mundo, en la noche del 18 de diciembre del 2002, cuando después de casi medio siglo de no salir campeón los rojos besaron la copa, la fila para entrar al cielo –y al infierno, por qué no– habría tenido varias cuerdas de largo.

Hay algo especial en los hinchas del Medellín que confirma que el hombre busca un equipo y la muerte, quizás inconscientemente, como que busca el sufrimiento. “Yo me mato por el rojo”, jura la mayoría de ellos sin importar que la lucha de la tarde no sea por alcanzar el primer lugar sino por alejarse del último.

Aquí los hinchas muertos no están tan muertos. El adhesivo “Yo ♥ Dim” niega de manera categórica la muerte de Edison López. Sí, su corazón podría continuar siendo rojo porque si la vida se prolonga después de la muerte hay razón para creer que desde fuera de la carne humana se puede sufrir por un equipo y acompañar a una hinchada. Así lo demuestra casi con la fuerza de un grito de gol, pero en letras, aquel que desde su tumba y la eternidad anuncia que está “Con el DIM, hasta el fin”.

Culto al balón

En número y fervor, las lápidas consagradas al Medellín o al Nacional sólo pueden ser comparadas a las ofrecidas en altares de calcomanías a Dios, Jesús o María. Fútbol y religión compiten por los predios de la muerte en el cementerio y fuera de él. Ambas religiones, la cristiana católica y la del fútbol, escogieron el domingo como el día en que sus feligreses deben peregrinar hacia su templo; prometen la gloria y dan sentido al existir de sus creyentes, congregan a miles de militantes y despiertan la más intensa de las pasiones con fe ciega.

Una le rinde culto a un ser etéreo y otra lo hace a un elemento mucho más terrenal y concreto, del que casi nadie duda de su existencia: un pedazo de cuero. Éste, entre los pies de “dioses” dignos de culto también, hace que los hinchas alcancen la gloria prometida por la religión tradicional sin necesidad de la incertidumbre ni la espera de la muerte. Un túnel, éxtasis. Un taquito, felicidad. Un gol, la gloria más divina. Con la vuelta olímpica se sale de ese paraíso de sentimientos gaseosos y se vuelve a la tierra de Adán: cuando menos un ataque cardíaco.

En los rosarios verdes o rojos, o en la imagen de María Auxiliadora de vestidura rojiazul, los medellinenses rinden culto simultáneo a Dios y al “Señor” fútbol en armonía. Contrario a lo que pasa en muchos feligreses con el primer mandamiento cristiano por cuenta de este deporte profano.

Las ciudades de los muertos ya no sufren la hegemonía de una de las dos religiones. Allí y ahora, pelota y muerte se entrepianan. Quizás porque hay una relación inconsciente o soterrada entre las dos. Según Gregorio Henríquez, antropólogo del Museo Cementerio San Pedro, “el fútbol es una guerra simbólica en la que se defienden los colores, el escudo, una bandera”.

Y ya que desde siempre guerra ha traído muerte, sería conveniente recordar, por si acaso, la sabiduría inmensa de los niños. Carisucios y sudorosos explican en su canto para qué sirve de verdad el fútbol, la vida y las cosas realmente importantes en ella. La rima, lanzada en el momento sublime después del juego, llegó a oídos de un uruguayo que la recordaría más tarde así: “ganamos/ perdimos/ igual nos divertimos”.

Fútbol: gloria terrenal

Si la historia de Medellín se escribiera con sonrisas, habría que olvidar los bombazos, los muertos, los secuestros, la pobreza... y recordar la copa Libertadores del Nacional, las últimas dos vueltas del rojo y los Mundiales. El fútbol pelea en los peores momentos, quizás porque es una poderosa “estrategia para conservar la alegría”, como diría la académica María Teresa Uribe. Si bien Nicaragua y El Salvador, o Argentina e Inglaterra han utilizado este inocente juego para encubrir odios, ante la muerte, la guerra y la desesperanza, fútbol y más fútbol.

Jugar porque sí, por diversión. “Para que seamos capaces de fundar la alegría en el propio altar de la muerte”, según Gonzalo Medina. Como los soldados británicos y alemanes que en la Navidad de 1915, no se sabe cómo, dejaron el fúsil en la trinchera y pusieron a rodar la pelota en plena Guerra Mundial. O como los combos de Medellín de los noventa: aprendieron que además de balas, a sus rivales también les podían disparar balonazos.

Se podría decir, como los ingleses, que por cosas como éstas el fútbol es “el juego más lindo del mundo” o algo muy parecido. Y que en Medellín este deporte con visos de arte, como dice Uribe, es la “concreción o manifestación de la cultura urbana popular y de sus prácticas de resistencia y de supervivencia social”.

¡Supervivencia! Así es. En Medellín no se puede hablar de fútbol sin hablar de sueños, de Higuíta, de Leonel, de barriada, de esperanza. En 1994 Uribe escribía que esta ciudad “ha visto sacrificar en sus calles a toda una generación de jóvenes, pero que al mismo tiempo le hace gambetas a la muerte”. Y ahora, año 2006, el fútbol continúa atacando las desdichas del hombre. Es el burladero de la soledad, la tristeza, la pobreza y la infelicidad. Aquí el fútbol es para los niños lo que el *modelaje* para las niñas. Según Henríquez, “se ha convertido en consuelo de los afligidos, en la única oportunidad de salir adelante, de ser parte de algo, de tocar la gloria”.

Verde camposanto

Muy agachadita, detrás del banderín de la esquina, o al lado del palo, o entre los anuncios publicitarios, ahí, sin que la vean y con la hoz como asta de bandera, probablemente se esconde la muerte. A excepción de este año, siempre es suyo el mejor grupo de la única batalla entre países hermosa de verdad: el mundial.

Ella seguro inspira el riflazo del delantero que "tira a matar". Tiene pase propio: hacia atrás y lo más cerca posible del arco. Es suyo el punto de la cancha a once pasos del portero. También cumple con su trabajo cada vez que hay cartón rojo.

Veintidós criaturas existen dentro de este pequeño universo verde llamado cancha para ganar, para ser gobernados por un ser omnímodo de pito y camisa por dentro que tiene a la parca en una tarjeta comodín. Por algo dicen que a dios, como al árbitro, y asimismo a la muerte, habría que inventárselos si no existieran. De hecho así sucedió. Cansados de carreras y canillas destrozadas, fue necesario el debut de la tarjeta roja, sólo después de casi un siglo de fútbol marcial.

Y la muerte pocas veces abandona los estadios porque definitivamente tiene velas en este entierro. Está en las injurias hacia la otra hinchada, en el grito de impotencia dirigido al árbitro y en los "trapos" que recuerdan los mártires que murieron por el fútbol.

Ocurre que algunos difuntos nunca salen de la cancha. Andrés Escobar, el que decía que en el fútbol no mataban a nadie, dejó este mundo horas antes de que 120 mil hinchas se agolparan sobre el cementerio donde moraría el mártir que dejó el lado oscuro del balón. Él se encomendaba al "Señor" y a María Auxiliadora. Entraba a la cancha con el pie derecho, siendo zurdo, y se echaba la bendición.

En la final Nacional-América titilantes llamas alumbraban la estatua de bronce que los medellinenses construyeron en su honor. Ahora es al patrono del fútbol Andrés Escobar, a quien le encienden veladoras. Doce años después de ese día negro de 1994, cada vez que el árbitro pita el inicio del partido, Jhon Hoyos eleva al cielo su mano derecha y sus ojos para que con una oración rápida Andrés les ayude a ganar el juego.

En la cancha por siempre

La pasión por la pelota ha traído vida y esperanza, como se ha dicho, pero también muerte. A Jaime de Jesús Parra hasta los *traquetos* lo llamaban a jugar por *calidoso*. En una de esas invitaciones, minutos antes de que su mágico guayo se encontrara con el balón, cuenta su sobrino, fue asesinado para no dejar testigos.

En seis años, Jhon Hoyos sólo entró a una iglesia para llorar el aniversario de la muerte de Andrés Escobar y para despedir a Fredy, un hincha del verde

de la barra Los del Sur que murió en un accidente de tránsito en la carretera a Ibagué. Por supuesto, ese 4 de abril del 2004 Fredy iba a ver al Nacional movido por el amor que lo llevaba por toda Colombia. En vez de gregorianos, se escucharon los cantos de la tribuna en su despedida de este mundo: "Jhony, Jhony querido, esta hinchada jamás te va a olvidar".

A veces, cuenta el antropólogo Henríquez, llegan al San Pedro "tribus" desde los barrios boleando banderas como si fueran para el estadio. El adiós festivo es un ritual que la familia pocas veces rechaza a pesar de su dolor. Si lo hiciera, "estaría traicionando lo que el difunto fue en vida".

Esto demuestra que el fútbol, como la muerte, es una de las más efectivas –y antiguas– formas de cohesión de Suramérica. Rubén, o "Rubiola", como le dicen los otros sureños, no se llevaba bien con Fredy. Sin embargo, explica que "la barra es una sociedad. Todo el mundo se conoce", y admite que a la final "también me duele".

Jhon Hoyos tampoco lo conocía bien y no iba a la iglesia más que para el aniversario de la muerte de Andrés; sin embargo, fue a su entierro a cantar como en el Atanasio. Para él la muerte se relaciona con el fútbol porque ella es eterna y el fútbol también.

Al vivir una vida consagrada a él, la muerte, con su inercia eterna, no será lo contrario. "*El día en que yo me muera quiero mi cajón pintado de verde y blanco como mi corazón*", cantó aquel día. El mismo canto que ha recorrido los estadios de América Latina.

No es mentira. Su deseo es que cuando muera su ataúd sea verde. Si en vida estuvo rodeado de lo que él llama "el folclor del fútbol", en el día de su muerte quiere festejo: más fútbol. "Yo quiero en mi funeral una gran fiesta, con la camiseta verde y banderas"; luego agrega sin rastro del humano miedo a la muerte: "pero fiesta".

En el tiempo, fútbol y muerte toman caminos contrarios a los que recorrieron para acariciarse en el cementerio y la cancha. Muerte: eternidad que muchos quisiéramos que ocurriese en un instante. Pasa todo lo contrario con un gol, con el fútbol. La muerte palpita en los estadios casi como el fútbol ronda en los cementerios. Esta unión será indisoluble el día en que muera Jhony San Pedro Marín.

Cuando el árbitro pite el inicio del juego y Jhon esté elevando su plegaria a Andrés, Jhony, mecido por el viento y los cantos, ya habrá alcanzado la cancha, los perros calientes y las gaseosas, las banderas, los rincones más meados del Atanasio, el balón, los jugadores, el cielo.

Entre rollos de papel, confeti, humo de extintor, pólvora, aplausos, gritos y júbilo, sólo si su voluntad se cumple, Jhony habitará este templo llamado estadio. Cuando salte a la cancha su vida, cuando salga por el túnel su equipo, sus cenizas esparcidas caerán como llovizna negra. ■

Villoro: un verdadero cronista deportivo

Guillermo Zuluaga Ceballos

Juan Villoro. *Dios es redondo*. Bogotá: Planeta, 2006. 223 páginas.

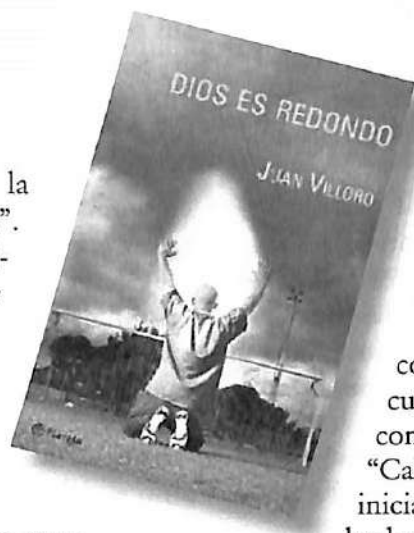
“El juego sucede dos veces, en la cancha y en la mente del público”. Con esta sentencia el escritor mexicano Juan Villoro inicia su obra *Dios es redondo*, en la que recrea aspectos que giran en torno al más popular de los deportes.

No es la primera vez que se aventura a pisar este campo de juego; si bien es uno de los más prolíficos escritores contemporáneos, aunque muy desconocido en nuestro medio, Villoro es un narrador premiado y reconocido por su decena de libros, entre los que sobresalen tres novelas, antologías de cuentos, literatura infantil y ensayos. Pero no por su fecundidad literaria puede afirmarse que está en fuera de lugar cuando trata de abordar esta temática. Al contrario, uno de sus referentes es el fútbol, pocos como él han intentado desentrañar esa magia que encierra. Lo ha desnudado en todos sus terrenos y desde muy diversos puntos de vista.

Alguna vez dijo Hemingway que se escribe de lo que se conoce, y basta leer alguno de sus escritos para entender que este autor conoce como pocos la pasión por el balompié. Villoro escribe de fútbol porque lo ha disfrutado y lo ha padecido: en tanto hinchita y jugador —como él lo desvela— no fue muy afortunado, pero esas frustraciones son compensadas con la maestría con que juega a escribir sobre él.

A Villoro lo conocí gracias a la antología de relatos *La casa pierde* (Alfaguara, 1999), una obra que se siente cercana y propia, donde las dudas y las más profundas ambivalencias humanas son las protagonistas. Y allí, perdido entre esos relatos contemporáneos, está *Extremo fantasma*, el mejor cuento de fútbol que haya leído hasta ahora, texto que me llevó a comprender que este cronista sabía de lo que escribía. Luego me acerqué a su libro *Los once de la tribu* (Aguilar, 1995), cuyo nombre ya es una afrenta y a la vez una invitación para querer ahondar más en el tema del balompié. En esta obra Villoro comparte desde el periodismo, la historia y la sociología un viaje por el fútbol desde sus orígenes prehispánicos hasta el fenómeno de multitudes que actualmente conocemos.

En la Feria del Libro en Bogotá este año, presentó *Dios es redondo*, su última obra, una antología de textos sobre fútbol. En su “calentamiento”, Villoro se asume como “cronista” y explica las búsquedas



que lo llevaron a escribir sobre este deporte. “*Dios es redondo* es una exploración narrativa de las pasiones que suscita”.

El título fue el mismo que llevó su columna en el periódico *La Jornada*, cuando cubrió el Mundial Francia 98. Su contenido, como si fuera un partido de liguilla, luego del “Calentamiento”, entre dos “Silbatazos”, uno inicial y otro final, arranca un recorrido por los lugares, los personajes, los acontecimientos y los espacios que rodean esta práctica.

Una de las características de esta antología es que si bien parte de su experiencia mexicana, su propuesta es muy universal. En tal sentido, esa mirada a largo plazo lo lleva hasta el inhóspito y enigmático fútbol africano, para expresar en el silbatazo inicial, que “las ligas y los mundiales crean una ilusión de regularidad, prometen la dicha a plazos”, y por ello se entiende por qué empieza hablando de África, continente que según él, “ha legado un rasgo esencial de la pasión futbolística: la espera”, y al que muchos, entre ellos Pelé, consideran será el futuro del balompié orbital.

En “Campeón de invierno” narra sus frustraciones como jugador. “Supe a los 16 que sólo anotaría en el Maracanã cuando estuviera dormido”. Y como hinchita: “Dios es redondo pero casi nunca le va al Necaxa”. El equipo de barrio durante sus mocedades perdió a un eximio suplente y el Necaxa mexicano ha perdido a uno de sus preclaros seguidores, pero por fortuna el fútbol y la literatura ha ganado un excelente cronista y un observador implacable.

Esas anécdotas y esa forma de narrar tan propias de este mexicano son realmente la excusa para ahondar en uno de los misterios que cautivan multitudes: la representatividad. Según este autor, los equipos de fútbol son más que once jugadores, y se convierten en la idea de pertenencia, instalándose en la mente y en la idiosincrasia de sus seguidores. “Elegir un equipo es elegir cómo transcurren los domingos”.

El viaje por este deporte lo conduce a los nacionalismos, la violencia, los vandalismos. Con provocaciones como aquello de que alguien del gobierno argentino tras el 6-0 en el Mundial 78, expresó que “cuando no hay objetivos políticos suele ganar el mejor” y “el mejor entrenador del (Real) Madrid fue el Gobierno, según dijo un dirigente del Barcelona”.

Villoro durante gran parte de la obra desnuda esa extraña y peligrosa relación entre fútbol, dinero y política. Pero además analiza el fútbol como fenómeno social. Se juega como se vive, suele decirse. El fútbol representa el alma de las naciones, y en palabras de Villoro, "Hay que haber sufrido lo suficiente para tener ganas de patear al arco".

Recorre a la historia para afirmarlo y dice que difícilmente Holanda ganará un Mundial, pues nunca ha sufrido, en contraste por ejemplo con Alemania que en el Mundial del 74 "estuvo apoyada por las sombras largas de los muchos que sufrieron en su nombre".

En el texto "Ventajas estéticas de la derrota" aparece el nombre de Colombia, la "Coreográfica amenaza" durante los primeros años de la década de 1990. Dice que los colombianos -como si hablara de todo un país- somos "Maestros del extravío y (pusimos) en escena las virtudes que sólo son posibles sin rebajarse a tener éxito".

El libro es una suerte de sentencias, de datos y de frases que hacen ver la magnitud de esta práctica deportiva en nuestro tiempo. Pero contrario a muchos libros llenos de pensamientos elaborados de otros autores, Villoro argumenta desde su experiencia, y con maestría va soltando, como con un gotero, anécdotas, vivencias y analogías que ayudan a entender este fervor masivo.

Llama al fútbol la pasión fingida y cuestiona que el mundo del fútbol "se encuentra en estado de demencia financiera". No de otra forma -argumenta- se explican los 125 millones de dólares pagados por el traspaso al Madrid de Zidane y Figo. "Esa cantidad basta para abrir una honesta fábrica de lavadoras con mil empleados o mejorarle la dieta básica al depredado Afganistán", comenta.

Si bien trata de no mostrarse nostálgico y romántico, cuestiona duramente el fútbol que se tornó en negocio y espectáculo. "El Real Madrid se convirtió en un equipo para turistas japoneses y chicas dispuestas a admirar a los jugadores sin necesidad de entender en qué consiste un fuera de lugar".

Una de las características que hacen indispensable esta obra a la hora de hablar del balompié es que no está cargada de excesivas subjetividades. A diferencia de anteriores libros sobre fútbol que llevan cierta ideología, a favor o en contra, la única de Villoro parece ser convencernos sobre la importancia y extravagancia de este deporte, pero sin sesgos, sólo buscando atrapar la atención del lector, lo mismo que si estuviera disfrutando los minutos finales de un campeonato mundial.

El fútbol en Villoro no es ni la quintaesencia de la modernidad, ni tampoco el opio del pueblo; su única búsqueda es descifrar el interés por el juego, no el juego, y él no se da demasiados afares por demostrar lo indemostrable. "La atracción del fútbol depende de su renovada capacidad de hacerse incomprensible".

Incomprensible como son sus ídolos. En este recorrido no podían faltar los nombres de quienes realmente alimentan la pasión domingo a domingo: los jugadores, los verdaderos protagonistas de este deporte. Tampoco a ellos trata de explicarlos, sólo los muestra, aunque aparecen con otras definiciones. Habla por ejemplo del "Hipermediático Beckham", que cotiza "más por su aspecto que por sus resultados".

Se burla de su compatriota Cuahutemoc Blanco. "Le falta cuello y pisa el césped como lo haría un pato".

Detiene largamente la mirada en el medio campo colombiano para afirmar de Valderrama, que "su calma era cuestión de principios".

Conversa con Valdano, "quien representa la posibilidad de jugar al fútbol desde la palabra", a quien le pone en boca unas palabras que le sabrían a miel entre sus propios labios: "Maradona es un negocio muy grande".

De su mirada implacable parece no salvarse sino el delantero italiano Francesco Totti, a quien llama "el último sedentario", pues en esta guerra de transacciones -asunto extraño- no ha querido fichar para otro que no sea la Roma.

La universalidad de su obra lo lleva por los espacios míticos del balompié, esos que generan lo que Valdano ha llamado "miedo escénico": visita los fantasmas del Maracanã, pasa por el césped de la Bombonera, va al Monumental de Nuñez, se pasea por el Azteca, viaja del Camp Nou al Santiago Bernabeu; pero igual, en su búsqueda va a esos lugares sin tradición pero que empiezan a enrutar los capitales económicos: Norteamérica, Japón y Corea. Igualmente, asume que "el fútbol millonario vuelve a encontrar remedio entre los pobres" y viaja a la semilla y camina por los áridos desiertos del África, por las favelas brasileñas, por las villasmiseria argentinas, por las olvidadas tierras argelinas...

Dice el editor: "*Dios es redondo* explora las supersticiones, los ritos y los mitos que han convertido a los estadios en catedrales, a los jugadores en apóstoles y a los árbitros en ángeles del infierno investidos del poder de quebrar la esperanza o desatar una vanidosa crueldad". Y agrega que éste es un libro "para los fanáticos de las canchas y para los ateos descreídos que juran que nunca verán un partido de fútbol pero viven deseosos de entender el delirio de lo fieles".

Claro, mientras sigamos asistiendo al resumen refrito de goles y de entrevistas huecas que a diario nos entregan los medios, seguirá habiendo descreídos; al contrario, leyendo a Villoro con esa visión de la verdadera "crónica deportiva", cargada de anécdotas, de inteligentes analogías, llena de colores y de ambientes, de sentencias profundas, seremos más y más los que en un futuro cercano tendremos un balón por cabeza y rendiremos tributo incuestionable a nuestra esférica deidad. ■

Empate entre fútbol e historia

“Si bien el fútbol es la pasión que más seres humanos comparten y que prácticamente satura diariamente todos los medios de comunicación, pocas reflexiones se han hecho desde la disciplina sobre él. Incluso no faltarán aquellos que piensen que es un tema banal. La historia del fútbol se ha dejado a los aficionados, y el reto de Guillermo Zuluaga era hacer de su pasión, el fútbol, un objeto de investigación histórica. A mi juicio lo logra”.

De esta forma califica la historiadora Catalina Reyes Cárdenas la investigación de Guillermo Zuluaga Ceballos sobre el fútbol en Colombia, recientemente publicada con el título *Empatamos seis a cero*.

Tradicionalmente cuando se habla de historia del fútbol pensamos en estadísticas de goles y grandes jugadores. Sin embargo, Guillermo Zuluaga Ceballos decidió apostarle a un trabajo académico riguroso para dejar de lado las cifras y averiguar más bien por las situaciones y fenómenos que posibilitaron la llegada y desarrollo del balompié a Colombia.

Tras un llamativo título como el de *Empatamos seis a cero*, con el que el autor refleja la mirada “festiva” que se tenía sobre el deporte, se logra descubrir una valiosa investigación sobre la gestación y primeras décadas del que es hoy un deporte y un fenómeno social de grandes proporciones.

Hoy, cuando el espectáculo del fútbol convoca a grandes masas en todo el mundo, se nos hace casi increíble saber que en principio fue una práctica exclusiva de las élites. Conocer el fútbol encerrado en los clubes sociales es el primer acercamiento que nos brinda el libro, donde además se conoce el aporte de la Iglesia, al difundirlo en sus colegios.

Más adelante, descubriremos un fútbol que se torna en posibilidad de entretenimiento para los obreros, con lo que este deporte se va popularizando y llega a diversas ciudades del país. Y finalmente veremos un fútbol que deja de ser practicado por los amateurs para pasar a la profesionalización y desde entonces convertirse en un espectáculo y un negocio.

Pero más allá del recuento del desarrollo de este deporte, el libro nos permite entenderlo ligado a la situación del país. Mientras conocemos una Colombia de élites que buscan la distinción, aparece el fútbol como oportunidad de brindárselas; mientras vemos cómo el país entra en una etapa de industrialización y modernización, también surge el fútbol para ocupar el tiempo libre de los obreros, y mientras padecemos los años de la violencia, aparece nuevamente para “aliviar” y “entretener” a un pueblo que sólo pensaba en peleas.

Adicionalmente, el autor agregó a su investigación los testimonios de tres hombres representativos del fútbol: Alfonso Senior, conocedor del deporte desde su papel como dirigente; Alfonso “Pipiolito” Rodríguez, jugador de los años 40 que se vio desplazado por la llegada de los jugadores extranjeros; y Rodrigo Ospina, quien además de hacer el primer gol en el Estadio Atanasio Girardot, representa a aquellos futbolistas que jugaban para la empresa en la que trabajaban como obreros.

A más de esto y tratando de romper con el pesado lenguaje de la investigación, el autor logra cautivar al lector con una agradable escritura. De esta forma el libro se convierte en un atractivo tanto para aquellos que gustan de la historia como para quienes disfrutan de este deporte. ■

Autores

Gustavo Acosta Vinasco

Cursó estudios de filosofía en la Universidad de Antioquia. Editor y director editorial del tabloide *Pulso* de Pereira entre 2001 y 2003. También ha sido colaborador de *La Hoja* de Medellín.

Mario Aguiar Ch.

Profesional en Idiomas, magister en Literatura Colombiana. Actualmente, docente del área de Lingüística y Literatura en la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia.

Gabriel Buitrago Mejía

Comunicador social, reportero gráfico y laureado fotógrafo deportivo. Ha prestado sus servicios para distintos periódicos y revistas de Colombia, y sus fotografías han estado en diversas exposiciones individuales y colectivas.

Carlos Mario Correa Soto

Comunicador Social – Periodista de la Universidad de Antioquia, especializado en Periodismo Investigativo en la misma universidad. Trabajó durante más de una década en el periódico *El Espectador*. Profesor del pregrado de Comunicación Social en la Universidad Eafit. Una selección de sus crónicas fue reunida en el libro *Préstame tus ojos*.

Jorge Alberto Chica Vasco

Sociólogo de la Universidad de Antioquia. Obtuvo Mención Especial al mejor trabajo de grado otorgado por la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia, con su investigación “Entre barras. Socialidad en verde y rojo” (2004), de la que publicamos dos pasajes en esta edición.

Gonzalo Medina Pérez

Comunicador Social – Periodista y Magíster en Ciencia Política de la Universidad de Antioquia, donde se desempeña como investigador y docente en periodismo. Entre sus publicaciones están los libros *Una gambeta a la muerte*, *Sueños a la redonda*, *Oficio de terco... oficio de muertos* y *Andrés Escobar: la sonrisa que partió de madrugada*.

José Monsalvo

Estudiante del sexto semestre de Periodismo en la Universidad de Antioquia. Colaborador del periódico *De la Urbe*. “La insepulta verdad histórica”, reportaje publicado en esta edición de la Revista *Folios*, fue reconocido con Mención de Honor en el Premio Memoria 2005 III Convocatoria Nacional: Museo Universitario Colección de Historia. Universidad de Antioquia.

Juan David Montoya

Estudiante de Comunicación Social – Periodismo de la Universidad de Antioquia. Integrante del proyecto periodístico *Código de Acceso* de la Casa Editorial El Tiempo, año 2005. Articulista de *La Hoja* de Medellín.

Nelson Rendón

Magíster en Literatura Colombiana de la Universidad de Antioquia. Cuentista y novelista. Entre sus publicaciones está *Los de siempre*, una novela que tiene como protagonista al fútbol.

Juan Fernando Rivera Gómez

Antropólogo de la Universidad de Antioquia. Investigador en el área de antropología social. Asesor, consultor y ejecutor de políticas y programas de conservación del patrimonio y de programas y políticas de desarrollo aplicados a comunidades y grupos humanos específicos. Autor del trabajo de grado "El fútbol, fiesta, guerra simbólica y guerra materializada".

Manuel Silva Rodríguez

Comunicador Social - Periodista y Magíster en Filosofía de la Universidad de Antioquia. Autor de la novela *Álbum*, publicada por la Editorial Universidad de Antioquia. Actualmente adelanta estudios de Doctorado en Literatura en la Universidad Autónoma de Barcelona.

Katalina Vásquez Guzmán

Estudiante de Periodismo de la Universidad de Antioquia. Directora y productora del documental *Las Horas Muertas*. Asistente editorial del libro *Jamás olvidaré tu nombre*, recientemente publicado por la Secretaría de Gobierno de Medellín. Gestora y organizadora de eventos académicos en el área de periodismo.

Maryluz Vallejo

Profesora asociada de la Facultad de Comunicación y Lenguaje de la Universidad Javeriana. Su obra más reciente es el libro *A plomo herido*, en el que se plasma la historia del periodismo escrito en Colombia desde 1880 hasta 1980.

Andrés Vergara Aguirre

Comunicador Social-Periodista y Magíster en Literatura Colombiana de la Universidad de Antioquia. Actualmente es coordinador del Pregrado en Periodismo y director de *Folios*, revista especializada en periodismo, en la Universidad de Antioquia.

Víctor Villa Mejía

Magíster en Lingüística de la Universidad de Valle. Candidato a Doctor en Lingüística de la Universidad Nacional Autónoma de México. Autor del libro *La ciudad necesita un pacto social con el idioma*. Actualmente se desempeña como docente del pregrado en Filología de la Universidad de Antioquia.

Guillermo Zuluaga Ceballos

Comunicador Social - Periodista de la Universidad de Antioquia y Magíster en Historia de la Universidad Nacional de Colombia. Entre sus publicaciones está el libro *Empatamos 6 a 0*. Actualmente es profesor de periodismo en la Universidad de Antioquia y en la Universidad de Medellín.



1803

